



Educación superior^e investigación turística
Retos, problemas y desiluciones

Salvador Gómez Nieves

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas

EDUCACIÓN SUPERIOR E
INVESTIGACIÓN TURÍSTICA

*A los jóvenes estudiantes que se
resisten a recibir una educación basada
en prácticas rutinarias y mecanizadas, así
como en conocimientos simples y erróneos*

EDUCACIÓN SUPERIOR E INVESTIGACIÓN TURÍSTICA

Retos, problemas y desilusiones

SALVADOR GÓMEZ NIEVES

Centro Universitario de Ciencias Económico-Administrativas
Universidad de Guadalajara

Este libro fue sometido a un proceso de ditaminación a doble ciego de acuerdo a las normas establecidas por el Comité Editorial del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara

© 2010, primera edición Septem Ediciones, España.

D.R. © 2012, segunda edición Universidad de Guadalajara, México.

ISBN: 978-607-7768-49-4

Tipografía, diagramación y diseño editorial

Editorial Página Seis, S.A. de C.V.

Morelos 1742, Col. Americana

Guadalajara, Jalisco, CP 44160

Tel. (33) 36 57 37 86 y 36 57 50 45

www.pagina6.com.mx

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

Este libro reúne una serie de ensayos realizados en el periodo 2005 y 2010. En ellos se reflexiona, desde una perspectiva crítica, sobre la educación superior y la investigación turística primordialmente de México y de manera secundaria sobre los análisis desde el contexto de América Latina. En cada uno de los capítulos se advierten los retos, problemas y hasta desilusiones a los que se tendrán que enfrentar los egresados de estas carreras universitarias si no se subsanan los amplios rezagos académicos que muestran los programas y las prácticas educativas. El futuro que les depara, por lo menos en nuestro país, es poco optimista mientras se mantenga esa cultura de medianía que se opone a un cambio profundo en las tareas sustantivas de enseñanza, indagación y extensión. Dicho de otro modo, en tanto exista esa resistencia a actualizar y adecuar los planes curriculares mediante el contacto con el saber y la verdad, no habrá mejora en la condición intelectual que alimente la imaginación e inculque el entendimiento de la realidad sin prejuicios y sin dogmas.

Pero, cómo no ser pesimista con el porvenir de la Licenciatura en Turismo y sus variantes (gestión turística, administración de empresas turísticas, hotelería, gastronomía, etcétera) cuando en sus instituciones educativas florece una cultura antiintelectual y un analfabetismo científico que impide a sus estudiantes y profesionistas comprender el mundo del turismo y, más aún, poder actuar sobre él. Resulta indignante el pensamiento reduccionista que domina en este tipo de carreras universitarias y también preocupante el deplorable grado de reflexión de nuestros discípulos.

Cómo no tener una actitud de decepción por este tipo de carreras cuando se detectan numerosos cursos dentro de sus planes de estudio que sólo aspiran o logran —en el mejor de los casos— objetivos eminentemente descriptivos y banales (como el definir y diferenciar terminología básica); saberes mínimos (como los contenidos de una guía de viajes); o capacidades técnico operativas (como el llenado de formatos).

Cómo no desalentarse con esta profesión cuando se observa que hasta los posgrados en México, reconocidos por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), en los hechos, están clausurados para la mayoría de los Licenciados en Turismo debido a las carencias de conocimientos de estos, a las distorsiones y omisiones en materia de economía y metodología de investigación, a las insuficiencias en el manejo de herramientas cuantitativas y financieras, así como en habilidades estratégicas.

No creo que las deficiencias de la educación turística universitaria sean algo natural y universal, al contrario, se puede asegurar que en México los planes de estudio y prácticas académicas han fallado. Están muy lejos de la reputación que han alcanzado la École Hôtelière de Lausanne, el Instituto Glion de Educación Superior, Les Roches Escuela Internacional de Alta Dirección Hotelera (todas ellas en Suiza), y la Universidad de Cornell (en Estados Unidos) por nombrar algunas escuelas con los mejores programas de estudios en hotelería a nivel internacional.

Hay que ser honestos y admitir que los estudios de pregrado y posgrado de turismo que se ofrecen hoy en día son bastante mediocres en la mayoría de los casos; difícilmente desarrollan la imaginación y la inteligencia entre los alumnos. En gran medida, el saber que se transmite y enseña induce a los estudiantes a que no razonen ni piensen por ellos mismos, que sean discípulos del mínimo esfuerzo e imiten sin dar cabida a la creatividad. Después de casi medio siglo de experiencia en investigación turística en México, esta tarea sigue construyendo un conocimiento pobre e incluso frustrante cuando se le confronta con los criterios que exige la ciencia o con la realidad social y ambiental que vivimos los mexicanos. Se percibe que la literatura académica del turismo producida en el resto de Latinoamérica tampoco ha tenido progreso sustancial, y que eso que algunos llaman «teoría» no lo es, ya que poco ayuda a explicar (no se diga predecir) este fenómeno contemporáneo y las implicaciones que conlleva su desenvolvimiento.

Cualquiera que razone bien sabe que el mundo social es algo incierto, inestable y sujeto a constantes transformaciones, por lo que es difícil hacer predicciones. Sin embargo, habrá avances teóricos en la medida en que se busquen nuevas visiones y explicaciones que ayuden a pensar de forma compleja y analítica. Del mismo modo, habrá avances cuando los estudiosos emprendan una auténtica discusión crítica y epistemológica sobre el estado del conocimiento turístico y de sus supuestos filosóficos, pues a pesar del interés que al respecto manifiestan unos cuantos académicos latinoamericanos, desde nuestro punto de vista, sus intentos aún dejan bastante que desear, tal como se reparará en el texto en cuestión.

Ante este sombrío panorama del quehacer científico en la región, en esta obra se reitera la necesidad de que todo especialista en turismo tome en cuenta a la eco-

nomía, la sociología, la antropología, la historia, la geografía, la psicología y hasta la ciencia política. Cabría preguntarse, ¿por qué soslayar las teorías de las ciencias sociales cuando son indisociables en la explicación de la realidad turística? ¿Por qué no incursionar en estas disciplinas si constituyen instrumentos útiles para la mejor comprensión de los fenómenos? ¿Por qué la indiferencia hacia las obras de clásicos sociales, como Marx, Weber y Keynes, cuando muchas de sus ideas aún conservan vigor? ¿Por qué rechazar u olvidar los aportes de los preeminentes pensadores contemporáneos, como Braudel, Samuelson, Fridman, Wallerstein, Habermas y Morin, pese a la potencia intelectual de sus obras?

El estudioso británico John Maynard Keynes llegó a plantear que un economista tiene que poseer una serie de atributos extraordinarios: «Debe ser matemático, historiador, estadístico, filósofo, (...). Ha de considerar lo particular en función de lo general, pulsar lo abstracto y lo concreto en el mismo vuelo de pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado con vistas al futuro. Ningún aspecto de la naturaleza humana o de sus instituciones ha de escapar de su mirada» (citado en Buchholz, 1993: 3).

Sin duda la educación, pero no cualquiera, sino la buena educación, es la clave para que los países subdesarrollados como el nuestro salgan del atraso socioeconómico y político en que se encuentran. Para nadie es un secreto que el crecimiento turístico del que tanto se vanaglorian el gobierno y las cúpulas empresariales, ha sido fuertemente cuestionado por los desequilibrios sociales y ambientales que ocasiona. No obstante, todavía existen numerosos académicos que insisten con sus discípulos en entonar loas a las bondades económicas de la llamada «industria sin chimeneas». ¿Quién se atrevería a negar, por ejemplo, que el principal centro turístico mexicano, Cancún, desde hace tiempo se ha transformado en un lugar caótico y problemático?

Cualquier persona que desee transformar el sistema o modelo de turismo imperante y actuar respecto a las graves dificultades que padecen los destinos de sol y playa —en lo referente al deterioro ambiental, incremento demográfico, anarquía urbana, pobreza y desigualdad, desempleo y subempleo, crisis económicas y políticas—, debe contar con pensamiento complejo, visión multidisciplinaria, actitud científica y habilidad intelectual. Resulta imposible basar un diagnóstico del turismo desde una disciplina única. Es aventurado asegurar que bajo una sola ciencia o perspectiva de análisis se pueda comprender esta actividad relacionada con el ocio y el tiempo libre. Así por ejemplo, el especialista que enfoca sus análisis en la economía —en particular en el mercado y en los métodos cuantitativos— tiene poco que decir acerca del poder y la lucha de intereses. Entonces, ¿por qué en las investigaciones

turísticas se continúan ignorando, de forma consciente o inconsciente, los conflictos que permanentemente muestran las sociedades receptoras de viajeros? Ya decía Karl Marx, hace casi siglo y medio, «Una economía sin conflictos se asemejaría a una ciencia física sin ley de la gravedad» (citado en Minc, 2005: 93). ¿Por qué no mirar dos o más disciplinas sociales a la vez para lograr mayor profundidad en los análisis? Nadie puede tener una mirada interdisciplinaria sólo por convicción; aun con toda la voluntad del mundo se requiere también de capacidad intelectual.

El turismo por definición es multideterminado, por ello una formación amplia y variada constituye una buena preparación. Uno de los mayores problemas de la investigación turística es que, por lo general, sus estudiosos son muy parroquianos (en términos antropológicos) con las teorías o modelos que utilizan. ¿Por qué limitar la explicación del turismo encerrándose en el interior de sus propios saberes? ¿Por qué pocos investigadores del ramo aspiran a utilizar el corpus teórico metodológico de las ciencias sociales? No es sorprendente, por qué los denominados «turismólogos» pasan por alto los métodos de historia oral o historias de vida que manejan los historiadores para entender el pasado; los sistemas de información que *par excellence* utilizan los geógrafos para explicar las transformaciones espaciales; así como los modelos econométricos a que recurren los economistas para explicar o predecir los fenómenos que estudian.

Luego de casi cuatro décadas de reflexiones de todo tipo en la academia del turismo en México, la caja de herramientas teórico metodológica es muy rústica debido a que aún presenta demasiados puntos débiles. A pesar de que ha habido progresos en la tarea de indagación, su conocimiento es simplista, reducido y hasta erróneo la mayoría de las veces. ¿Por qué se tienen que imitar modelos dominantes que no han dado resultados positivos? ¿Por qué la élite de especialistas que históricamente ha estado vinculada con el sector público, no ha sido capaz de poner en práctica el desarrollo sustentable o alternativo que tanto proclama?

Hasta cierto punto es comprensible que cualquier persona se equivoque, ya que errar es de humanos, pero lo que no se debe tolerar es que algunos académicos sostengan ideas absurdas o propuestas utópicas en materia turística; incluso, que se atrevan a escribir artículos sobre temas de los que no tienen la menor idea. En fin, siempre habrá alguien a quien le guste traspasar los límites de sus capacidades, aunque se ponga en ridículo. He conocido académicos que recién llegan de un congreso de presentar un trabajo y ya están preparando en Power Point su siguiente participación. Son sabelotodo, porque así como hablan de educación, investigación, sustentabilidad y mercadotecnia del turismo, publican libros y artículos sobre administración hotelera y hasta de gastronomía.

En resumen, la obra está estructurada en tres grandes secciones, las que a su vez contienen ocho capítulos, todos ellos vinculados con la educación superior y la investigación turística, pocas veces tratadas juntas en un texto. En el primero, titulado «Ciencia y desarrollo turístico en México», se reflexiona sobre el pobre conocimiento que se tiene sobre este fenómeno en México, a pesar de que la educación, la ciencia y la tecnología van de la mano hacia el camino del desarrollo. En este escrito se propone la hipótesis de que el analfabetismo científico, así como la falsedad y la simulación que reinan en la investigación del turismo han sido las causas esenciales de que aún no existan alternativas viables para el modelo turístico de sol y playa en nuestro país. Por lo tanto, se intenta persuadir a los estudiosos del ramo para que se abran más a las ciencias sociales, esto es, se mantengan informados de los aportes de estas disciplinas.

No obstante que en este ensayo se cuestionan los excesos del turismo masivo, las exageradas bondades que se le atribuyen al turismo alternativo no son prueba alguna de que sean realidad. Lo cierto es que gran parte de lo que se habla y se escribe al respecto es un mito. Por ello, se considera como una responsabilidad advertir a los estudiantes en general —y por qué no decirlo, hasta a uno que otro ingenuo académico— del «lavado de cerebro» que induce el discurso turístico dominante que los priva tanto de la libertad de pensar por ellos mismos, como de la instrucción pertinente para que tomen mejores decisiones en su desempeño profesional. En efecto, los alumnos, de manera frecuente son bombardeados de información laudatoria e ideas falaces y erróneas; y que por no estar enterados de la realidad social, económica, cultural y política del país y del mundo en que habitan, se vuelven muy inocentes, crédulos y presa fácil de charlatanes.

En el segundo capítulo, «La científicidad en el discurso académico del turismo en México», se demanda prestar mayor atención a la reflexión epistemológica, relativamente olvidada por los expertos del ramo, si es que no se quiere seguir obrando de forma equivocada. Se pregunta: ¿por qué pensar en la científicidad del conocimiento turístico en nuestro país, cuando nadie, hasta el momento, ha documentado las contribuciones teóricas, empíricas y metodológicas de la investigación? ¿Cómo hablar de científicidad en el saber del turismo, cuando su educación superior está subdesarrollada?

En este apartado se analiza por qué el conocimiento turístico se encuentra en la fase precientífica. La respuesta se debe a que gran parte de lo que se escribe no está justificado racionalmente y, rara vez, se sustenta en las ciencias sociales; en lugar de ello, se guía a menudo por el simple sentido común, la mayoría de las veces con ideas nada realistas. A esto se suma el que numerosos investigadores se preocupan

más por resolver los problemas de las empresas y de las comunidades turísticas, que por explicar las propiedades y el funcionamiento del turismo. Incluso, se critica a quienes piensan que el conocimiento de este fenómeno social ha alcanzado el estatus científico sólo porque lo afirma uno de sus notables estudiosos de talla internacional. Por supuesto, que si alguien duda que la ciencia no se decreta, cabría preguntar a los creyentes ¿quiénes son los investigadores que han contribuido de manera significativa a la científicidad del saber turístico?; y si es que los identifican, ¿en qué se basan para asegurar que sus aportaciones cumplen el rigor que requiere la ciencia?

El tercer capítulo, «La demarcación científica: una cuestión olvidada en los estudios turísticos latinoamericanos», se continúa con la refutación de la falsa idea de la científicidad del conocimiento en turismo analizada en el apartado precedente. En este artículo se asegura que a pesar de que todo investigador desea que sus trabajos sean respetables y merecedores del título «científico», raros son quienes en América Latina han asimilado con suficiente seriedad la epistemología (campo de estudio de la filosofía contemporánea) en el terreno del turismo. De éstos, casi ninguno se ha tomado la molestia de comprender los criterios que determinan lo que es ciencia y lo que no es ciencia (la demarcación científica). Sus esfuerzos «intelectuales» han quedado en palabrería, simulaciones, disimulos y hasta en galimatías, pues rechazan tanto la búsqueda de la verdad, como cualquier procedimiento de comprobación en sus aseveraciones.

La tesis que se defiende aquí es que no puede haber científicidad en el discurso académico del turismo, si no hay un desarrollo intelectual entre sus estudiosos, en lo referente a aspectos teóricos, empíricos, metodológicos y hasta filosóficos. De la misma forma, la científicidad no se logra si no se da un desarrollo moral en los valores de honestidad, congruencia y objetividad tanto en sus prácticas educativas como en sus publicaciones.

El cuarto capítulo, «Usos y abusos del discurso del turismo alternativo en México», se argumenta en contra de ese interés por relacionar el turismo alternativo con la corriente de pensamiento de la posmodernidad, tan dominante y de moda en la academia mexicana. En este trabajo se considera crucial reflexionar sobre los pronunciamientos de uno de los estudiosos más entusiastas y adeptos de la posmodernidad, con la finalidad de demostrar que mucho de lo que escribe acerca del turismo alternativo, fundamentado en la extremadamente ambiciosa teoría de la sociedad de Niklas Luhmann, se queda en una verbosidad terriblemente odiosa y poco práctica.

Se pregunta, ¿por qué ese afán de varios turismólogos de comparar perspectivas analíticas, ensalzando aquéllas con las que se identifican (sin reconocer sus limitaciones) y desdeñando las contrarias (sin admitir sus alcances)? La tesis demostrada

aquí es que mientras los discursos académicos del turismo continúen sustentándose en meras abstracciones y generalidades, los fracasos en los intentos de conseguir respuestas genuinas a los diversos problemas de carácter científico o filosófico no desaparecerán. En otras palabras, mientras los investigadores sigan con esa resistencia a no respetar las normas mínimas de la ciencia en sus escritos, como ese vicio clásico de no validar lo que dicen, una y otra vez sus explicaciones serán equivocadas.

En el quinto capítulo, «Entre ilusiones y desilusiones de la educación superior en turismo», se destacan los éxitos y fracasos por los que ha transitado, a lo largo de cuarenta años (1968-2008), la enseñanza del turismo en la Universidad de Guadalajara, sustentados en la experiencia del autor de la presente obra, y que van más allá de una crónica histórica.

La posición a la que llega este apartado es que ha habido tres momentos significativos en la evolución de la educación turística en la máxima casa de estudios del estado de Jalisco, a saber: 1) La educación precaria; 2) La especialización de la educación; y 3) La educación actual: la formación de talentos (el reto), mismos que se reflexionan de manera crítica y autocrítica.

En el sexto capítulo, titulado «La experiencia de un diseño curricular en turismo basado en un modelo por competencias profesionales», se reflexiona acerca de los retos y problemas que implicó el diseño del plan de estudios de la Licenciatura en Turismo por competencias profesionales, para los distintos campus que ofrecen esta carrera en la Universidad de Guadalajara. En particular, se hacen comentarios críticos y autocríticos sobre las complicaciones que se presentaron al definir y seleccionar las competencias clave para la Licenciatura en Turismo. Además, se cuestiona: ¿qué hacer para lograr que nuestros estudiantes adquieran un pensamiento complejo, multidisciplinario y crítico? ¿Cómo un grupo de académicos, con especialidades distintas, podrían hacer la reforma curricular si no son expertos en el tema de competencias y, lo peor, no sabían gran cosa acerca de esto? ¿Qué significa hablar de competencias laborales y profesionales? ¿Qué criterios se deberían utilizar para definir competencias clave? ¿Cómo aprender y enseñar competencias en la universidad?, y ¿cómo se podrían evaluar mejor las competencias?

En el séptimo capítulo, «Repensar en el turismo: ante la irresistible tentación de lo pragmático y lo empírico», se hace notar cómo el pragmatismo y el empirismo han impregnado profundamente las tareas docentes y de investigación en el campo que nos compete. Esta situación provoca que las carreras en turismo tengan poca credibilidad académica y hayan llevado a un retraso en la generación de conocimientos objetivos. Si bien se está al tanto de los esfuerzos realizados al respecto, todavía no se aprecian avances significativos para calificar a la academia del turismo como una

disciplina prestigiada y científica. Por esto resulta esencial repensar las funciones sustantivas universitarias, sobre todo frente a la serie de falacias y sofismas en que está inmerso, en gran medida, el saber y el discurso turístico.

Así, en este apartado se argumenta en contra del conocimiento en turismo extraído sólo del sentido común, pues hace que los estudiosos se olviden de la práctica científica que por lo general no es comprendida. Para ellos, investigar es simplemente hacer acopio de datos, aplicar encuestas o describir información. Es indiscutible que esto es motivo suficiente para repensar el modo en que hemos indagado el turismo y construido su producto.

Por último, en el octavo capítulo denominado «Los nuevos desafíos de la educación superior y la investigación turística en México», se analizan los retos que implican para los centros educativos, la situación socioeconómica competitiva y global, el ambiente empresarial, las transformaciones tecnológicas, el tránsito hacia la llamada sociedad del conocimiento o la era de la información y, por último, los avances científicos. Asimismo, se argumenta la necesidad de que las carreras de turismo formen no sólo cuadros directivos y administradores de primer nivel, que satisfagan los requerimientos de mano de obra calificada de las empresas del ramo, sino también profesionistas más preparados e informados que se encaminen a la construcción de conocimientos y la gestión del desarrollo turístico, aunque este desafío requiera reorientar la educación (sobre todo el posgrado) y la investigación para así salir de la crisis en que se encuentran estas funciones básicas universitarias en nuestro país.

Agradecimientos

Deseo agradecer a las directoras del *Anuario Turismo y Sociedad* de la Facultad de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras de la Universidad de Externado (Colombia) y de la revista *Estudios y Perspectivas en Turismo* del Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos (Argentina), por haberme autorizado incluir en este libro algunos artículos que habían aparecido en sus publicaciones con antelación, pues de otra manera estos escritos y reflexiones estarían dispersos.

De igual manera, quiero destacar al Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara, campus al cual estoy adscrito, por apoyar la realización y difusión de mis investigaciones, pero sobre todo por el financiamiento requerido para esta segunda edición que muestra cambios menores, como es el caso del orden en que se presentan los ocho capítulos, los cuales se encuentran agrupados en tres grandes secciones.

Agradezco también a Septem Ediciones, editorial privada universitaria de Asturias, España, a cargo de Jesús Rivas García y Marta Magadán Díaz, por haber publicado la primera edición de esta obra y a la Asociación Mexicana de Centros de Enseñanza Superior en Turismo, A.C., presidida por Onésimo Cuamea Velázquez, por su patrocinio institucional.

Por último, un especial agradecimiento a mi esposa, Neli Beatriz Duarte Rodríguez, por la revisión efectuada al texto y un reconocimiento por sus agudos comentarios y críticas.

CIENCIA Y TURISMO

CIENCIA Y DESARROLLO TURÍSTICO EN MÉXICO^[1]

*Toda nuestra ciencia, comparada con la realidad,
es primitiva e infantil... y sin embargo es lo más
preciado que tenemos.*

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

Introducción

El propósito central de este trabajo es argumentar sobre el papel que debería desempeñar la ciencia en el desarrollo turístico de México y, en segundo lugar, es animar al debate y la discusión acerca de un tema de gran relevancia y plena vigencia que es el vínculo entre los conceptos de ciencia y desarrollo turístico. Por un lado, ambos merecen mayor atención por parte de los expertos de este fenómeno del ocio debido al menosprecio del conocimiento científico tanto en la enseñanza y en la investigación como en la toma de decisiones en materia de turismo. Por otra parte, el desarrollo continúa siendo en la actualidad un concepto borroso pese a ser una cuestión que se ha estudiado de modo extenso por organismos multinacionales, como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Además ha sido analizado por pensadores sociales como Bifani (2007), Wallerstein (1999) y De Rivero (2001) entre otros. A pesar de estos y otros esfuerzos, todavía hay innumerables voces que asocian el desarrollo con la idea basada en el progreso económico, tal como se verá más adelante.

En este trabajo se utilizarán argumentos epistemológicos, es decir, basados en esa rama de la filosofía que se ocupa de analizar la naturaleza del conocimiento científico, su generación y validación, y que desafortunadamente es un método poco manejado en el campo del turismo.

Con el objeto de dar cumplimiento a los objetivos propuestos, en este artículo se inicia con la interpretación contextual de los principales problemas que aquejan a la educación superior y a la ciencia, así como su relación con la economía de México. A

[1] Este trabajo es una versión revisada del escrito publicado en la revista *Estudios y Perspectiva del Turismo*, año 2008, vol. 17, núm. 3 y 4, Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos, Buenos Aires, Argentina, pp. 340-358.

continuación se examinan los conceptos de ciencia y desarrollo turístico, en los que se intenta distinguir entre conocimiento científico y seudocientífico, así como entre desarrollo y seudodesarrollo. Por último y como conclusión, se plantean algunas ideas que permiten impulsar la tarea científica en el área turística.

Panorama socioeconómico, educativo y científico de México

La economía mexicana, medida a través de su Producto Interno Bruto (PIB), pasó durante el sexenio del Presidente Vicente Fox (2000-2006) del lugar 11 al 14 en el *ranking* mundial del Fondo Monetario Internacional (FMI). Según cifras del FMI, el incremento promedio real de México entre el 2000 y el 2006 fue del 2.1 por ciento, mientras que India y Rusia ascendieron 6.5 y 6.1 por ciento, respectivamente (Holganza Weblog Business, 2006).

A pesar de tantos acuerdos (ningún país del mundo tiene más tratados de libre comercio que México), discursos y promesas, la competitividad nacional se ha reducido. Con base en el informe del World Economic Forum, entre 117 países del mundo, la productividad mexicana está en el lugar 48; un año antes estaba en el 47, según el *Executive Summary. The Global Competitiveness Report 2004-2005*. Por desgracia y de acuerdo con datos del FMI, parte de esta caída en la productividad tiene su causa en la educación, ya que México entre 102 países ocupa el lugar 74 en calidad de los sistemas educativos; el 59 en innovación tecnológica y, lo que más debe alarmar, el 80 en calidad de la educación científica y en matemáticas (Solana, 2005: 9-14).

Con fundamento en un reporte del FMI, México se queda a la zaga del mundo en la creación de mayor bienestar económico para su población. Este organismo añade que mientras América Latina crecerá a un ritmo de 4.3 por ciento, el país lo hará apenas al de 3.5 (Holganza Weblog Business, 2006). La desocupación abierta afectó a casi un millón 550 mil personas en el primer trimestre de 2006, según confirmó el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). En este nivel, la cantidad de habitantes en busca de empleo, aún sin encontrarlo, alcanzó un porcentaje de 153 por ciento superior al que se tuvo al inicio de la administración gubernamental (2000), tal como lo señala la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2005 (INEGI, 2005).

Con base en el Índice de Desarrollo Humano del año 2004 —que mide los logros en términos de esperanza de vida, educación e ingresos reales ajustados—, México ocupa el lugar número 53 de un total de 55 naciones clasificadas como de alto desarrollo humano, muy por debajo de Chile, Costa Rica, Uruguay, Bahamas y Cuba; y sólo por encima de Trinidad y Tobago, así como de Antigua y Barbuda (PNUD, 2004).

¿Cómo puede aceptarse el sistema económico, cuando el 80 por ciento de las familias mexicanas gana menos de 500 dólares mensuales? ¿Cómo puede admitirse esto, cuando la política neoliberal ha empobrecido a millones de personas y obligó a más de 4 millones a emigrar para buscar fuentes de trabajo que el país les negó durante el periodo 2000-2006? (*cf.* INEGI, 2005).

Es lamentable que egresados universitarios, muchos de ellos con buenas credenciales académicas, tengan necesidad de emigrar a causa de que en la República Mexicana no encuentran oportunidades de desarrollo personal. Es deplorable y preocupante también, que jóvenes con título profesional y experiencia, puedan encontrar empleo sólo por bajísimos 300 o 400 dólares mensuales.

En materia turística, a pesar de que México es considerado por la Organización Mundial de Turismo (OMT) como la séptima potencia mundial captadora de flujos internacionales, no logró ubicarse en los primeros 20 países más competitivos, según la reciente lista elaborada y difundida por el Foro Económico Mundial (WEF, por sus siglas en inglés). En su primer Índice de Competitividad en Viajes y Turismo (TTCI, por sus siglas en inglés), el WEF catalogó a Suiza, Austria, Alemania, Islandia y Estados Unidos como los destinos con mayores atractivos para el desarrollo de esta actividad de servicios. En cambio, a México lo ubicó en el lugar 49 en la lista que abarca 124 naciones de todo el mundo, superado por países como Israel, Qatar y Jamaica. Por subdivisión, en el rubro de entorno de negocios e infraestructura ocupó el 57; y en calidad del sistema educativo, el 82 (véase World Economic Forum, 2006).

Este panorama desalentador muestra cómo el turismo en México se encuentra sumido en una falacia instituida por los funcionarios, quienes no cesan de vanagloriarse de las «excelentes» cifras conseguidas cada año por el sector, aunque hay otras razones para dudar de este optimismo. Es cierto que el número de turistas internacionales sumó cerca de 22 millones de personas para el año 2005, lo que inyectó alrededor de 12 mil millones de dólares a la economía; empero, pocas veces se esclarece que casi un 50 por ciento del total de los visitantes extranjeros se debe al turismo fronterizo, y que no todos los montos de las divisas que se captan por este sector se quedan en el país. Sin menospreciar el avance que se ha tenido en la actividad turística, es conveniente matizarlo y situarlo en términos justos. Es útil reconocer que los objetivos del desarrollo no solamente tienen relación con el crecimiento económico y la generación de empleo, sino también con la formación de capital humano y con el bienestar social, entre otros factores.

Es un hecho que México no avanza como debería en aspectos fundamentales: una sociedad más justa y más solidaria, una sociedad más productiva y competitiva, una sociedad más culta e ilustrada. Tampoco progresa en ciencia y tecnología, aun

cuando son la mejor vía para que nuestra nación supere la miseria y el oscurantismo científico en que se encuentra. Incluso, se ha llegado a dar por sentado que una sociedad que ignore para qué sirve la ciencia, está condenada al tercermundismo. «Hoy los pueblos atrasados que no tienen una visión científica de la realidad, adoptan los artículos y el *know how* de los pueblos avanzados», advierte Marcelino Cerejido (2003: 52).

Por supuesto, ante esta problemática es imperativo hacer algo, sobre todo para mejorar la calidad de los programas educativos y prosperar en los campos científico y tecnológico. Sin duda que con el apoyo de la ciencia —actividad cuyo objetivo es la búsqueda de la verdad— se podrá consolidar la tarea investigativa y así encontrar caminos más audaces y eficaces. El filósofo y escritor español Fernando Savater dijo hace tiempo, «...nada es irremediable, salvo cuando dimiten la inteligencia y la voluntad de los ciudadanos».^[2]

Así pues, la hipótesis que se sostiene en este trabajo es que el rezago científico que presenta el turismo en México, al igual que en Latinoamérica, se debe a la baja calidad de los programas educativos y la mirada tan distorsionada que tienen las empresas, el gobierno y hasta la propia academia acerca de la ciencia. Hay que recordar que bastante de lo que se aborda en los planes y programas de estudio y en las investigaciones turísticas universitarias, rara vez tiene relación estrecha con la tarea científica.

¿Qué es esa cosa llamada ciencia?

Al igual como se pregunta Alan Chalmers (2000) en el título de su popular obra, se responde que la ciencia puede ser concebida como el conjunto de conocimientos (conceptos, proposiciones, teorías, reglas metódicas, etc.) organizados, sistematizados y comprobados resultantes de la investigación. En términos amplios, se entiende por ciencia el conjunto de saberes que por lo general son aceptados por la comunidad científica. Para otro autor

La ciencia no es ese conjunto de conocimientos probadísimos y métodos infalibles que nos enseñan en la escuela. La ciencia es una empresa humana —y una de las más nobles— y, como tal, no avanza en línea recta, acumulando conquistas una tras otra, sino dando tumbos, metiéndose en callejones sin salida y empantanándose por culpa de nuestra testarudez (De Régules, 2005: 18).

[2] Fernando Savater (2003), «Palos, piedras y seres humanos», *El País* del 8 de febrero, España. Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.amnistiacatalunya.org/edu/2/global//g-savater.html.

Según Karl Popper, uno de los filósofos contemporáneos más consultados, los rasgos centrales del conocimiento científico son: 1) parte de problemas tanto prácticos como teóricos; 2) busca la verdad, es decir, de teorías explicativas objetivamente verdaderas; y 3) no busca la certeza, pues todo conocimiento humano es falible y por lo tanto incierto (Popper, 1994: 17).

El saber científico es el conocimiento más importante que se tiene, pero queda claro que éste no tiene la verdad absoluta (ni siquiera las ciencias exactas, como la física); tampoco es el único conocimiento en el que se debe confiar de manera plena, y no todo está al alcance de las ciencias. Hay que admitir que una persona sin actitud científica puede caer con facilidad en el engaño, esto es, no ser capaz de descubrir las trampas discursivas y estadísticas de políticos y de algunos pseudoacadémicos. Hay que aceptar que no todo resultado generado por la investigación en turismo puede ser llamado ciencia, ya que existe mucho conocimiento falso o erróneo en este campo. Se debe reconocer también que gran parte de lo que se nombra como teoría del turismo es una serie de ideas inmaduras que poco ayudan a comprender el mundo turístico en su auténtica dimensión, sino que más bien —en ciertos casos— distorsionan la realidad. La verdad o falsedad de una hipótesis científica no tiene que ver con retórica ni con extraordinarias cifras que impresionen, sino con demostraciones. Se puede asegurar que la perorata del «desarrollo turístico» —que sólo ensalza las manifestaciones económicas— es un velo demagógico para ocultar la miseria, la marginación social y el deterioro ambiental que presentan los destinos de México, incluyendo el «paradisiaco» Cancún.

Asimismo, es posible afirmar que una cantidad considerable de los denominados turismólogos está alienada con ese discurso glorificador. En palabras de Edgar Morin, son locos cautivados con inteligencia ciega. Para este filósofo francés, hay principios ocultos que gobiernan la visión de las cosas y del mundo, sin que se tenga conciencia de ello (Morin, 1999). Por esto resulta delicado que la mayoría de los estudiosos del turismo nada o muy poco hagan por rechazar el conocimiento teórico y empírico equivocado o falso. En efecto, la parálisis mental epistemológica que agobia el medio académico del turismo hace necesario una apertura filosófica en estas cuestiones que, por lo general, se pasan por alto en la investigación turística.

Popper señala que cometer un error en ciencia consiste, esencialmente, en tomar en cuenta como verdadera una teoría que no lo es (y aún más raro en considerar falsa una teoría que resulta verdadera). Por lo tanto, combatir la equivocación significa buscar la verdad objetiva y hacer lo posible por descubrir y eliminar las falsedades. Este es el quehacer de la actividad científica para el gran pensador austriaco (Popper, 1994: 17).

Valdría la pena preguntarse ¿explicar la situación turística y diseñar estrategias de desarrollo no le incumben a la ciencia? Con el pobre conocimiento que se tiene al respecto ¿puede transformarse el modelo de turismo de masas? No obstante que se ha hablado mucho de que no hay realidad que pueda comprenderse de manera unidimensional, fragmentada o reduccionista, a menudo se utilizan en el turismo las explicaciones monocausales y simplificadoras. ¿Acaso es posible lograr el anhelado desarrollo sustentable por medio sólo del uso del saber práctico, pese a las limitaciones que se tienen en este tipo de conocimiento?

Es obvio que la concepción del proceso de desarrollo no puede estar en manos de gente mediocre o ignorante, pero tampoco de aquellos supuestos expertos o asesores (a pesar de sus buenas credenciales académicas) que piensan que el desarrollo y su gestión son meras peticiones o simples buenos deseos. Se tiene que admitir la serie de engranajes y marañas que implica el largo, sinuoso y errático proceso que lleva al desarrollo.

Hay que recordar los graves problemas ambientales y sociales que se tienen que afrontar y no ser iluso al creer que el desarrollo se puede lograr, con la sola atracción de turistas internacionales y/o construcción de grandiosos hoteles o *resorts*. Lo que debe preocupar es el hecho de lo impresionada y cegada en que se encuentra una considerable cantidad de estudiosos y autoridades gubernamentales ante las bondades del aumento turístico y económico. Incluso, algunos agentes políticos han llegado a afirmar que la pobreza y la marginación en los destinos vacacionales es un mal tolerable.

¿Qué es eso llamado desarrollo?

«En cualquier lugar del mundo actual lo que divide a la izquierda de la derecha, sin importar cómo se definan, no es desarrollarse o no desarrollarse, sino cuáles políticas presumen ofrecer más esperanzas para alcanzar ese objetivo», señala Immanuel Wallerstein. Este sociólogo apunta que la industrialización es el camino al desarrollo, que la urbanización y la modernidad, que el acceso a la información y a las nuevas tecnologías, o que la sustentabilidad y la globalización son la mejor vía hacia el desarrollo. Pero sobre todo, para este pensador estadounidense, «...se nos dice que el desarrollo es posible con sólo hacer bien la cosa indicada» (Wallerstein, 1999: 115).

Pero ¿cuál es esa cosa en el campo del turismo? Para un gran número de estudiosos de este fenómeno social, es la planeación del desarrollo. En los discursos de políticos, empresarios y hasta de ciertos académicos, es común escuchar que el desarrollo es sinónimo de crecimiento económico y/o turístico (tener más, acumular).

Ante esta confusión habrá que esclarecer los vericuetos del desarrollo, pero también habrá que abandonar esa propensión de creer a ciegas en las políticas públicas y privadas en el turismo que están fuertemente influenciadas por la concepción del denominado «desarrollismo» (crecimiento) al que se adhieren varios especialistas.

Por su parte, en las universidades el desarrollo se enseña con frecuencia como si se tratara de una serie de recetas de cocina, y sin que se pueda distinguir entre el desarrollo y «el mito del desarrollo» (igual que el título de la obra de De Rivero, 2001). Es indiscutible que la solución a los problemas socioeconómicos y ambientales que atañen a la mayoría de los mexicanos depende de manera profunda del saber que se tenga sobre los mismos y éste, a su vez, de la formación intelectual y científica de sus expertos.

A pesar de que la ciencia se encuentra lejos de ser un instrumento de conocimiento acabado y perfecto, ésta ilumina las posibles acciones alternativas y sus consecuencias como caminos que mejor se adapten a las circunstancias (Sagan, 2005: 45). Si bien el conocimiento de las ciencias naturales —y con más razón, el de las disciplinas sociales— puede ser incorrecto, no hay algún saber que conduzca a una mejor comprensión de los fenómenos que el saber científico. Por tanto, es innegable que las disciplinas sociales deben contribuir al enriquecimiento del corpus teórico del turismo.

No se puede ser tan ignorante y concluir de modo inocente que el desarrollo sustentable se da sólo por el hecho de ofrecer otros productos e introducir nuevas prácticas turísticas como opción a las actividades convencionales. El ecoturismo, por ejemplo, va más allá de hacer caminatas o escaladas, construir cabañas o plantar árboles. Es evidente que esta actitud ingenua requiere de una amplia discusión. Si bien el turismo alternativo —y sus variantes como turismo ecológico, turismo de aventura o turismo rural—, la supuesta antítesis del turismo de masas, crea puestos de trabajo y genera ingresos complementarios a los miembros de los pueblos anfitriones, no ha sido la panacea a los graves problemas que aquejan principalmente a los centros de sol y playa. Estos problemas son: miseria, marginación social, desempleo, subempleo, degradación del medio ambiente, pérdida de identidad cultural, falta de competitividad de los destinos, entre otros.

En el territorio mexicano se tienen dos buenos ejemplos que testimonian lo expuesto. Primero, los Santuarios de la Mariposa Monarca, donde son indudables los efectos de la presencia del tropel de visitantes que arriban cada temporada a Angangueo, Michoacán. Segundo, el recorrido turístico Barrancas del Cobre que ofrece una variedad de recorridos por poblados indígenas de la Sierra Tarahumara, en el estado de Chihuahua. La verdad es que ni ésta, ni otras comunidades van a salir de la pobre-

za y exclusión social, aun cuando hayan apostado al turismo, si no existe la capacidad y creatividad para establecer una estrategia de desarrollo auténtica que sea más humanista, democrática e incluyente. Además, es preciso que se deje de lado lo que empresarios, funcionarios y hasta algunos estudiosos creen que es el ecoturismo, un mero nicho de mercado, al parecer respetuoso de los recursos naturales y culturales.

Decía el gran escritor mexicano Gabriel Zaid, «Desde 1606, misioneros, antropólogos, turistas, ingenieros, médicos, sociólogos, economistas, políticos, comerciantes y autoridades han llevado el progreso a los tarahumaras. ¿Y qué ha cambiado en cuatrocientos años?» Los tarahumaras, no mucho. Persisten en su ser tradicional y en su atraso socioeconómico. «Han sido despojados de tierras y de bosques, han tenido que replegarse a la sierra más inaccesible, pero se han resistido a desechar lo que son, para adoptar lo último que hay que ser» (Zaid, 1997: 35).

Los organismos de gobierno en México, responsables de la llamada «industria sin chimeneas», todavía no asumen la responsabilidad social y la ética del desarrollo, ni toman conciencia de que el bienestar de las comunidades locales no está en la lógica natural del turismo masivo. La sabiduría implica admitir errores y limitaciones, pues la experiencia demuestra que los centros turísticos que se guían por el mercado o por el propio Estado no arrojan los mejores resultados.

Conviene aceptar que no hay bases para deducir la existencia del turismo sustentable en el país. A pesar de que el discurso de la sustentabilidad se presenta como científico, éste no llega a ser más que una burda imitación, ya que la norma epistemológica propia de la ciencia, es decir, la crítica y autocrítica brillan por su ausencia. Estamos lejos de ese ideal de la sustentabilidad, que al mismo tiempo que aprovecha racionalmente los recursos naturales, involucra a las poblaciones locales presentes y futuras en su mejoramiento socioeconómico. Cuando el discurso confunde las esperanzas con los hechos, se cae en lo que el autor de este artículo llama «desarrollo turístico imaginado», título de una obra publicada (Gómez, 2005a).

Es decepcionante descubrir académicos que ni siquiera saben introducir los principios de la ciencia en sus investigaciones, que consiste en la búsqueda de la verdad (proposiciones correctas y convincentes acerca de la realidad), raciocinio suficiente, evidencia empírica y rigurosa comprobación, argumentación coherente y lógica, actitud crítica, observación meticulosa y escrutinio escéptico con lo que se dice y se escribe.

Se debe distinguir en absoluto entre buenas aspiraciones y lo que puede ser real, para no correr el riesgo de ser embaucado con facilidad. De ahí la importancia de tener una condición recelosa ante cualquier discurso, en especial aquel que sostienen los predicadores del «desarrollismo». Aún no se asimilan las enseñanzas

del gran filósofo francés René Descartes, «La duda sistemática es el mejor método para descubrir la verdad. El escepticismo sigue siendo una de las principales armas del científico; dudar hasta comprobar o hasta tener pruebas incontrovertibles es una actitud muy sana no sólo en la ciencia, sino en la vida diaria» (citado en De Régules, 2005: 75).

Es muy cierto que en casi todos los académicos existe una postura de rechazo al modelo de turismo masivo por su carácter consumista y depredador; sin embargo, esto no significa que se estén conformando otros paradigmas. Por lo general, los apologistas del neoliberalismo han sido reacios a cambiar el rumbo del supuesto desarrollo y a debatir sus propuestas de acción y sus bases epistemológicas. En el corazón de algunos de ellos se encuentra la idea de que el deseo se convierte en realidad.

Resulta preocupante y peligroso que se mantenga un oscurantismo en la problemática ambiental, contaminación, degradación del medio y crisis de los recursos, pese a que científicos de todo el mundo hacen llamados urgentes para poner en marcha medidas frente a esos y otros riesgos que aquejan al bienestar social y al planeta. Se podría preguntar ¿a qué intereses sirve esta ignorancia?

Si se quiere que los destinos de México escapen al crecimiento exponencial de su población, se deben establecer políticas sociales y económicas más inteligentes e integrales para el turismo, sin perder de vista otras actividades productivas. Con toda sinceridad, no se va a dar una solución a las múltiples y delicadas contradicciones que enfrentan los centros vacacionales si se sigue con el afán de crecimiento irresponsable ante la degradación ecológica, pérdida de las culturas, bajos salarios y marginación.

Los denominados «Acapulco Tradicional» y «Acapulco Dorado» que se presentaron, en su tiempo, como nuevos «desarrollos turísticos», al igual que si fueran capas de una cebolla, son testigos mudos de la «gloria» de otras épocas. Acapulco es un destino de playa maduro en medio de la decadencia pese a su nuevo proyecto «Acapulco Diamante» y a las hordas de viajeros que de manera permanente arriban a este puerto. Sirva este paradigmático ejemplo del antidesarrollo turístico, para traer a la memoria uno de los mayores desafíos que desde hace decenios muestra el «desarrollo», el cual parece trabado en el país debido sobre todo a su escasa reflexión e investigación (la realizada se considera de bajo nivel), así como a la insuficiente relación de estas tareas intelectuales con las ciencias sociales.

No es un secreto que gran parte del proceso de toma de decisiones en el turismo está en manos de gente complaciente de los beneficios que conlleva la conservación del sistema turístico y económico dominante, pero también de personas completamente ignorantes en materia científica. Una sociedad bien educada debería buscar

solución a sus graves problemas en la ciencia y la técnica, según expresan connotados pensadores (*cfr.* por ejemplo Popper, 1994 y Cereijido, 2003).

Es comprensible la relativa adolescencia de conocimientos entre políticos y directivos de empresas para entender qué es y cómo funciona eso que es llamado ciencia; pero lo que resulta incomprensible —y hasta patético— es que existan autoridades académicas en turismo que consideran prescindible el estudio de la ciencia dentro de las carreras universitarias.

¿Cómo podrían los países, como México, fortalecer el conocimiento científico en el turismo?

Algunos aspectos que pueden ser tomados en cuenta para la consecución de tal propósito son:

a) Un mayor nexo entre la ciencia y la educación superior en turismo para que no se proporcione toda clase de explicaciones absurdas acerca de este fenómeno social contemporáneo, ni se perjudiquen académicamente las carreras universitarias. Aunque duela decirlo, la mayoría de las licenciaturas y posgrados en el área turística están llenas de alumnos que no leen y de profesores que no investigan con el necesario rigor científico.

Es un hecho que con las prácticas educativas predominantes, donde persiste un analfabetismo científico y una intelectofobia, será difícil cumplir la función social de mejorar el nivel de vida, aprovechar y preservar los recursos naturales y culturales, así como asegurar una independencia económica. No se puede quedar inmóvil ante el desenvolvimiento caótico de esta actividad vinculada con el ocio, ni frente a los desaciertos de los estudios turísticos para llegar a conclusiones razonables. Se debe admitir que en buena medida el discurso del turismo alternativo es una de las armas predilectas, a la que más recurren como espejismo los seudodesarrolladores para embaucar a gente crédula.

Vale reconocer a los especialistas que se han dado cuenta de la serie de imprecisiones que se tienen sobre el vanagloriado turismo alternativo, el cual navega bajo la bandera del «desarrollo sostenible» y por lo general es presentado a los países tercermundistas como vehículo del progreso para que salgan del subdesarrollo. Es innegable que los defensores del llamado «nuevo turismo» están estafando, porque se trata del crecimiento turístico y no del desarrollo. La realidad es que no se ha podido sacar a las poblaciones receptoras del atraso socioeconómico en que viven, a pesar de las promesas que se les hace en nombre del turismo alternativo. ¿Es el ecoturismo un real paradigma de desarrollo o es un simple ardid publicitario?

Hay que ser honestos y admitir que el desarrollo local, por lo menos en el campo turístico, ha sido una buena utopía en México. Incluso, existe duda acerca de ese discurso hegemónico del capitalismo moderno, denominado «empoderamiento», es decir, esa facultad de las comunidades locales para desarrollarse. Sería apropiado preguntarse ¿cuáles grupos marginados han sido empoderados y, por tanto, están en mejores condiciones para confrontar y lidiar con las fuerzas que influyen en su desarrollo?

En efecto, el modelo turístico vigente en el país requiere de una cirugía mayor, máxime cuando se observan los magros resultados que las políticas públicas han obtenido en materia de combate a la pobreza y distribución de la riqueza en los espacios vacacionales, en especial de sol y playa. Es preocupante que en estos lugares no se disponga aún de alguna estrategia plausible de cómo aminorar o abatir estos rezagos sociales. Hay que aceptar las limitaciones teóricas y empíricas que se tienen sobre el desarrollo turístico. Se necesitan otros esquemas para explicar la realidad u otros distintos modos de razonar, es decir, personas que piensen de manera más informada y con mayor iniciativa e inventiva, cuestionen presuposiciones dadas como evidentes, reflexionen de modo complejo, observen aspectos que por lo común son soslayados por otros y tengan actitudes multidisciplinarias que superen las fronteras tradicionales de las disciplinas.

Sin duda, al no querer saber de ciencia o no entenderla, no se es capaz de detectar que demasiadas opiniones y propuestas de acción en turismo son patrañas. Debido a la incompetente mirada científica, pocas veces se toma en cuenta que la realidad es fácil de ocultar. Por lo general, los turismólogos, al desconocer instrumentos de medición más precisos, las pruebas que hacen en los estudios son demasiado débiles. A causa de la insuficiencia de los modelos manejados en el turismo, es común que las respuestas sean inadecuadas o de plano banales.

b) Es indiscutible que si se quiere salir del rezago académico y la escasa producción de conocimientos de alto nivel, es necesario impulsar la investigación teórica en el turismo. ¿Acaso se ha generado un saber (o supuesto saber) a tal punto que ya no sea posible añadir nada? Conviene reconocer que aún quedan muchas cosas por descubrir; sin embargo, esto sólo podría hacerse si previamente se forman cuadros de profesionistas capacitados en el área científica. Además, si las instituciones de educación superior no se despojan de esa euforia por las excelsas cifras que muestra esta actividad de servicios en México, se seguirá con esa manía de abrir licenciaturas y posgrados en turismo sin contar con cuerpos de profesores y productos de investigación consolidados en materia académica.

c) Es necesario restringir la entrada de alumnos a los posgrados salvo que cumplan los criterios mínimos académicos, es decir, cerrar la puerta a los que no tengan

apetito o curiosidad intelectual. No debe existir temor ante la necesidad del interés por la ciencia. Urge enseñar a los estudiantes —y por qué no, hasta a los profesores— las ideas fundamentales de la búsqueda científica. Es una obligación de cualquier institución de educación superior formar profesionistas observadores, ingeniosos e inteligentes, pero también gente humanista: egresados con amplia conciencia social, sensibles al tema de la pobreza y la desigualdad, pues son problemas que han adquirido una relevancia nacional y global.

Es asombroso el cómo vive la mayoría de los empleados —y sus familias— de la actividad turística ante los precarios salarios percibidos. Cabría preguntarse ¿por qué los especialistas del ramo casi no piensan —mucho menos repiensan— un paradigma de bienestar social diferente al «paraíso oficial», ni discuten el tránsito hacia una sociedad más equitativa e igualitaria? ¿Por qué los expertos del turismo rara vez se interesan por esta temática? ¿Cómo es posible que se desprece el conocimiento teórico y metodológico que aportan las disciplinas sociales, cuando en todos los centros receptores de viajeros persisten estas y otras contradicciones?

Si bien se ha avanzado en la investigación turística en México, nos falta mucho para lograr que esta tarea muestre mayor rigor científico. El grave error de un gran número de estudiosos es que sólo quieren leer lo que se escribe de este fenómeno y las ramas que lo componen. Son bastante «parroquianos» en su quehacer al seguir sometidos a conceptos y metodologías preestablecidos propios de su campo de acción (problema de la endogamia disciplinar). Pocas veces utilizan los aportes teórico-metodológicos de las ciencias como herramientas de estudio o camino de superación académica. La mayor parte de ellos tiene una actitud muy pragmática y utilitarista, todo lo quieren resolver con la experiencia. Aun cuando se reconoce la importancia del conocimiento empírico, hay que admitir que existe un sentido común engañoso y a veces aberrante. Por lo general, los estudiantes de las carreras universitarias son ignorantes en la aplicación del saber científico debido, entre otras causas, a que los profesores no promueven la ciencia o quieren enseñarla sin practicarla (incongruencia); y a que una significativa cantidad de ellos supone que el trabajo científico es para iluminados o quienes posean un coeficiente intelectual alto.

Cabe preguntarse ¿qué se sabe en el medio académico del turismo acerca de la pobreza y los factores que la producen? Lo más seguro es que muy poco, pese a lo mucho que han indagado sobre esta temática los economistas, sociólogos y antropólogos. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) consideran que la educación superior puede y debe constituirse en un instru-

mento de lucha contra el subdesarrollo social, económico y ambiental en que viven los pueblos. Estas mismas agencias internacionales admiten que un alto nivel de vida sólo es posible para los países que generan ciencia y controlan las tecnologías de producción más avanzadas.

En efecto, educación, ciencia y desarrollo son tres términos inseparables. La educación brinda elementos para tomar mejores decisiones y eleva la capacidad de las personas para pensar bien. Sin duda, el perfeccionamiento intelectual y científico se produce con la buena educación de manera determinante. En este sentido, cabe cuestionarse nuevamente ¿se puede crear con las prácticas educativas reinantes en el turismo, un modelo de desarrollo que al mismo tiempo que genere riqueza, la distribuya de modo más justo e igualitario? ¿Es factible que una sociedad ignorante en los avances de las ciencias pueda progresar y generar su propia tecnología? ¿Es viable aumentar la productividad y competitividad de las empresas del ramo con una planta laboral poco educada? Por supuesto que la educación por sí sola no mejora las condiciones socioeconómicas; sin embargo, la historia ha demostrado que no hay desarrollo humano posible sin educación.

d) Hace falta una mayor relación entre la ciencia y los tomadores de decisiones (como los casos del gobierno y la iniciativa privada) para que apoyen en mayor medida la investigación en el turismo. Es importante que ambos sectores modifiquen sus prioridades para que reconozcan el papel que debería desempeñar esta tarea en el desarrollo turístico, pues eventualmente serán ellos los futuros usuarios de los resultados de los estudios.

e) Se requiere fomentar el debate de ideas, proyectos y propuestas de acción, ya que el diálogo, discusión y confrontación de opiniones con los demás son una forma de aprendizaje activo. Es importante ser más críticos y autocríticos en lo que se hace, pues no es posible efectuar cambios sin reconocer lo que está mal. La crítica no sólo sirve para detectar errores, sino también para reorientar el camino que se sigue. Se debe hacer desaparecer la falsa creencia de que la gente que piensa y repiensa no aterriza sus ideas en cosas prácticas. Hay que recordar que los principios básicos de la ciencia son el razonamiento, la crítica y el escepticismo.

La reflexión profunda, la crítica fundada y el escepticismo de lo que se dice y escribe son obra de una minoría. Conviene reconocer que aun cuando en México es frecuente la publicación de textos en turismo, sin un análisis prudente, muchos de éstos se quedan en bodegas sin repartir. No se pueden aceptar teorías o marcos conceptuales sólo por la fama de los investigadores, máxime cuando en nuestro medio se carece de una cultura de discusión de ideas y principios. Sin embargo, existe una grey de aduladores, serviles y conformistas, quienes creen que la realidad turística es

el «mundo feliz» o el «edén», sin luchas, odios, conflictos, contradicciones ni grupos de poder político o económico.

Pero, ¿por qué educar desde la visión científica?

Numerosos pensadores sugieren que desde la escuela elemental hasta la superior se requieren profesores que inspiren tanto el gusto por la ciencia, como que sean capaces de explicarla. No hay vuelta atrás, en cualquier nivel del sistema educativo «la ciencia se debe presentar como parte integral del maravilloso tapiz del conocimiento humano», plantea Carl Sagan (2005: 15). Por esto, resulta inconcebible que un estudiante de pregrado o posgrado en turismo no entienda o, peor, no conozca a los precursores de las disciplinas sociales, como: Adam Smith, Augusto Comte, Carlos Marx, David Ricardo, Emile Durkheim, Max Weber o Sigmund Freud. Si no se comprende a los teóricos clásicos será difícil entender a los pensadores contemporáneos, como: Alain Touraine, Anthony Giddens, Clifford Geertz, Fernand Braudel, Immanuel Wallerstein, Joseph Stiglitz, Amartya Sen, Manuel Castell o Pierre Bourdieu. Entonces, ¿cómo incidir en las políticas nacionales?, ¿cómo tomar decisiones inteligentes?, y ¿cómo podrían captarse los temas subyacentes en el turismo? Ante dichas preguntas, no tan sencillas, es saludable que los estudiosos del ramo se abran más a las ciencias sociales.

Se supone que en las instituciones de educación superior deberían preparar gente con conocimiento que sea capaz de contestar estas y otras interrogantes. Sin embargo, el hecho es que en las licenciaturas y posgrados en turismo a los alumnos no se les anima a profundizar en sus ideas o conceptos ni en los problemas que tienen que afrontar. Tampoco se les dota de la información necesaria para explicar fenómenos y decidir cuestiones importantes dentro de su área profesional. ¿Se permite o no la operación de casinos o casas de juego en México? ¿El turismo basado sólo en un sistema de mercado puede lograr el desarrollo de las poblaciones receptoras? En términos generales, no debe sorprender que las respuestas a estas preguntas se acepten ciegamente debido a la falta de crítica y a esa ofensiva ideológica neoliberal. El asunto del crecimiento turístico, por ejemplo, es una obsesión para los desarrolladores, aunque a menudo pasen por alto aspectos no menos importantes como la alta repatriación de las ganancias por los corporativos, la baja remuneración de los trabajadores y la oferta temporal de los empleos, por citar algunos casos desde el enfoque economicista.

La ciencia es más que un cuerpo de conocimientos, es una forma de pensar y de conducirse ante la naturaleza, señala su historiador Thomas Kuhn (1971). La norma básica de la ciencia es el saber y el descubrimiento, por lo que su tarea es para gente

con una gran capacidad intelectual. Cabe interrogarse aquí, ¿poseen las corporaciones privadas y las instituciones gubernamentales personas talentosas y creativas que hagan frente a los retos y desafíos que le deparan al turismo en el futuro? Lo más seguro es que la respuesta sea negativa, pues es sabido cómo la hotelería —la principal actividad de la «industria turística»— al igual que otras ramas, por ejemplo, las operadoras de viajes, a menudo emplean mano de obra no tan calificada ni bien educada, con magros salarios con el propósito de disminuir costos; pero también es conocido cómo el gobierno contrata servidores públicos bajo criterios eminentemente políticos.

Si se quiere competir con los países que más captan turistas internacionales en el mundo (Francia, España, Estados Unidos e Italia), es importante contar con individuos imaginativos e innovadores dentro de las organizaciones públicas y privadas del ramo. ¿Congrega la actividad turística a trabajadores del conocimiento, esto es, personas que se especializan en pensar? ¿Los programas educativos en turismo reclutan académicos que puedan enriquecer las explicaciones acerca de este fenómeno social? Se puede asegurar que el futuro de las carreras universitarias mexicanas en este campo se ve crítico, sobre todo por el abandono del trabajo científico. Ni siquiera el tránsito de personas con experiencia de la iniciativa privada hacia el sector gubernamental ha resuelto el problema del desarrollo turístico pues, como es obvio, las instituciones oficiales han sido consecuentes con los intereses de los agentes económicos poderosos de la sociedad. Por estas y otras razones el turismo continúa plagado de ineficiencias, comportamiento depredador con el entorno natural, conductas irrespetuosas con los recursos culturales, así como con patrones mercantiles de consumo que sólo buscan el afán de lucro y ganancia. ¿Dónde queda el interés público?

Al contrario de lo que es habitual en las universidades de primer mundo donde se valora a los profesores por su experiencia para generar y transmitir saberes, su capacidad académica y su manera de enseñar, las instituciones de educación superior del país forman profesionistas poco competentes para convertir las organizaciones en entes productivos que puedan contender en los mercados globales, en los cuales las piedras angulares son el *know how* y la habilidad de aprender en una sociedad y economía dominadas por el conocimiento.

Es muy cierto que por la educación turística han pasado alumnos inteligentes, incluso con un talento especial que los hace apasionados por la investigación. Empero, este entusiasmo no es correspondido por las universidades, pues en muchos de los casos continúan formando antiintelectuales. De ahí que estos programas educativos necesiten buscar otras direcciones que apunten a soluciones diferentes y, entre ellas, la más urgente que es incorporar el quehacer científico a las tareas docentes.

El poder y la ciencia

Decía Carl Sagan, «Uno de los grandes mandamientos de la ciencia es: desconfía de los argumentos que proceden de la autoridad» (Sagan, 2005: 47). Desde luego, no siempre los turismólogos siguen esta sentencia, ni cuestionan con conocimientos — ya sea por temor o ignorancia— a los que ejercen el poder político. Es decir, mínimas voces se han levantado en contra de la frecuente intromisión del gobierno en asuntos que tienen que ver con el saber.

La historia ha demostrado que no hubo una fuerte oposición de los intelectuales al desenvolvimiento del turismo cuando, a finales de los años sesenta, un grupo de tecnócratas del Banco de México planearon el crecimiento de este fenómeno en gran parte del territorio nacional en nombre del desarrollo. Sus planes eran «exportar el paraíso» para crear empleos, promover el progreso regional y captar divisas. Durante las décadas setenta y ochenta el Estado mexicano creó cinco nuevos centros turísticos «integralmente planeados» o *resorts* de categoría mundial: Cancún, Ixtapa, Los Cabos, Loreto y Huatulco (Clancy, 2001).

Numerosas investigaciones turísticas, más que comprender y explicar la realidad, han sido trabajos de consultoría que, en la mayoría de las veces, se orientan a perpetuar el sistema y quedar bien con el que paga. Es innegable el interés de este tipo de estudios por mantener a los ciudadanos inmersos en verdades a medias o falacias. Estos trabajos oficialistas y utilitaristas están llenos de falsas promesas y predicciones incumplidas, ya que sólo intentan influir en la opinión pública al exagerar con frecuencia las bondades del turismo y colorear las conclusiones de forma maravillosa de acuerdo a las inclinaciones de los patrocinadores. Son pocas las investigaciones que intentan clarificar cómo el modelo de «desarrollo» imperante determina la concentración de la riqueza generada por esta actividad vinculada con los viajes.

Incluso entre expertos del turismo aún existe la falsa idea de que producir ciencia es sólo obtener datos y realizar análisis estadísticos, o que cualquier tarea de investigación es científica. Creen que generar conocimientos es hacer «ciencia sin seso», como bien apunta el título de la obra citada de Cerejido (2003).

Conclusiones

Ante lo expuesto, se debe fomentar (no obligar) una cultura científica elemental; esto es, instaurar un ambiente de comprensión y crítica informada en las instituciones de educación superior, pues es sabido que son éstas (en especial las públicas) los sitios predilectos donde se produce conocimiento. Se requiere también que todos en su

conjunto asuman el reto de enfrentar la crisis que padece el sistema universitario mexicano y, en particular, las licenciaturas y posgrados en turismo. Sin embargo, esta crisis no implica fatalismo alguno ni una mirada apocalíptica.

Es irrefutable que el progreso de la ciencia necesita mayores presupuestos, pero también contar con estudiosos mejor formados académica y científicamente. Por eso, para promover el interés por la tarea de indagación y para adquirir una capacidad de pensar cada vez más rica, los profesores de turismo deberían incluir en los programas universitarios lecturas de artículos publicados en revistas prestigiosas para poner en contacto a los alumnos con los progresos teórico, empírico y metodológicos de las disciplinas sociales y con los resultados de investigación, además de incorporar libros de divulgación de la ciencia.

Es necesario reconocer la importancia de la investigación en el saber y en la resolución de problemas empresariales y comunitarios. Hay que aceptar que las contradicciones que muestra el turismo tienen que ver, en parte, con lo endeble del conocimiento que se posee acerca de este fenómeno del ocio. Esta debilidad radica en los falsos modelos teóricos y empíricos que hacen que se asuma una visión superficial y a veces quimérica de la realidad. Ante estos errores e ilusiones que no han dejado (ni dejan) de imponerse como verdades, no queda más que repensar e impensar —expresión de Wallerstein (1999) que se refiere a desarraigar ideas engañosas de la mente— con el propósito de poder examinar por sí mismos la validez del corpus de conocimientos turísticos, incorporando información y esquemas conceptuales cada vez más refinados, versátiles y eficientes.

Es primordial que la tarea científica se aplique, sobre todo, en el sector productivo del país para innovar procesos tecnológicos en las organizaciones; por ello resulta esencial el promover la investigación básica orientada a generar nuevos conocimientos como a revisar las teorías en que se apoya el saber. Es aquí donde todo especialista debe mirar con lupa los fundamentos teórico-metodológicos que maneja, el marco filosófico en que trabaja y las suposiciones en que descansan sus enunciados y que, de uno u otro modo, los pensadores sociales han cuestionado. En suma, el asunto epistemológico francamente se ha soslayado para los estudiosos del turismo.

Una de las intenciones de este trabajo es resaltar que no existe receta alguna para alcanzar la sustentabilidad del turismo e insistir que ante la necesidad de cambiar el modelo de desarrollo las disciplinas científicas tienen que estar en el centro de toda discusión. Por eso, lo que los investigadores deben hacer es utilizar su aparato lógico, sus esquemas teóricos y conceptuales, sus métodos y técnicas, además de seguir los cánones de la ciencia como la demostración o la falsación —de acuerdo con el término popperiano— y la discusión amplia del conocimiento.

La fuerza dinámica de la sustentabilidad —filosofía de vida anhelada por todos— radica en que se conciba como opción de desarrollo opuesta al modelo de producción y vida capitalista que domina gran parte del mundo. No se debe olvidar que la hegemonía del turismo de masas rompe los lazos de solidaridad y hace trizas al tejido social comunitario. Conviene traer a la memoria que el desarrollo sustentable es y debe ser una nueva estrategia que tienda a comprender la realidad en lugar de simular entenderla, que trate de cambiarla en vez de padecerla, que construya el futuro en lugar de aceptarlo tranquilamente.

Por último, es grave lo poco que se ha reflexionado en busca de nuevas y factibles alternativas de desarrollo ante la imperiosa demanda de una transformación en el actual modelo de turismo. Por tanto, no queda otra elección que un cambio en lo que de manera tradicional se ha hecho en materia de investigación turística; esto es, admitir el conocimiento científico, ya que éste, además de que sirve para iluminar la realización de los estudios, hace a las personas mejores ciudadanos. Así pues, hay que poner manos a la obra y utilizar a la ciencia como medio para lograr el desarrollo.

LA CIENTIFICIDAD EN EL DISCURSO ACADÉMICO DEL TURISMO EN MÉXICO^[1]

*Si quieren averiguar algo sobre los métodos
que usan los físicos teóricos, les aconsejo que observen
rigurosamente un principio: no escuchen lo que ellos dicen
sino más bien fijen su atención en lo que hacen.*

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

Introducción

En numerosos congresos y escritos sobre el turismo se ha hablado repetidamente de los avances y aportaciones de las investigaciones realizadas en México, del camino que ha seguido esta tarea científica, de los grandes esfuerzos que se han hecho, de las sustanciales limitaciones que se tienen en la materia, así como de los nuevos rumbos que debería tomar la indagación sistemática acerca de lo turístico (véanse, por ejemplo: Rodríguez, 1989; Gómez, 2005b; Guevara, Molina y Tresserras, 2006; y Espinosa, 2007). Sin embargo, rara vez se ha examinado el estatus epistemológico de los conocimientos y el modo en que se construye, crea y produce este corpus;^[2] mucho menos se han tratado las posturas filosóficas que adoptan los estudiosos del turismo. En varios artículos se ha reflexionado el papel que debería desempeñar la ciencia en la investigación turística no sólo para iluminar las posibles acciones alternativas y sus consecuencias, como bien apunta Carl Sagan (2005), uno de los más importantes físicos del siglo xx, sino incluso para formar mejores profesionistas, ya que la ciencia es y debe ser parte de la cultura de las universidades (véanse Gómez, 2005d, 2008a y 2008b).

[1] Este trabajo es una versión revisada de la ponencia presentada en el 6° *Taller Internacional de Turismo del Caribe* organizado por la Universidad de Quintana Roo, Unidad Académica Cozumel, del 26 al 28 de junio de 2008; y posteriormente en el *Congreso de Investigación Turística. X Nacional y IV Internacional Sector Cestur, y II de la Academia Mexicana de Investigación Turística (AMIT)*, celebrado del 26 al 29 de noviembre de 2008 en la Universidad Autónoma del Estado de México.

[2] No obstante, se reconoce que en el medio académico de México existen ciertas reflexiones epistemológicas acerca de la investigación turística y el modo en que se construye su conocimiento (véanse, por ejemplo, el texto de Castillo y Lozano, 2006; el apéndice de libro de Castillo, 2006; y los artículos de Conde, 2006; 2007). Tal como se analiza en el escrito, la mayoría de los intelectuales no demuestra tener un genuino interés por la ciencia. En el ámbito latinoamericano consúltese la obra de Panosso (2008), la cual ofrece una visión optimista sobre esta temática.

El propósito principal de este ensayo es analizar por qué el discurso académico del turismo, por lo menos en México, está muy lejos de alcanzar la cientificidad que pregona Jafar Jafari, jefe editor de la revista *Annals of Tourism Research*, en su trabajo titulado «The Scientification of Tourism» (2001). La postura seguida aquí es la misma de artículos anteriores (Gómez, *op. cit.*); una postura radicalmente escéptica respecto a la objetividad y la racionalidad en el estudio del turismo, principios característicos del saber científico. El propósito secundario es dar pistas de cómo las carreras universitarias y sus productos de investigación (conocimiento) pueden obtener credibilidad académica mediante la promoción de una cultura intelectual y un alfabetismo científico. La tesis central es que las graves deficiencias teóricas y epistémicas que presenta la investigación académica del turismo en México se originan por las concepciones erróneas que los estudiosos poseen acerca de ¿qué es esa cosa llamada ciencia? (como el título de la popular obra de Alan Chalmers, 2000), ¿para qué sirve?, ¿cómo se construye?, ¿cuál es su producto?, y ¿qué es lo que le da rigor científico al conocimiento?

El interés aquí se centra en el discurso académico acerca del turismo, entendido como el conocimiento escrito que construyen primordialmente los profesores e investigadores universitarios —incluyendo el generado por las tesis de posgrado—. Se excluye aquí ese otro discurso de carácter político y privado que producen las dependencias oficiales o los consultores ajenos a las instituciones de educación superior, teniendo en cuenta que no se publica en revistas especializadas, ni se cuestiona ante la comunidad intelectual; además por la notoria ausencia epistémica, científica y crítica en la mayoría de sus estudios.

Para efectos de los objetivos planteados, a lo largo del documento se expone un conjunto de casos de la práctica de indagación y sus productos, seleccionados como testimonios o pruebas que aspiran a demostrar la verdad de las afirmaciones formuladas; las cuales descansan en una amplia e inagotable revisión documental de libros, tesis de grado, proyectos de investigación, artículos y ponencias publicadas. Esta tarea documental se complementó con las experiencias obtenidas en múltiples participaciones en congresos, seminarios o foros nacionales e internacionales, donde se ha tenido la oportunidad de examinar ideas con algunos especialistas. El poder discernir entre lo que es ciencia y seudociencia, entre lo que es una descripción adecuada (o verdadera) y una equivocada (o falsa), entre lo que es un discurso consistente y uno inconsistente, implicó la revisión, asimismo, de una vasta literatura contemporánea sobre filosofía de la ciencia.

Se aclara que la posición crítica reflejada en este escrito no pretende atacar a personas, a organismos o a la investigación y la educación turística en sí mismas,

sino poner en guardia a quienes trabajan con el conocimiento de esta área, especialmente a los estudiantes, frente a quienes han tolerado e incluso fomentado las disertaciones académicas falaces y erróneas. Al contrario, lo que se pretende es reorientar la indagación en el turismo, ya que si se quiere consolidar como tarea científica, no se debe trivializar la discusión epistemológica.

Así pues, el escrito está estructurado en tres grandes apartados. En el primero se resaltan y denuncian algunos problemas o malos hábitos que obstruyen el avance científico y que son compartidos por la mayoría de los investigadores en turismo. En el segundo y con base en las reflexiones anteriores, una vez establecidas las nociones de ciencia, conocimiento científico y método científico, se cuestiona la científicidad del discurso académico del turismo. Finalmente, en el tercero, a modo de conclusión, se proponen dos grandes líneas de acción que, en opinión del autor, pueden contribuir a darle solidez científica al saber turístico.

Los siete problemas o malos hábitos en la investigación turística

Entre los problemas o malos hábitos académicos que aquí se analizan, destacan los siguientes: 1) Poca claridad y precisión del discurso, 2) lo descriptivo y especulativo de los trabajos, 3) «casarse» con las ideas de famosos autores y aceptar acríticamente modas intelectuales, 4) soslayar los aportes de las ciencias sociales y utilizar disciplinas fragmentadas, 5) el énfasis en la turismología, 6) el desconocimiento de las controversias filosóficas, 7) las imposturas intelectuales.

La poca claridad y precisión del discurso

Si bien la escasa investigación teórica o pura sobre turismo que se produce en México privilegia el examen de conceptos y relaciones, gran parte de ella deja mucho que desear, científicamente hablando, por su oscuridad y ambigüedad, así como por lanzar al lector una serie de términos propios de la jerga intelectual (por ejemplo, «posmodernismo» y «sistemas complejos»), sin validar antes su pertinencia y sentido para la comprensión de lo turístico. Un lenguaje tan confuso como el que se detecta en múltiples estudios, es lo peor que le puede ocurrir al conocimiento del turismo. Toda indagación que no dilucide los conceptos clave que maneja, y cualquier publicación incomprensible, son prácticas moralmente incorrectas, nos advierte Mario Bunge (2005: 15, 78); incluso, toda investigación o texto que carezca de un pensamiento claro, preciso y lógico es grave para las tareas científicas y docentes, ya que sus autores tienen una gran influencia en sus discípulos y un impacto profundo en

la educación debido a que sus discursos se diseminan cada vez más en la academia del turismo. Decía Albert Einstein: «si tu intención es describir la verdad, hazlo con sencillez y la elegancia déjasela al sastre».^[3]

Lo descriptivo y especulativo de los trabajos

La investigación del turismo es relativamente nueva dentro del quehacer científico mundial, pues apenas pasa de las tres décadas, mientras que las ciencias sociales surgieron como disciplinas desde hace más de dos siglos, con la historia y la economía. No es sino hasta los años setenta del siglo xx cuando este fenómeno social se vuelve foco de atención para investigadores de distintos campos de estudio: los geógrafos empiezan a estudiar la capacidad física de los proyectos, los ecologistas a analizar los impactos del turismo en el medio ambiente, los mercadólogos a entender el comportamiento de los viajeros o huéspedes, los antropólogos a tratar de descifrar la peregrinación, el pasatiempo y el ritual turístico, y los sociólogos a comprender la relación turista-poblador.^[4]

A pesar de los progresos registrados en la academia de turismo, principalmente en el contexto internacional, buena parte del trabajo que se desarrolla en México es bastante descriptivo, tal como se manifestó hace más de veinte años en el Primer Congreso Nacional de Investigación Turística, celebrado en 1987 (Rodríguez, 1989). Esto puede constatarse en la pila de estudios que caracterizan al turista o a quienes emplean el modelo de los «ciclos de vida de los destinos turísticos» (el cual se analizará más adelante). Sin pretender minimizar la importancia de los estudios descriptivos, se coincide con Bunge (2005: 14) en que éstos son necesarios pero insuficientes en la tarea científica, por lo que se deberían explicar los datos, y cuando sea posible, también predecirlos. De igual forma, el filósofo Leal (2008: 65) apunta «...a donde quiere llegar la ciencia es a la explicación; y en este sentido por supuesto que una investigación explicativa es mejor que una investigación descriptiva vista desde la perspectiva de la acumulación de conocimiento. Sin embargo, para llegar a la explicación hay que pasar por la descripción».

[3] Sabiduría (s/a), *Sabiduría.com. Citas y frases celebres*, consultado el 9 de julio de 2008 en: www.sabidurias.com/buscar/es/7462/todo. Véase un comentario sobre esta frase en el prólogo de Einstein (1999).

[4] En esta misma época, en las instituciones de educación superior estadounidenses surgen las principales revistas académicas y científicas del ramo, consideradas hoy como las más prestigeadas en el ámbito internacional y de gran influencia entre la comunidad científica, como: *Annals of Tourism Research* de la Universidad de Wisconsin-Stout y el *Journal of Travel Research* de la Universidad de Colorado.

«Casarse» con las ideas de famosos autores y aceptar acríticamente modas intelectuales

Es incuestionable que parte del discurso académico sobre el turismo en México continúa emprendiendo el camino tradicional del turismo de masas para desarrollar los destinos. Esta visión es verdaderamente inocente, porque supone que con el sólo crecimiento de este segmento de mercado se dará el desarrollo en las localidades donde se desenvuelve esta actividad vinculada con el ocio. No obstante el cúmulo de diagnósticos y estudios que se han elaborado para los sitios vacacionales de nuestro país, el turismo no ha disminuido los problemas sociales, culturales, urbanos y ambientales, entre otros, sino que los ha agravado.

Cierto, como toda sociedad, con el tiempo las ciudades turísticas evolucionan rápidamente y se vuelven más complejas, en parte debido a las múltiples contrariedades que la masificación del turismo ocasiona y ha dejado sin resolver, y no tanto se tornan a la perfección debido a las razones esgrimidas por sociólogos positivistas como Herbert Spencer. Por esto, no parece muy auténtico y admirable el modelo teórico sobre los «ciclos de vida de los destinos turísticos», planteado en los años ochenta del siglo pasado por Richard Butler (1980), que ilustra la evolución y el decaimiento de los centros vacacionales. Este instrumento, que posee su contrapartida en la biología (los seres vivos nacen, crecen, se desarrollan y mueren), incluye cinco fases en que transitan los centros vacacionales: 1) exploración, 2) implicación, 3) desarrollo, 4) consolidación y 5) estancamiento. Este autor describe los rasgos característicos de cada uno de estos estadios.

Si bien las interpretaciones de las dos primeras etapas son adecuadas (en particular para la mayoría de los destinos costeros mexicanos), las fases tres y cuatro revelan la gran confusión existente entre crecimiento y desarrollo. Cualquier académico sensato sabe distinguir estos dos conceptos, por lo que es lamentable encontrarse con seudoinvestigadores —no se diga líderes empresariales, autoridades públicas y políticos— que piensan que son sinónimos. El crecimiento se reduce a variables cuantitativas y económicas, mientras que el desarrollo se relaciona con variables cualitativas y es un asunto que abarca no sólo lo económico, sino también lo social, lo cultural, lo ambiental y lo político; es decir, tiene que ver con la mejora de los niveles de vida de las poblaciones locales en todos los sentidos. El desarrollo es un proceso complejo, intrincado, arduo y prolongado, por lo que no existe fórmula o regla dorada alguna que se pueda aplicar indistintamente. Por ello, al no haber sido examinado esto en serio por este afamado investigador canadiense ni por sus acólitos, el modelo de Butler tiene poca capacidad explicativa de la realidad turística. Es innegable que en los años setenta del siglo xx, México se deslizaba sobre una

enorme ola de optimismo, por las bondades económicas que normalmente conlleva el turismo: inversiones, empleos, derrama y divisas. Se aseguraba que el futuro estaba del lado del progreso, por lo que el nivel de vida de las comunidades receptoras mejoraría. Sin embargo, a partir de los años ochenta varios actores —principalmente académicos y pobladores— comienzan a perder la fe en las virtudes otorgadas a esta actividad relacionada con los viajes. De hecho, a tono con la fase de estancamiento de Butler, habría que «rejuvenecer» o reconvertir los destinos turísticos, y de ahí el surgimiento del «posturismo», un nuevo discurso académico que ha alcanzado ya gran fama en Latinoamérica, sin previa reflexión y crítica alguna (*cfr.* Molina, 2006).

La investigación del turismo, como todo fenómeno social, requiere de teorías probadas y metodologías rigurosas. En consecuencia, no es muy razonable concluir un estudio sólo expresando la misma receta: «hay que reconvertir el modelo turístico para perfilar el destino como un centro cada vez más exclusivo y sofisticado, enfocado a un tipo de turismo más especializado y redituable». Es muy fácil decir esto; lo difícil es definir el ¿cómo?, o ¿cuál es el camino? Tampoco se ve cómo se podrían resolver los añejos problemas sociales y ambientales con la brillante y trillada sugerencia de promover «nuevos turismos». Cabría preguntarse ¿nuevos, para quién? ¿Nuevos el ecoturismo, el turismo de naturaleza, el turismo rural, el turismo de aventura, el agroturismo, el turismo de golf, el turismo de cruceros, el turismo gay, el turismo de negocios? A pesar de los méritos que podría tener la concepción del posturismo, nadie hasta el momento, por lo menos en América Latina, ha valorado su capacidad de explicación y de predicción. Ni siquiera los más conspicuos estudiosos del ramo consiguen vaticinar con un alto grado de certeza hasta dónde llegará la crisis actual del turismo en México, provocada por múltiples factores, fundamentalmente por la problemática económica financiera global —en particular la de los Estados Unidos— y por la inseguridad nacional. Se debe admitir que el posturismo es una simple declaración normativa, más que una teoría o un modelo explicativo o predictivo. Mientras que sus promotores no hayan demostrado que el turismo convencional (o de masas) y los destinos maduros o agotados estén transitando hacia ese nuevo estadio —que no se alcanza a perfilar con nitidez—, se puede asegurar que esta contribución es falsa en términos popperianos.

Es importante no sucumbir tan tranquila e ingenuamente, ni aferrarse a ésta y otras modas intelectuales, como el posmodernismo, el turismo alternativo y el desarrollo sustentable,^[5] pues, por lo común, sus seguidores no demuestran con argu-

[5] Un análisis más profundo sobre estos discursos se puede observar en los trabajos «Turismo sustentable: la Industria del mito y la fantasía» y «El nuevo sueño del turismo contemporáneo: el postmodernismo» (Gómez, 2006; 2005c, respectivamente).

mentos sólidos lo que propugnan. Todavía no se aprende o no se quiere aprender que es demagógico y poco ético crear falsas expectativas. Convertir el discurso académico en un dogma que no exige pruebas sólo porque lo pregona un famoso autor, es una aberración y hasta un peligro debido a que fomenta la credulidad y debilita la capacidad intelectual, al relegar el pensamiento científico. Hay que decirlo sin rodeos: la cientificidad del discurso académico en el turismo, la sustentabilidad de la llamada «industria sin chimeneas» de México, son creaciones imaginarias. Habría que indicarles a quienes están obsesionados con estas tendencias discursivas, promotores de creencias sin fundamentos racionales, que no han expuesto hechos o predicciones válidas y agudas sobre el turismo, y que se han limitado a señalar lo que podría ocurrir si la ética rigiera las cosas. Por supuesto que no se está en contra de la ética, pero hubiera sido éticamente más correcto admitir que eso no es ciencia, sino admirables sentimientos. ¿Quién se atreve a poner en duda que el turismo sostenible debe ir en contra de la loca carrera de esta actividad? Probablemente nadie, pues desde la visión social y ambiental se considera válida, así como políticamente atractiva. En lugar de ello, ¿por qué no cuestionar este tipo de investigaciones basadas en postulados éticos? ¿Qué tan originales son sus hipótesis (si es que llegan a formularse), de tal modo que valga la pena demostrarlas?, o ¿qué tan viables son sus suposiciones, cuando no son un refrito de doctrinas construidas en otros campos disciplinarios?

En este mismo sentido, se analiza aquí someramente también la hermenéutica, herramienta que algunos académicos buscan legitimar como método apto para explicar, comprender e interpretar la realidad turística. Sin menospreciar la capacidad analítica que pueda proporcionar en la educación y la investigación (en especial su reflexión crítica de los textos), los apologistas de la hermenéutica caen en el desenfreno clásico de ir siempre a los extremos al alabar las nuevas ideas y rechazar las anteriores u opuestas. Esta actitud maniqueísta, exhibe, por un lado, una multitud de virtudes y promesas sin estudios formales o experiencias que validen lo que aseveran, y, por el otro, un cúmulo de repudios tanto a lo descriptivo, fragmentado, unidimensional, mecanicista, cuantitativo y utilitarista, como a lo funcionalista, conductista, cognitivista, positivista y sistémico. Lo anterior se puede observar en el enfoque hermenéutico, dialéctico y analógico que propone en sus ponencias Conde (2006; 2007). Se puede coincidir con este filósofo turismólogo en que una perspectiva dialéctica pretende articular lo deductivo y lo inductivo, lo teórico y lo práctico, lo fenoménico y lo esencial, lo objetivo y lo deductivo.^[6] Sin embargo, el meollo del asunto es

[6] Además de la relevancia de los enfoques dialéctico e interpretativo (hermenéutico) para la educación superior y la investigación turística, concuerdo con este autor en muchos otros asuntos, como la propuesta de una enseñanza basada en la argumentación y el humanismo (Conde, 2006).

¿cómo? No basta con establecer la intención; es necesario poner a prueba sus postulados. Es inútil ostentar un discurso si no se demuestra su validez. Y eso es lo que sucede con el artículo de Caton y Santos (2008), cuyas supuestas explicaciones y reflexiones integrales, holistas, universales y profundas, según Conde Gaxiola, forman parte de la perspectiva hermenéutica. Es evidente en ese texto cómo se incumple el tratamiento científico que debe contemplar todo trabajo docto, a saber: el espíritu crítico, la postura falseable y la disposición de poner a prueba lo que descubre o afirma. ¿Por qué ensalzar a la hermenéutica y cuál es la razón para ocultar conscientemente sus restricciones? Se dice conscientemente —o intencionalmente— porque cualquier investigador informado sabe que en este enfoque la observación y la experiencia no desempeñan papel alguno.

Soslayar los aportes de las ciencias sociales y utilizar disciplinas fragmentadas

Se menciona con frecuencia que gracias a las ciencias se pueden entender mejor los fenómenos y explicitar sus implicaciones, y que una mejor aprehensión del corpus teórico de las disciplinas sociales puede ayudar a entender y controlar las contrariedades que origina la práctica del turismo y a construir un camino de desarrollo más viable. A este propósito, ¿no sería grandioso precisamente para los investigadores que las teorías de los movimientos sociales, propias de los avances de la sociología, tuvieran inmediatas y profundas consecuencias en el estudio de los conflictos en las sociedades turísticas? ¿Es un sinsentido hablar en el turismo y en nuestros días de conflictos sociales, tal como lo planteó Karl Marx hace más de ciento cincuenta años? ¿Quién pone en duda que la ciencia política sea necesaria y válida para estudiar el turismo? Difícilmente alguien lo haría, sobre todo cuando en los sitios vacacionales mexicanos con frecuencia se presentan problemas de tenencia de tierra y cacicazgos.

Las instituciones de educación superior en turismo muestran renuencia a abrir espacio a las ciencias sociales: historia, sociología, psicología, antropología, economía, geografía humana, entre otras. En efecto, estas disciplinas proporcionan conocimientos y herramientas metodológicas útiles que contribuyen a la explicación del turismo. Incluso para ser guía de turistas son importantes ciertos saberes de la biología y la botánica, no se diga de la historia, la arqueología y la antropología. A pesar de que el conocimiento se ha parcelado, las contrariedades sociales y ambientales de hoy en día han obligado a los estudiosos a trascender su área de acción y a hacer uso adecuado de los aportes teóricos, empíricos y metodológicos de las ciencias, aunque no separadas. Hay que enfatizar que los problemas científicos se atienden con más

rigurosidad desde campos de estudio diferentes. Ahora, por ejemplo, los arqueólogos extienden su trinchera hacia disciplinas como la etnografía, la lingüística y la historia. Los urbanistas necesitan conocer cada vez más de sociología, historia, semiótica y psicología, o bien trabajar en equipos multidisciplinarios.

Énfasis en la «turismología»

Uno de los muchos problemas que enfrenta la educación superior del turismo en México, es la lucha entre quienes quieren que ésta se abra a las ciencias y a los temas filosóficos en los hechos (y no se quede sólo en las palabras), y quienes se resisten a tal idea y prefieren enseñar únicamente «turismología», ya sea por falta de entendimiento de la filosofía y de las disciplinas sociales, o, en un plan más perverso, al no querer cambiar fomentan el analfabetismo científico y la antiintelectualidad entre los estudiantes. La investigación turística basada sólo en «conocimientos caseros» probablemente conduce a descubrir insignificancias o lo que ya se sabe. Las deficiencias provenientes de configurar los estudios en turismo únicamente en conocimientos «parroquianos» (a decir de los antropólogos), sin duda, inducen a que los estudiosos cuenten con esquemas o visiones de interpretación similares, y, por consecuencia, a que sus propuestas o recomendaciones de acción sean siempre las mismas. Es decir, cualquiera que plantee los problemas de investigación con idénticos marcos de referencia y métodos de estudio, es lógico que deba aprehender el mundo social de igual modo. En el caso del turismo, abundan los trabajos académicos ahistóricos y deshumanizados, pero, eso sí, con un fuerte énfasis en la «turismología». Así pues, la primacía concedida a «mirar sólo hacia adentro», ese virus que no nos deja en paz, es un obstáculo grave que urge eliminar si es que se quiere dominar la andadura científica en nuestros estudios.^[7]

Hay que admitir que las supuestas teorías del turismo difícilmente desarrollan las capacidades intelectuales y racionales, pues su conocimiento es a menudo simple e irrelevante para los científicos sociales; es decir, poco interesan fuera de los anticuados o desfasados programas de estudio universitarios. Por ejemplo, es común que los investigadores confundan el turismo con el ocio o el tiempo libre, ese discurso propuesto por un grupo de estudiosos mexicanos en los años ochenta del siglo xx, autodenominado «Nuevo tiempo libre» (Molina, Cuamea y Rodríguez, 1986). Es una

[7] Xiao y Smith (2008), quienes critican el estado de la investigación turística en el contexto internacional, hacen notar que, de acuerdo con un índice de citas en ciencias sociales, los *Journals* especializados en este campo tienen bajo impacto en la arena de las ciencias sociales y por tanto, su incipiente saber está aislado y reservado sólo para sus propios estudiosos, que más allá de la comunidad anglófona, se mantienen ampliamente desconocidos.

visión que pese a su obsolescencia se ha arraigado en nuestro campo de acción, y que intenta explicar el turismo y sus manifestaciones desde la perspectiva del ocio o del tiempo libre, cuando no todo el tiempo libre u ocio es turismo, ni todo el turismo es sólo ocio o tiempo libre (por ejemplo, está el turismo de negocios). El error de querer entender al turismo mediante esta corriente de pensamiento ha impedido analizar sus alcances, posibilidades y limitaciones, y ha relegado la validación científica de sus conocimientos.

La crisis epistemológica de la investigación turística tiene su origen en la pobreza conceptual de sus marcos teóricos, en lo precario de sus diseños metodológicos, y en el desinterés de los estudiosos por demostrar con hechos lo observable, como corresponde a todo saber científico. Esto puede constatarse en los artículos de revistas académicas (incluyendo las indexadas), en los reportes de investigaciones en turismo (incluidas las financiadas por organismos públicos, como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología —Conacyt— y la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales —Semarnap—), documentos en los que aparece una serie de trivialidades y de planteamientos ortodoxos que no superan los buenos deseos, ni aportan nuevos conocimientos o metodologías innovadoras, debido a que permanecen encerrados en su torre de marfil: la «turismología».

Desconocimiento de las controversias filosóficas

Las distintas corrientes de pensamiento están librando encarnizadas batallas ideológicas: positivismo *versus* hermenéutica, individualismo *versus* holismo, idealismo *versus* materialismo, subjetivismo *versus* realismo, racionalismo *versus* empirismo, explicación *versus* comprensión, estructuralismo *versus* posestructuralismo, cuantitativo *versus* cualitativo, micro *versus* macro, acción intencional *versus* sistémico, teórico *versus* empírico, inductivo *versus* deductivo, local *versus* global, modernismo *versus* posmodernismo. Aunque éstas y otras controversias filosóficas han sido por décadas campos de lucha intelectual trascendentales, rara vez los expertos en turismo se toman la molestia de identificar y examinar las filosofías que adoptan en sus trabajos. No están al tanto de los debates que han enfrentado grandes pensadores, ni siquiera por el hecho que científicos sociales de la talla de Smith, Marx, Weber, Keynes, Braudel, Merton, Samuelson y Fridman han sido neutrales o inocentes en este tema (véase a ese respecto a Bunge, 2005: 13,17). Para la mayoría de los turismólogos, pensar en las disyuntivas filosóficas carece de importancia, tal como la que en su tiempo planteó Karl Marx acerca de si son los hombres los que crean las circunstancias, o son éstas las que determinan los comportamientos de aquellos. Lo

más sorprendente en las investigaciones relacionadas con el turismo es detectar a estudiosos que, por un lado, son entusiastas seguidores de la propuesta teórica sistémica de Luhmann y, por el otro, se encantan con la perspectiva del materialismo histórico de Marx. ¡Vaya incongruencia! Incluso, algunos de ellos hacen reiteradamente un empleo abusivo de conceptos eruditos, sin preocuparse por saber si resultan apropiados o si tienen sentido para sus trabajos. A menudo recurren a términos o ideas rebuscadas del posmodernismo,^[8] la teoría general de sistemas, la teoría luhmanniana y de las ciencias naturales, sacadas por completo de contexto y de toda lógica.^[9] Que quede claro, esto no significa la oposición a extrapolar conceptos de una disciplina o nociones de un intelectual, sino al uso de ellas sin evaluación y justificación de por medio.

Cualquier investigador que no se involucre en la filosofía de la ciencia, no poseerá las herramientas necesarias para valorar los conocimientos producidos o las acciones sugeridas en sus trabajos.^[10] A continuación, se presentan dos argumentos que hacen patente lo que se afirma. Primero, aunque a partir de los años ochenta la teoría general de sistemas ha gozado de un auge especial en México y es invocada frecuentemente en las investigaciones académicas del turismo, nadie la ha puesto a prueba con la severidad que requiere la ciencia, la pertinencia, la inteligibilidad y lo fértil de sus planteamientos en nuestra área de acción.^[11] Una pregunta que debería plantearse aquí es: ¿hasta qué punto esta corriente de pensamiento, tal como fue concebida por Bertalanffy en los años cuarenta, ayuda a pensar y entender la realidad turística actual? Es obvio que muchos de los investigadores apasionados por esta teoría no tienen idea de cuáles son las exigencias que supone la comprensión científica del turismo y la construcción del conocimiento. Segundo, cualquier trabajo que intente incorporar a los problemas reales del turismo la lógica de funcionamiento de la teo-

[8] Por ejemplo, el llamado posmodernismo —que niega el modernismo— y que, según Harland G. Bloland, nos proporciona argumentos para guiarnos y comprender los cambios que están ocurriendo en el nuevo milenio o en el revolucionario período en que vivimos. Para este autor, una posición posmoderna puede también provocarnos escepticismo sobre afirmaciones eufóricas respecto al progreso lineal que supuestamente conlleva la vida moderna (Bloland, 2005).

[9] Entre algunos conceptos detectados en los trabajos académicos sobre el turismo, y que por lo general no son puestos en correspondencia con lo empírico, se encuentran: distinción, comunicación, evolución, autodescripción, modernidad y posmodernidad.

[10] De acuerdo con Mario Bunge, la filosofía permite: *a)* analizar ideas, en particular para someterlas a un análisis lógico, semántico, gnoseológico o metodológico; *b)* construir o refinar conceptos generales o sistemas conceptuales (como clasificaciones o teorías) de una manera más clara y profunda; *c)* detectar problemas nuevos; *d)* sugerir caminos provechosos para la conducción de la tarea investigativa; *e)* edificar puentes entre las disciplinas contiguas; *f)* criticar cualquier idea que se sostenga dogmáticamente; y *g)* participar de manera competente y efectiva en las controversias filosóficas (Bunge, 2005: 23, 25, 27).

[11] Para examinar con más detenimiento cómo evaluar las filosofías de las ciencias sociales, consúltese Bunge (2005: 26-28).

ría de la sociedad de Niklas Luhmann al pie de la letra (esto es, sin argumento previo que justifique su validez empírica y conceptual), no pasa de ser una mera transcripción de la obra de este pensador social, o lo que es peor, un ejercicio especulativo o de gimnasia intelectual.

Teniendo en cuenta estos planteamientos, los defensores de la teoría de sistemas o la teoría de la sociedad deberían, antes de adaptarlas a la exégesis de lo turístico, contestar las siguientes preguntas: ¿qué razón hay para sostener que estas corrientes de pensamiento explicarán mejor el turismo que las perspectivas de análisis opuestas, como las teorías de la acción individual?; ¿cómo justificar que las personas en concreto, aun cuando participan en los sistemas, no forman parte constitutiva de ellos, ni de la sociedad misma, tal como apunta Luhmann?; ¿cuál es la razón para no tomar en cuenta los estados psicológicos de los individuos, tal como denota la teoría de la sociedad?, o ¿por qué y cómo la comunicación de Luhmann se sitúa por encima de los estados psíquicos? Los abogados de estos enfoques teóricos no sólo no se plantean estas preguntas, sino que desdeñan las críticas vertidas por distinguidos pensadores contra ellas. Ni siquiera empiezan a discutir el problema de la doble contingencia de la elección, es decir, a partir de la diferencia entre sistema y entorno (según la teoría luhmanniana), o como resultado de la interrelación humana (al interior de las conciencias). En virtud de lo anterior, existen serias dudas de que estas propuestas teóricas sean bien comprendidas por quienes intentan aplicarlas.

Imposturas intelectuales^[12]

Antes de entrar a analizar este punto, es justo reconocer que la Academia Mexicana de Investigación Turística (AMIT),^[13] creada el 10 de octubre de 2006 para fortalecer la tarea científica en nuestro país (de la cual el autor de este trabajo es socio fundador), cuenta cada vez con una mayor cantidad de investigadores prestigiados (de un total de 118 miembros, 19 pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores [SNI])^[14]

[12] La frase «imposturas intelectuales» es tomada del título de la obra publicada por los físicos Alan Sokal y Jean Bricmont, en la que critican las deshonestidades de famosos eruditos franceses y estadounidenses, seguidores de las corrientes de pensamiento social posmodernas. Estos autores admiten que el origen de su libro estuvo en una broma que consistió en publicar una parodia del tipo de trabajos que proliferan en la revista cultural norteamericana de moda, *Social Text*. Lo asombroso de esta recurrente idea de Sokal fue que a pesar de estar intencionalmente plagado de absurdos y falta de lógica, el texto fue aceptado e insertado en un número especial de la revista dedicada a rebatir las críticas vertidas por distinguidos científicos contra el posmodernismo y el constructivismo social (Sokal y Bricmont, 1999).

[13] En este trabajo no se trata la tarea de investigación que ha desarrollado la Red de Investigadores y Centros de Investigación en Turismo (RICIT), por su carácter oficialista como dependencia de la Secretaría de Turismo del Gobierno Federal.

[14] Datos proporcionados el 22 de julio de 2008 por el Dr. Álvaro López López, Secretario de la AMIT.

e integrados a los programas nacionales superiores de enseñanza del turismo. Esto significa que los estudiantes ven en cada uno de ellos no sólo un transmisor de información, sino también un productor de conocimientos que busca comprender este fenómeno social y sus manifestaciones, y contribuir a resolver problemas sociales, empresariales y tecnológicos. No hay que olvidar que la calidad de la docencia se refleja en la calidad de la investigación que desarrollan los académicos, y que los saberes adquiridos y la aplicación de instrumentos metodológicos redundan en una mejor formación de los alumnos, así como en un más alto nivel educativo.

Sin pretender restarle mérito a la incursión en el SNI de los que respetuosamente llamo «turismólogos», se necesita mucha ingenuidad para creer que con el sólo hecho de ser más cuantiosa y consolidada la comunidad de estudiosos, se desarrollará el conocimiento científico del turismo en México. Por otra parte, la credibilidad del SNI es cada vez más dudosa, dado que hay un gran número de miembros que ponen menos empeño en hacer ciencia, y más en perpetuarse en el sistema y en el nivel en que han sido clasificados (por supuesto que esto no aplica a todos los investigadores ni es exclusivo de la AMIT). Desafortunadamente, el SNI, el Programa al Mejoramiento al Profesorado (Promep), los organismos acreditadores de los programas educativos y las propias universidades nos precipitan a un lastimoso proceso de competencia, no de inteligencia, y de acumulación de comprobantes y grados académicos, sin importar la calidad de los trabajos y los estudios realizados.

El ámbito académico del turismo en México está saturado de investigadores que distan mucho de serlo, pues buena parte de ellos opera en medio de una ignorancia epistémica y científica. Es de esperarse que en una «tierra de ciegos» (intelectualmente hablando) abunden los defraudadores y las declaraciones falaces, sobre todo en los temas del turismo sustentable y del turismo alternativo, por los motivos anteriormente expuestos. Frente a este panorama desolador, la tarea primordial de los pensadores es ayudar a definir el camino y las opciones más apropiadas que se tengan por delante en materia de investigación, y denunciar los sermones sin base lógica o sin aval empírico. El conocimiento del turismo progresará sólo si quienes escriben llegan a tomar más en serio los principios de la ciencia. Vale cuestionarse ¿cuál es la razón para que los turismólogos se mantengan al margen de la reflexión epistemológica?

¿Qué tan científico es el discurso académico del turismo?

Para contestar esta pregunta, es necesario examinar las bases epistémicas (reconocidas por quienes trabajan con la filosofía de la ciencia) que permiten validar científicamente los conocimientos generados por la investigación turística. Veamos los

argumentos de Jafar Jafari acerca de la cientificidad del turismo. En su artículo titulado «The Scientification of Tourism», esta figura académica internacional describe las condiciones, factores e ideas que han influido en cada una de las cuatro plataformas de pensamiento en turismo, y han prevalecido en las últimas décadas: 1) Plataforma favorable (optimista); 2) Plataforma desfavorable (pesimista); 3) Plataforma conciliadora; y 4) Plataforma científica (Jafari, 2001).^[15] Si bien las tres primeras plataformas expresan, tal como se nombran, las condiciones para poder distinguir el saber turístico; la cuarta, por su parte, ha generado polémica (válida y necesaria, por supuesto) debido a que pretende calificar el discurso del turismo como científico.^[16] El criterio de cientificidad que Jafar Jafari intenta establecer es el hecho de que la investigación en nuestro campo de acción se ha planteado de modo integrador (durante la última década del siglo xx), es decir, como un sistema, según él, para la adecuada comprensión de las estructuras turísticas y de sus funciones, lo que ha dado como resultado un corpus teórico. Su conclusión es que el conocimiento del turismo está adquiriendo estatus científico porque en la actualidad este fenómeno social es una importante y legítima área de investigación en numerosas universidades del orbe; además porque han proliferado programas de estudio en la materia (incluso a nivel de doctorado) y se han editado abundantes libros y publicaciones periódicas especializados.

Para que un sistema de conocimiento sea considerado científico, debe contar con teorías lógicamente bien estructuradas y constancias empíricas convincentes, exigencias a las que Jafari no concede suficiente relevancia. Es verdad que la investigación del turismo es relativamente nueva en los contextos académicos nacional e internacional, pero también es cierto que su avance no va a la par de la expansión experimentada por la actividad turística en diversas partes del mundo. Esto resulta más extraordinario si se compara las contribuciones al conocimiento del turismo de América Latina y la Península Ibérica con los aportes de los Estados Unidos, Canadá y algunas naciones europeas y asiáticas donde, en los últimos años, se ha experimentado una popularidad en la enseñanza y una sorprendente expansión en la investigación (Jafari, 2001). La distancia existente es enorme entre unas y otras.

No obstante del papel que juegan las publicaciones especializadas y los libros en la educación y la investigación, hasta ahora, ninguna revista turística mexicana ha obtenido reconocimiento académico y científico del Conacyt; tampoco se ha publi-

[15] El análisis a los trabajos de Jafar Jafari y de Richard Butler, así como a la propuesta del postturismo, la perspectiva del posmodernismo y la teoría luhmanniana de la sociedad, no pretende ser una reflexión detallada ni un resumen de los contenidos. La finalidad aquí es traer a la mente algunos elementos que están dando pie a la polémica.

[16] Véase la polémica en el artículo de Francisco Muñoz Escalona (2007).

cado en algún país del mundo una obra histórica del turismo que haya dejado huella o haya perdurado a través del tiempo, como sucedió con la economía, por ejemplo, «La riqueza de las naciones» de Adam Smith y «Los principios de economía» de John Stuart Mill. El aumento observado a nivel global en la oferta de programas universitarios, en los trabajos de investigación y en el número de publicaciones en distintas áreas del turismo (principalmente en las publicaciones periódicas anglosajonas), no es suficiente para inferir que su conocimiento ha alcanzado el estatus científico.^[17] Ni siquiera se puede hablar de avances o enriquecimientos en las ciencias sólo porque lo dice una autoridad académica, por muy respetada que sea. Al menos en nuestro país, la creencia en la científicidad en el discurso académico del turismo no es más que un mito debido a que pocos estudiosos se interesan por la tarea científica, por más que se dediquen a la investigación. «En Latinoamérica ya tenemos investigación, el próximo paso sería desarrollar ciencia», llegó a afirmar Marcelino Cerejido (2004: 13).

En el caso particular de México, cabe preguntar: ¿quiénes son los prominentes académicos que están renovando el conocimiento y meditando sobre cuestiones epistemológicas? ¿Cuáles son las tesis de posgrado y los proyectos de investigación que han renovado el conocimiento? ¿Cuáles son las revistas especializadas en turismo que están divulgando ciencia? y ¿cuáles son los programas de posgrado en turismo que están brindando el terreno fértil para que broten jóvenes investigadores en esta área? En honor a la verdad, la actividad de indagación en el turismo y su saber adquirido distan mucho de los criterios que determinan lo que es ciencia: rigurosidad y profundidad en los análisis, crítica fundamentada, coherencia teórico metodológica, veracidad, evidencia empírica y comprobación contundente.^[18] Aunado a eso, está la poca credibilidad académica que históricamente ha tenido la educación superior en turismo (incluyendo el posgrado), no sólo en México sino también en Iberoamérica.^[19] Veamos cuatro casos que intentan poner a prueba, o por lo menos arrojar alguna luz sobre estas aseveraciones.

[17] Un artículo denominado «A Ranking of International Tourism and Hospitality Journals» (Pechlaner *et al.*, 2004), da a conocer las revistas en turismo más prestigiadas del mundo. Según los resultados de este estudio, las tres mejores a nivel global son: *Annals of Tourism Research*, *Tourism Management* y *Journal of Travel Research*, en ese orden; siendo la primera y la tercera de origen estadounidense, y la segunda de Nueva Zelanda. Cabe resaltar que en el estudio no figura ninguna revista latinoamericana.

[18] Ausentes en los estudios sobre el turismo están tanto la práctica de la verificación de hipótesis y teorías como su falsación (en términos popperianos).

[19] Hasta en Estados Unidos la educación superior en turismo tiene poca credibilidad académica, sostienen los autores Echnner y Jamal (1997) en su artículo «The Disciplinary Dilemma of Tourism Studies». En España, por su parte, la incorporación de los estudios superiores de turismo a la universidad ha dejado insatisfechos a gran número de cuantos teorizan con esta problemática. La insatisfacción mantiene, incluso incrementa la falta de credibilidad existente en el sector em-

Primero. Según los resultados del Informe PISA 2006 (siglas en inglés del Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes) sobre competencias científicas de los alumnos de quince años de las naciones que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), México se ubica en el sótano de los niveles más altos de logro en ciencias (véase Tabla núm. 1).

Tabla núm. 1. Competencias Científicas para el Mundo del Mañana
(Porcentaje de alumnos que ocupan ese nivel)^[20]

<i>País</i>	<i>Nivel 5</i>	<i>Nivel 6</i>
Finlandia	17.0%	3.9%
Canadá	12.0%	2.4%
Japón	12.4%	2.6%
Australia	11.8%	2.8%
Gran Bretaña	10.9%	2.9%
Italia	4.2%	0.4%
Grecia	3.2%	0.2%
Portugal	3.0%	0.1%
Turquía	0.9%	0.0%
México	0.3%	0.0%

Fuente: PISA 2006, Competencias Científicas para el Mundo del Mañana, OCDE, 2007.

Segundo. La reducida productividad científica en el turismo se puede detectar con los resultados de la Convocatoria 2007 de Apoyo Complementario a los miembros del Sistema Nacional de Investigadores en Proceso de Consolidación (Conacyt, 2007). Es conmovedor descubrir que sólo dos trabajos en el campo del turismo fueron apoyados financieramente en el ámbito nacional, sobre todo cuando se sabe que la habilidad para obtener fondos de este organismo rector de la ciencia y la tecnología en México se ha convertido en un indicador de éxito.

pleador. Esto se constata en los más diversos ámbitos en las discusiones baladíes en torno al nivel académico que debe otorgarse a los estudios superiores de turismo. Si unos se muestran satisfechos con la diplomatura, otros reclaman la licenciatura, pero en todos se descubre una falta total de congruencia entre sus planteamientos teóricos y las condiciones que el mercado de trabajo espera encontrar en los recursos humanos que le proporciona el sistema educativo (Sarasa, 1998).

[20] Los niveles 5 y 6 son los más altos, que es cuando los estudiantes aplican lo que aprenden a otras situaciones.

Tercero. De las más de 200 instituciones de educación superior que en nuestro país imparten carreras de turismo y sus variantes a nivel licenciatura (hotelería, administración turística, gestión turística, etcétera), sólo tres universidades oficiales tenían registrados ante el Promep cuatro «cuerpos académicos en consolidación» en el 2007, a saber: «Turismo y Desarrollo Sustentable» de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, «Estudios Turísticos» de la Universidad Autónoma del Estado de México, «Análisis Regional y Turismo» y «Centro de Estudios para el Desarrollo Sustentable», ambos de la Universidad de Guadalajara; ninguna institución tenía registrado un sólo «cuerpo académico consolidado» en este programa. Esto significa que casi todos los grupos de profesores e investigadores relacionados directamente con el turismo se ubican en el seno de «cuerpos académicos en formación».^[21]

Cuarto. Cómo hablar de calidad académica en las instituciones de turismo cuando, de un total de 472 programas de enseñanza superior en México registrados ante la Secretaría de Educación Pública (incluyendo licenciatura y niveles técnico superior universitario y profesional asociado), sólo 29 han obtenido la acreditación: 27 de licenciatura y 2 de técnico superior universitario; es decir, casi un 6 por ciento. Según datos del Programa Sectorial de Educación Superior, alrededor de 60 mil estudiantes están inscritos actualmente en el área turística y sólo cerca de 5 mil están en programas acreditados (menos del 10 por ciento). Por lo anterior, y de conformidad con la conclusión del propio Consejo Nacional para la Calidad de la Educación Turística (Conaet), es evidente que las instituciones de educación superior en turismo de nuestro país están muy rezagadas en procesos de calidad, en mejora continua y en acreditación de sus programas educativos (Conaet, 2008). Verdaderamente, se duda mucho que con esta pobre educación, México cuente con las bases y con la vía apropiadas para formar turismólogos de ciencia.

Hay que descartar de nuestra mente esas falsas ideas tan arraigadas, de que cualquier investigación es ciencia y de que todo conocimiento es científico. A nuestro juicio, el saber que aspira a ser considerado como científico, requiere, entre otras cosas, que las prácticas de investigación y las actitudes hacia la ciencia de los estudiosos se orienten:

[21] Según el Promep, las características que debe contener un «cuerpo académico consolidado» son: 1) la mayoría de sus integrantes tienen la máxima habilitación académica que los capacita para generar o aplicar innovadoramente el conocimiento de manera independiente; 2) cuentan con amplia experiencia en docencia y en formación de recursos humanos; 3) poseen el reconocimiento de perfil deseable, tienen un alto compromiso con la institución, colaboran entre sí y su producción es evidencia de ello; 4) demuestran una intensa actividad académica manifiesta en congresos, seminarios, mesas y talleres de trabajo, etcétera, de manera regular y frecuente, con una intensa vida colegiada y sostienen una intensa participación en redes de intercambio académico con sus pares en el país y en el extranjero, así como con organismos e instituciones nacionales y del extranjero (Promep, 2008).

- Al abandono de aquellas teorías, creencias y principios que no estén debidamente demostrados. La ciencia es un conjunto coherente de conocimientos comprobables, falible e intrínsecamente corregible.
- A renunciar a la formulación de preguntas intrascendentes como problemas de investigación.
- A que la investigación debe publicarse en revistas especializadas y académicamente formales, y estar abierta a la crítica.
- Al rechazo de modas intelectuales que no incluyan severos exámenes empíricos contrastables, pues muchas de las veces las supuestas ideas novedosas son un obstáculo para la ciencia.
- A dejar de pensar ingenua, fragmentada y simplistamente.
- A aceptar sólo aquellos modelos o esquemas conceptuales que iluminen o que hagan comprensible la realidad en que se vive. En otras palabras, que permitan conocer la verdad.
- A admitir que la verdad científica es solamente probable, transitoria e incompleta.
- A saber distinguir entre el conocimiento científico y el pseudoconocimiento.
- A reconocer que la esencia de las ciencias sociales es la experiencia, su objetivo es comprender la realidad y su producto es el conocimiento.

Hablar de científicidad demanda primeramente despejar cualquier idea vaga que se tenga sobre dicho concepto. Quien utilice esta expresión tiene la obligación de clarificar su significado y reflexionar la relación con otros términos, como: ciencia, científico y método científico, ya que «...así no caerá en el error de calificar de científico lo que no es, y tendrá en mente las implicaciones de una palabra tan importante, y a menudo tan mal utilizada, como ciencia [...] Calificar como científico lo que no ha sido logrado o no se desenvuelve con todo el rigor que implica la ciencia, resulta falaz», nos dice De la Vega (1994: 13). Veamos algunas definiciones acerca de esto.

El diccionario de la Real Lengua Española define como ciencia un «Conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales» (Real Academia Española, 2001).

Según Bunge, la «ciencia, [...] puede caracterizarse como conocimiento racional, sistemático, exacto, verificable y por consiguiente falible» (Bunge, 1972: 6).

Para Rosenblueth, la «Ciencia es la disciplina que exige que sus generalizaciones estén basadas en pruebas rigurosas que hayan sido verificadas o sean susceptibles de verificación» (Rosenblueth, 1994: 160).

En general, un conocimiento científico es un conjunto de teorías con las que trabajan los investigadores. Para De la Vega, el método científico es un procedimiento que se sigue en la ciencia para encontrar la verdad y enseñarla. Entre sus cualidades y características destacan el orden que implica, su relación con la realidad y la forma racional (con el uso de la razón) de lograr conocimientos. Además, el método se encuentra en íntima relación con la teoría (De la Vega, 1994: 15-17). Desde nuestra óptica, no se debe hablar de científicidad en el turismo mientras no se supere la polisemia y la imprecisión que persisten sobre los conceptos utilizados. Sorprende y decepciona que todavía predomine una gran confusión semántica en cuestiones cruciales como: «turismo sustentable», «turismo alternativo», «desarrollo turístico» y «crecimiento turístico». Ni siquiera se debe hablar de científicidad en nuestra área de estudio mientras la comunidad de investigadores implicada no asuma la condición para una cultura de debate científico. Cómo es posible sostener que en el medio académico del turismo se tiene una plena disposición para confrontar propuestas y concepciones, cuando Jafar Jafari manifiesta silencio frente a las críticas expresadas a su artículo citado. Un científico no puede mantenerse callado; debe pronunciarse sobre todo cuando se le cuestiona. Hasta donde se tiene conocimiento, no ha habido réplica por parte de este talentoso antropólogo al ensayo publicado por el economista del turismo español Francisco Muñoz de Escalona (2007) con un planteamiento distinto al suyo.^[22]

Otra razón por la cual el conocimiento del turismo no ha progresado en términos científicos, es la soberana indiferencia a la crítica (no se diga a la autocrítica) por parte de los investigadores, principio elemental de cualquier ciencia. Hay que recordar que la ciencia ha avanzado por medio de argumentos críticos. Galileo Galilei, por ejemplo, atacó el cliché religioso al confirmar, con ayuda del telescopio, la herejía de Nicolás Copérnico de que la tierra giraba alrededor del sol. El filósofo escocés Adam Smith criticó las ideas de los fisiócratas de que el origen de la riqueza fuera la agricultura (citados en Buchholz, 1993: 7,12; Minc, 2005: 27-38).

No existe saber científico sin crítica racional, apunta uno de los máximos filósofos del siglo xx, Karl Popper, quien se basa en el método crítico de ensayo y supresión de errores, es decir, de proponer teorías y someterlas a las contrastaciones empíricas más rigurosas que podamos diseñar (Popper, 2007: 33). Albert Einstein

[22] Aun cuando coincido en muchos aspectos con Muñoz de Escalona (sobre todo su postura crítica, la cual admiro), difiero con él, en especial por esa visión economicista que tiene de la realidad turística. Sorprende cómo este brillante estudioso, quien le ha dedicado mucho tiempo a la investigación básica de la economía del turismo, no admite que el turismo, como todo fenómeno social, es multideterminado; por ello ninguna disciplina en particular, ni siquiera la ciencia económica —valorada por muchos como la más consolidada entre las disciplinas sociales— se debe apropiarse de su plena comprensión científica.

llegó a decir que «...si se podía refutar su teoría de la relatividad, la abandonaría inmediatamente» (citado en Popper, 2002: 17). Pero ¿qué es lo que proporciona un carácter verdaderamente científico? De acuerdo con este mismo autor austriaco, los rasgos centrales del conocimiento científico son: 1) Parte de problemas, tanto prácticos como teóricos; 2) Busca la verdad, es decir, teorías explicativas objetivamente verdaderas; y 3) No busca la certeza, pues todo conocimiento humano es falible y por lo tanto incierto (Popper, 1994: 17). Por su parte, según Alan Chalmers: «Cuando a alguna afirmación, razonamiento o investigación se le denomina 'científico', se pretende dar a entender que tiene algún mérito o una clase especial de fiabilidad» (Chalmers, 2000: 3). En suma, quien no acepte la crítica nunca tendrá una actitud científica y epistémica. Una persona acrítica será, típicamente, un ser que desea oír siempre lo mismo, utopías y románticos sueños.

Conclusiones

Conviene hacer explícito que este escrito, a pesar de su aparente pesimismo, no pierde el optimismo y la esperanza de que algún día se consolide científicamente la investigación académica del turismo en nuestro país. Vale también aclarar que lo que se busca aquí al testimoniar las adversidades y las malas prácticas que aquejan la tarea de indagación y su producto (conocimiento), es sólo revelar los enormes desafíos a los que tendrá que enfrentarse la educación superior en el futuro.

Por otra parte, diferimos de quienes sostienen que la escasa importancia asignada a la epistemología y a la hermenéutica en el estudio del turismo, observable en la ausencia de asignaturas, materias, seminarios o talleres en la mayor parte de nuestros centros de formación, es un reflejo objetivo de la desfilosofización y deshermeneutización (consúltese a Conde, 2006; 2007). El problema no es tan simple como aparenta ser, ya que basta revisar los planes de estudio en turismo de las instituciones de educación superior para detectar que todos ellos ofrecen a los alumnos cursos de metodología o seminarios de investigación y actividades académicas complementarias relacionadas con esta tarea; mientras que la práctica de indagación tanto de docentes como de alumnos de posgrado está muy lejos de los estándares científicos y sus productos (conocimiento) son muy debatibles.

Como corolario de este análisis, se proponen dos grandes líneas de acción que podrían ayudar a cumplir con la finalidad perseguida. Primera, es esencial que todo alumno de licenciatura o de posgrado en turismo (igual que los académicos e investigadores) sepa reconocer la finalidad u objetivo de la ciencia. Segunda, es urgente fundar una revista interinstitucional de la producción investigativa en turismo que

atienda primordialmente los aspectos filosóficos de ese quehacer y sirva como foro para someter a debate ideas y resultados. A continuación se analizan estas dos propuestas con más detalle.

La finalidad u objetivo de la ciencia

Con el propósito de terminar con las explicaciones absurdas sobre el fenómeno social contemporáneo del turismo —que tanto daño hacen a las carreras universitarias en ese campo— es urgente establecer un verdadero nexo entre ciencia y educación superior. Como estudioso de la tarea de investigación en turismo y de sus aportes, no concibo cómo un profano en temas relacionados con la filosofía de la ciencia podría llegar a dominar la tarea de indagación sistemática y adquirir la capacidad para formular problemas genuinos y trascendentes, la habilidad crítica y analítica, el pensamiento complejo, la argumentación, y la actitud científica. Si se parte de que el principal reto de la educación superior es enseñar a pensar (bien y por cuenta propia), la experiencia ha demostrado que la mejor forma para responder a este desafío es fomentar entre el alumnado la buena lectura. Pero es común que un profesor, por sus creencias profundamente enraizadas, se resista a cambiar sus fuentes bibliográficas y hemerográficas —sin importar que éstas expongan temas vulgares y anodinos— y, más aún, que por su cerrazón dogmática no se someta a los patrones de calidad y que por su pereza mental no trate de crecer intelectualmente.

La estrategia que se propone es que los alumnos de las instituciones de educación superior en turismo comiencen a familiarizarse de forma progresiva en la lectura de textos sobre temas científicos y filosóficos. Entre los notables pensadores que en estos momentos me vienen a la mente y que sus obras, desde mi concepción, constituyen referencias obligadas en el ámbito intelectual y científico, se encuentran: Alan F. Chalmers, Thomas Kunn, Carl Sagan, Noam Chomsky, Edgar Morin, Mario Bunge, Karl Popper y Marcelino Cerejido. Este tipo de literatura —que lo más seguro es que sea desconocida por una gran cantidad de docentes de las carreras universitarias en turismo— estimularía en los estudiantes la chispa del interés por la ciencia y la epistemología, e induciría en ellos la vitalidad intelectual, la riqueza de mente y la autonomía de pensamiento. Esta propuesta, aplicada ya en otros campos disciplinarios,^[23] es muy significativa para la formación en tareas científicas, sin menoscabo de la bibliografía sobre metodología de investigación, el fenómeno turístico

[23] Una de las mejores maneras de enseñar a pensar es enseñar a leer, nos sugiere muy atinadamente Leal Carretero (2002). Es así que este profesor guía a sus estudiantes en un seminario de metodología del programa de Doctorado en Ciencias Sociales que ofrece la Universidad Guadalajara, reconocido por el Conacyt como de calidad académica internacional.

o cualquier otro tema apegado al saber verdadero y demostrable.^[24] Es necesario que los alumnos aprecien la ciencia sin temor para que dejen de ser tan ingenuos y no los engañen; que sepan que la ciencia tiene restricciones y está en constante perfeccionamiento; que avanza descubriendo las limitaciones de las ideas anteriores; que sus métodos son concebidos para producir conocimiento; que es consecuencia del trabajo de individuos creativos; y que los científicos frecuentemente recurren a las observaciones, comparaciones, analogías o experimentos sistemáticos y formales para desechar teorías y desarrollar otras nuevas.

Revista de análisis y crítica de la producción investigativa de la academia de turismo

El objetivo de esta segunda propuesta es ofrecer un espacio académico para:

- a) discutir y debatir cuestiones epistemológicas en el campo del turismo;
- b) analizar y validar el conocimiento desde diversas perspectivas filosóficas, teóricas y metodológicas;
- c) fomentar la crítica fundada, respetuosa y constructiva de alto nivel en torno a aspectos conceptuales, metodológicos y empíricos;
- d) ofrecer un espacio de difusión científica que privilegie la confrontación de ideas y la búsqueda de la verdad.

Es obligado esclarecer que una revista como la que se sugiere aquí, en ningún momento está pensada para que sirva como instrumento de ataques personales o constituirse como tribunal inquisitorial; en lugar de ello, su misión sería fomentar una cultura de debate interdisciplinario y crítico del más alto nivel intelectual. Seamos claros, no se trata de reprimir la escritura ni las ideas; por el contrario, lo que se pretende es confrontar posturas para determinar lo que es ciencia y lo que no es, con el único fin de elevar la científicidad del discurso académico en el turismo.

Hay tanto por hacer y descifrar en materia turística en México, que de no mejorar sustancialmente su conocimiento y sus prácticas de investigación, la multicitada científicidad quedará como discurso demagógico y retórico. Frente a esta situación, no es prudente que la tarea de indagación del turismo esté en manos de gente lega en temas de la ciencia, o en personas que se cierran a corroborar o a falsear el conocimiento que generan. Es un completo absurdo buscar inspiración teórico metodo-

[24] Se está completamente seguro de que la formación temprana en investigación requiere del alumno una serie de atributos, entre los que destacan un auténtico compromiso de superación académica, y la capacidad y el esfuerzo intelectuales para comprender abundantes lecturas.

lógica en seudoinvestigadores que han escrito sólo insignificancias, incoherencias, sofismas y falacias.

Deseo terminar el escrito recordando una verdad del tamaño del mundo que dijo, hace tiempo el Premio Nobel de Química 1995, Mario Molina: «No sólo los científicos deben saber de ciencia. Es preciso que todos los mexicanos sepan al menos lo fundamental, para que le tengan respeto al saber y no sólo al hacer».^[25]

[25] Salazar, Horacio (2007), «La Ciencia en tu casa», *Público*, 3 de mayo, Guadalajara, p. 39.

LA DEMARCACIÓN CIENTÍFICA: UNA CUESTIÓN OLVIDADA EN LOS ESTUDIOS TURÍSTICOS LATINOAMERICANOS^[1]

Pensar es el trabajo más difícil que existe.

*Quizá sea esta la razón por la que haya
pocas personas que lo practiquen.*

HENRY FORD (1863-1947)

Introducción

En un ensayo elaborado por el que escribe se argumenta cómo el conocimiento académico del turismo, por lo menos en América Latina, está muy lejos de alcanzar la cientificidad que pregona Jafar Jafari, jefe editor de la revista *Annals of Tourism Research*, en el trabajo titulado «The scientification of Tourism» (Jafari, 2001). En aquel artículo (Gómez, 2008c),^[2] se arguye que no se debe nombrar al saber como científico cuando no se demuestre la adopción de los principios básicos que distinguen a la ciencia, tales como: objetividad, rigurosidad en los análisis, coherencia teórico-metodológica, crítica fundada, evidencia empírica (aunque se le estereotipe como positivista) o falseabilidad de los enunciados fácticos en el sentido popperiano.^[3]

En el estudio de Jafar Jafari, un influyente en el pensamiento de la academia internacional del turismo, se describen las cuatro plataformas por las que según él, ha transitado el conocimiento en turismo a lo largo de su historia: 1) optimista, 2) pesimista, 3) conciliadora y 4) científica. Si bien se admiten las tres primeras, se pone en tela de juicio la cuarta, debido a las razones que se exponen en las siguientes páginas.

[1] Este trabajo es una versión revisada de la ponencia presentada en el *XI Congreso Nacional y V Internacional sobre Investigación Turística*, y *3º de la Academia de Investigación Turística (AMIT)*, organizado en la ciudad de Tijuana (México) los días del 7 al 9 de octubre de 2009, por el Centro de Estudios Superiores de Turismo y el Colegio de la Frontera Norte.

[2] En este mismo trabajo se analizan los problemas o malos hábitos académicos que exhiben casi siempre los investigadores en turismo y que están obstruyendo el avance científico: a) Poca claridad y precisión del discurso; b) Lo descriptivo y especulativo de los trabajos; c) «Casarse» con las ideas de famosos autores y aceptar acriticamente modas intelectuales; d) Soslayar los aportes de las ciencias sociales y utilizar disciplinas fragmentadas; e) Énfasis en la turismología; f) Desconocimiento de las controversias filosóficas; y g) Imposturas intelectuales (Gómez, 2008c).

[3] Desde esta perspectiva, todas las teorías no son más que suposiciones, conjeturas o hipótesis (Popper, 2007: 29).

Es claro que todo investigador desea que sus trabajos sean respetables y merecedores del título «científico»; sin embargo, raros son quienes han asimilado con suficiente seriedad la epistemología en el turismo, y de estos la mayoría (si no son todos) no se ha tomado la molestia de examinar a profundidad el concepto de la «cientificidad», así como de comprender los criterios que determinan lo que es ciencia y lo que no es ciencia; es decir, «la demarcación científica». Sin duda que esta despreocupación explica por qué algunos académicos se oponen de modo radical —sin prueba de por medio— a tratar de relacionar la científicidad con la razón y la objetividad.

Sus esfuerzos intelectuales han quedado en pura palabrería, simulaciones, disimulos y hasta en galimatías. Dada la nula o, en el mejor de los casos, la escasa comprensión de la epistemología (campo de estudio de la filosofía contemporánea) por los expertos de turismo, resulta positivo y desafiante intentar captar la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento de la verdad (en términos de Gaston Bachelard).

A lo anterior se debe que el presente escrito tenga como propósito principal seguir reflexionando y clarificando la demarcación entre ciencia y pseudociencia, máxime cuando en nuestro artículo, este problema se redujo a entender el significado de ciertos conceptos clave como ciencia, científico y método científico (sin que esto carezca de importancia para distinguir sus diferentes significados), así como a proporcionar contra-ejemplos sobre la imaginada y deseada científicidad del turismo en Latinoamérica.

Sería una falta de ética no extender esta discusión cuando continúan apareciendo libros y revistas especializadas que se autonoan como científicas, y más porque en los últimos años se han publicado textos y artículos relacionados con la epistemología del turismo, donde paradójicamente brillan por su ausencia los análisis críticos sobre la veracidad del conocimiento, lo peor es que sus autores ni siquiera se han tomado la molestia de comprender el problema de la científicidad (véanse Panosso, 2008 y Castillo, 2006).

Este ensayo es fruto de una amplia revisión documental —aunque como es lógico, inagotable— de libros, tesis y ensayos de carácter académico sobre el turismo; además de la lectura de una gran cantidad de textos sobre epistemología, pues me declaro un aprendiz y un autodidacta de la filosofía de la ciencia. Esta tarea se complementó con la experiencia obtenida por mis participaciones en conferencias y congresos, así como por las profundas conversaciones y discusiones con varios colegas. Dado las particularidades que presentan las distintas disciplinas sociales y, más aún, el conocimiento del turismo, el carácter científico se define en función del cumplimiento de los principios básicos (o requerimientos) antes nombrados, tales como:

objetividad, crítica, claridad y precisión en el discurso, evidencia de lo que se afirma, coherencia entre lo que se predica y la realidad, entre otros.

Si bien las reflexiones en este documento no se limitan a los aportes de Karl Popper y Mario Bunge, no fue fácil desligarse de las propuestas epistemológicas de estos pensadores, pues se considera que el problema de la demarcación de la ciencia^[4] no se puede comprender plenamente sin considerar las filosofías del racionalismo crítico y del realismo de ambos autores, respectivamente. Sin embargo, hay que dejar de manifiesto que en ningún momento se siguen estrictamente sus distintos planteamientos, pues en este escrito se rescatan también algunas ideas y criterios de otros grandes filósofos (como por ejemplo Imre Lakatos), válidos para juzgar un conocimiento científico.^[5] Si bien puede impugnarse el eclecticismo utilizado, estoy convencido que parte de la honestidad intelectual consiste en probar lo que se afirma, aunque desgraciadamente muchos académicos se rehúsan a hacer esto en el medio del turismo.

Se deja constancia que la tesis en contra de la cientificidad del saber turístico —por lo menos en América Latina—, y que fue defendida en un congreso internacional,^[6] provocó malestar entre un miembro del auditorio, al refutar —sin argumentos— mi postura crítica. Aunque pensé admitir las objeciones si el oponente pudiese ofrecer pruebas del supuesto estatus científico del conocimiento en turismo, continúo sosteniendo mi tesis, pues todavía desconozco una publicación seria donde se hayan mostrado razones epistemológicas como para considerarla inviable. No hay

[4] El problema de la demarcación de la ciencia, visto desde cada una de las distintas corrientes de pensamiento filosóficas, ha sido soslayado por los llamados «filósofos del turismo», no se diga por el resto de turismólogos. Dada su complejidad, la academia del turismo no ha incurrido en el debate tan intenso que se viene dando, desde tiempo atrás, en el establecimiento de criterios para la demarcación, como: conocimiento probado (inductivista y justificacionista) *versus* conocimiento falseado (Popper); verdad probada (empiristas lógicos) *versus* verdad consensuada (sociólogos del conocimiento y Kuhn); falseacionismo metodológico «corroboraciones y refutaciones» (Popper) *versus* metodologías de los programas de investigación progresivos «científicos» o regresivos «seudociencia» (Lakatos), entre otras corrientes.

[5] Aclaro que este trabajo en ningún momento se adhiere a la filosofía irracionalista debido a que ésta muestra un repudio total a la objetividad y la verdad (o a lo que se acerque a ella). Estoy seguro que no hay investigador serio que sustente su tarea científica en la filosofía irracional, por ejemplo, de Friedrich Nietzsche (uno de los personajes más controversiales de la historia de la filosofía y sin reputación científica alguna). Me parece un completo absurdo quien busque inspiración teórica, empírica y metodológica en este filósofo alemán, pues mucho de lo que escribió está lleno de ideas extravagantes y descabelladas (que no admiten la razón y objetividad). Con el propósito de testimoniar esto, veamos algunas frases nefastas, que llegan a ofender a la inteligencia, citadas en una de las obras de Nietzsche: «El mundo verdadero no es asequible ni demostrable,...»; «El hombre que se vuelve altruista es un hombre que está acabado»; «El enfermo es un parásito de la sociedad. Es indecoroso seguir viviendo cuando se llega a cierto estado» (Nietzsche, 2004: 39, 116, 117).

[6] El 6° Taller Internacional de Turismo del Caribe, organizado por la Universidad de Quintana Roo, Unidad Académica Cozumel, México, del 26 al 28 de junio de 2008.

peor enfermedad que el que no sabe o es un intolerante hacia los principios que nos da la filosofía de la ciencia.

Se elucida que no es la intención del escrito hacer un cuestionamiento generalizado de este fenómeno social, ni tener una actitud despectiva hacia su estudio o sus contribuciones. Al contrario, lo que se pretende tanto al desentrañar confusiones y erróneas concepciones, como al desenmascarar esa falsa idea de hacer pasar por científico al conocimiento del turismo, es apoyar a la educación universitaria en este campo con saberes objetivos o verdaderos, pues es indiscutible la importancia de éstos —aunque no sean los únicos— en la formación de mejores profesionistas y ciudadanos. Se pregunta, ¿puede alguien con sólo conocimientos seudocientíficos promover cambio social, proponer modelos viables de desarrollo, conformar comunidades receptoras de viajeros más justas e igualitarias o bien prevenir los daños potenciales del cambio climático? Lo más seguro es que no pueda.

Esta pretensión se considera osada, sobre todo para alguien que no es un filósofo; aun así se espera que con el trabajo de referencia se inicie una discusión epistemológica seria acerca del tema de la científicidad, generalmente ignorado o mal comprendido en el campo del turismo. La tesis que se defiende aquí es que no puede haber científicidad en el discurso académico del turismo,^[7] si no hay un desarrollo teórico, empírico, metodológico y hasta filosófico en sus investigaciones, pero también, si no se da un desarrollo moral de sus estudiosos en lo referente a valores de honestidad, congruencia y objetividad tanto en sus prácticas educativas como en sus publicaciones.

Conviene hacer explícito que a pesar del aparente pesimismo del artículo, no se pierde el optimismo y la esperanza de que el día en que surja un liderazgo académico y exista mayor responsabilidad y ética de los turismólogos, se puedan consolidar científicamente el conocimiento y la investigación académica.

Ciertamente, lo que se busca al testimoniar los errores y fallas es sólo mostrar la serie de retos y desafíos que tendrá que enfrentar la educación superior y la investigación turística en el futuro. El propósito de escribir sobre este tema es despertar una actitud crítica, no con el fin de atacar personas, organismos o al turismo en sí mismo, sino poner en guardia a quienes trabajan con el saber en esta área, y muy especialmente a los estudiantes, frente a quienes se han tolerado e incluso fomentado este tipo de discursos falaces y erróneos.

[7] Como se observa, este trabajo en ningún momento se sustenta en las visiones conservadoras que sólo buscan detener o aminorar la entropía del sistema turístico dominante, incluso proteger la sobrevivencia del mismo.

Así pues, el trabajo se encuentra estructurado en tres partes. En la primera, se examina el problema de la demarcación entre la ciencia y lo que no es ciencia. En la segunda, se analiza críticamente la relación entre ética y conocimiento en turismo. En la tercera y a manera de conclusión, se presentan *grosso modo* algunas sugerencias (no recetas) de cómo superar la proclividad a creer cualquier idea de moda o dicha por un gran intelectual, sin previa reflexión.

El problema de la demarcación entre la ciencia y lo que no es ciencia

En el artículo citado de Jafari (2001) se afirma que la idea de la científicidad del conocimiento en turismo se debe principalmente al crecimiento que ha tenido la investigación y los estudios de posgrado en este campo en muchas partes del mundo. Sin embargo, y pese a la relevancia de esto, en nuestro trabajo se rechaza esta idea equivocada porque se basa sólo en el punto de vista acumulativo.

Resulta demagógico pensar que sin haber mejorado la calidad de la educación y la investigación del turismo, se pueda lograr la invocada científicidad. En ningún momento Jafari, en su escrito, reflexiona sobre lo que los filósofos llaman la demarcación de la ciencia; es decir, elucidar entre el conocimiento real y el ficticio. Este autor usa la noción de la científicidad en el sentido poco riguroso, al dar por sentado esta plataforma o fase como cierta y no hipotética. Tiene razón Alan F. Chalmers en que «Cuando a alguna afirmación, razonamiento o investigación se le denomina científico, se pretende dar a entender que tiene algún mérito o una clase especial de fiabilidad» (Chalmers, 2000: 3).

No se puede asegurar la científicidad del turismo sólo porque lo dice un afamado investigador o un reconocido organismo nacional o internacional. El valor intelectual de un discurso no depende de quién lo dice (el sujeto o la institución), sino de sus contribuciones al conocimiento científico (el contenido). En otras palabras, la legitimidad científica no depende de una autoridad ni de quién lo diga, y menos por las razones esgrimidas por Jafari, para quien es evidente que una postura científica depende de la ampliación de la oferta de estudios en el turismo —en la que destacan los programas doctorales— en un gran número de universidades del mundo o del surgimiento de numerosas revistas internacionales especializadas (Jafari, 2001).^[8]

[8] Si partiéramos de la premisa sobre la ampliación de la oferta de estudios en esta materia, México y Brasil serían los países en el mundo que más han contribuido a la «cientificidad del turismo», por el número considerable de instituciones públicas y privadas que ofrecen este tipo de carreras tanto de nivel de pregrado como de posgrado, aunque estos programas de estudios —con algunas excepciones— académicamente hablando, dejan mucho que desear. Se estima que en Brasil existen más de 550 universidades que ofrecen Licenciatura en Turismo o sus variantes (Silveira, 2007). Para los brasileños, la experiencia mexicana en educación turística no ha sido

Sin menoscabo de estos y otros esfuerzos, falta mucho por hacer para lograr la anhelada científicidad, pues todavía nuestro corpus de saberes es bastante primitivo, rancio y sorprendentemente incauto, al mostrar enormes inconsistencias, incoherencias y contradicciones en su discurso.

Por ejemplo, hasta la «plataforma desfavorable» propuesta por este prestigioso antropólogo, no puede ser clasificada en este sentido por sus cuestionamientos a la actividad turística, nunca al conocimiento, pues todo saber que aspire a la verdad debe, según el racionalismo crítico popperiano, examinar persistentemente sus errores mediante la infatigable crítica racional y la autocrítica (Popper, 1967: 38).

Otro gran pensador, Imre Lakatos, apunta: «Muchos filósofos han intentado solucionar el problema de la demarcación en los términos siguientes: un enunciado constituye conocimiento si cree en él, con suficiente convicción, un número suficientemente elevado de personas. Pero la historia del pensamiento muestra que muchas personas han sido convencidos creyentes de nociones absurdas» (Lakatos, 2007: 9).^[9]

La perspectiva de la fiabilidad del sistema turístico, basado en la resolución de los problemas prácticos del mismo, no debe ser un principio a seguir para determinar teorías auténticas. Los investigadores no pueden estar seguros que los éxitos obtenidos en las circunstancias pasadas funcionen *ad hoc* en las realidades presentes o en situaciones futuras. Hay que rechazar este tipo de formulaciones tradicionales porque suponen la búsqueda de conocimiento que ha tenido aparentemente un éxito pragmático. Merecen citarse aquí las palabras del filósofo-político italiano Antonio Gramsci: «Crear que se puede hacer avanzar una investigación científica aplicándole un método tipo, elegido porque ha dado resultados en otra investigación, a la que se ha adaptado naturalmente, es una extraña alucinación que tiene muy poco que ver con la ciencia. Existen, sin embargo, criterios generales que constituyen la conciencia crítica de todos los científicos, cualquiera que sea su especialización, y que deben estar siempre presentes espontáneamente en su labor» (citado en Rojas Soriano, 2001: 44).

suficiente. El hecho de que nuestro país, desde hace aproximadamente cinco décadas, haya incursionado en los estudios universitarios y en la investigación en este campo, no avala que sus profesionistas o egresados estén debidamente formados ni que los productos de indagación posean el estatus científico.

[9] Si alguien duda de la capacidad que tienen algunos para decir sandeces, revise la declaración del «ilustre» ex presidente de la República Mexicana, al expresar que «La crisis económica en el país es resultado de una convergencia de astros en sentido negativo, de vibras negativas...». Es lamentable que el conocimiento y el talento no sean las virtudes características, incluso, de quien fue el responsable de dirigir el rumbo de nuestra nación. Esta declaración del ex mandatario se hizo durante la graduación de la primera generación de Master en Práctica Política, que se impartió en el Centro Fox, en San Cristóbal, Guanajuato, México (véase la nota periodística: «La crisis económica, obra de los astros: Vicente Fox», *Público*, 16 de agosto de 2009, Guadalajara, México, p. 17).

Quien tome en serio la epistemología del turismo debe revisar objetiva y críticamente sus saberes. Nunca deberá tener un sentimiento completo de seguridad o certeza acerca de su verdad, ni cerrarse a la discusión crítica —el método más racional para la ciencia, según Popper— y a la reflexión sobre la evidencia empírica. En coincidencia con grandes filósofos, un conocimiento que no se confronte con los hechos o que no se pruebe —condiciones básicas del razonamiento científico—, lo más seguro es que sólo contenga sofismas, falacias o ilusiones (Lakatos, 2007: 10).

Es un hecho que en gran medida los conocimientos generados por la investigación turística son simplemente razonamientos subjetivos: opiniones y creencias, o bien, posibles soluciones (expectativas) a problemas concretos, por lo que tienen escaso interés teórico. Además una parte de sus saberes tiene restricciones, mientras que la otra parte es muy discutible. Decía Sócrates que la sabiduría consiste en comprender sus límites y fallas. Cabría preguntarse ¿cuál es el sustento epistemológico para pensar en la científicidad del turismo? Se debe recordar que hay un gran trecho entre las hipótesis que se pueden refutar o contrastar empíricamente y los enunciados del tipo «creo que...» o las suposiciones dogmáticas. Esto es, existe una marcada diferencia entre el deber ser y la realidad.

No ha habido responsabilidad y seriedad intelectual en el discurso académico del turismo, pues algunos de los que están escribiendo sobre la materia no se conducen de forma correcta, ya que se observan ensayos obsoletos; otros carecen de importancia alguna para la producción científica debido a la simpleza de sus análisis y a lo superficial de sus conclusiones. Por lo general, los trabajos repiten lo dicho por otros autores. Todo lo que dicen es ya sabido por cualquiera que esté al tanto del tema del turismo.^[10]

Asimismo, existe irresponsabilidad en sus propuestas, pues se sustentan habitualmente en posturas acrílicas o no presentan razones suficientemente convincentes cuando aseveran que el modelo de turismo está cambiando o puede cambiar. Todo se queda en la mera retórica, como gran parte del discurso de la Organización Mundial de Turismo (OMT), por ejemplo: «El turismo y los viajes pueden liderar el cambio a una economía verde» (OMT, 2009).

Para Karl Popper, el teórico que se interesa por la verdad debe interesarse por la falsedad, pues descubrir que un enunciado es falso equivale a descubrir que su

[10] Un testimonio de lo que se afirma se puede observar en el libro coordinado por Zizumbo y Monteroso (2008). Este texto voluminoso de casi 700 páginas, que incluye 47 trabajos —elaborados por 87 autores, principalmente mexicanos y brasileños— con enfoques analíticos distintos, da mucho que hablar y discutir. Desgraciadamente, la mayoría de los artículos de la obra carecen de importancia alguna para el saber científico debido a que repiten lo dicho en numerosos estudios del turismo, por ejemplo: «el involucrar a las comunidades en el desarrollo local» o «el diseñar e implementar una planificación participativa».

negación es verdadera. Por tanto, la refutación de una teoría posee siempre una importancia teórica; es decir, descubrir dónde falla una teoría suministra información teórica valiosa. Toda explicación que no se vea refutada será considerada como posiblemente verdadera, ya que no se ha demostrado su falsedad (Popper, 2007: 30).

Evidentemente una reflexión epistemológica, como la que se pretende, requiere de un gran esfuerzo intelectual. De igual modo, develar engaños y fantasías demanda del investigador un pensamiento riguroso y disciplinado. El refutar todo aquello que se hace pasar como científico requiere, entre otras cualidades, que sea escéptico y atraído por la verdad. Es innegable que a los estudiosos pragmáticos estas exigencias les causen cierto desagrado y recelo puesto que, según ellos, son superfluas, por lo que no vale la pena preocuparse. Aunque otros investigadores juzgan a los temas filosóficos favorablemente, creen que están más allá de su campo de acción.

El conocimiento para ser calificado como científico debe ser probado, aunque con esta postura se estará en contra de la idea de Imre Lakatos, quien señala que no es posible atenuar simplemente el ideal de verdad probada alcanzando al ideal de «verdad probable», como lo hacen ciertos empiristas lógicos o al de «verdad por consenso», como lo hacen los sociólogos del conocimiento (Lakatos, 2007: 17), entre los que destaca uno de los filósofos más consultados por los estudiosos sociales, Thomas Kuhn.

Conviene mencionar que aun cuando existen en la academia latinoamericana del turismo trabajos sustentados en el método científico que son interesantes y de buen contenido, otros, en una gran proporción, son más bien especulativos o intuitivos, ya que sus orientaciones no surgen de indagaciones precisas y concretas, ni sus inducciones emanan a partir de datos derivados del mundo real. Lo que predomina en ellos son simple y llanamente problemas de poca relevancia para el avance del conocimiento del turismo.

Veamos algunos comentarios críticos, por ejemplo, sobre un libro titulado *Filosofía del Turismo*, donde su autor llega a evidenciar, al mismo tiempo que una arrogancia, una carencia en su formación científica y epistemológica. Las preguntas que se formula en uno de los capítulos de esta obra, ¿qué es turismo?, y ¿qué se considera como turista? (Panosso, 2008: 99-111), son banales para el conocimiento, no importando lo que se diga en descargo de que en la academia todavía no se tienen acuerdos sobre estos y otros términos. Hay que traer a la memoria que la academia del turismo lleva más de medio siglo de estar discutiendo esto y, aún más, ni siquiera en las disciplinas sociales existe consenso en sus categorías principales de análisis, tal como sucede con la noción de cultura para la antropología.

No es que se esté en contra de intentar definir conceptos, sino lo que está en entredicho son las comprensiones insulsas basadas en la experiencia de los entrevistados en el momento de ser turista, como están también a debate sus supuestos hallazgos, por ejemplo: «...lo que sí sorprende son las respuestas que le dan un significado más profundo al turismo, como aquellas en las que se dice que el turismo es conocimiento e investigación;...» (Panosso, 2008: 107). Con estos desencantados descubrimientos vislumbro difícil que la educación superior, la investigación y el saber del turismo en América Latina, lleguen a tener la credibilidad académica y científica. Panosso Netto debería tomar más en serio lo que nos advierte el citado filósofo húngaro que el distintivo del progreso científico no son las verificaciones triviales (Lakatos, 2007: 15). La ciencia demanda metodologías rigurosas, pero también precisión en las categorías, conceptos o variables a manejar y en las posibles relaciones entre los fenómenos para poder analizarlas y verificarlas.

Ahora bien, ¿por qué nadie, hasta la fecha, ha puesto en evidencia la vaciedad de este texto y lo modesto de sus aportes al conocimiento científico, pese a que desde 2005 fue publicado originalmente en idioma portugués y tres años después fue traducido al castellano? Sin duda, y por más que se diga lo contrario, esto es una prueba más de lo que he venido insistiendo, que en la academia del turismo no existe una cultura de crítica. Si bien se sabe que no puede haber ciencia sin crítica, esto no hizo mella en la obra de Panosso Netto (2008: 35-76), pues en la revisión que efectúa acerca de las «teorías» en turismo, de autores como: Jafari, Fuster, Leiper, Beni, Sessa, Tribe, Boullón, Molina, por citar algunos, no se atreve a cuestionarlas a pesar de la existencia de razones de peso, tales como: falta de rigor teórico o metodológico; confusiones y simplezas de las propuestas; contradicciones en los discursos con los principios de la ciencia; abuso de la expresión científica al ser incorporada hasta tal punto en las obras de estos autores, igual que en el trabajo citado de Jafari, pero sin pensar en su significado filosófico.

Si la crítica de Panosso es escasa, la autocrítica es nula y en numerosos casos es coartada por el autoelogio y las falsas apariencias. Ni qué decir de la lectura de extractos de la obra de este filósofo brasileño, escritos por distintos «teóricos» del turismo, quienes muestran una deshonestidad o apariencia intelectual, o bien, una manifiesta incompetencia en materia epistemológica:

Ante todo, es necesario referirse a algunos aspectos de la ciencia en general y señalar cómo el turismo se va configurando como una ciencia humana y social, aunque sus efectos económicos sean los más sobresalientes (Mario Carlos Beni).

La teoría de sistemas aplicada al turismo es, en sí misma, una descripción de algo ideal que debería ser como la teoría lo prevé (Alejandro Panosso Netto).

[...] Constituye un nuevo paradigma, categoría histórica emergente que altera ciertas consideraciones fundamentales del turismo originado anteriormente. Las tecnologías de alta eficiencia y los fenómenos sociales y culturales de la década de 1990 explican el desarrollo del postturismo en contraste con principios que alteran la continuidad de los tipos de turismo industrial (Sergio Molina).

Por último, la «propuesta crítica, reflexiva y hermenéutica» para la epistemología del turismo (de Marcelino Castillo Nechar), en vez de difundir o divulgar el conocimiento, parece que su intención es hacerlo más enredoso y oscuro. Seguramente que este académico mexicano podría haber construido o aportado más al corpus de conocimientos en turismo si hubiese escrito de forma clara y precisa, en lugar de imitar las retorcidas ideas de grandes pensadores sociales (todos estos pasajes y autores se retoman de Panosso, 2008: 35-76).

Ética y conocimiento en turismo

En este apartado lo que se pretende destacar es que existe un discurso dominante en el conocimiento del turismo que condiciona en gran medida el pensamiento que se tiene sobre este fenómeno social. El saber mismo propone ciertos modos de observar, pensar e interpretar la realidad. «los ojos no leen, quien lee es nuestro cerebro, [que] está impregnado, a su vez, de nuestra cultura; por tanto, leemos desde la ideología (entendiendo por ésta, el conjunto de ideas previas, de prejuicios respecto a la realidad que nos impone nuestra cultura)», nos indica el escritor Antonio Almanza.^[11]

El discurso en turismo ha determinado también el sistema educativo,^[12] a la vez que ha configurado las tareas de investigación, o sea, cualquiera que plantee los

[11] Entrevista publicada en el medio de difusión de los talleres de escritura que tuvieron lugar en la Escuela de Artes de Málaga, España, de los cuales Antonio Almanza es fundador (*Paréntesis*, año 1, núm. 1, diciembre de 2007).

[12] Con fundamento en la memoria de la tesis doctoral de Silveira (2007), este autor reconoce cómo un cúmulo de ideas y propuestas que son aceptadas sin cuestionar, condicionan no sólo la política turística (planes de desarrollo), sino también los programas de estudio de las carreras universitarias en turismo de Brasil y el propio trabajo de investigación de estas instituciones. «De acuerdo con la OMT, no hay duda de que a fin de conseguir la competitividad en el turismo, el elemento humano es crucial, la educación y la capacitación desempeñan un papel principal. Entonces el contenido del sistema educativo debe estar orientado a la competitividad...» (Silveira, 2007: 32). «Tras los intentos y discusiones acerca de estandarización [de la enseñanza de turismo], el papel que juega la OMT es innegable, ya que ella es efectivamente el principal organismo internacional para el área de turismo» (*Ibidem*: 50). «El diagrama sugerido por Jafari y Richie, se ha transformado en un marco referencial a partir del cual han evolucionado otros estudios (...) y está presente en el ideario de muchos estudiosos del turismo. Dicho diagrama, (...)

mismos problemas, metodologías y técnicas de estudio, es lógico que deba aprehender el mundo social de igual modo. De ahí que sostenga que todo investigador que cuente con esquemas o visiones de interpretación similares, por ejemplo, énfasis en el desarrollismo, el economicismo y el comercialismo, hace que las propuestas o recomendaciones de acción sean siempre las mismas.

Hay que buscar hechos objetivos detrás de los buenos deseos o la sarta de mitos que aquejan al discurso en turismo; más aún porque en la academia es común que ciertos influyentes estudiosos inventen ficciones acerca de este fenómeno social, como sucede con ese imaginario que se llama «posturismo» (Molina, 2003; 2006). Me concibo como un escéptico con respecto a esta postura, pues el autor de la misma en ninguna parte de su obra ofrece hechos concretos que demuestren cómo el turismo tiende hacia ese estadio y cómo sus reflexiones pueden ser útiles para una mejor comprensión de este fenómeno social.

Si la ciencia habla de cosas posibles, entonces ¿cuáles son los hechos nuevos que ha predicho la supuesta teoría del posturismo? o ¿cuáles de ellos son realidades en Latinoamérica? y ¿cuáles se han quedado sólo como simples propuestas? Lo más probable es que no se tengan respuestas categóricas a las dos primeras interrogantes, entonces ¿por qué confiar tanto en el conocimiento del turismo? La contestación que se podría dar a esta última pregunta, es que se debe: 1) a la costumbre o hábito; es decir, por estar condicionados a repetir lo que se ha venido haciendo tradicionalmente; y 2) porque los académicos del ramo son muy dados a «casarse» con las ideas de famosos pensadores y aceptar acríticamente modas intelectuales.^[13]

Decía uno de los más prestigiosos filósofos contemporáneos, que para la plena comprensión racional de los problemas no se puede fiar de ninguna teoría que no ha sido demostrada o contrastada: «...debemos preferir la teoría mejor contrastada...» (Popper, 2007: 38). En este mismo tenor, Imre Lakatos llegó a afirmar que «La fe a ciegas en una teoría no es una virtud intelectual sino un crimen intelectual» (Lakatos, 2007: 10).

En efecto, por muy interesante que sea una teoría requiere responderse satisfactoriamente, por ejemplo: ¿qué es lo que se debe apreciar de lo propuesto por Richard Butler (1980) acerca de los «Ciclos de Vida de los Destinos Turísticos»? o ¿cuáles son los éxitos o los problemas resueltos por esta teoría? y ¿cuáles son sus fallos? No obstante que puede ser falsa como toda teoría que no ha sido refutada, rara vez en el

ha sido utilizado en la investigación empírica de este autor para buscar componer, para fines de esta investigación específica, un mapa de las disciplinas que más influyen la enseñanza de la planificación turística» (*Ibidem*: 32).

[13] Este y otros vicios o problemas que exhiben casi siempre los investigadores en turismo, se discuten con más detalle en Gómez (2008c).

medio académico del turismo se evalúa el estado de su conocimiento y casi nunca o nunca se ingenuan circunstancias —contrastaciones rigurosas o situaciones cruciales— en las cuales es probable que falle una teoría, en el sentido del método crítico de Popper.^[14]

No parece una propuesta muy razonable concluir un estudio sólo expresando: hay que «reconvertir el modelo turístico» para perfilar el destino como un centro cada vez más exclusivo y sofisticado, enfocado a un tipo de turismo más especializado y redituable. Es muy fácil decir esto, lo difícil es definir el ¿cómo? o ¿cuál es el camino? Tampoco, se observa por ningún lado cómo se podrían resolver los problemas sociales y ambientales con la «brillante» y trillada sugerencia de promover «nuevos turismos». Se pregunta ¿nuevos, para quién?, ¿nuevos el ecoturismo, el turismo de naturaleza, el turismo rural, el turismo de aventura, el agroturismo, el turismo de golf, el turismo de cruceros, el turismo gay, el turismo de negocios, etc.?

Se está de acuerdo en que la educación, pero no cualquiera sino la educación de calidad, es la clave para que países como el nuestro salgan del atraso socioeconómico, político y ambiental en que se encuentran. Para nadie es un secreto que todavía existan numerosos profesores que entonan a sus discípulos esa terrible cantinela que exagera las bondades económicas del turismo. Una cosa es lo que se da en la realidad y otra, lo que se dice en los discursos ortodoxos. Valdría cuestionarse aquí ¿qué tan fundamental es el conocimiento del turismo para propiciar el desarrollo de esta actividad?; o por el contrario, ¿nos estamos dejando engañar por una ilusión óptica?

Se puede asegurar que las contrariedades medulares por las que atraviesa el turismo, en parte, tienen su explicación en la ignorancia científica y epistemológica que muestran la mayoría de sus estudiosos, pero también en la irresponsabilidad ética de muchos de sus expertos, pues la imperfección del saber que utilizan y la ingenuidad con la que observan la realidad les impide elaborar estrategias alternas propias y factibles de desarrollo.

Por lo anterior, es importante y de gran responsabilidad advertir al alumnado en general —y por qué no decirlo, hasta a uno que otro inocente profesor y autoridad educativa— del «lavado de cerebro» que les induce inconscientemente el discurso turístico dominante —y que los priva de la libertad de pensar por sí mismos—, en vez de instruirlos mejor para la toma de decisiones en su ámbito profesional. Es primor-

[14] Este filósofo se basa en un método de ensayo y supresión de errores, de proponer teorías y someterlas a las contrastaciones empíricas más rigurosas que podamos diseñar. Su método pone el acento en los argumentos negativos o contra-ejemplos, los cuales pueden llevarnos a señalar la teoría preferible a la luz de nuestra discusión crítica consistente en intentos de refutación (Popper, 2007: 33, 37).

dial aceptar cómo, por lo menos en América Latina, cuantiosos estudios (sobre todo los oficialistas) no son otra cosa que la ideología al servicio de los privilegiados y del poder (evangelio capitalista), que tienen como propósito imponer modelos turísticos, la mayoría de las veces en contra de la voluntad y de las culturas locales, creando necesidades artificiales y haciendo que las poblaciones locales se empeñen en satisfacerlas. Asimismo, es esencial que los estudiantes entiendan que gran parte del discurso, en especial el de las instituciones públicas, se orienta a alabar las maravillas y las bondades económicas que supuestamente el turismo conlleva en las comunidades receptoras, y que hace creer a la gente en general y algunos académicos en particular; que con el turismo se estará viviendo en una especie de paraíso, sin tener la menor preocupación de lo que es una vida digna para los residentes.

Hay que admitir cómo numerosos académicos que escriben sobre turismo no son investigadores, posiblemente sean buenos maestros de escuela o buenos consultores, sin que con ello se pretenda menospreciar la labor docente o la de asesoría, ya que la primera ocupación la ejerzo con mucha honra, mientras que la segunda, la respeto como profesión y, que quede claro, la he desempeñado, aunque en pocas ocasiones. Aprecio a los excelentes profesores —por supuesto, también los hay en la educación del turismo— que hacen pensar a sus estudiantes; aunque también cuestiono a aquellos que se sirven de su considerable autoridad docente (no moral) para estar engañando fácilmente a alumnos debido a su mediocre formación, su desinformación en temas turísticos o su analfabetismo científico.

El papel de la investigación en las universidades, habitualmente se confunde con la tarea de la consultoría, aun cuando ambas trabajan con lógicas diferentes. La primera busca generar conocimientos verdaderos y demostrables; mientras la segunda intenta solucionar problemas técnicos, administrativos o sociales. Esto es, el objetivo primordial de la asesoría es cumplir una función terapéutica, no tanto la producción de saberes. Sin embargo, es una realidad que casi todos los estudios de este tipo, científicamente hablando, dejan mucho que desear y su carácter confidencial hace que no sean puestos a discusión y que sus propuestas de acción sean indemostrables, contrario a los principios básicos de la ciencia.

El caso de los «acreditados» investigadores del turismo de la Universidad de Guadalajara (UdeG) en México es otro testimonio de la falta de debate e incongruencia en nuestro campo académico. Hace unos años, Agustín del Castillo, un distinguido periodista sobre el medio ambiente escribió en un diario de la localidad: «Cuando la UdeG pega, algunos cobran», donde salió a relucir cómo algunos estudiosos de esa institución habían dictaminado a favor de la construcción de obras en la costa del estado de Jalisco y después criticaron la propuesta de su actual gobernador de

construir más de 70 mil cuartos hoteleros en la bautizada Costa Alegre (equivalente a más de dos Cancún o tres Puerto Vallarta), localizada en esa entidad del Pacífico mexicano. Hasta el momento, desconozco una respuesta pública de estos universitarios a los argumentos esgrimidos por el citado periodista.^[15]

Conclusiones

¿Quién pondría su seguridad física, familiar y económica a expensas de aquellos que si bien manejan una gran verbosidad y maravillosas ilusiones, no demuestran con hechos lo que afirman?; ¿quién arriesgaría su capital o todos sus ahorros con la asesoría de gente que descubre puras superficialidades y trivialidades? y ¿quién se atrevería a poner en manos de «analfabetas científicos» o de «antiintelectuales», los graves problemas a los que nos enfrentamos hoy en día los latinoamericanos? Dudo que haya alguien.

Es una realidad —ya dejando de hablar hipotéticamente— que en el medio académico del turismo, muchos de los investigadores no tienen la actitud científica por una sencilla razón: porque ni siquiera saben qué es esa cosa llamada ciencia ni cómo se produce. Por lo general, son demasiado pragmáticos, lo que provoca que tampoco sean buenos pensadores, ya que pocas veces aspiran a utilizar las herramientas teóricas y metodológicas de las ciencias debido a que consideran que caen fuera de su desempeño profesional. ¡Una deducción ridícula! Es obvio que rechazan los aportes de las disciplinas sociales porque los desconocen o no los comprenden, o porque les es más cómodo ignorarlos.

Es muy cierto que ha habido progresos en el conocimiento del turismo, dados los esfuerzos de algunos estudiosos —por lo general «lobos solitarios»—, principalmente extranjeros de países de primer mundo; también es verdad que todavía existe bastante por explicar y comprender, como la exclusión social, la pobreza y el caos urbano de los destinos. Incluso el tema de las implicaciones de las llamadas «segundas residencias», sobre la urbanización y la economía del turismo ha sido pasado por alto, pues en América Latina —al igual que en otros lugares— se tiende a confundir la riqueza generada por la denominada «industria del turismo y de los viajes» (en término anglosajón), con la de la comercialización inmobiliaria. Chapala y Ajijic son dos centros de recreo y residencial de lujo en la ribera del lago más grande de México,

[15] *Público*, 23 de julio de 2007, Guadalajara, México. Consultado el 30 de septiembre de 2009 en: www.difusion.cucei.udg.mx/images/publico_udeg_pegajpg. Véase también la nota «Científicos cuestionan plan turístico de Emilio», *Público*, 5 de julio de 2007, Guadalajara, México. Una síntesis informativa fue consultada el 30 de septiembre de 2009 en: www.congresoal.gob.mx/servicios/hoycongreso/sintesis/050707.pdf.

donde el turismo se mezcla con la vasta apropiación de espacios y la especulación inmobiliaria.^[16] ¿Qué se puede hacer con ese mundo híbrido (turismo-segundas residencias), el cual rara vez se ha observado científicamente?

Siendo honestos, la problemática educativa y científica en este campo ha demostrado que el camino seguido por los países latinoamericanos, no es el adecuado, aun cuando algún académico sostenga lo opuesto. Cabe subrayar que el fondo de la crisis de los países tercermundistas tiene que ver con la ciencia y el desarrollo tecnológico, y estos a su vez, con la formación de talentos y la generación de conocimientos científicos, así como con la ética en las prácticas de indagación y de divulgación del saber.

La desatención por parte del gobierno mexicano a la apuesta por una educación de calidad como palanca de desarrollo ha logrado que nuestra nación se mantenga en esa lista de países en vías de desarrollo. «No existe una política científica. México no cree en planes ni en políticas, sólo en la improvisación» (Cinna, 2004: 76). Para cuantiosos conciudadanos es vergonzoso reconocer que el país sigue estancado. Todavía no se ha aprendido que los países desarrollados son tales debido a que destinan fuertes presupuestos para la educación de su gente, así como para el desarrollo de su ciencia y tecnología.^[17]

Así pues, los obstáculos a la tarea científica y los retos epistemológicos no deben ser indiferentes para quien se precia de ser investigador. A pesar de que el turismo es uno de los campos de las ciencias sociales menos estudiados y comprendidos, no se puede seguir creyendo que este fenómeno no es objeto digno de indagarse científicamente; tampoco se tiene que continuar siendo fiel a la obediencia de patrones teóricos o empíricos, muchas veces fuera de nuestra realidad, pues gran parte de los modelos de turismo que se les enseña a los alumnos en las universidades, están fuera de cualquier contexto nuestro. Se aclara que esto no significa que todo conocimiento transmitido a los estudiantes sea malo; empero, el cegarse a que se tendrán buenos resultados sólo porque en el exterior los obtuvieron, sería pensar de manera muy ingenua. Mantener esquemas extrapolados de otros países que responden a sus necesidades particulares, es un desperdicio de recursos en la investigación.

¿Cómo queremos que nuestros estudiantes adquieran esa capacidad crítica, si en las estructuras y el sistema educativo del turismo, lo que se promueve es aceptar

[16] La pobreza y la riqueza conviven en los desarrollos inmobiliarios en la ribera del Lago de Chapala, una región cuyas aguas de la modernidad no mojan parejo, reseña una nota de un diario local (*Público*, 13 de mayo de 2005, Guadalajara, México, p. 36).

[17] El caso de Brasil, aún cuando es un país en vías de desarrollo es ilustrativo, en especial por los más de 50 mil millones de barriles de petróleo descubiertos en los últimos años en las profundidades del litoral atlántico y por la alianza estratégica en materia de defensa que recientemente firmó con Francia, que asegura la transferencia de tecnología necesaria para desarrollar una industria militar propia.

con pasividad y conformismo las situaciones tal como están, en lugar de argumentar a favor de una postura y tomar conciencia de ésta? Es triste observar cómo un gran número de investigadores y docentes en turismo no piensan o no quieren pensar, pues es común que acepten cualquier idea consultada sin examinarla a profundidad, o también que formulen explicaciones ridículas a este fenómeno social.

¿Pero qué hacer para que educadores y educandos superen esa proclividad a creer, sin previa reflexión, cualquier idea de moda o surgida de un gran intelectual? Aunque haya muchas recomendaciones al respecto, la respuesta concreta es que las instituciones de educación superior en turismo deben enfocarse a «Enseñar a pensar, leyendo», como muy atinadamente sugiere y practica con sus estudiantes de posgrado el filósofo Leal (2002).

Se está convencido que la capacidad crítica tiene que ser impulsada desde la educación, a través de promover principalmente hábitos hacia la buena lectura, aprendizajes de conocimientos abstractos (teóricos) y actitudes de pensamiento complejo. Sin embargo, esto implica romper con esa idea tan inveterada en nuestra academia, de a que el turismo debería ser investigado a partir de su propio conocimiento.

Una práctica muy enraizada en los campos educativo y de investigación turística es consultar sólo bibliografía de lo que llamo «turismología». «Uno de los ejemplos de avances notables en términos de creación de asignaturas específicas en los programas de turismo en Brasil ha sido la inclusión, en algunos currículos, de la asignatura Sistur [aunque el autor no aclara estas siglas, las interpreto como Sistema Turístico], que es fruto de la investigación eminentemente brasileña [*sic.*]. El autor, Mario Beni [1977] se basa en la teoría de sistemas para retroalimentar el conocimiento en el área de turismo, y como asignatura en las Universidades ya es suministrada a partir de la visión del turismo» (Silveira, 2007: 37).

Las dificultades de la educación turística superior en Latinoamérica como en otras latitudes, no tienen que ver con la enseñanza de esta mirada sistémica, sino con que no se instruyan distintas corrientes de pensamiento, o bien, que no se le haga saber al alumno los alcances y limitaciones de cada una de ellas. Es válido mencionar cómo una gran cantidad de investigaciones, tesis y libros de turismo, hacen explícita su identificación con esta perspectiva de análisis organicista (teoría de sistemas), aunque la mayoría de las veces sus autores manifiesten una idea vaga o un desconocimiento pleno sobre los supuestos epistemológicos en que se fundamenta.

De modo seguro, si se desea formar profesionistas que no se adhieran fácilmente a todo lo que establecen los modelos turísticos, urge eliminar ese virus que no nos deja en paz: «el parroquianismo» (en palabras antropológicas); esto es, querer leer sólo «conocimientos caseros» debido a que gran parte de lo que se sabe acerca del

turismo es paupérrimo, engañoso o falso, tal como se ha venido argumentando a lo largo de este documento.

Hay que reconocer que gran parte de los saberes que se transmiten en las instituciones de educación superior en turismo, en vez de ayudar a los estudiantes a que se desarrollen plenamente, paraliza su imaginación y les impide pensar por cuenta propia. De ahí que coincida con Paul Feyerabend en que: «...la gente debe recibir una educación que vaya más allá de los preceptos estériles o, [...] de aquellos que quieren reducirlos a ser un fiel reflejo de su miseria mental» (Feyerabend, 1989: 17).

Esta limitante intelectual que muestran los egresados e incluso docentes de las carreras universitarias de turismo no les permite tener la capacidad de cuestionar los supuestos teóricos, los diseños metodológicos y las conclusiones o resultados de las investigaciones, tal como se hace en todas las ciencias.

Finalmente, permítaseme traer a la mente la lección que nos legó uno de los grandes filósofos del siglo xx, Martín Heidegger: «Lo que más merece pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que no pensamos» (Heidegger, 2005: 17).

USOS Y ABUSOS EN EL DISCURSO DEL TURISMO ALTERNATIVO EN MÉXICO^[1]

No hay nada peor que ignorar la realidad o tratar de esconderla debajo de una noble utopía. La realidad nos exige responder, sin candor ni falsas utopías.

JUAN DOMÍNGUEZ ARGÜELLES (2008)

Introducción

Durante varios años el autor de este escrito ha estado interesado en analizar epistemológicamente el discurso académico del turismo,^[2] en especial el que concierne al desarrollo sustentable^[3] y a esa gama de visiones alternativas más o menos esperanzadoras como el ecoturismo, el turismo rural, el turismo verde, el turismo de aventura, entre otras.

En sintonía con esta línea de investigación, el objetivo del presente ensayo es argumentar en contra de ese interés por relacionar el turismo alternativo con la corriente de pensamiento de la posmodernidad, tan dominante y de moda en la academia mexicana. Se considera crucial reflexionar acerca de los pronunciamientos de uno de los estudiosos más entusiastas y adeptos de esta perspectiva, con el propósito de demostrar que gran parte de lo que se escribe sobre el turismo alternativo, por lo menos en nuestro país, es sólo palabrería.

-
- [1] Este trabajo es una versión revisada de la ponencia presentada en el Seminario Internacional Población y Desarrollo Regional Sustentable organizado del 18 al 20 de abril de 2010 en la ciudad de Mazatlán, México, por la Universidad de Guadalajara, la Universidad de California en Los Ángeles, Worldwide Consortium for Research on México y la Universidad Autónoma de Sinaloa. Este escrito es producto de las Cátedras de Investigación: Introducción a la Filosofía de la Ciencia y Usos y abusos de la teoría en ciencias sociales, impartidas por el Dr. Fernando Leal Carretero, durante los primeros semestres de 2009 y 2010, en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara; a él agradezco su buena disposición para acceder a una rica, vasta e intrincada literatura, así como por compartir sus valiosas enseñanzas sobre estos y otros temas.
- [2] Véanse «La científicidad del discurso académico en el turismo en México» (Gómez, 2008c) y «La demarcación científica: una cuestión olvidada en los estudios turísticos» (Gómez, 2009).
- [3] Valga el pleonasma, pues cualquier académico serio sabe que no puede haber desarrollo sin sustentabilidad, ni sustentabilidad sin desarrollo.

Lo anterior lleva a preguntar ¿por qué esa insistencia en querer hacer ver el turismo alternativo sólo como prácticas supuestamente opuestas al turismo de masas?^[4] ¿Por qué ese afán de varios investigadores de comparar perspectivas analíticas del turismo, ensalzando aquellas con las que se identifican (sin reconocer sus limitaciones) y desdeñando las contrarias (sin admitir sus alcances)? El responder a tales interrogantes implicó examinar las estrategias suasorias y, por qué no decirlo, hasta las estratagemas que a menudo utilizan los estudiosos en sus discursos.

La tesis que se pretende demostrar aquí es que mientras los discursos académicos del turismo continúen sustentándose en meras abstracciones y generalidades, los fracasos a los intentos de conseguir respuestas genuinas a los diversos problemas de carácter científico o filosófico no desaparecerán. En otras palabras, mientras los investigadores se resistan a no respetar las normas mínimas de la ciencia en sus escritos, como ese vicio clásico de no validar lo que dicen, una y otra vez se equivocarán en sus explicaciones.

Espero que la postura crítica que se asume en este artículo, tal como en el resto de mis trabajos, no implique ubicarme en una posición encontrada con mis compañeros investigadores, sino situarme en una divergencia de ideas y visiones con varios de ellos. Debe quedar muy claro que el cuestionamiento de nociones deificadas, como el caso del turismo alternativo, es necesario para la comprensión de la realidad social. Elucido, la actitud crítica no procura demoler todo esfuerzo, pues se reconoce que hay avances fructíferos en la investigación empírica que indiscutiblemente han enriquecido nuestros conocimientos.

Es menester señalar también que el discurso del turismo alternativo se analizó a través de la revisión de documentos académicos, como libros, capítulos de texto y artículos; todos ellos elaborados por profesores e investigadores universitarios latinoamericanos.

El escrito está estructurado en cuatro apartados. En el primero se cuestiona el discurso del turismo alternativo que propone Osorio (2010) y que según la autora, está fundamentado en la extremadamente ambiciosa teoría de la sociedad de Niklas Luhmann. En el segundo y siguiendo la argumentación en contra de la noción de prácticas alternativas, se hace una breve revisión histórica sobre la evolución de distintos conceptos antecesores de la expresión turismo alternativo y sus variantes. En el tercero, se reflexiona acerca de lo que en el discurso del turismo alternativo debe

[4] Denominado también como el modelo de sol y playa, que surge después de la Segunda Guerra Mundial y es caracterizado por la construcción de grandiosos y lujosos hoteles frente a la playa, la estandarización de la oferta de servicios y la explotación irracional de los recursos naturales, entre otros aspectos. Lugares como Islas Baleares en España y Acapulco en México, son claros ejemplos del fracaso de este modelo de turismo dominante.

importar: la objetividad. En el cuarto y último, a guisa de conclusión, se proponen unas ideas que contribuyan a darle solidez científica al discurso académico del turismo.

La posmodernidad y el turismo alternativo

Hay que reconocer los esfuerzos por comprender el turismo alternativo que desde los ochenta se han dado en México, pero también hay que admitir que muchos de los intentos en gran medida han fracasado. Basta mirar los trabajos del pensamiento posmoderno y turismo para advertir que lo que se está escribiendo en los últimos años en el país, es terriblemente odioso y poco práctico, ya que son sui generis y engorrosas sus afirmaciones. Al hablar en abstracto, ignoran uno de los distintivos que exige la ciencia, la precisión en las categorías y los conceptos utilizados. Otros trabajos sólo presentan panoramas optimistas que sugieren que ahora sí, después de tantos errores, con las «nuevas» ideas o discursos formulados se pondrá orden o se disciplinará el conocimiento del turismo.

Lo anterior, se puede observar de manera más específica recurriendo al ensayo de Osorio (2010): «Turismo masivo y alternativo. Distinciones de la sociedad moderna/posmoderna».^[5] Desde mi punto de vista, este artículo presenta seis dificultades capitales; primera, el nulo sustento empírico de sus interpretaciones, las cuales son reproducidas de ideas formuladas a partir de las elevadas abstracciones de Niklas Luhmann —el pensamiento científico exige pruebas de lo que se afirma—. Segunda, la incoherencia teórica y epistemológica de los análisis basados en la concepción del funcionalismo luhmanniano, mezclado, extrañamente, con la crítica del materialismo,^[6] con la crítica a la modernidad de los teóricos de la Escuela de Fráncfort, así como con el pensamiento rebuscado y desencaminado de los posmodernos franceses.^[7] Tercera, la incredulidad acerca del uso apropiado de las categorías medulares de la teoría de la sociedad de Luhmann, como la diferencia-

[5] Reconozco y aplaudo la valentía de Maribel Osorio, al poner su artículo al análisis y discusión, sobre todo cuando se sabe que en el medio del turismo hay poca cultura al debate serio y constructivo. Sin duda, el confrontar ideas u opiniones con los demás es una forma de aprendizaje activo y un componente dinamizador de la academia. Me pregunto, ¿cuántos turismólogos y quiénes estarían dispuestos a hacer lo mismo que la autora? Sin que pretenda ser un pesimista, considero que muy pocos se atreverían, no obstante que la crítica, ya no se diga autocrítica, nos permite cambiar el rumbo o reorientar el camino transitado.

[6] «Justamente, el materialismo crítico ha hecho un especial énfasis en denunciar que la operación económica de la industria turística estableció una forma de neocolonialismo en su relación con las comunidades receptoras de turismo de los países subdesarrollados» (cita de la clásica obra de Turner y Ash, así como del texto de Getino; en Osorio, 2010: 250).

[7] No obstante que Osorio sólo cita a Jean Baudrillard, muchos posmodernos del turismo están influenciados por las ideas de los autores franceses.

ción funcional, la racionalidad, observación de segundo orden, el acoplamiento estructural y la comunicación. Cuarta, no hacer eco a las críticas planteadas al funcionalismo de la teoría de Luhmann, como el que se asegure que es una propuesta esencialmente conservadora y deshumanizada que no deja sitio para el conflicto, que el concepto de función es un supuesto no verificable y, por consecuencia, carente de valor científico, que traslada indebidamente al ámbito social esquemas explicativos propios de la biología, entre otras.^[8] Quinta, sus aportes al conocimiento básico no son genuinos ni de frontera. Y sexta, los razonamientosseudorradicales tienen la forma de una especie de apología disfrazada del statu quo del sistema turístico.

Dejar el conocimiento en turismo como está, sin cuestionar, sería persistir en ese «velo de ignorancia» que caracteriza a nuestra academia. Por tanto, conviene matizar el discurso de Osorio, pero antes se abre un paréntesis para subrayar unas coincidencias que se tienen con la obra de Luhmann, en particular con el diagnóstico cabal que hace de la investigación sociológica^[9] y con la consideración que formula sobre lo inmensamente complejo de la sociedad contemporánea. Además para aclarar que en ningún momento se intenta objetar la existencia de sistemas en la sociedad, ni se trata de refutar o renunciar en absoluto a la teoría de sistemas (no confundir con la teoría de la sociedad), pues se reconocen varios científicos sociales creativos que han adoptado esta perspectiva teórica y metodológica en sus investigaciones. Piénsese, por ejemplo, en Wallerstein (1989), con su idea de Sistema Mundo Capitalista.

Queda preguntarles a los partidarios de la teoría de la sociedad de Luhmann, ¿qué piensan del bagaje empírico antropológico publicado en el *Annals of Tourism Research* y del conjunto de conocimientos bajo la visión psicológica editado por el *Journal of Travel Research*?, ¿qué dicen de toda la concepción territorial del turismo, en la que trabajan los franceses, españoles y últimamente los brasileños? y ¿cuáles son las razones para asegurar que el turismo masificado es parte de la sociedad moderna y que el turismo alternativo es consecuencia del advenimiento de la sociedad posmoderna? Examinemos algunos postulados (no demostraciones) en el artículo en cuestión.

Dichos cambios dieron pauta a la autodescripción de un segundo modelo en la actividad turística al cual se le ha denominado alternativo, caracterizado como posfordista o posindustrial, según Osorio, por promover estructuras de viaje más flexibles y heterogéneas en distintos espacios naturales (áreas naturales protegidas

[8] Mayores detalles sobre el funcionalismo luhmanniano, véase Luhmann (2007), y sobre las limitaciones de esta corriente de pensamiento consúltese Navas (1989).

[9] Por ejemplo, la falta de discusión interdisciplinaria, el exceso de estudios empíricos y la ausencia de teoría, así como el divorcio entre estas dos líneas de trabajo (Luhmann, 2007).

y no protegidas) y artificiales (urbanos y rurales) que diversifican la organización de las empresas turísticas y que incorporan a la población local como un actor social necesario en dicha organización.. Esta incorporación hace pensable un mayor control sobre los impactos ambientales, económicos y sociales que se suscitan en los destinos turísticos (Osorio, 2010: 251).

Osorio, al igual que otros académicos, influenciados por ese discurso dominante de la OMT y por el pensamiento de la posmodernidad, insiste en definir la noción del turismo alternativo de un modo poco riguroso y tautológico, tal como apunta el texto siguiente:

«Al aludir aquí al término alternativo, no se hace referencia a los segmentos de mercado del ecoturismo, el turismo de aventura y al turismo rural como regularmente se asume, sino se retoma el término (a falta de uno mejor) en el sentido de la alternancia respecto a las prácticas del turismo masificado» (Osorio, 2010: 253).

Merece la pena analizar esta propuesta conceptual, aun cuando en parte se esté en desacuerdo con ella, sobre todo por su ambigüedad y por su carácter vacilante. Como puede observarse, a pesar de las casi cuatro décadas de experiencia en materia de investigación turística dentro de las universidades mexicanas, todavía en el medio académico no existe unanimidad sobre el significado de turismo alternativo, ni siquiera de la sola palabra turismo.^[10] Esto demuestra que no ha habido progresos teóricos dignos de mención.

Si bien es cierto que Osorio en su discurso admite explícitamente que no pretende equiparar la expresión de turismo alternativo con ciertos nichos de mercado como el ecoturismo, el turismo rural, etcétera; también es verdad que sigue hablando más de lo mismo, como que el turismo alternativo se caracteriza «...por promover estructuras de viaje más flexibles y heterogéneas (...) que diversifican la organización de las empresas turísticas, y, particularmente en los países subdesarrollados, reconoce e incorpora a la población local como un actor social necesario en dicha organización» (Osorio, 2010: 251; *cfr.* Hiernaux, 2003, Bringas y Ojeda, 2000 y Sectur, 1993, por nombrar algunas publicaciones mexicanas).

Creo que la palabra práctica que se ha instaurado en la mente de algunos investigadores, resulta muy seductora por las fascinaciones e ilusiones que promete —¡qué manera de arreglar las cosas!—, pero que luego la realidad se encarga de desengañar. La idea de práctica implica, desde nuestra perspectiva, que haya un actor social —individuos, instituciones, ONG, multinacionales, etcétera— para realizarlas, y que al desconocer o esconder al agente, se vuelve el discurso del turismo alternativo

[10] Por limitaciones de espacio no voy a incursionar aquí en el embrollo que todavía caracteriza la conceptualización de nuestro objeto central de estudio, el turismo.

oscuro y confuso. No obstante ello, se entiende que bajo el enfoque de la teoría de Luhmann, sería el sistema el que desarrolla las «nuevas» prácticas. ¿Cómo puede el sistema turístico hacer esto, si existen simulaciones o resistencias para cambiarlo? ¿Por qué ufanarse con las prácticas alternativas, proclamando a los cuatro vientos su supuesta llegada, cuando es patente la dominación del turismo masificado en los destinos vacacionales mexicanos?

Pero entonces ¿qué es el turismo alternativo? ¿Es un eslogan o ardid publicitario (como de modo frecuente lo utilizan los mercadólogos), un paradigma teórico, una corriente de pensamiento, una filosofía de vida, viajes alternativos, una alternancia de prácticas, o una opción de desarrollo? Antes de responder a esta cuestión, vale una pausa para esclarecer un principio básico: si una noción definida no proporciona la clave para comprender y valorar de manera objetiva el fenómeno que estudia, y en vez de ello aumenta la confusión por su lenguaje oscuro e indeterminado, tal concepto carecerá de utilidad teórica. En efecto, aquella terminología que tenga un significado ininteligible no podrá aspirar a describir y explicar la realidad turística.

El concepto de turismo alternativo como otra estrategia de desarrollo, aunque no ha sido tomada muy en serio por algunos estudiosos, se prefiere por ser más precisa en parangón como usualmente se le visualiza (llámese nichos de mercado, nuevos viajes u otras prácticas), que no sólo se quede en enjuiciar y proponer alternativas (a la buena voluntad del sistema), sino que en realidad pretenda transformar el modelo o sistema turístico.

Discrepo con Osorio en que hay una alternancia respecto a las prácticas del turismo masivo, pues en un sentido real y generalizado (no especulativo) éstas no se eliminan por decreto, sino que se requiere toda una estrategia apropiada de desarrollo de por medio. Los promotores de este discurso del turismo alternativo no se han enterado que las prácticas turísticas convencionales continúan persiguiendo a los sitios costeros de las naciones en vías de desarrollo y del primer mundo, pese a las actas de defunción que ciertos investigadores han levantado al turismo de masas una y otra vez en el curso de su historia. Incluso, no han comprendido que este tipo de prácticas no se dan solas o a partir de las comunidades locales, sino que son impuestas a través del modelo de «desarrollo» (en el sentido del que escribe y de otros autores, como Hiernaux, 2003). Hay que tener presente que no hay destino vacacional importante en nuestro país en que su despegue se haya dado desde abajo, al contrario, la historia de México ha demostrado que los más destacados lugares de playa (como los llamados Centros Turísticos «integralmente planeados»: Cancún, Ixtapa, Los Cabos, Loreto y Huatulco, o aquellos que surgieron de modo espontáneo, como el caso de Puerto Vallarta), han sido decisiones desde arriba, de fuertes inversionistas, de gobiernos y

de organizaciones financieras globales (como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo),^[11] sobre la base de fuertes intereses económicos y políticos, en consonancia con su ideología.

Hasta uno de los más prestigiados investigadores académicos de México, Daniel Hiernaux, admite en uno de sus escritos que la comparación de modelos que él hace parte de un modelo «realmente existente» (de masas) a un modelo «alternativo» creado de modo formal, pero inexistente en forma «pura» (Hiernaux, 2003: 65).

Ahora bien ¿por qué esa obstinación de ciertos estudiosos en considerar al turismo alternativo como prácticas supuestamente auténticas y opuestas al turismo masificado? Estoy convencido que la atracción que muestra el concepto de turismo o prácticas alternativas no descansa en méritos reales, sino en un cúmulo de sueños, utopías y promesas de su discurso, que luego sus defensores no cumplen; pero también porque el turismo de masas (¿o prácticas masivas?, al estilo Osorio) expresa sentimientos de malestar por el deterioro en la calidad de vida entre la población local, debido al desorden urbano y al caos vial que ocasionan las hordas de turistas que arriban a su territorio, a la inflación y dolarización de su economía, a la contaminación de sus recursos naturales, a la pérdida de sus costumbres y tradiciones, entre otros problemas.

Si bien ambas posiciones, la de práctica o la de estrategia de desarrollo, no son del todo excluyentes, pienso que las aspiraciones de la primera son menores (aunque sean más tentadoras) con respecto a la segunda, y conviene a cualquiera que no desee molestarse en estudiar y corroborar aquellas ideas precursoras de las ciencias sociales, sobre el término desarrollo y otros constructos similares. Incluso, el rehusarse a relacionar el turismo alternativo como estrategia,^[12] se adapta perfectamente a quienes no quieren crear otro modelo turístico de desarrollo, bajo un proceso de pensamiento complejo y abigarrado, una tarea ardua y prolongada donde no hay «receta» o regla dorada que se pueda aplicar para cualquier lugar o sociedad. Aceptar esta concepción, da la idea de cambio al sistema turístico (incluyendo las prácticas dominantes), y por supuesto requiere del diseño de una auténtica estrategia de desarrollo. Hagamos pues una revisión a grandes rasgos sobre diferentes conceptos, tal y como han sido entendidos y formulados: ecodesarrollo, desarrollo alternativo y

[11] Habrá alguien que dude que los grandes organismos financieros mundiales también dictan normas a seguir, en particular para los países en vías de desarrollo.

[12] Si bien el ecoturismo, dentro del Programa Mundo Maya (programa gubernamental), se promueve como una alternativa de desarrollo para las comunidades rurales, pocos son los beneficios económicos que van realmente a ellas. En particular, en los seis casos de ecoturismo estudiados en los países de Guatemala, Belice y México, la más significativa ganancia para los habitantes se centra en la generación de empleos, con bajos salarios y algunas de las veces temporales (Daltabuit *et al.*, 2000: 310, 331).

desarrollo sustentable, antecesores de las nociones ecoturismo, turismo alternativo y turismo sustentable.

Antecedentes de algunos conceptos

Durante mucho tiempo el desarrollo sólo se centraba en el aspecto económico: asegurar el nivel de empleo de la mano de obra y de los recursos productivos, y con ello, el ingreso necesario para sostener la demanda efectiva. Empero, es en los años sesenta cuando se enfatiza la dimensión social. Para fines de esta misma década empieza una creciente inquietud por los problemas del ambiente, que se hicieron evidentes años después y que se manifestó por una crítica despiadada de lo que se denominó el paradigma del crecimiento, dado que se le atribuía como la causa principal de la contaminación y de la depredación de los recursos naturales. Frente a esta problemática, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se propuso revisar el concepto de desarrollo y explicitar sus variadas dimensiones, entre ellas la ambiental (Bifani, 2007: 111-114).^[13]

La visión pesimista que se tenía del porvenir de la sociedad hizo, por un lado, que renaciera la ideología malthusiana y surgiera el planteamiento de una falsa dicotomía entre desarrollo y medio ambiente, traducida en la idea de crecimiento cero. Por el otro, que naciera una corriente de pensamiento que recoge gran parte de las críticas al concepto de crecimiento desarrollo, entre otras aquellas referentes a patrones de consumo, sistemas y escalas de producción, estilos tecnológicos y la actitud predatoria del ambiente. Al mismo tiempo, se acuña la expresión «ecodesarrollo» (que se deriva de la noción ecosistema) y a la que se le incorporan ideas en boga, tales como la de autodeterminación (*self-reliance*), las escalas de producción reducidas («lo pequeño es hermoso»), la preferencia por los recursos naturales renovables, los conceptos de tecnologías adecuadas o blandas, la conservación del entorno natural, y otras similares. El ecodesarrollo supone basar el desarrollo en el esfuerzo propio y la recuperación de los valores tradicionales. En síntesis, la estrategia era transformar las crisis del momento en un viraje hacia «otro desarrollo» o un desarrollo «alternativo». No obstante las nuevas estrategias como el ecodesarrollo y el desarrollo alternativo, en la década de los ochenta se presenciaron el estancamiento y retroceso del bienestar en gran parte de la humanidad. La falta de crecimiento económico impidió el desarrollo, que se tradujo en un aumento en la pobreza y en una mayor presión sobre el sistema natural (*Ibidem*: 115-116).

[13] Las dimensiones social y ambiental destacan en la Declaración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, celebrada en junio de 1972 en Estocolmo, Suecia (PNUMA, 1972).

En este contexto de crisis en todos los aspectos, se acuña y se difunde el concepto de desarrollo sustentable en el informe *Nuestro Futuro Común*, que fue publicado en diciembre de 1987 por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, la cual definió como un principio rector central de las Naciones Unidas, los gobiernos y las instituciones públicas, las organizaciones sociales y empresas privadas, que buscara «garantizar las necesidades del presente sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades» (World Commission on Environment and Development, 1987).

De vuelta con el turismo, en los años ochenta, frente a la desilusión del turismo de masas por los graves problemas socioeconómicos y ambientales que atravesaban —y siguen atravesando— los destinos vacacionales, emerge el llamado «turismo alternativo» y sus modalidades, como el «ecoturismo» y el «turismo rural» y poco después surge el «turismo sustentable», los cuales si bien no significan lo mismo tienen fines comunes; esto es, compromisos con la sociedad y el medio ambiente, apoyo económico al crecimiento y desarrollo de los países y regiones en donde se desenvuelve esta actividad.

Es evidente que cuando el paradigma de turismo de sol y playa fue rebasado por sus implicaciones negativas como, por ejemplo, el rápido crecimiento y la adopción de valores culturales ajenos, aparece la noción de turismo alternativo (la antítesis del turismo masivo) y sus variantes específicas, como el ecoturismo, el turismo rural y el turismo de aventura que buscan sustituir al turismo dominante desde los años setenta en México. Además en una situación de crisis económica y ambiental global, debido al fracaso del modelo de desarrollo imperante, en la década de los noventa nace la propuesta de turismo sustentable que trata de complementar a la del turismo alternativo. Sin embargo, según ciertos autores, muchas reacciones han sido más notables por su juicio severo en contra del turismo masivo, que su contribución positiva hacia qué significa el turismo alternativo. Es más fácil hablar de los resultados negativos del turismo de masas, que formular una definición realista y responsable acerca de qué es el turismo alternativo (Smith y Eadington, 1992: 3). Ya lo decía en otro de mis artículos (Gómez, 2010: 353), a los apologistas del turismo alternativo les resulta tentador señalar las fallas y defectos del turismo masivo, aunque el primer concepto tampoco ofrece una luz señera ni un camino transparente hacia el logro de las bondades que le adjudican (véase, por ejemplo, la serie de efectos negativos en los proyectos ecoturísticos investigados en la zona Maya en Daltabuit *et al.*, 2000).

Así pues, no es lícito concluir que existe un turismo alternativo o nuevo turismo. Hay que ser sinceros, no hay un cambio de modelo turístico en nuestro país, o si no ¿cuáles ciudades mexicanas se han transformado o posicionado en los mercados de

viajes nacionales e internacionales como destinos de turismo alternativo? Ni siquiera hay una «clausura de paquetes turísticos rígidos», como asegura en su ensayo Osorio (2010: 253), pues no hay un cierre ni se ha puesto fin a este tipo de paquetes.^[14]

Entonces, ¿por qué mitificar el turismo alternativo cuando la realidad socioeconómica y ambiental más apremiante y angustiosa de las comunidades rurales, donde predominan las prácticas alternativas (como lo refiere Osorio), permanece inalterable? Se mire donde se mire, siempre nos toparemos con los problemas del subdesarrollo en las regiones rurales. Los aspectos ambientales, sociales y culturales no mejoran en estas poblaciones, aunque algunos todavía abrigan la piadosa convicción o esperanza, que con el mero discurso tradicional del turismo alternativo, embarullado con los discursos dominantes del ecoturismo y del turismo sustentable, se superarán las grandes contradicciones sociales.

El discurso triunfalista adoptado del turismo alternativo —que ha encandilado a estudiosos, políticos y empresarios— es falso o erróneo o, si no, ¿cuál es el sustento empírico para pensar que este tipo de turismo es una realidad en México? Hay que recordar que existe una marcada diferencia entre el deber ser y la realidad. ¿Por qué algunos investigadores hacen gala de una supuesta imagen espectacular o grandiosa del turismo alternativo?; sabemos que la verdad de cualquier discurso o afirmación no es por una cuestión de fe, sino de hechos. Hay que aceptar también que aun cuando muestre cambios este fenómeno social —es obvio que todo cambia, nada es estático—, esto no significa que se esté transitando hacia otro modelo de desarrollo y con ello, como quieren hacernos ver los «teóricos posmodernos del turismo», se resarcirán los viejos y vigentes problemas del subdesarrollo que viven las comunidades receptoras, incluyendo los principales destinos turísticos de playa en México. O existe una falta de ética entre los investigadores o hay una completa ignorancia acerca de lo que es una auténtica opción de desarrollo (Gómez, 2010: 353).^[15]

Seguramente, si se toman muy en serio las ideas sobre la posmodernidad o en particular a eso que llama Osorio «acoplamiento estructural» entre sistemas (Osorio, 2010: 241), se corre el riesgo de quedar atrapados en nuestras investigaciones como un callejón sin salida intelectual. Hay que entender que, como cuestionaría Habermas, el «post» de la posmodernidad es un prefijo engañoso, que disfraza el

[14] Hasta para visitar los sitios ecoturísticos, tanto en nuestro país como en otras naciones, se ofrecen paquetes rígidos que incluyen transporte, alimentos, guía, etc. La investigación en la selva maya, antes citada, registra a Cancún y a Playa del Carmen (México); la ciudad de Belice (Belice) y El Petén (Guatemala), como los lugares donde se ofrecen estos *tours* (Daltabuit *et al.*, 2000: 313). Por su parte, para el organismo oficial de turismo de las Islas Baleares, sus principales mercados internacionales emisores de paseantes, el alemán y el británico, continúan viajando por medio de paquetes turísticos (Conselleria de Turisme, 2009: 68).

[15] Véase también el tema de la posmodernidad y turismo en Gómez (2005c y 2008a).

hecho de que teóricos como Foucault, Lyotard y Baudrillard^[16] sigan enredados en los mismos problemas que han plagado el discurso de la filosofía (citado en Norris, 1998: 74).

Según Habermas, el pensamiento de estos falsos iluminados y apóstoles de la sinrazón sigue la línea de la retórica reaccionaria. Este filósofo alemán hace ver muy claramente esto cuando rastrea los antecedentes intelectuales en las filosofías anti-ilustradas, que se extienden desde Nietzsche hasta Bataille. En su disputa con el posestructuralismo francés, arguye que esta corriente de pensamiento ha sufrido una forma de amnesia o parálisis de una doctrina irracionalista (*Ibidem*: 74, 98).

Es común que los «teóricos del turismo», influenciados por el discurso de la posmodernidad, muestren el problema habitual de generalizar sin demostrar para nada la verdad de sus aseveraciones. De acuerdo con el filósofo húngaro, Imre Lakatos, un conocimiento que no se confronte con los hechos o que no se pruebe —condiciones básicas del razonamiento científico—, lo más seguro es que sólo contenga sofismas, falacias o ilusiones (Lakatos, 2007: 10).

Los investigadores del ramo deberían tomar más en serio lo que nos sugieren los grandes filósofos de la ciencia: «...para la plena comprensión racional de los problemas no se puede fiar de ninguna teoría que no ha sido demostrada o contrastada,...» (Popper, 2007: 38).

Pocas veces los «teorizadores del turismo» se preocupan por aplicar el pensamiento de Descartes, quien llegó a expresar hace ya varios siglos «no he intentando escribir nada que no pueda demostrar diligentemente». En las palabras de este pensador francés: «Es necesario comenzar por la duda, incluso por la destrucción sistemática de las opiniones ya adquiridas. El testimonio de los sentidos habrá de ser considerado como engañoso,... » (Descartes, 2002, 13-14).

El discurso del turismo alternativo que realmente importa: la objetividad

Urge un nuevo discurso que interprete al turismo alternativo de manera objetiva y amplia (social, cultural, económico, político y ambiental), que huya de ese discurso normativo que caracteriza al turismo —de compromiso político social— y pase hacia el discurso científico. Uno de los grandes retos que tenemos los investigadores es darle mayor rigor científico al conocimiento que generamos, por eso una de nuestras responsabilidades sociales consiste en construir mejores opciones de desarrollo (no

[16] Estos dos últimos pensadores sociales están citados en el artículo de Osorio (2010), entre un cúmulo de gurús que han tratado el tema de la modernidad y la posmodernidad.

utópicas o imaginadas) que se tienen por delante, pero también en explicar o revelar las verdaderas causas de la desigualdad, la contaminación y la pérdida de la identidad cultural que muestran los destinos vacacionales. ¿Quién se atreve a negar que los graves problemas a los que, día a día, se enfrentan las sociedades turísticas deben resolverse prioritariamente con los aportes de las ciencias?

Conclusiones

Las discusiones que se han dado —y se siguen dando— con relación al turismo alternativo tienen su causa en las debilidades de carácter conceptual y en la inopia teórica y metodológica de las investigaciones relacionadas con este tema. Asimismo, que los estudiosos no demuestren, como todo conocimiento científico, con hechos lo observable; es decir, no respalden sus aseveraciones con algún tipo de evidencia empírica, quedándose en mera habladuría, refuerza el pesimismo y el desánimo acerca de la científicidad en el discurso académico del turismo en México.^[17]

Es muy cierto que entre el pensador Niklas Luhmann, los teóricos de la Escuela de Fráncfort —de modo destacable Adorno y Horkheimer— y los filósofos franceses posmodernos —como Foucault, Derrida y Baudrillard—, existe una parcial visión en común acerca del malestar por la modernidad (la cual como es obvio critican), pero también es verdad lo opuesto de sus posturas para explicarla y erradicarla. Por tanto, a ciertos académicos les cuesta trabajo captar estas diferencias, al igual que la imposición de esos discursos que tienen intereses ocultos, pues a lo largo del escrito (analizado aquí) no se encontró crítica alguna que cuestionara las prácticas turísticas alternativas, más que ello se observó una disertación igual que las famosas utopías de la sociedad perfecta o del paraíso terrenal que ha perseguido incesantemente a la humanidad.

El problema de la falta de explicación que adquiere el discurso del turismo alternativo no tiene que ver con la mirada sistémica u otras perspectivas, sino con que no se instruyan (por parte de los promotores) los alcances y limitaciones teóricos y metodológicos. Es válido mencionar cómo una gran cantidad de investigaciones, tesis y libros en turismo hacen explícita su identificación con el análisis organicista (teoría general de sistemas), aunque muchas de las veces sus autores manifiesten una idea vaga sobre este enfoque y un desconocimiento pleno acerca de los supuestos epistemológicos en que se fundamenta.

A través de este escrito se intentó evidenciar la insuficiencia del término de turismo alternativo. Hay que tomar en cuenta que la realidad es muy fácil de ocultar, por

[17] Una argumentación más extensa al respecto, consúltese Gómez (2008c y 2009).

lo que no se debe aceptar tranquilamente todo lo que dicen los investigadores, por muy afamados que sean. Una de las primeras lecciones que nos enseña Noam Chomsky, el lingüista más sobresaliente que ha existido y uno de los máximos pensadores contemporáneos, es que no hay que creer en las ideas establecidas, no hay que creer a primera vista las afirmaciones que uno lee u oye. Nunca hay que dar nada por supuesto. Es preciso contrastarlas, reflexionar, pensar con criterios propios. Liberarse de lo sabido (Chomsky, 2003: 10).

Es menester una mayor ética y responsabilidad por parte de ciertos estudiosos, ya que es un desatino pensar que con solo realizar prácticas turísticas alternativas, se podrán dar respuestas coherentes y útiles a los distintos problemas, por ejemplo, de marginación, miseria y contaminación en que viven las comunidades rurales.

Por último, el turismo alternativo ha sido y es una de las armas predilectas de los seudodesarrolladores para embaucar a gente crédula con sus quimeras. Estos sujetos, sin escrúpulos, son más comunes de lo que se piensa. De hecho, son tan frecuentes que algunos de ellos dan por sentado que la ignorancia está muy extendida en nuestro medio, que nadie podrá detectar que sus propuestas son sólo buenos deseos.

EDUCACIÓN EN TURISMO

ENTRE ILUSIONES Y DESILUSIONES DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN TURISMO^[1]

Introducción

Deseo iniciar la presentación de este trabajo haciendo explícita la profunda satisfacción que me produce reunirme en este especial foro con quienes tuvieron la oportunidad de ser protagonistas de la educación turística en la Universidad de Guadalajara, institución que me permitió cursar los estudios de pregrado y de posgrado.

El escrito que aquí expongo tiene como propósito principal poner de relieve de manera resumida los éxitos y los fracasos por los que ha transitado a lo largo de estos cuarenta años, la enseñanza del turismo en la máxima casa de estudios del estado de Jalisco. Los relatos que trataré y que se basan en mi experiencia van más allá de hacer una crónica —pues se está consciente que esto no resuelve algún problema práctico—, en vez de ello los manejaré como parte contextual de los análisis que se realicen.

Buscaré mantener un diálogo respetuoso con mis colegas expositores, al mostrar mis coincidencias, pero también mis desacuerdos que posiblemente inviten a la polémica sobre el pasado, presente y futuro de la educación turística en México y especialmente en la Universidad de Guadalajara. En un afán por contribuir al debate y la discusión, me apoyaré en algunas narraciones que considero importantes para conocer cómo se relacionan las dificultades actuales con las pretéritas. Hablaré y recalcaré sobre los problemas cruciales que en materia educativa me ha tocado en incontables ocasiones enfrentar; cómo han surgido y qué caminos se han seguido para resolverlos, aun cuando en ciertos casos resulta difícil evaluar en el momento

[1] Este trabajo es una versión revisada del escrito originalmente preparado para presentarse en el Foro sobre Educación Turística en la Universidad de Guadalajara: un acercamiento histórico a través de sus protagonistas, en el marco de los festejos de los «40 años de la Educación Turística en la Universidad de Guadalajara (1968-2008)», el cual se celebró del 3 al 7 de noviembre de 2008 en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara, México.

los acontecimientos que se experimentan y que casi siempre, es difícil vaticinar su efecto en el desarrollo de nuevos sucesos. Por esta razón, asumo esa frase tan repetida pero cierta: «si se quiere entender la realidad actual y visualizar el mañana, es preciso saber nuestro pasado».

Hay que dejar en claro que en un instante pensé, no sin razón, que elaborar un escrito que intentara la confrontación de ideas y posturas referentes al tema de la educación superior en turismo, era algo muy arriesgado porque podría politizar este evento conmemorativo; sin embargo, después de recapacitar al respecto decidí que podría ser benéfico si la discusión se hiciera de manera seria y de altura, donde al mismo tiempo que se critique se ofrezcan alternativas de solución a los distintos obstáculos que padece la Licenciatura en Turismo de nuestra institución.

En honor a la verdad, todos los que han participado en la evolución de esta carrera, en particular quienes hemos sido privilegiados al dirigir su destino, aspiramos en su momento a un mismo fin: contribuir a su superación académica para bien de los profesionistas y, como consecuencia, de la actividad turística de México.

Después de cinco años de vivir como estudiante de la Licenciatura en Turismo, me he desempeñado durante más de cinco lustros en la Universidad de Guadalajara, en puestos de docente e investigador de esta carrera, compartiendo gran parte de este tiempo otras responsabilidades como: Jefe del Centro de Investigaciones Turísticas, Secretario de la ex Facultad de Turismo, primer Jefe del Departamento de Turismo, Recreación y Servicio, y primer Coordinador de la Licenciatura en Turismo del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA), cargo que ocupo actualmente.

Ha pasado mucho tiempo desde que fui alumno de la Licenciatura en Turismo en la década de los setenta, aunque sigo siendo desde la trinchera de investigador un estudioso de este fenómeno social. En este papel, me he centrado, en los últimos años, en reflexionar sobre la educación turística de nivel superior, su tarea científica y el conocimiento que se produce.

Es una realidad que la actividad del turismo y la educación que en este campo hoy en día se ofrece en México, son distintas con respecto a 1968, cuando se funda la carrera de Técnico en Turismo y a 1972 cuando se amplía ésta a nivel licenciatura.^[2]

[2] En este mismo año surge también la primera Licenciatura en Turismo en Brasil, específicamente en la ciudad de São Paulo. En este país todos los programas educativos se desarrollaron bajo el enfoque de la planificación y la organización del turismo, nos menciona José Manoel Gandara. Según este investigador de la Universidad Federal de Paraná, hay un *boom* de estudiantes que demandan las Licenciaturas en Turismo dentro de Brasil. Para darnos una idea del fuerte crecimiento de la educación turística en este país, basta mencionar que en 2005 existían alrededor de 600 programas educativos, en los cuales, dos terceras partes de los alumnos estaban inscritos en instituciones de educación superior privadas y el resto en públicas. Únicamente en la ciudad

Conviene puntualizar el papel clave que tuvo el licenciado Óscar de la Torre Padilla al gestionar, frente a las autoridades universitarias de esa época, la creación de esta carrera en nuestra alma máter.

El mundo de antes y el de hoy

Hace 40 años el mundo estaba dividido en dos grandes polos de poder. Eso ya desapareció. Hace 40 años la gran mayoría de la población mundial vivía en regímenes autoritarios, incluido México; eso también por fortuna ha disminuido. Hace cuatro décadas las economías centralmente planificadas gobernaban casi la mitad de los habitantes de la tierra. Esa realidad ya no existe. Hace 40 años los afroamericanos acababan de conquistar la igualdad de derechos políticos en la nación más rica del mundo. Hoy un afroamericano está a punto de llegar a la Casa Blanca.^[3]

Hace 40 años las grandes corporaciones del mundo eran enanas comparadas con las del siglo XXI. Hoy de las 100 economías más importantes del orbe, más de 50 son corporaciones que rebasan los estados nación. Si se analizan las fusiones, nos podemos imaginar lo que viene. Hace 40 años el comercio exterior era una herramienta complementaria del crecimiento, hoy las economías más prósperas dependen de esa actividad. Hace 40 años la Unión Europea, como tal, no existía; de hecho las tensiones entre muchos países —Alemania y Francia— eran proverbiales. La India era vista como un referente de atraso sin mayor esperanza; hoy apunta para ser una de las grandes potencias en unas cuantas décadas. Hace 40 años Estados Unidos bombardeaba Vietnam y nadie se había atrevido a hablar de un sistema de mercado en China; hoy estas dos naciones crecen como la espuma. El mundo es otro. Mercedes Benz, una de las empresas símbolo del nacionalismo alemán, se fusionó con Chrysler, otro símbolo, pero del enemigo alemán en la Segunda Guerra Mundial. La economía nos da sorpresas basadas, en buena medida, en las innovaciones tecnológicas. Hoy sabemos que la mayor riqueza se genera aportando nuevos conocimientos, tecnologías revolucionarias y patentes. La competencia se convirtió en un acto de supervivencia. Hace 40 años predominaban las economías cerradas, se privilegiaba la producción de bienes, se pensaba que ser potencia requería de un fuerte andamiaje industrial. Hoy muchos de esos paradigmas están enterrados.^[4]

de Curitiba, capital del estado de Paraná, existían 12 universidades privadas con Licenciaturas en Turismo (información obtenida del *VII Congreso Nacional y I Internacional de Investigación Turística*, celebrado en el mes de octubre de 2005, en las instalaciones del CUCEA).

[3] Federico Reyes Heróles, *Mural*, 5 de agosto de 2008, Guadalajara, México, p. 8.

[4] *Ibidem*.

Durante estas cuatro décadas, varios hemos observado y vivido cambios profundos en México, de una economía mixta (populista y proteccionista) a una economía neoliberal y abierta, de un gobierno con un sistema de «dictadura perfecta» —como muy atinadamente llamó al Partido Revolucionario Institucional (PRI) el escritor Mario Vargas Llosa— a un gobierno de extrema derecha (PAN), el partido «del cambio», con la llegada al poder de los famosos «yunquistas».^[5] Algunos vivieron y sufrieron en carne propia la devaluación de nuestra moneda frente al dólar en 1976, el auge petrolero y el desplome de sus precios en 1981, las altas tasas de inflación, la euforia por el crecimiento económico de finales de los setenta y principios de los ochenta y de nueva cuenta, las devaluaciones del peso en 1982 y en 1994; ésta última llevó a una crisis económica sin precedentes, como no lo había visto la generación de mexicanos vivos en esos momentos.^[6] Otros experimentaron de nuevo el incremento de los precios del petróleo durante el sexenio de Vicente Fox (2000-2006), y después, su desplome en los inicios de la administración de Felipe Calderón (2006 a la fecha).

Una gran parte de nosotros apreció el cambio de rumbo de la economía que emprendió México —y que lo transformaría en el futuro— con la apertura comercial al mercado mundial (incluyendo las privatizaciones y la inmersión total en la globalización) con la entrada en 1987 al GATT (siglas en inglés del Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles); y años después, el primero de enero de 1995, con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte acordado entre México, Estados Unidos y Canadá. En esta misma fecha se dio la primera insurrección armada importante en el estado de Chiapas contra un gobierno mexicano, desde que ocurrió la rebelión cristera en la primera mitad de los años veinte. Además de la crisis financiera del segundo quinquenio de la década de los noventa que, ciertamente, darían como resultado un país distinto.

Los periodos de evolución de la educación turística

La posición a la que se llegó, después de varios años de reflexionar, es que ha habido tres momentos significativos en la evolución de la educación turística en la Universidad de Guadalajara, a saber: *a)* La educación precaria; *b)* La especialización de la educación; y *c)* La educación actual: la formación de talentos (el reto).

[5] El «yunque» es el nombre de una sociedad secreta mexicana de carácter regional pero a la que se ha atribuido un alcance nacional, cuyo supuesto propósito, según el reportero Álvaro Delgado, «es defender la religión católica y luchar contra las fuerzas de Satanás, así sea mediante la violencia o el asesinato» e instaurar «el reino de Dios en la tierra», esto es, someter al gobierno mexicano a los mandatos de la iglesia católica mediante la infiltración de todos sus miembros en las más altas esferas del poder político (Delgado, 2003).

[6] Un mayor detalle sobre esta temática se puede localizar en Ornelas (2006: 256, 257).

a) *La educación precaria*

La educación superior en turismo se inició en México en 1958 cuando surge la Licenciatura en Turismo en la Universidad Autónoma del Estado de México.^[7] Empero, es a partir de los años setenta cuando en el país empieza el *boom* por instituir carreras en este ramo, particularmente en las universidades públicas y autónomas de Nayarit, Guerrero y Baja California, además en nuestra alma máter. Una década más tarde, tuvo lugar una fuerte expansión de Licenciaturas en Turismo^[8] a lo largo y ancho del territorio nacional.

En 1967 la Universidad de Guadalajara recibió la solicitud de un pujante grupo de la sociedad jalisciense, encabezado por el entonces Departamento de Turismo del gobierno estatal, para que esta casa de estudios pudiese atender la necesidad de formar recursos humanos en la rama turística. Los motivos que presentaban y justificaban la creación de la carrera de turismo fueron: el crecimiento de este fenómeno social contemporáneo provocado por la riqueza de atractivos naturales y culturales en algunas regiones de la entidad, específicamente en las zonas de la costa, montaña y lago. A esto se suman las expectativas que se tenían por la promoción turística que generaría la celebración de dos acontecimientos deportivos de talla internacional, en donde la ciudad de Guadalajara participaría como subsede: las Olimpiadas de 1968 y el Mundial de Fútbol de 1970, los que hacían alentar grandes esperanzas para impulsar esta importante actividad socioeconómica relacionada con el ocio y el tiempo libre, por lo que representaba una oportunidad de formar profesionistas capacitados para laborar en el sector turístico.

En 1968, cuando en París alumnos franceses luchaban en contra de la sociedad capitalista y de consumo, así como por mayores libertades individuales y reformas universitarias, México se encontraba envuelto en estas mismas disputas, pues surgían movimientos estudiantiles de protesta y aparecían guerrilleros —sobre todo en el estado de Guerrero— que exigían libertades y democracia, que culminó con la trágica noche del 2 de octubre en Tlatelolco, cuyos ecos dejaron una profunda huella en la sociedad nacional y determinaron un cambio de rumbo en la forma de hacer política del gobierno mexicano.^[9]

[7] Resulta sorprendente que el mes de noviembre de 2008, coincide la conmemoración de la carrera de turismo en dos instituciones públicas de educación superior de nuestro país: los cincuenta años en la Universidad Autónoma del Estado de México y los cuarenta años en la Universidad de Guadalajara.

[8] Se aclara que cuando se alude a la licenciatura o carrera de turismo, se refiere también a sus variantes, tales como: desarrollo turístico, gestión turística, hotelería, administración de empresas turísticas, gastronomía, entre otras.

[9] Para un mayor detalle sobre estos sucesos, véanse Delgado de Cantú (1998: 289) y Zermeño (1978: 11).

En este contexto de descontentos sociales, pero además de grandes eventos que contribuyeron en gran medida al incremento en el número de visitantes nacionales e internacionales a México, en 1968, por acuerdo del Consejo General de la Universidad de Guadalajara, inició oficialmente la carrera de Técnico en Turismo, adscrita a la entonces Facultad de Comercio y Administración; tenía una duración de tres años de estudios después del bachillerato. Su plan curricular que funcionó durante el periodo de 1968 a 1972 se orientó a proporcionar una amplia gama de conocimientos de cultura general y de habilidades para la operación de los servicios turísticos.

Como consecuencia de la reforma educativa dentro de la Universidad de Guadalajara, en 1972 se reestructura el Técnico en Turismo, ampliándose su plan de estudios a cinco años para alcanzar el nivel de licenciatura. En este mismo año, se funda la Escuela de Turismo para hacerse cargo de manera autónoma de la carrera del mismo nombre. Tal modificación del plan de estudios consistió en incorporar un determinado número de materias en el currículum anterior, aunque sin que se alterara su concepción original. Para ello, a la Licenciatura en Turismo se le instituyó una duración de 10 semestres, con una salida terminal de Técnico en Turismo a la conclusión del sexto semestre (requiriéndose el nivel de bachillerato). Así pues, la comunidad universitaria de esta carrera vivía, *in illo tempore*, un mundo donde todo era «color de rosa».

En el 1972 se crea en la recién formada Escuela de Turismo el Centro de Investigaciones Turísticas (CIT) —posiblemente el primero en las instituciones de educación superior del país— con el objeto de generar proyectos y estudios que aportaran soluciones a la problemática que empezaba a enfrentar la actividad turística en México y Jalisco en particular. A lo largo de la historia del CIT, éste ha sido una fortaleza y ventaja para la Licenciatura de Turismo, pues ha servido como laboratorio de investigación para sus numerosos alumnos y para sus profesores.

La atmósfera que dominaba en el CIT en esos años se nutría de destacados estudiantes y egresados de la carrera de turismo de referencia. No puedo dejar de nombrar a cuatro grandes compañeros y amigos: Carlos Rogelio Virgen Aguilar, Héctor Sánchez Lecuanda, Juvenal Jiménez[†] y Guillermo Díaz Zamorano[‡], cómplices todos ellos del desarrollo de numerosas investigaciones de carácter turístico y educativo. Es obligado mencionar también a quien fue una gran estudiosa del turismo y ejemplo de inteligencia ilustrada, a la profesora y Licenciada en Turismo, la peruana Nancy del Risco, hoy miembro del cuerpo académico de la School of Hospitality and Tourism Management de la Florida International University.

Durante los años setenta, la investigación era una tarea de interés individual —raras veces colectiva— a menudo gestionada por los propios practicantes. En 1974 la Licenciatura en Turismo era una profesión en crecimiento con una vocación esen-

cialmente hacia las tareas de planificación turística. La pasión por la investigación, que caracterizó esa época, en lo personal, fue definitiva y marcó de manera indeleble mi vida profesional. A inicios de la misma década, egresan los primeros titulados de esta carrera que ofrecía nuestra institución, pero también fue el periodo en que se reclamaron cambios a la educación turística debido a que no había una correspondencia entre lo que se esperaba del profesionista con lo que se formaba en la realidad. Por tanto, había, como sigue habiendo, rechazo para que ocuparan los puestos directivos por parte de los organismos públicos y las empresas privadas del sector turístico.

Esta lamentable situación, en aquel momento, tuvo sus causas en la alta improvisación que mostraba el plan de estudios, en asignaturas, contenidos temáticos y profesores; la ausencia de discusión amplia y profunda sobre el sentido que debía tener la carrera, la insuficiente experiencia didáctica de los maestros, la carencia de especialistas en el campo del turismo para fungir como docentes e investigadores, la falta de una biblioteca digna con bibliografía especializada, entre otras. Todo ello provocó un bajo nivel académico de la Licenciatura en Turismo y, por consecuencia, que los pioneros graduados tuvieran que abrirse paso a «golpe de machete» por la enredada selva virgen del mercado laboral.

A pesar de estos y otros problemas —a lo que se suma la crisis del sector externo de la economía mexicana de los años setenta que se manifestaba por el creciente déficit comercial, la reducción del superávit turístico y el incremento de la deuda externa—, los estudiantes de turismo —incluyendo a sus profesores— nadaban sobre una enorme ola de optimismo debido a las bondades económicas que tradicionalmente conlleva la llamada «industria sin chimeneas». Se vivía una época en la que se aseguraba que el futuro estaba del lado del progreso, por lo que el nivel de vida de las comunidades receptoras de viajeros mejoraría. Pero es a partir de los años ochenta que ese entusiasmo se desvaneció, cuando muchos perdieron la fe en el turismo, al dejar de verlo sólo como una actividad económica.

En esta década, algunas instituciones de educación superior oficiales de turismo disfrutaban de las concesiones que generosamente otorgaba la administración del gobierno federal, a cargo del Presidente de la República Mexicana, Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), a las universidades públicas (hoteles escuela, transporte foráneo para las supuestas giras de estudio, laboratorios de idiomas, etcétera); todo con el fin de recuperar la legitimidad ante las clases medias que había disminuido durante el conflicto estudiantil del 68 y años posteriores.

En ese tiempo los alumnos de la Licenciatura en Turismo de la Universidad de Guadalajara, teníamos a nuestro favor a eminentes profesores, a saber: Julio Cé-

sar Aguilar, mentor generoso y perspicaz en el campo de la economía del turismo y con quien me identifiqué intelectualmente en gran parte de sus ideas; los apreciados maestros Eduardo Huerta (*mr.* Huerta) y Mary Munford, ambos en la enseñanza del idioma inglés; el exigente pero cumplido profesor de la lengua francesa, Daniel Adame. Todos ellos y otros más que me es difícil enumerar aquí, sin duda, contribuyeron de manera significativa en la formación de varias generaciones de profesionistas en turismo.

Por desgracia, el plan de estudios que nos tocó llevar incluía ciertas asignaturas con contenidos programáticos insulsos, absurdos y hasta patéticos —tal como acontece en la actualidad—, por lo que un grupo de estudiantes —por supuesto, los más inquietos— estaban insatisfechos con lo elemental y la monotonía sin alcance de ciertos cursos ordinarios, como sucedía con la materia de hotelería.

En 1975 se modifica de nueva cuenta el currículum educativo de la Licenciatura en Turismo, orientándose más hacia las necesidades de la planificación de este sector. Este cambio se fundamentó por la creación de los primeros centros turísticos «integralmente planeados» que el gobierno federal, con el apoyo de la iniciativa privada, ponía en práctica: Cancún en Quintana Roo e Ixtapa en Guerrero. Con esta medida se inicia otra etapa de la historia en la educación del turismo en nuestra alma máter.

b) La especialización de la educación

En 1984, con previa aprobación del Consejo General Universitario, se expide el acuerdo mediante el cual la Escuela de Turismo se eleva a la categoría de Facultad, posibilitándose con ello que se pudieran impartir cursos de especialización y posgrado. Es a partir de la mitad de la década de los ochenta, cuando el CIT retoma el rumbo en la tarea de investigación, que se había perdido en años anteriores, con el desarrollo de una mayor cantidad de estudios técnicos de carácter aplicado orientados a resolver la problemática intrincada del sector turismo. Esto implicó la necesidad de contratar más investigadores y de reclutar auxiliares entre los alumnos más destacados, académicamente hablando; algunos de ellos son ahora profesores y/o investigadores y otros funcionarios de la Red Universitaria; pienso en Martha Rosalía Sánchez, Silvia Lara Becerra, Melchor Orozco Bravo, Víctor Hugo Durán Morales.

La etapa de consolidación del CIT se debió a dos factores principales; primero, porque se supo aprovechar el despegue de la investigación en la Universidad de Guadalajara, con la creación del Departamento de Investigación Científica y Superación Académica (DICSA), a cargo del licenciado Raúl Padilla López. Y segundo, por los fuertes vínculos que estableció la ex Facultad de Turismo —siendo su directora la licenciada Marcela Gómez Reyes— con distintos organismos públicos, privados y sociales, tales

como: ayuntamientos de la zona metropolitana de Guadalajara, Secretaría de Turismo del Gobierno de Jalisco, Aeropuertos y Servicios Auxiliares, Mexicana de Aviación, Aeroméxico, Asociación de Hoteles y Moteles del estado de Jalisco, Cámara Nacional de la Industria de Restaurantes y Alimentos Condimentados (Canirac), la Asociación de Agencias de Viajes, y Expo Guadalajara, entre otros.

En los albores de los años noventa (1992), el máximo órgano universitario aprobó un nuevo plan de estudios de la Licenciatura en Turismo con tres salidas terminales: Administración de Servicios Turísticos, Mercadotecnia Turística y Planificación Turística. Este nuevo currículum se distribuyó en doce cuatrimestres, conformando los primeros siete un tronco común de conocimientos, mientras que en los cinco restantes el alumno podía optar por una de las mencionadas orientaciones terminales.

En 1993, un importante proceso de reforma de la institución culminó con la aprobación de su actual Ley Orgánica y con la adopción del modelo departamental —núcleo integrador de las tareas docentes, de investigación y extensión— y del sistema de créditos. Con este fundamento, en agosto de 1994 se creó la Red Universitaria de Jalisco, integrada —en aquel tiempo— por 11 centros universitarios: 5 multitemáticos regionales, tanto para atender las demandas educativas de las zonas económicas con mayor desarrollo de la entidad, como para buscar un impacto económico favorable en la región; 6 centros temáticos organizados por áreas de conocimiento, con sede en la zona metropolitana de Guadalajara, uno de los cuales es el CUCEA, donde se ofrece la Licenciatura en Turismo en cuestión.

El CUCEA fue instituido el 5 de agosto de 1994 por dictamen del Consejo General Universitario. Dicho centro se integró a partir de las carreras de Contaduría —fundada en 1908—, Economía (1937), Administración (1963) y Turismo (1968); además del Centro de Investigaciones Sociales y Económicas (1961), el Centro de Investigaciones Turísticas (1972), y el Instituto de Estudios Económicos Regionales (1986). Con la creación del CUCEA desaparece la entonces Facultad de Turismo y se instituye el Departamento de Turismo, Recreación y Servicio, dependiendo de la División de Gestión Empresarial.

La reforma académica que llevó a cabo la Universidad de Guadalajara trajo como consecuencia que en 1996 se transformara el modelo organizacional de escuelas y facultades en departamentos de enseñanza y en centros universitarios integrados a una red. Pero esto también ocasionó una fuerte competencia entre los campus por el incremento de sus presupuestos ordinarios y por mayores recursos financieros extraordinarios a través de enriquecer sus indicadores de calidad. Esto se tradujo, para el CUCEA, en una mejoría notable de sus instalaciones e infraestructura educativa, con la creación del Centro de Recursos Informativos y su moderna biblioteca; la Unidad

de Autoaprendizaje de Lenguas, la Coordinación de Tecnologías para el Aprendizaje, los numerosos laboratorios de cómputo; la construcción de las aulas magnas y el *cíber* jardín, el equipamiento de los salones de clase; todo ello dotado con la mejor tecnología de computación y comunicación.

En materia académica, dicha reforma implicó la modificación de los planes de estudio en el nivel superior para adecuarlos al sistema de créditos^[10] y al modelo departamental que agrupa a profesores e investigadores por campo disciplinar. Este nuevo proyecto curricular para la Licenciatura en Turismo inició en el año de 1996 en tres centros universitarios que ofertaron esta carrera: CUCEA, CUCosta y CUCSur.^[11]

La reforma educativa de la Licenciatura en Turismo fue radical y profunda; en ella se premió la flexibilidad en el plan de estudios, en lugar de un currículum demasiado rígido, lo cual permite que el 53 por ciento del total de créditos que requiere la carrera dependan de los propios intereses de los alumnos, debido a que se obtienen al acreditar materias selectivas u optativas (véase en el anexo estadístico Tabla núm. 2). La flexibilidad de la carrera de turismo fue pensada incluso como una oportunidad para que los estudiantes integraran conocimientos y habilidades de diferentes campos de especialidad o puestos de trabajo dentro de una organización, de acuerdo a las preferencias profesionales y a los cambiantes requerimientos de las organizaciones y las demandas sociales.^[12] Sin embargo, los alumnos que en el pasado cursaban un plan de estudios rígido respondían a cinco o seis materias diferentes por ciclo escolar; ahora —ante tal flexibilidad curricular— lo hacen hasta con nueve o más asignaturas distintas cada semestre. Debido a la carga excesiva de cursos, la presión de los estudios es tan fuerte que a los alumnos les resulta difícil llevar a cabo las prácticas profesionales y la tutoría académica que demanda su formación profesional, así como las actividades deportivas y la vida cultural en sus múltiples dimensiones.

Así pues, la inmadurez de nuestros estudiantes, la falta de tutorías adecuadas y la especialización exagerada de la carrera —como en un inicio se concibió— provoca-

[10] El sistema de créditos permite al alumno elegir profesores, materias y horarios, además de acelerar o aplazar su egreso de acuerdo a su propio ritmo y necesidades, debido a que el estudiante puede cursar el número de asignaturas que considere conveniente, siempre y cuando estén dentro de un margen mínimo de 30 y máximo de 90 créditos.

[11] Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas, Centro Universitario de la Costa y Centro Universitario de la Costa Sur respectivamente.

[12] Algunos autores consideran que la flexibilidad es un concepto amplio, difuso, difícil de definir y analizar. La definición de más bajo nivel es aquella que la opondrá a la «rigidez». La flexibilidad también se define como «la capacidad de adaptarse a condiciones cambiantes». Así pues, la flexibilidad es un asunto de adaptación. Es un asunto de desregulación. Para unos la flexibilidad es una virtud, para otros es una perversión. Las instituciones de educación superior pueden ser flexibles para unos propósitos u otros. Pensar en la flexibilidad obliga a formularse las siguientes preguntas: ¿para qué propósitos la flexibilidad?, ¿flexibilidad en relación con qué?, ¿por qué se quiere construir programas educativos flexibles? (Pedroza y García, 2005: 7, 8).

ron que la bondad de la flexibilidad académica en algunos aspectos se degenerara:^[13] que unido a la ausencia o la escasa actualización disciplinar de los docentes y a la decadencia de la investigación turística que se realizaba en el CIT, fueron todos ellos los factores que más perjudicaron el avance del nuevo proyecto educativo. Hay que elucidar que si bien a partir de la reforma en la Universidad de Guadalajara disminuye en gran medida su politización, todavía predominan los intereses personales y grupales en parangón a los académicos. Asimismo, el espíritu de la educación superior en turismo en el ámbito nacional (y hasta latinoamericano) opuesto, desde su nacimiento, al proceder del trabajo cuantitativo y científico, ha llevado a muchos a pensar, y por qué no, a creer que se podía obtener un grado de nivel licenciatura, con mínimo esfuerzo.

c) La educación actual: la formación de talentos (el reto)

Es indiscutible que la Universidad de Guadalajara ha cambiado demasiado desde aquellos años en que dirimía a balazos sus conflictos postelectorales, hasta hoy en que las votaciones, por lo general, son bastante pueriles incluso para los propios alumnos. Desde hace varios años, nuestra alma máter es la principal promotora de eventos y acontecimientos más trascendentes del occidente de México, tanto en el área de la cultura en general como las bellas artes en particular. Al poseer los más importantes foros de la entidad —incluso bibliotecas—, como su imponente Auditorio Telmex y su Teatro Diana, que le han permitido la presentación de conciertos y artistas de renombre internacional, lo que a su vez ha provocado una mayor afluencia turística y derrama económica en la zona metropolitana de Guadalajara.

Actualmente (2008), nuestra institución educativa se encuentra organizada en una Red Universitaria compuesta por 14 centros —de los cuales 6 son temáticos ubicados en zona metropolitana Guadalajara y ocho son regionales localizados en el interior de Jalisco— y un Sistema de Universidad Virtual, los cuales cubren la demanda de educación superior en la mayoría de los municipios de la entidad. A ello se suma un Sistema de Educación Media Superior y una Administración General que representa y coordina la red.

[13] Los alumnos no respetan en su elección de materias la salida terminal del perfil profesional de su predilección; en lugar de ello, escogen asignaturas basadas más que todo en la cantidad de créditos de las mismas y en los horarios en que se imparte. Incluso, este excesivo protagonismo otorgado a los estudiantes en el diseño de su propio itinerario formativo, ha provocado que utilicen otros criterios en la elección de las materias a cursar, tales como ciertas características propias del maestro: las calificaciones que otorga, la forma en que enseña, si es o no exigente; si es o no «barco». Para este tipo de estudiantes, las asignaturas que les permitan adquirir conocimientos y habilidades para cimentar su futura profesión, no son de importancia. Esto es, se olvidan de qué quieren ser cuando terminen su carrera, que para muchos significa literalmente cómo piensan ganarse la vida.

Hoy en día no se puede negar que el modelo educativo que nos rige es más complejo que en el pasado. Quién se hubiera imaginado hace treinta años que cualquier alumno de nuestra universidad, desde cualquier parte del mundo que tenga acceso a internet, pudiera registrar materias, imprimir boletas de calificaciones y programas de estudios, consultar de manera gratuita las bibliotecas de las instituciones de educación superior del primer mundo y las bases de datos de las revistas internacionales especializadas más prestigiadas de su campo profesional, entre otras acciones.

La Licenciatura en Turismo del CUCEA es de las primeras carreras del área en México que han sido acreditadas (en septiembre de 2004) por un organismo competente y externo a la universidad: el Consejo Nacional para la Calidad de la Educación Turística (Conaet), debido al cumplimiento e incremento de varios de sus indicadores académicos, por ejemplo, el número de profesores con categoría de tiempo completo, estudios de posgrado, Perfil Deseable Promep^[14] y el reconocimiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), como miembros del Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Se estima que en el ciclo escolar 2007-A, el 37 por ciento del total de profesores que imparten cursos en la Licenciatura en Turismo del CUCEA eran de tiempo completo o medio tiempo. El 64 por ciento tenían estudios de posgrado —principalmente maestría— y cinco académicos eran miembros del SNI.^[15] Otro indicador que ha alcanzado y aumentado la carrera en los últimos años es la cantidad de publicaciones elaboradas por sus profesores, aun cuando su número siga siendo muy reducido, sus resultados no sean de buena calidad y sus mecanismos de divulgación sean de carácter doméstico. No obstante estos y otros logros, todavía persisten en la Licenciatura en Turismo deficiencias educativas que requieren hacerse explícitas, como la baja calidad académica, la irrelevancia de ciertos cursos o asignaturas del actual currículum y la significativa ausencia de una cultura de evaluación de las prácticas docentes.

Desde años atrás, los estudios profesionales de turismo del CUCEA se han caracterizado por su masividad. Hoy en día, debido a la cantidad de alumnos que alberga, se considera la segunda Licenciatura en Turismo y sus variantes del país, después de la que ofrece la Escuela Superior de Turismo del Instituto Politécnico Nacional. Para el periodo académico 2008-A, nuestra carrera contó con una población de 1,450 estudiantes (que representó casi el 10 por ciento del total de la matrícula del CUCEA),

[14] Conviene mencionar que el estatus de Perfil Deseable Promep (Programa de Mejoramiento del Profesorado) sólo podrán lograrlo, profesores de tiempo completo que cuentan con el grado mínimo de maestría y que demuestren fehacientemente actividades aceptables de docencia, generación y aplicación de conocimientos, tutoría y gestión académica individual o colectiva (Díaz, 2008: 49).

[15] Coordinación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA (2007).

de los cuales alrededor del 76 por ciento fueron mujeres y 24 por ciento hombres. En los últimos ciclos escolares, el promedio de alumnos que ingresaron por semestre a la Licenciatura en Turismo del CUCEA, fue del orden de las 250 personas.^[16] El índice de deserción de alumnos se estima que es del 20 por ciento. La cantidad de egresados se aproxima a las 140 personas por cada semestre escolar. El índice de titulación o graduados con respecto al número de estudiantes que ingresan a la carrera de turismo, es del 25 por ciento; mientras que en relación a la cantidad de egresados, es del 38 por ciento.^[17]

En general, los licenciados en turismo muestran una carencia sustantiva de conocimientos de las disciplinas sociales, en especial de la economía, así como habilidades muy limitadas en el manejo de métodos cuantitativos, de herramientas financieras y la tarea de investigación, lo que los perjudica en las posibilidades de ingreso a estudios de posgrado de alta calidad académica, en comparación con otros profesionistas.

De igual modo, son comunes las contradicciones entre el currículum ofrecido y el currículum asimilado —lo que los estudiantes han aprendido o conseguido de manera efectiva—. Un claro ejemplo de la no correspondencia de ambos planes de estudio de la Licenciatura en Turismo, es lo que ha sucedido con la enseñanza del inglés —no sólo en la institución sino en muchas otras universidades públicas y privadas de México—. Históricamente, este idioma ha figurado de manera formal en los distintos planes de estudio en turismo, algunos con mayor o menor carga horaria, aunque el éxito en el dominio de la lengua anglosajona por los egresados es más bien escaso. Una de las falacias más importantes en las licenciaturas en turismo es la que se refiere al aprendizaje del inglés, a pesar de ser una herramienta fundamental para la profesión. Según Conaet, el organismo acreditado para evaluar la educación turística en México, dicho problema se debe a que sin ser expertos en la enseñanza de las lenguas extranjeras, las carreras de turismo han incluido asignaturas de inglés en su estructura curricular; en lugar de crear los mecanismos necesarios para asegurar su dominio, dando libertad a los alumnos para cursar el idioma en los espacios de especialización dentro o fuera de la institución.

A pesar de lo anterior, hay que aceptar también que la calidad de los aspirantes o admitidos a la carrera va más allá de la cantidad, pues se tienen datos que confirman cómo, desde hace varios años, los estudiantes de primer ingreso al programa educativo de turismo son los que mejor puntaje muestran en comparación con los alumnos de las otras carreras superiores del CUCEA, así como de las otras Licenciaturas en

[16] *Ibidem.*

[17] *Ibidem.*

Turismo que oferta la Universidad de Guadalajara en sus campus regionales: CUCosta, CUCSur, CUValles y CUNorte^[18] (véanse en el anexo estadístico tablas núm. 3 y 4, relativas al puntaje de admisión a la Licenciatura en Turismo del CUCEA).

Son indiscutibles en muchos sentidos los progresos en la Licenciatura en Turismo del CUCEA. Por ejemplo, a doce años de haberse instrumentado la reforma en la Universidad de Guadalajara, se ha instalado y equipado nueva infraestructura educativa, como el Laboratorio de Agencias de Viajes, el Laboratorio de Alimentos y Bebidas y el Restaurante Escuela, al igual que se han perfeccionado las técnicas de enseñanza-aprendizaje, al estar el CUCEA a la vanguardia en la utilización de tecnologías de punta. Sin que pretenda menospreciar estos y otros avances, no todas las dificultades que mostraba la carrera de turismo con el sistema tradicional —basado en una estructura organizacional por facultades y en planes de estudios rígidos— se solucionaron, ni todas las bondades y ventajas que se preveían con la Red Universitaria y el sistema departamental se han cumplido cabalmente. El modelo educativo por departamentos académicos no termina por consolidarse; existen grandes vicios en la organización académica —como los cotos de poder— y contradicciones entre lo que se quiere o se dice de los planes curriculares, y lo que se hace y lo que se cumple, al reproducir los viejos esquemas de las facultades, como los feudos académicos.

Vale la pena hacer un paréntesis en la evolución de la Licenciatura en Turismo del CUCEA, para saber dónde estamos, hacia dónde vamos y cómo podemos ser mejores. Sin duda, hace falta una verdadera reforma educativa que forme profesionistas creativos y analíticos para dar respuesta a los diversos problemas que afrontan tanto las empresas del ramo como el desarrollo turístico de México; empero, para que el cambio académico sea significativo, es importante formar egresados críticos y no sólo profesionistas obedientes o serviciales. Lo que resulta grave es el gran desinterés, conformismo y pasividad que existe entre muchos alumnos y, por qué no decirlo, hasta profesores de la carrera.

El mercado profesional demanda personas cultas y talentosas, con recursos intelectuales crecientes. La tendencia laboral apunta hacia los «trabajadores del conocimiento». Frente a estas exigencias, nuestros egresados deben identificar problemas y conflictos, y manejar los métodos e instrumentos más adecuados para resolverlos; también deben tener la capacidad para analizar mercados, diseñar programas y aplicar procesos de comercialización, formular y evaluar proyectos de inversión, elaborar planes de negocios, así como dirigir las actividades de las empresas turísticas.

Existen evidencias de peso que demuestran que la educación impartida en la Licenciatura en Turismo, en gran medida, sigue siendo anacrónica e intrascendente,

[18] Centro Universitario de los Valles y Centro Universitario del Norte respectivamente.

por concentrarse en la enseñanza de habilidades técnicas que han perdurado en este tipo de carreras. Ciertamente, con ello se da cumplimiento a las demandas de personal básico del sector turístico y a los requerimientos de un cúmulo de asignaturas pueriles, ya que los cursos orientados hacia la formación de destrezas operativas —y no tanto intelectuales o cuantitativas— son muy atractivos para una gran parte del alumnado, como sucede, por ejemplo, con las materias relacionadas con la gastronomía y las agencias de viajes. Sin embargo, a consecuencia del bajo nivel educativo, es un hecho que la institución soslaye la formación de personal directivo o ejecutivo para las empresas del ramo. Desafortunadamente, las carreras universitarias de turismo al dejar de preparar profesionistas creativos e innovadores, capaces de utilizar, adaptar y desarrollar nuevas tecnologías, obstaculizan la inserción laboral de sus egresados en puestos de nivel, en el mejor de los casos sólo logran incorporarse en cargos menos calificados en el mercado laboral y por ende con bajos salarios.

Hoy se vive en un mundo en el que la calidad de los recursos humanos es fundamental y que frente a la pérdida de la competitividad de México, en relación con otros países,^[19] es esencial el talento, la imaginación y la originalidad para que puedan trazar estrategias eficientes a fin de elevar la productividad de las empresas, indispensable para el desarrollo, el progreso, el futuro y la salvación del país. En materia turística, este hecho se observa en el Índice de Competitividad en Viajes y Turismo 2004-2005, elaborado por el Foro Económico Mundial, el cual notifica que México se ubicó en el lugar 49, en la lista que abarca 124 naciones, a pesar de que en esos años fue la séptima potencia mundial captadora de turistas internacionales (World Economic Forum, 2006). Lamentablemente, esta realidad tiene su causa en la educación. A decir verdad, los niveles educativos en general no sólo no han mejorado, sino que han perdido competitividad en los comparativos internacionales.

Por supuesto, sería deshonesto de nuestra parte si la Licenciatura en Turismo continúa con un modelo educativo que no ha dado los resultados esperados ni ha cubierto como debería las demandas de la economía abierta y globalizada. No es posible afrontar los retos de la realidad presente, que ha cambiado bastante en los últimos años, con un programa educativo diseñado a mediados de los noventa. El 2008 ha sido un año complicado por el estancamiento de la economía en los Estados Unidos, nuestro principal motor económico y mercado turístico, y porque la problemática en México se agravó frente al alza en los índices de inflación, las tasas de interés y los precios de los combustibles. Por esta razón, desde hace tiempo, un

[19] Con base en el informe del World Economic Forum, la productividad mexicana está en el lugar 48 en el mundo, entre 117 países; un año antes estaba en el 47, según el Executive Summary the Global Competitiveness Report, 2004-2005. Véase en: www.scribd.com/doc/6295863/Global-Competitiveness-Report-20042005-Executive-Summary. Consultado el 6 de octubre de 2008.

grupo de profesores de la carrera estamos inmersos en un proceso de reforma del plan de estudios de la Licenciatura en Turismo, basado en un modelo educativo por competencias que incorpora la obligatoriedad de las prácticas profesionales dentro de la formación. La propuesta curricular, que intenta consensuarse entre los centros universitarios regionales, contempla dos orientaciones o salidas terminales: en dirección de hoteles y restaurantes, y en gestión y desarrollo turístico. En concreto, se quiere formar:

- Especialistas en Gestión de Hoteles y Restaurantes, cuyos egresados estén en posibilidad de desempeñarse competitivamente en puestos directivos y ejecutivos, con los conocimientos y habilidades necesarias para innovar y emprender nuevos productos o negocios turísticos, así como con actitudes para la prestación de servicios de manera profesional.
- Especialistas en Gestión y Desarrollo Turístico, cuyos egresados estén en posibilidad de desempeñarse en puestos dedicados al diseño de políticas turísticas, la evaluación y proyección de esta actividad relacionada con los viajes, y la gestión y el desarrollo sustentable del turismo.

Es obligado admitir que la nueva propuesta de plan de estudios de la Licenciatura en Turismo, aun cuando busca un reposicionamiento dentro de la academia, no asegura que resuelva la poca credibilidad que enfrenta esta carrera en México.^[20] Indiscutiblemente que la calidad académica no mejorará de manera automática, para ello es necesario elevar el nivel de los programas educativos, así como perfeccionar nuestra actuación docente, de tal manera que se estimule el interés, entre la comunidad estudiantil, por comprender cuestiones turísticas más profundas y complejas.

Como adenda, permítaseme describir los resultados de un sondeo que tuvo como propósito central confirmar una tesis propia sobre el escaso conocimiento que poseen los estudiantes de las Licenciaturas en Turismo del CUCEA relativo a las revistas especializadas más prestigiosas en el contexto internacional en materia turística; todas ellas se encuentran en la biblioteca de nuestro centro universitario, algunas se pueden localizar en las estanterías desde hace más de diez años. Así pues, durante el ciclo escolar 2008-A apliqué esta encuesta de sólo dos preguntas a once alumnos de la

[20] El problema de la poca credibilidad académica se extiende a otras carreras universitarias, por ejemplo, es triste ver alumnos de sociología que son cuestionados sobre sus opciones laborales, los de contaduría que son apabullados por la intensa competencia a que se enfrentarán en el mercado de trabajo, o los de las ciencias de la comunicación que se les refriega que es una profesión saturada.

asignatura a mi cargo, Seminario de Investigación Turística, impartida en semestres avanzados de dicha carrera.

Pregunta 1) ¿Conoce alguna o algunas de las siguientes revistas?: *Annals of Tourism Research*, *Annals of Tourism Research en Español*, *Estudios Turísticos*, *Journal of Foodservice Business Research*, *Journal of Hospitality & Leisure Marketing*, *Journal of Travel Research*, *Journal of Travel and Tourism Marketing*, *Tourism Management*. Respuestas: sólo 27.3 por ciento de los estudiantes entrevistados conocían alguna o algunas de las revistas señaladas.

Pregunta 2) ¿Ha leído algún artículo o artículos de las revistas antes mencionadas? Respuestas: sin comentarios, sólo contestaciones puntuales:

- a) «No, porque sus profesores no les fomentaron este tipo de lecturas».
- b) «No, porque no había escuchado de ellas ni me las habían recomendado. Hasta hoy se de su existencia».
- c) «Sí, el *Journal of Travel Research* y el *Journal of Travel and Tourism Marketing* debido a que me cruce con estas revistas en un consultorio médico. El resto jamás las había visto».
- d) «No, porque no los tengo al alcance, ni idea de donde encontrarlos».
- e) «No, porque no tenía conocimiento de las revistas».
- f) «Sí, el *Journal of Travel Research*, aunque sólo lo vimos en una exposición de una clase».
- g) «No, porque realmente no se mucho inglés y mi interés de lectura es otra».
- h) «No, porque no conozco ninguna de las revistas».
- i) «No, porque no tenía conocimiento de ellas».
- j) «Sí, el *Journal of Travel Research*; leí un artículo sobre cuartos de hotel porque era para una tarea».
- k) «No, el tiempo libre después de mi trabajo lo empleo para tareas y no requieren de este tipo de revistas».

Es posible que estos resultados puedan provocar algún malestar en uno que otro académico y autoridad universitaria, por mostrar la triste realidad de lectura que tienen nuestros alumnos de turismo, incluso pueden ser refutados con el argumento de la confiabilidad estadística, por la pequeñez de la muestra utilizada, lo cual reconozco. No obstante, como observador de las prácticas docentes y coordinador de esta carrera universitaria, me resisto a imaginar que se rechace mi tesis, aun cuando se tome en cuenta a la totalidad del estudiantado que hoy en día cursa la Licenciatura en Turismo en el CUCEA.

Conclusión

Actualmente, la educación superior en turismo está presente en casi la totalidad de las entidades federativas de la República Mexicana; sin embargo, se puede afirmar que muchos de los programas de enseñanza enfrentan, en menor o en mayor grado, las mismas y graves debilidades académicas que muestra nuestra carrera en el CUCEA. La educación turística en la Universidad de Guadalajara ha sido producto de una historia de cuarenta años, cargada de ilusiones por sus logros y avances notables, pero también de desilusiones por sus rezagos y estancamientos académicos principalmente. Aclaro, este escrito no tiene como propósito ofrecer una respuesta concluyente a la pregunta de si hoy en día se tiene una carrera universitaria de turismo mejor que antes, sino recuperar y describir los acontecimientos más relevantes que iluminen el pasado y el presente, aunque la historia en ocho lustros es rica en testimonios para saberlo.

He escuchado voces que añoran los tiempos anteriores, al asegurar que la calidad de la educación en turismo era mejor. Desde mi opinión, es difícil hacer comparaciones entre el presente y el pasado, sería una tarea infecunda, pues cada generación de egresados es diferente. Los jóvenes de hoy, por ejemplo, se comunican entre sí por medio de internet.^[21] Estamos en la época de la computadora portátil, el disco compacto (CD), el video digital, la multimedia, el iPod, el celular, el BlackBerry. Los estudiantes reciben gran parte de sus noticias al visitar sus sitios favoritos en la *web*. Es así como la revolución impresa que dominaba nuestro mundo ha sido sustituida por la revolución del ciberespacio. No obstante, la mayoría de nuestros alumnos no leen los periódicos ni las revistas especializadas de su campo profesional, pues estas últimas ni siquiera las conocen (tal como lo demuestran los resultados del sondeo antes descrito).

Si bien la educación en turismo ha mejorado en algunos sentidos, en otros ha empeorado, ya que hay demasiada simulación, irresponsabilidad, apatía y conformismo entre la generalidad de su alumnado y profesorado, tal como acontecía en mi etapa como estudiante. Por supuesto, una gran proporción de los alumnos está muy motivada por la carrera que cursa, debido a que sus expectativas se relacionan con el hecho de aprender idiomas, relaciones humanas, conocimientos sobre otras culturas y en suma con saberes del área administrativa.

A pesar de que nuestra institución es pionera a nivel nacional en materia de educación e investigación turística, todavía las autoridades educativas y la planta de

[21] De acuerdo a una encuesta aplicada a los alumnos de primer ingreso de la Licenciatura en Turismo del CUCEA, aproximadamente el 55 por ciento de ellos cuenta con computadora en casa, lo que facilita la realización de sus trabajos académicos.

profesores de la carrera no han encontrado la manera de cómo instaurar un posgrado de turismo en el CUCEA^[22] y cómo consolidar la tarea científica en nuestro centro universitario; tampoco los responsables se han preocupado por la generación y la difusión del conocimiento. Hoy, a los que nos tocó vivir las dos «épocas de oro» del CIT, una a principios de los setenta y otra a finales de los ochenta, recordamos con cierta tristeza esos años.

Sin que pretenda imputar los problemas en un solo espacio de tiempo o periodo administrativo, éstos en gran parte se deben a los arreglos políticos y concesiones a grupos con los que desgraciadamente se sigue manejando nuestra universidad. Un aspecto representativo de por qué los obstáculos que muestra la educación turística se consideran históricos, es la permanente sobreoferta de egresados y su baja formación, que se traduce en altos índices de subempleo, al ocupar en su generalidad puestos operativos en su campo laboral. Parece ser que ninguna autoridad educativa desea aprender, de una vez y para siempre, de los errores del pasado. Se ha dicho bastante que quienes olvidan las lecciones de la historia, están condenados a repetirla. No se entiende o no se quiere entender que frente a la saturación de carreras superiores en turismo, lo urgente es diferenciarnos del resto mejorando los niveles educativos, creando talento especializado, con actitudes intelectuales, pues de otra forma todo lo que se diga quedará en un mero discurso demagógico y retórico.

En suma, muchas de las dificultades que enfrenta la Licenciatura en Turismo del CUCEA tienen que ver con las que muestra la Universidad de Guadalajara, y ésta a su vez, con las que padece el sistema educativo mexicano.^[23] Aunque es claro que si todos y cada uno de los actores universitarios —autoridades, profesores y alumnos— pusieran su «grano de arena» e hicieran las cosas bien —cumpliendo con los programas de estudio, las tareas de investigación, tutoría académica, prácticas pro-

[22] En marzo de 1989 se inaugura el Programa de Maestría en Ciencias con especialidad en Planeación Turística, impartido por la Sección de Graduados de la Escuela Superior de Turismo del Instituto Politécnico Nacional en las instalaciones de la entonces Facultad de Turismo de la Universidad de Guadalajara. Gracias al acuerdo suscrito entre ambas instituciones, se inicia la formación de profesores e investigadores a nivel de maestría en el campo turístico de nuestra máxima casa de estudios. Conviene añadir que 23 profesores del Departamento de Turismo, Recreación y Servicio del CUCEA, en estos momentos están inscritos en el Programa de Doctorado Gestión y Desarrollo Turístico que imparte la Universidad de Málaga, España, en las instalaciones del CUCEA.

[23] Los resultados de los estudios en el nivel medio y medio superior de la educación mexicana no son alentadores en materia científica, en matemáticas y en lectura comprensiva. Por ejemplo, consúltense los resultados del Informe PISA 2006 (Programme for International Student Assessment, por sus siglas en inglés) del Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes, sobre competencias científicas de los alumnos de 15 años de las naciones que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Según este organismo, México se encuentra en los lugares 29 y 30 —dependiendo de los aspectos educativos que se compare— dentro de la lista de 30 países miembros de la Organización Económica para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE, 2007).

fesionales, estancias e intercambios académicos, entre otros—, la imagen de este tipo de carreras sería muy distinta.

Anexo estadístico

Tabla núm. 2. Porcentajes de créditos obligatorios y optativos de algunos programas educativos, acreditados por el Conaet de nivel superior en el área de turismo (año 2009).

<i>Universidad</i>	<i>Créditos</i>	Obligatorios	Optativas
Universidad de Guadalajara+		47	53*
Universidad de las Américas		93	7
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez		75	25
Universidad Autónoma del Estado de México		90	10
Universidad Iberoamericana		93	7
Universidad Regiomontana		100	---

+ Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA).

* Selectivos u optativos.

Fuente: Coordinación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA y páginas electrónicas de cada una de las instituciones educativas.

Tabla núm. 3. Puntajes mínimos de ingreso a la Licenciatura en Turismo, según el centro universitario que oferta esta carrera en la UdeG (período 2007-2008).

<i>Ciclo escolar</i>	<i>2007-A</i>	<i>2007-B</i>	<i>2008-A</i>	<i>2008-B</i>
CUCEA	137.6000	150.2933	142.5756	147.6911
CUCosta	88.8489	127.3822	111.8889	123.8822
CUValles	107.1111	77.4489	105.9456	88.8333
CUNorte	No ofertada	93.9444	111.5178	97.5000
CUCSur	86.1489	108.0611	86.0833	121.7556

Fuente: Coordinación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA, basado en información de la página electrónica de la Coordinación de Control Escolar de la Universidad de Guadalajara.

Tabla núm. 4. Puntajes mínimos de ingreso, según las distintas licenciaturas que oferta el CUCEA (período 2007-2008)

<i>Ciclo escolar</i>	<i>2007-A</i>	<i>2007-B</i>	<i>2008-A</i>	<i>2008-B</i>
Turismo	137.6000	150.2933	142.5756	147.6911
Administración	139.1622	148.0989	141.1100	149.3122
Administración Financiera y Sistemas	147.9333	152.0100	144.1667	154.8333
Contaduría Pública	130.9056	143.5511	134.3567	147.0000
Economía	125.0411	133.9967	124.8889	136.6111
Mercadotecnia	134.3889	141.4444	135.9989	146.8333
Negocios Internacionales	138.6733	148.1178	140.1667	151.7778
Recursos Humanos	132.8578	136.1767	134.6733	143.2078

Fuente: Coordinación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA, basado en información de la página electrónica de la Coordinación de Control Escolar de la Universidad de Guadalajara.

LA EXPERIENCIA DE UN DISEÑO CURRICULAR EN TURISMO BASADO EN UN MODELO POR COMPETENCIAS PROFESIONALES^[1]

Introducción

La idea de hacer este trabajo comenzó con un marco mental bastante escéptico con respecto al tema de las competencias, debido a que la mayoría de las experiencias se sustentan en las llamadas competencias laborales o habilidades técnicas que los individuos requieren para desempeñarse de modo adecuado en un trabajo determinado. Es decir, por lecturas previas se reconoce lo complicado que es medir y comparar las competencias profesionales de alto nivel. En efecto, algunas competencias son relativamente fáciles de explicar y evaluar como el arte de montar un banquete, mientras que otras pueden ser difíciles de expresar y valorar, como el caso de las habilidades intelectuales.

Por tanto, se cuestiona ¿cómo se puede lograr que los alumnos de turismo adquieran un pensamiento complejo, multidisciplinario y crítico?, ¿cómo un grupo de académicos, con especialidades distintas, podrían hacer la reforma curricular si no eran expertos en materia de competencias y, lo peor, no sabían gran cosa acerca de esto?, ¿en qué competencias estaba pensando la Universidad de Guadalajara?, ¿qué significa hablar de competencias laborales y profesionales?, ¿qué criterios se deberían utilizar para definir competencias clave?, ¿cómo aprender y enseñar competencias en la universidad? y ¿cómo se podría evaluar mejor las competencias? Las respuestas no fueron simples.

Al revisar la literatura se confirmó la incredulidad en la formación de competencias al leer escritos de varios especialistas que visiblemente comparten tal postura, aunque la lectura de otros autores fue más optimista (véanse, por ejemplo, los diferentes artículos publicados en el libro de Simone y Hersh, 2004). Hay que ser

[1] Este trabajo es una versión revisada del escrito publicado en la Revista *Estudios y Perspectivas en Turismo*, año 2010, vol. 19, núm. 1 (enero), Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos, Buenos Aires, Argentina, pp. 139-156.

honesto, al principio se dudaba del modelo curricular basado en competencias, pues se suponía que se trataba de una moda aplicable sólo al mundo del empleo o de los negocios; sin embargo, ahora se coincide con un gran número de estudiosos en que con políticas y estrategias educativas coherentes se puede contribuir en gran medida al desarrollo de competencias profesionales. Asimismo, se concuerda con quienes piensan que éstas no son enemigas de las habilidades cognitivas ni están a favor sólo de capacidades prácticas, más bien se basan en el dominio de ambos componentes de las competencias.

En este sentido, el trabajo busca también precisar el camino seguido para seleccionar competencias clave más allá de las habilidades tradicionales de administrar, investigar y comercializar, las que fueron definidas en sus inicios por un grupo de académicos. Para varios integrantes de la comisión curricular (la minoría), había desacuerdo en considerar estas habilidades suficientes para constituir competencias relevantes. Por tanto, persistían las interrogantes sobre cuáles eran las competencias cognitivas y prácticas del currículum escolar para el buen desempeño laboral y profesional del licenciado en turismo, o qué conocimientos y habilidades debían ser asumidos por los egresados de esta carrera, para que afrontaran con eficacia y eficiencia los desafíos presentes y futuros en su ámbito de acción.

La batalla ideológica

Desde hace varios años se ha estado configurando el nuevo plan de estudios de la Licenciatura en Turismo por una comisión integrada por profesores de los cinco centros de la Red Universitaria que impartían, en ese entonces, esta profesión en la Universidad de Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA), Centro Universitario de la Costa (CUCosta), Centro Universitario de la Costa Sur (CUCSur), Centro Universitario de los Valles (CUValles), así como el Centro Universitario del Sur (CUSur) que ofrece la carrera de Técnico Superior Universitario en Turismo Alternativo.

Resultaba evidente, aunque no para todos los miembros de esta comisión, que dicha tarea era un reto enorme pero también representaba gran responsabilidad y compromiso de dotar a las generaciones de alumnos con competencias que favorecieran su éxito profesional, sobre todo cuando se sabe que los programas educativos superiores en turismo tienen por lo común poco prestigio y sus profesionistas escasa credibilidad en el mercado laboral de México e, incluso, en los de países desarrollados. También en los Estados Unidos existe poca fe en los egresados de turismo (Echtner y Jamal, 1997), pese a que este país es líder mundial en la mayoría de las

clasificaciones establecidas para la educación en general. A esto se suma, hoy en día, que se reconozca al turismo como un campo digno de estudio y al quehacer de difusión e investigación turística ampliamente de las universidades estadounidenses, por la labor editorial que realizan las prestigiadas universidades de Colorado y Wisconsin-Stout, al publicar las revistas académicas y científicas consideradas como las más rigurosas e influyentes en el ámbito internacional: *Journal of Travel Research* y *Annals of Tourism Research*.

Ante esta situación cabría preguntarse ¿cómo se puede dejar ese sentimiento de inferioridad que tienen a menudo los Licenciados en Turismo (o sus variantes, como hotelería o planificación turística) con relación a profesiones tan prestigiadas como Medicina, Derecho y ciertas Ingenierías o, en su caso, a disciplinas sociales tan consolidadas como Economía y Administración? Es importante elucidar que este sentimiento de inferioridad no es exclusivo de los estudiosos del turismo, sino también de los egresados de las ciencias sociales cuando se comparan con profesionales de las ciencias naturales y ciencias exactas.

Así pues, el trabajo de reforma curricular de la carrera en turismo se inició retomando varias definiciones e ideas que permitieron comprender mejor el tema de las competencias. Sin que exista un acuerdo explícito sobre qué se entiende por este concepto, se acepta que una persona es competente si sabe actuar de manera pertinente en un contexto particular. De este modo, Le Botewerf establece:

Saber actuar de forma pertinente supone ser capaz de realizar un conjunto de actividades según ciertos criterios deseables. [...] Bajo este enfoque los estudiantes además de apropiarse de conceptos fundamentales de las disciplinas, aprenden su aplicación e integración para desenvolverse con éxito en su etapa formativa, en su desempeño profesional y en su vida personal. La competencia implica además de conocimientos y habilidades, la comprensión de lo que se hace (citado en Hernández Pina *et al.*, 2005: 55-56).

Partiendo de estas y otras definiciones, se comenzó a intercambiar y debatir ideas, así como a admitir aquellas propuestas interesantes y novedosas, pero también a rechazar la serie de ocurrencias y, aún sandeces, que predominaron en las primeras sesiones de trabajo de la comisión curricular. La participación en estas reuniones confirmó lo planteado por Philippe Perrenoud:

Las batallas ideológicas [...] son una constante en cuanto se empieza a discutir el asunto de las competencias. Se agravan al menor intento de definir las competencias

que son esenciales en las sociedades modernas y, por lo tanto, se deben desarrollar como una prioridad de los sistemas educativos. Lo anterior lleva la discusión a un nivel que, desde el principio, debe decirse que es tanto político, filosófico y ético, como científico. Las competencias clave no existen en lo abstracto. Se construyen sobre la base de un punto de vista teórico, pero también ideológico. Los investigadores no dudan en usar las teorías de modo selectivo, para confirmar su propia posición. El conocimiento de una sociedad muy rara vez es desinteresado. Contribuye a mantener el statu quo y a legitimar o desafiar las políticas o legislaciones sociales públicas... (Perrenoud, 2004: 217-219).

En este mismo orden de ideas, otros estudiosos de la educación afirman que ningún marco de referencia es ideológicamente neutral, ya que la visión del mundo de cada persona afecta la construcción de las competencias (véase Simone y Hersh, 2004: 29-30). Para la psicóloga británica Helen Haste: «...ninguna lista <ideal> de competencias está libre de una carga filosófica, teórica y, de hecho, empírica» (Haste, 2004: 176).

Valga traer aquí una anécdota contradictoria acontecida en una reunión interdepartamental para el análisis y discusión del plan de estudios de la Licenciatura en Turismo. En ella un académico especializado en administración y *marketing* puso en tela de juicio la incorporación en el mercado laboral de profesionales reflexivos y críticos, orientados hacia la gestión y el desarrollo turístico debido a que el proyecto educativo propuesto, según la óptica de este personaje, se enfocaba hacia lo sociológico. En realidad, existe la idea muy arraigada, por lo menos en el CUCEA, de que cualquier cosa que no sea economía o *business*, es sociología.

Es obvio que las intervenciones de los compañeros, comprometidos con el diseño curricular, generaron discusiones —a veces un poco fuertes—, pero también fueron una oportunidad de hacer inteligible lo oculto en esos valores e intereses de trabajo de algunos de los participantes —muchas veces cerca de la simulación—. Quedaba claro por qué en un tiempo hubo tanta premura por aprobar el currículum para la Licenciatura en Turismo —la acreditación de los programas educativos se avecinaba para unos centros de la Red Universitaria—, pese a que en la mayoría de los miembros de la comisión había conciencia que la propuesta del plan de estudios, de ese tiempo, vislumbraba competencias sólo en el papel sin ninguna estrategia para su implementación y formación.

Cabe hacer hincapié que configurar el currículum fue bastante difícil, pues hubo discrepancias sobre qué competencias clave debían ser tomadas en cuenta para dicho propósito. Si bien se definieron habilidades de administración, comercialización

y planificación —las salidas terminales que a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa contemplaba la Licenciatura en Turismo de la Universidad de Guadalajara—, en realidad no se establecieron los criterios con los que el egresado demostraría qué es capaz de hacer y cuál es su desempeño profesional —resultados— para certificar que su práctica estaría bien hecha. Tampoco se identificaron las condiciones a partir de las cuales se desarrollarán las habilidades. Siendo honestos, en ningún momento se precisó cuáles deberían ser las evidencias necesarias y suficientes para comprobar cómo el estudiante podría adquirir las competencias. En lugar de esto, una cantidad considerable de los participantes se apegaba a la ocurrencia y llegaban a «acuerdos» con esa idea de democracia —o mayoriteo— fundada en los intereses particulares y de grupo —o de centro universitario—, y no tanto en el uso de la razón y los criterios académicos.

Pero, ¿qué orientación de carrera defendían unos? y ¿cuáles eran los argumentos por los que se opusieron los representantes del CUCEA? La propuesta de ellos se centraba en fusionar la enseñanza del área administrativa con cuestiones de turismo alternativo. A casi cuatro décadas de experiencia en materia de educación turística a escala superior en la Universidad de Guadalajara, todavía no se han asimilado los errores pasados. Seguramente, esta constante proclividad para no admitir las fallas por la falta de juicios críticos y autocríticos, no contribuye a aprender de ellas.

El enfoque educativo que pretendían y procuran unos académicos se centra en ese vicio de fusionar conocimientos del desarrollo turístico —en especial el turismo alternativo con sus variantes como el ecoturismo, turismo rural y turismo de aventura— con habilidades operativas en los servicios de hotelería, alimentos y bebidas y agencias de viajes. Es importante explicitar aquí dos de los principales desacuerdos que presentaba esta propuesta de modelo curricular para los académicos del CUCEA: primero, la insuficiencia explicativa que se tiene acerca del turismo alternativo —la supuesta antítesis del turismo de masas— y la visión tan limitada que posee la academia del turismo al respecto —no se diga los funcionarios gubernamentales, empresarios del ramo y hasta varios de sus «expertos»—. Para ellos, este concepto se entiende como un simple segmento de mercado y no como una nueva y efectiva estrategia de desarrollo. Quienes piensan que el turismo alternativo es sólo una práctica turística, aceptan ciegamente los discursos y la ideología dominantes que, sin duda, han influido en numerosas carreras universitarias a formar realmente guías de turistas y no tanto directivos para las empresas u organismos públicos involucrados con este sector, tal como se les promete a los alumnos. Cabría preguntarse, ¿es posible lograr una comprensión crítica y coherente de la realidad turística, así como innovar siste-

mas administrativos y de mercado con sólo competencias cognitivas de bajo nivel y habilidades técnico-operativas?

Pocas veces los programas educativos en turismo tienen una tarea más intelectual donde se discutan y razonen propuestas u opiniones de otros. Los profesores —y no se diga estudiantes— son como una especie de intérpretes y seguidores de los conocimientos que reproducen una élite de especialistas, a menudo vinculados con el sector público. El grave problema que presenta la enseñanza en este campo es que favorece la transmisión de nociones erróneas o, en el mejor de los casos, de ideas primitivas con fuerte énfasis en la «turismología» —saberes propios de escasa solidez teórica y metodológica—. Es común la resistencia a utilizar los distintos aportes de las ciencias sociales en la educación turística; en lugar de ello abunda la apropiación del discurso retórico que pregonan los grupos hegemónicos, uno de los obstáculos que no permiten comprender, en su auténtica dimensión, este fenómeno social y cada una de sus manifestaciones.

La segunda razón que acentuó las divergencias con el plan de estudios sugerido originalmente, fue que las habilidades administrativas adquiridas o moldeadas en las instituciones turísticas de educación superior han demostrado frecuentemente ser meras prácticas técnico-operativas en servicios (ese virus que no nos deja en paz). ¿Cuál es la justificación o lógica de promover ciertas experiencias prácticas, rutinarias y simples en la Licenciatura en Turismo, que no exigen grandes esfuerzos mentales como el arte de montar mesas o preparar bebidas? Vale subrayar que la educación formal que los alumnos reciben en las aulas, no por fuerza, debe educar al individuo para realizar un trabajo determinado. La enseñanza universitaria constituye los cimientos sobre los que se edifican otras capacidades que puedan desarrollar las personas en el momento en que se integren al área laboral o profesional.

Un argumento ordinariamente utilizado por la generalidad de los profesores que imparten cursos orientados a adquirir habilidades manuales, es que «para saber mandar, hay que saber hacer». Si bien esta tesis tiene algo de creíble, hay tareas prácticas que más que educar a la persona, la ciegan. Cualquier docente y estudiante de las carreras superiores en turismo sabe que gran parte de las prácticas profesionales realizadas por los alumnos, sea en las áreas de alimentos y bebidas o de hotelería, difícilmente transitan hacia el desempeño de competencias de alto estatus como: toma de decisiones gerenciales, liderazgo, desarrollo de estrategias y emprendedores, análisis de situaciones de riesgo, manejo y resolución de conflictos, entre otras. Sería descabellado pensar que se puede formar un buen arquitecto con la sola práctica de preparar mezcla y colocar ladrillos. Quien crea que se formará un buen cirujano con

un plan de estudios en el que predomine la capacidad de inyectar y colocar vendajes es ingenuo o posiblemente un completo farsante.

El autor de este trabajo cuestiona en varios artículos a la educación superior, al saber y a los procesos mediante los cuales se construye el conocimiento del turismo en México; es decir, esa manera tan pragmática -en que están empecinadas las instituciones y muchos académicos- que poco aporta en los alumnos al desarrollo de la capacidad de pensar más intelectual y complejamente (Gómez, 2005b, 2005d, 2008a, 2008b). Empero, esto no significa que las habilidades prácticas y los conocimientos empíricos no sean importantes, más bien se consideran como insuficientes y poco profundos.

Salta a la vista cómo muchas de las habilidades manuales que se aleccionan en las carreras de turismo no son dignas de asimilarse en los niveles universitarios, aunque se admita la importancia para poder supervisar las funciones de otros. Por ejemplo, es común en la actividad de la hotelería solicitar a los aspirantes a un puesto de jefe de recepción el dominio de programas especializados de computación, como los sistemas globales de reservaciones. Esta habilidad, de índole práctica, es solicitada incluso a candidatas a puestos ejecutivos o directivos y es parte de la lista de competencias necesarias para el buen desempeño laboral. Por lo anterior y debido a que en raras ocasiones las empresas de alojamiento temporal ofrecen cursos a sus trabajadores para el desarrollo de esta capacidad, es fundamental su adiestramiento en las universidades.

Hay que hacer notar también que entre los miembros de la comisión curricular persistió una contradicción entre la visión de las competencias económicamente útiles y aquéllas orientadas a inculcar en los profesionistas el deseo de ser mejores ciudadanos. En rigor, el país necesita de directivos calificados deseosos de llevar a las organizaciones a una excelente posición y de proponer nuevos procedimientos, fórmulas e ideas que apoyen la alta dirección de las empresas. Profesionistas con adecuada personalidad —bien vestidos, categóricos al hablar y persuasivos—, con plena disposición para adaptarse a distintas culturas y trasladar su residencia a otros lugares —cosmopolitas—. Además, México requiere de otro tipo de profesionistas que trabajen por un mundo menos discriminatorio y deshumanizado —aminoren la pobreza y la desigualdad social—, al mismo tiempo que su labor sea de respeto hacia el medio ambiente natural y el patrimonio cultural, de conformidad con los grandes desafíos que presenta el turismo, hoy en día, según su órgano rector en México (véanse estos retos en Sectur, 2001: 68).

La definición y selección de las competencias clave

Es indudable que definir y seleccionar competencias exige perspectivas holistas y un trabajo multidisciplinario donde se den reflexiones fundadas en el intercambio y el debate de ideas y, por qué no decirlo, de valores. En especial, estas discusiones obligan a despejar dos interrogantes: ¿qué sociedad se quiere? y ¿qué tipo de turismo se desea? O por el contrario, ¿cuál es la sociedad que no se quiere? y ¿qué tipo de turismo no se desea?

A pesar de que «desarrollo» es un concepto complejo que necesita ser dilucidado, surge nuevamente la necesidad de preguntarse: ¿qué desarrollo turístico se quiere para el país?, ¿qué profesionistas se desea formar? y ¿cuáles son los conceptos de turismo y desarrollo turístico que deben servir de referencia para establecer competencias esenciales? En principio, se admite que el desarrollo es un proceso tan complejo como abigarrado, por lo que es imposible imitar lo que hacen otros países en materia de desarrollo, pues cada sociedad tiene su historia, cultura y problemas sociales.

Es evidente cómo una gran cantidad de estudios reconocen las dificultades y retos que implican la selección y conceptualización de competencias, imprescindibles no sólo para aumentar el acervo de conocimientos y adquirir ciertas capacidades, sino también para desarrollarse como individuos. Algunos expertos hacen énfasis en que los graduados deben lograr una multitud de habilidades que les permitan ser creativos, flexibles y adaptables al mercado de trabajo. Otros especialistas afirman que la prioridad es ampliar y mejorar el entrenamiento (Hjalager y Andersen, 2001). Australia, al dar respuesta al crecimiento y a las demandas de recursos humanos capacitados para la «industria del turismo y la hospitalidad», ha apostado por la calidad de la educación e investigación en esta área y el nexo fuerte entre ambos componentes para apoyar su desarrollo (Pearce, 2005). Distintas naciones profundizan en el uso de las tecnologías modernas y la comunicación para realzar y apoyar la educación (véase Sigala y Baum, 2003).

Sin embargo y pese a que no se puede negar la importancia de este tipo de habilidades ni la incorporación de nuevas herramientas y recursos, por ejemplo internet, en el proceso de enseñanza-aprendizaje, se coincide plenamente con Russell Ackoff en que se necesitan reformas serias y profundas en los programas educativos, nuevos modelos organizacionales e ideas creativas y viables que reemplacen los métodos obsoletos y las relaciones autoritarias entre los actores participantes (Ackoff, 1999: 91-122).

Robert Kegan sostiene que los ambientes de trabajo modernos están llenos de situaciones impredecibles y no rutinarias. Para este autor, cada vez será más apreciada en los empleados la capacidad de tomar iniciativas que creen valor mediante decisiones originales (Kegan, 2004: 342). Por su lado, Gibbons *et al.* comentan que:

[...] dentro del proceso de innovación, las empresas de todas clases se convierten en fuentes de demanda de conocimiento especializado, debido a que la competencia ofrece una prima a todo aquello que no sea imitable. [...] Puesto que esas habilidades no surgen espontáneamente y van a disfrutar de una creciente demanda, tales desarrollos plantean un desafío a los sistemas actuales de educación superior... (Gibbons *et al.*, 1997: 88 y 89).

De acuerdo con los estudiosos citados, la moderna educación superior enseña a la gente a no entregarse demasiado a una sola ocupación o a un conjunto de habilidades, por lo que es indispensable disponer a las personas hacia la posibilidad de que ambas puedan cambiar con frecuencia. Para hacerlo, los empleados tienen que tener ilustración tanto en habilidades como en actitudes. Gibbons y sus colaboradores admiten que la única habilidad que no queda obsoleta es la de aprender nuevas habilidades (Gibbons *et al.*, 1997: 102-103).

Las empresas que utilizan el conocimiento demandan directivos con capacidades para identificar y solucionar problemas, y habilidades de innovación, lo que requiere recursos humanos altamente calificados. Es un hecho que abundan los egresados de turismo —la mayoría de las veces poco capacitados— que compiten por puestos operativos con salarios bajos; también, es una realidad que existen profesionistas verdaderamente calificados —aunque sean excepciones— que llegan a ganar salarios y prestaciones altas. Sin duda, las nuevas representaciones del saber como el análisis de riesgos, los sistemas complejos, la valoración de la tecnología y el desarrollo sustentable necesitan de trabajadores cerebrales. Para varios autores las empresas intensivas en conocimientos siguen siendo muy rentables porque poseen empleados con habilidades que no se encuentran en otras partes (Gibbons *et al.*, 1997: 69). En efecto, la oferta de mentes talentosas e inquisitivas que proceden de las universidades, asegura al sector turístico un suministro de personas competentes.

No obstante que ha habido dificultad para determinar la mejor manera de fomentar los saberes, habilidades, aptitudes, actitudes y valores dentro de la comisión curricular, no se reflexionó debidamente sobre el concepto de competencia o competencia clave. Tampoco se admitió la complejidad para que los alumnos asimilaran las mismas; esto es, ¿cómo enseñarlas y reforzarlas? y ¿qué métodos adecuados se deben utilizar para medirlas y evaluarlas? Ni siquiera se pensó en que la tarea de diseñar un plan de estudios basado en competencias era vasta y que su éxito sólo sería posible con una mayor participación y voluntad de académicos y autoridades educativas.

La identificación de competencias

Aunque no son exhaustivas ni el orden en que se presentan tiene importancia, las competencias clave con las que se adhiere la propuesta curricular —consensuada entre tres centros universitarios: CUCEA, CUCosta y CUCSur, pues CUValles y CUSur se abstuvieron— y que se consideran trascendentales para el buen ejercicio profesional del egresado que se quiere formar, son:

- Desarrollo de estrategias
- Análisis de situaciones de riesgo
- Manejo y resolución de problemas y conflictos
- Pensamiento complejo y multidisciplinario
- Trabajo en equipo
- Liderazgo
- Alfabetismo en tecnologías de la información y comunicación
- Desarrollo de la inteligencia (analítica, creativa y práctica)
- Dominio de por lo menos una lengua extranjera
- Juicios críticos y autocríticos

En términos de Franz Weinert, las competencias clave se refieren a los prerrequisitos necesarios de los que puede disponer un individuo para cumplir con exigencias complejas. Para este psicólogo alemán, dichas habilidades se refieren a competencias multifuncionales y transdisciplinarias útiles para lograr metas trascendentales, dominar distintas tareas y actuar en situaciones desconocidas (Weinert, 2004: 105,123).

En efecto, existen programas de capacitación en numerosas empresas donde se pueden adquirir una o varias de estas competencias, pero también es verdad que transferir este quehacer fuera de las universidades es cuestionable, a excepción de una de ellas, el dominio de una lengua extranjera de acuerdo con la visión del Consejo Nacional para la Calidad de la Educación Turística (Conaet). Para este organismo evaluador, la mayoría —si no todas— de las carreras universitarias en turismo de México, no han demostrado la capacidad para enseñar esta lengua extranjera. Por supuesto que está fuera de los propósitos de este escrito aventurar qué debe hacer el CUCEA para que los alumnos dominen el idioma inglés.

Es innegable que los procesos educativos son una condición ineludible para el desarrollo de estas competencias, aunque es obvio que el logro de las mismas dependerá de la calidad de la enseñanza-aprendizaje. Por tanto, el currículum de la Licenciatura en Turismo deberá tener la capacidad para formar este tipo de competencias, pese a que algunas de ellas se consideran clave o no clave, dependiendo de la orientación a la cual se quieran enfocar los futuros profesionistas, sea en Dirección

de Hoteles y Restaurantes o en Gestión y Desarrollo Turístico. Por ejemplo, las competencias de pensamiento complejo y multidisciplinario tendrán más relevancia en la segunda salida terminal, mientras que el liderazgo gerencial será una habilidad a la que se debe otorgar mayor peso en la primera especialidad.

La descripción de competencias

Aun cuando es importante tener muy claro el significado de cada una de las competencias clave, es imposible en un artículo de esta naturaleza describir detalladamente cada una de las que se juzgaron deseables para la formación del licenciado en turismo. Por tanto, a continuación se intentará esbozar sólo unas de ellas.

Desarrollo estrategias

Consiste en seleccionar y emplear estrategias adecuadas para el logro de metas. Para Boudon, esta competencia requiere contar con el arte de la maniobra y el cálculo, tener una visión de todos los cursos posibles de los hechos para anticipar todos los obstáculos y las reacciones de socios y opositores, idear soluciones originales y controlar los efectos indirectos o adversos de las acciones (citado en Perrenoud, 2004: 240).

Manejo y resolución de problemas y conflictos

Con fundamento en la conceptualización propuesta por el Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes (PISA), «...la solución de problemas es la combinación de diversos procesos cognitivos y de motivación que se orquestan para lograr una meta determinada que no se podría alcanzar únicamente con la aplicación de una rutina o algoritmo conocido» (Herh, 2004: 58).

Ninguna comunidad turística está al margen de disputas, por lo que es importante saber negociar, construir acuerdos y tomar decisiones basadas en toda la gama de opiniones. No es absurdo afirmar, por ejemplo, que la falta de negociación de las autoridades gubernamentales con la comunidad de San Salvador Atenco, así como el nulo sentido social y político del frustrado proyecto del aeropuerto internacional de la ciudad de México, fueron las causas primordiales de que se diera marcha atrás, a principios del sexenio pasado (2000-2006), a esta valiosa obra de infraestructura.

¿Cómo solucionar las pugnas que frecuentemente existen entre la sociedad civil, empresarios y gobiernos? o ¿cómo consensuar entre los pobladores locales para evitar la oposición a los programas y proyectos turísticos, promovidos por los grupos de poder político y económico? Los múltiples problemas de tenencia de la tierra en el

litoral mexicano y la legalización de los casinos en el país son casos típicos de fuertes desacuerdos sociales, los cuales no podrán ser asimilados o entendidos si los profesionistas en este ramo analizan al turismo sólo desde la óptica económica. Por ello, deberán tener suficientes bases teóricas, empíricas y metodológicas de la psicología, sociología y antropología, entre otras disciplinas.

De conformidad con las especialistas en educación Simone y Hersh (2004: 41), la competencia en el manejo y resolución de problemas y conflictos tiene varios componentes; uno muy importante es percibir y comprender las posturas distintas. Otro, incluye la negociación de intereses en disputa con el fin de aceptar soluciones bilaterales, funcionar democráticamente en grupos, llegar a acuerdos por encima de los contrastes culturales, desarrollar estrategias de unión, etcétera. En palabras de Philippe Perrenoud, dominar esta competencia requiere de conocimientos más especializados para poder analizar los asuntos que están en juego, los orígenes del conflicto, las razones de ambos lados y los intentos de reconciliación que han fallado, así como construir órdenes negociadas por encima de las diferencias culturales (Perrenoud, 2004: 231, 250).

Pensamiento complejo y multidisciplinario

¿Qué se entiende por complejidad? Este concepto que ha llegado a desempeñar un papel trascendental en las disciplinas de mayor rigor científico, desde las matemáticas hasta la biología. Decía John Neumann, quien lanzó la idea de la complejidad en el terreno científico: «Ser complejo es ser capaz de volverse más complejo» (citado en Canto y Dupuy: 2004: 149). Así pues, aquí yace uno de los dilemas epistemológicos que permanentemente prevalecen entre los pensadores sociales: ¿cuál perspectiva de análisis se debe utilizar para interpretar la realidad? En otras palabras, ¿son las estructuras las que hacen que los hombres se comporten de una u otra manera, o son las acciones de los hombres las que configuran las estructuras?

En concordancia con el concepto de complejidad de Neumann, se asume desde el enfoque dialéctico la integración de las dos ópticas —de la acción a lo estructural o viceversa—, pues si bien estas perspectivas son diferentes, no se consideran excluyentes. El salto analítico de lo local a lo global, de lo micro a lo macro, de lo cuantitativo a lo cualitativo, de lo teórico a lo práctico, de lo inductivo a lo deductivo, o viceversa, es lo que promueve el pensamiento complejo. Esta competencia exige además ciertas capacidades para la comprensión de los hechos del pasado y la visualización de tendencias futuras; pero también habilidades para la gestión y manejo de situaciones realmente complejas, como la conservación ambiental y el desarrollo sustentable. Es indiscutible que afrontar estos problemas y retos no necesita substancialmente

de competencias rutinarias y normativas que sólo buscan aplicar reglas; en lugar de ello, es esencial otro tipo de capacidades más complicadas y multidisciplinarias para el eficiente desempeño profesional.

Tratar de hacer inteligible los intereses en disputa de grupos sociales heterogéneos, implica aceptar que turistas, pobladores, empresarios y autoridades gubernamentales son seres humanos complejos y que la mayoría de las veces actúan en función de sus inclinaciones propias. Asimismo, tomar al turismo como un sistema que depende de otros sistemas más complejos, como el económico, el cultural y el político, no significa que se le considere inaccesible a la intervención o modificación conscientes y voluntarias. El desarrollo turístico es producto del esfuerzo humano, intentar lograrlo depende de la acción de los hombres y exige una lucha constante contra la adversidad y el azar. Por estas y otras razones, se considera que las competencias clave definidas aquí pueden ofrecer recursos —en términos de conocimientos, habilidades, actitudes y valores— para enfrentar este desafío.

Mercadólogos, publicistas y turismólogos a menudo se vuelven ridículos cuando quieren tratar los asuntos de las actitudes, percepciones, valores y motivaciones de los viajeros sólo con la trillada aplicación de encuestas. Es un desacierto aplicar esta técnica de entrevista, sin tomar en cuenta previamente las teorías, el saber empírico y las herramientas metodológicas que aportan las ciencias sociales, en particular la psicología, economía y antropología.

Alfabetismo en tecnologías de la información y la comunicación

Esta competencia se define como la habilidad de usar de la mejor manera posible la tecnología existente, nueva y naciente, con el fin de alcanzar el éxito en la vida profesional y privada (Herh, 2004: 61). Se admite que es imprescindible un cierto grado de competencia tecnológica entre los profesionistas, pues estas habilidades constituyen la inteligencia práctica, en términos de los filósofos Canto y Dupuy (2004: 148). En efecto, los avances de la tecnología electrónica han tenido y tienen una gran relevancia para la solución de problemas; sin embargo, este tipo de competencias, al igual que otras, como el dominio de una lengua extranjera no presuponen mayores grados de inteligencia cognitiva ni un nivel muy alto de educación.

Desarrollo de la inteligencia (según subáreas: analítica, creativa y práctica)

Analítica: para los estudiosos franceses Canto y Dupuy (2004: 128), ser analítico en filosofía supone recurrir a argumentos y contra-argumentos, modelos teóricos y experimentos bien planeados. Por su lado, Herh comenta que la noción de un razonamiento analítico —que incluye deducción, inducción y pensamiento crítico— es

fundamental para la solución de problemas. Del mismo modo, expresa que para el logro de esta competencia es primordial el alfabetismo en la lectura, la matemática y la ciencia.

Creativa: esta competencia se usa para crear, inventar, imaginar, formular hipótesis y, por lo general, para tratar con lo relativamente nuevo.

Práctica: esta competencia se usa para aplicar conocimientos y habilidades en situaciones concretas (Herh, 2004: 59, 63).

En este orden de ideas, actuar con inteligencia comprende la capacidad de imaginar posibilidades, idear escenarios sobresalientes y concebir alternativas significativas, lo cual debe ser un patrón constante del individuo. La inteligencia analítica se identifica con la idea generalizada de la curiosidad intelectual, esto es, con esa habilidad de las personas que van más allá de la intuición o el simple sentido común para comprender tanto las complejidades y las incertidumbres en que se vive, como lo impredecible del mundo económico dominante.

Juicios críticos y autocríticos

La gran dificultad que tienen los diseñadores de planes de estudios es establecer cómo pueden los alumnos adquirir las competencias clave para su campo profesional. El problema que comúnmente los aqueja es ¿cómo los programas educativos pueden desarrollar estas habilidades? A pesar de que su alcance y eficiencia siguen siendo controvertidos, se considera que su construcción tendrá mayores posibilidades cuando los profesores promuevan lecturas de la más alta calidad entre el estudiantado. Resumiendo, ninguna persona que no lea puede inculcar a otros el gusto por la lectura y ningún docente que no sea capaz de ostentar una postura cuestionable puede promover pensamientos críticos e independientes entre sus alumnos.

Una de las mejores maneras de enseñar a pensar es enseñando a leer, sugiere muy atinadamente el filósofo Fernando Leal Carretero (2002). Es así, como este profesor enseña a sus estudiantes en el programa de Doctorado en Ciencias Sociales que ofrece la Universidad Guadalajara.

Conviene traer aquí dos razonamientos de Philippe Perrenoud: primero, al formar un juicio crítico se corre siempre el riesgo de que se voltee contra la propia institución; y segundo, desarrollar la actitud reflexiva y crítica requiere que la institución no la prohíba en el camino. Para este sociólogo francés, los juicios críticos son una práctica meditada y libre que permite defender recursos y derechos de los individuos, y ser autónomos para pensar y actuar por cuenta propia (Perrenoud, 2004: 235, 258).

Otras competencias determinadas como cruciales para el buen desempeño profesional del licenciado en turismo, sea en la dirección de hoteles y restaurantes o en

el diseño estratégico del desarrollo y la gestión turística, son la comunicación —hablar, escuchar, leer y escribir—, relaciones interpersonales, toma de decisiones, adaptabilidad y flexibilidad, aprender a aprender, formulación y gestión de proyectos, actitud científica, entre otras. Por razones de extensión del artículo, a continuación se describen las últimas dos.

Formulación y gestión de proyectos

Consiste en idear y poner en práctica proyectos exitosos, ya sea de modo individual o grupalmente. Para Perrenoud implica poder formular proyectos que otros puedan juzgar como atrevidos y riesgosos, pero no irreales. De acuerdo con este estudioso, para que un proyecto parezca razonable se necesitan por lo menos: primero, una excelente percepción de los requerimientos técnicos y las maneras de superar o evitar obstáculos; y segundo, un buen conocimiento psicociológico de las reacciones que provocará el proyecto y la habilidad de convencer a los otros de que se sabe lo que se está haciendo y de que se han calculado los riesgos (Perrenoud, 2004: 238, 239).

Actitud científica

Esta competencia más que intentar formar investigadores, pretende crear el gusto por la investigación científica, esto es, la búsqueda de la verdad —o una aproximación a la misma—, crítica constructiva y escepticismo. Hay que estar convencido que cualquier persona puede imponer intencionalmente sus valores e ideas sobre una comunidad acrítica, crédula e ignorante. Por ello, es pertinente adoptar una postura escéptica para evitar ser engañado, más aún ante la serie de falacias en las que está inmerso gran parte del conocimiento y el discurso en turismo. «Dudar hasta comprobar», aconsejó desde hace ya bastante tiempo el filósofo francés René Descartes.

Es importante también aceptar lo que llegó a decir Karl Popper, el más famoso y más leído de los filósofos del siglo xx, que el conocimiento científico «... es, a pesar de su falibilidad, uno de los mayores logros de la racionalidad humana, y de que, mediante el uso libre de nuestra razón siempre falible, podemos comprender, no obstante, algo acerca del mundo y, tal vez, incluso cambiarlo» (Popper, 1997: 14).

Por otra parte, ninguna lista de competencias clave útil para el currículum escolar debe surgir sólo de la observación de las prácticas laborales del sector, pues, tal como advierte Annie Brooking, el mercado hoy más que nunca está cambiando rápidamente y está llamado a ser mucho más dinámico que antes. «Hoy en día, como en el futuro, puede suceder y de hecho sucede, que en el momento en que el empleado ingrese a la empresa, la demanda del mercado haya cambiado de tal forma que el empleo para el que fue contratado, o ha desaparecido o se ha modificado. En

tal caso, es posible que el nuevo empleado no sea apto para el desempeño del nuevo empleo —y que lo despidan antes de que lleguen sus nuevas tarjetas de presentación» (Brooking, 1997: 60, 61).

El diseño del plan de estudios tampoco debe basarse plenamente en las tendencias del turismo moderno formuladas de modo copioso por la Secretaría de Turismo (Sectur) de México y la Organización Mundial del Turismo (OMT), pues estos organismos rectores del sector en los ámbitos nacional y global respectivamente, al propagar mitos, magnificar bondades y ver al mundo turístico a través de «cristales de color rosa», imponen «la verdad oficial», adormecen la capacidad de crítica y domestican las conciencias de quienes asumen sus visiones, imponen *statu quo* y favorecen la preservación del modelo de «desarrollo turístico» que protege los valores e intereses de los grupos económicos y políticos poderosos. Entender cómo se reproduce el sistema turístico, difícilmente se podrá lograr con sólo el uso de conocimientos que se originan al interior de dichas instituciones. Para éstas, es obvio suponer que demandarían competencias tales como actitud de servicio, flexibilidad y responsabilidad en el empleo, dominio del inglés, trabajo en equipo y bajo presión. Incluso, la habilidad en ventas, debido a que la fuerte competencia de los mercados turísticos, ha hecho que aumente entre las personas el valor de la capacidad de vender productos y servicios —hasta aquellos asociados a los bienes inmuebles.

Cabe mencionar también que en la actividad laboral cada vez más se demandan competencias relacionadas a la interacción con otra gente. En especial, este tipo de habilidades, esencialmente humanas, tienen una importancia mayor en el turismo porque los empleados necesitan comunicarse y laborar con individuos de diferentes culturas y, a menudo, de procedencias e idiomas distintos.

A manera de conclusión

A pesar de que los análisis anteriores pueden ser incómodos para algunos, resulta crucial para la Universidad de Guadalajara en general y la Licenciatura en Turismo en particular, insistir en la necesidad de transformar no sólo su plan y programas de estudio en un modelo por competencias, sino también sus prácticas docentes y de enseñanza, pues el presente y el futuro se observan sombríos para sus profesionistas.

La educación basada en competencias supone un compromiso de toda la comunidad —académicos, autoridades y alumnos— con y para el cambio. De hecho, si no varían los mecanismos de evaluación que se aplican en la mayoría de los cursos de esta carrera, por ejemplo, será un perfecto engaño valorar el desempeño de las competencias en los egresados. Se requiere erradicar los denominados exámenes depar-

tamentales estandarizados y las pruebas oficiales memorísticas y acríticas que predominan en el CUCEA, pues un modelo educativo por competencias impone cambios hasta en los exámenes de los cursos y de egreso de la carrera —sean escritos u orales.

Una enseñanza por competencias implica también hacer modificaciones a las distintas modalidades de titulación que privilegia la carrera. Máxime cuando cualquier directivo y académico informado sabe que los exámenes en turismo aplicados por el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (Ceneval), por lo menos hasta el momento, están diseñados en gran parte por reactivos memorísticos.

Naturalmente, es primordial y urgente el cambio de actitud por parte de profesores e investigadores, de forma tal que impliquen más ética en sus tareas —menos simulación y autocomplacencia— y más intolerancia con la mediocridad. Un modelo por competencias exige también conversiones a las estructuras organizativas, pues hay que admitir que varios de los departamentos de la Red Universitaria se ven como unidades administrativas —y no como instancias académicas—, las divisiones como embajadas políticas, y para otros —aunque no todos— las coordinaciones de carrera se revelan como simples oficinas para la atención de alumnos, en lugar de verse como centros intelectuales.

Es vergonzoso y contradictorio aceptar que en la Licenciatura en Turismo no se le exija al pupilo un pensamiento estratégico y complejo, como sostienen varios profesores y hasta algunos directivos. Parece ser que se olvida el lema de la Universidad de Guadalajara «Piensa y Trabaja». Una institución educativa donde no se piense —bien y por cuenta propia— o exista pereza mental, es un centro de adoctrinamiento, conformismo y sumisión, que en gran medida explica por qué sigue habiendo graduados con mala formación. Algunas autoridades universitarias todavía no se percatan —o más grave, son cómplices de la hipocresía— de la fuerte competencia laboral y profesional que viven y vivirán los egresados de esta carrera en los mercados nacional e internacional.

Es evidente el interés por desarrollar un pensamiento reflexivo y crítico entre el alumnado, según los objetivos de los proyectos curriculares en turismo, pero también es verdad que sólo con buenos deseos no se hacen buenas cosas. Se requieren reformas serias y profundas a los planes y programas de estudio si es que se quiere tener licenciados competentes para el ejercicio de su profesión, con una auténtica conciencia social, pues muchos de ellos por lo general tienen una actitud deshumanizada.

RETOS DE LA EDUCACIÓN
Y LA INVESTIGACIÓN EN TURISMO

REPENSAR EN EL TURISMO: ANTE LA IRRESISTIBLE TENTACIÓN DE LO PRAGMÁTICO Y LO EMPÍRICO^[1]

*...aprendí a no creer nada con demasiada firmeza
en lo que me habían convencido sólo el ejemplo y la costumbre;
y así me liberaba poco a poco de muchos errores
que pueden oscurecer nuestra luz natural y hacernos
menos capaces de escuchar la voz de la razón.*

RENÉ DESCARTES (1596-1650)

Introducción

¿Qué posibilidades reales tienen las instituciones mexicanas de educación superior de formar profesionistas en turismo de primera categoría y de revalorar la investigación en este campo? A pesar de las acreditaciones que han logrado diversas carreras de este tipo en México y al entusiasmo por la tarea de indagación que muestran algunas autoridades, profesores y alumnos, considero esencial repensar estas tareas académicas, ya que el horizonte se encuentra clausurado mientras se siga manteniendo una cultura antiintelectual y, por qué no decirlo, un analfabetismo científico dentro de los sistemas universitarios.

Se admite que esta problemática no es exclusiva de nuestro país, ni es de ahora, sino que se ha arrastrado varias décadas atrás. Si bien el tema de la educación y la investigación en turismo pocas veces se ha abordado profundamente por los especialistas nacionales,^[2] en el contexto internacional ha sido tratado por numerosos autores (Koh, 1995; Echtner y Jamal, 1997; Mette y Andersen, 2001; McKercher, 2002; Sigala y Baum, 2003; Jafari, 2001; entre otros).

La tesis que se sostiene aquí, es que la irresistible tentación de lo pragmático y lo empírico en las carreras universitarias y en las investigaciones turísticas, nos ha llevado a un retraso académico y científico en comparación a otras áreas, iguales o más novedosas que la que nos compete. Asimismo, se acepta la existencia de otros factores como el uso de modelos desfasados y el consumo de conocimientos que se producen en el exterior; sin una atención reflexiva y crítica. Se puede afirmar que

[1] Este trabajo es una versión revisada del escrito publicado en el *Anuario Turismo y Sociedad*, año 2008 (septiembre), vol., IX, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, pp. 120-134.

[2] Para el caso de México, véanse por ejemplo Rodríguez (1989) y Hiernaux (1998).

hasta el supuesto desarrollo que vive el turismo en México y en el resto de Latinoamérica, está ligado a la estrecha visión que tenemos sobre esta actividad. Por lo tanto, conviene estar convencidos de que es imposible entender y corregir cualquier anomalía si se desconocen las fallas e incongruencias de los paradigmas o marcos teóricos que nos ayudan a pensar.

Me pregunto ¿verdaderamente se está teorizando en el turismo? y ¿qué se está haciendo para verificar los esquemas explicativos dominantes? Desde nuestra óptica, por desgracia, son escasos los trabajos que generan nuevos saberes, como también son mínimas las acciones y medidas que se han aplicado para tratar de vencer todas las dificultades, errores y falacias que impiden aprehender la realidad turística. Me cuestiono también ¿qué están haciendo las instituciones de educación superior en turismo para formar profesionistas pensantes y con una mirada más científica? Desafortunadamente, no se ha hecho gran cosa para que de las licenciaturas y hasta de los posgrados del ramo egresen intelectuales, esos que muy claramente define el escritor cubano Alfonso Sastre como profesionales de la razón, la imaginación, la opinión, la crítica y la exploración de la realidad por medio del pensamiento y de la experiencia organizada (Sastre, 2004: 47).

Por ello, es oportuno retomar este tema controvertido del repensar en el turismo.^[3] Sobre este tema me he manifestado muchas veces, sea a través de mis escritos^[4] o mis exposiciones en los diversos foros y cursos, en los cuales he discutido con numerosos colegas investigadores, profesores y estudiantes, a quienes respeto y aprecio sus opiniones u observaciones porque me han ayudado a ordenar mis ideas, aunque algunos de ellos discrepen de los planteamientos con los que me identifico y, en particular, con la posición crítica que asumo.

Así pues, el objetivo central de este escrito es exponer una serie de argumentos por los que creo imprescindible repensar en el turismo, en especial discursos, ideologías, modelos explicativos y educativos, premisas teóricas, políticas de desarrollo, entre otros puntos. Si bien el repensar no lo concibo sólo como un ejercicio meramente académico, la estrategia metodológica que se ha establecido aquí intenta, por un lado, revisar la solidez y la firmeza del conocimiento —y sus supuestos— que privilegian los estudiosos del turismo y, por el otro lado, examinar la formación de profesionistas y la labor de investigación en este campo que se ha realizado en nuestro país. En

[3] Hoy en día el pensar y repensar es un tema que se sigue debatiendo entre los intelectuales de las distintas disciplinas sociales. Numerosas obras testimonian los análisis y discusiones sobre esta temática, por ejemplo: *Repensar la empresa. La arquitectura del cambio* (Tomasko, 1996); *Repensar la Cultura* (Arizpe, 1998); *Pensar en las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura* (Reguillo y Fuentes, 1999).

[4] En un ensayo publicado en el texto *Desarrollo Turístico Imaginado* (Gómez, 2005b: 15-34), presento una crítica al trabajo de investigación que hemos desarrollado, principalmente en México.

otras palabras, se enfatiza en la educación y en el quehacer científico porque, como muchos, creo que son la base para el desarrollo presente y futuro de las sociedades.

La poca comprensión del turismo y la escasa científicidad de sus estudios

Numerosos autores opinan que el desarrollo de las organizaciones modernas, las sociedades y la ciencia dependen fundamentalmente del conocimiento y de la capacidad intelectual de los individuos (véanse por ejemplo Bell, 1976; Castells, 1999; y Ce-reijido, 2004). Pero, ¿qué significa ser un intelectual? Representa pensar en las cosas más que otras personas, nos indica Horgan (1998: 78). También se define como un profesional de la verdad —aunque es obvio que pocos lo cumplen—. Desde nuestra concepción, ser un intelectual implica dejar la flojera mental y esa cultura anticientífica en que está sumergida la educación superior y la investigación en turismo. Hay que ser honestos y reconocer que los estudios turísticos que se han realizado no pueden ser nombrados como científicos, pues, por lo general, se quedan cortos respecto al ideal y a los principios de la ciencia, a saber: la coherencia teórico-metodológica, la comprobación empírica rigurosa, la perfección y exactitud del corpus de conocimientos, así como el carácter suficientemente crítico de los análisis.

Resulta grave que sólo en muy raras ocasiones los estudiosos del turismo hayan reflexionado acerca de los aportes de las disciplinas en la comprensión del fenómeno turístico. Es preocupante también que solo esporádicamente se recapacite sobre cómo integrar las teorías y herramientas metodológicas de las ciencias sociales, para así hablar efectivamente de una perspectiva interdisciplinaria. Es inquietante además, que no se haya «impensado» —en términos del sociólogo Immanuel Wallerstein— o analizado profundamente todas esas suposiciones y premisas de las ciencias sociales que grupos de pensadores han puesto en tela de juicio, por ser engañosas y constrictivas pero que están demasiado arraigadas en nuestra mente.^[5] Como bien apunta el poeta Alfonso Sastre, el buen intelectual es aquel que no duda en someter a crítica y desmontar aquellas ideas incorrectas (Sastre, 2004: 65).

Es difícil aceptar el *statu quo* en que se encuentra la investigación turística cuando una parte importante de este trabajo se contenta con el ensayismo —poco desarrollo—, con el empirismo o con la mera especulación teórica, que aun cuando ofrecen puntos de vista u opiniones que, en el mejor de los casos, son interesantes e invitan a ulteriores comentarios, se presentan sin ningún análisis epistemológico que intente comprobar o —de acuerdo con la filosofía de Popper— falsear determinadas teorías.

[5] Véase la introducción del texto *Impensar las Ciencias Sociales* (Wallerstein, 1999: 3-6).

Generalmente, los llamados turismólogos no se preocupan por descubrir la verdad y las limitaciones de los paradigmas utilizados; más que desafiar o refutar los paradigmas teóricos en vigor, se aferran a buscar su eficiencia o utilidad, la mayoría de las veces sin ningún éxito. Este dogmatismo ha provocado que al turismo todavía se le siga confundiendo con una actividad eminentemente práctica y económica, donde sólo se estudia a turistas, hoteles, restaurantes, viajes, divisas, etcétera, y no desde una perspectiva integral como un fenómeno social, complejo y multideterminado.

Se debe admitir sinceramente que la tarea de investigar el turismo tanto en México como en el exterior presenta una posición marginal y muy incipiente entre los distintos campos de estudio de las disciplinas sociales. A pesar de que el corpus teórico-empírico ha aumentado la capacidad de explicación de los diferentes fenómenos que suceden en nuestra realidad, es común encontrar a políticos, funcionarios, directivos privados y académicos que menosprecian los aportes de las ciencias. Verdaderamente, estamos no sólo ante un sistema político y productivo sino también educativo con grandes manchas de ignorancia científica que nos hacen ver, sentir y pensar erróneamente.

En el fondo, que los actores empresariales y gubernamentales —los que toman las decisiones más importantes para esta actividad— no se interesen por la investigación turística es entendible dada su falta de formación respectiva. Sin embargo, lo que no es comprensible es el hecho de que las instituciones de educación superior en turismo, las supuestamente formadoras de gente pensante por excelencia, poco privilegien la generación de conocimientos y en muy contadas ocasiones los modestos resultados obtenidos en sus estudios se han vinculado con el aparato productivo.

Sorprende que a más de tres décadas del surgimiento de las carreras universitarias en turismo y de la investigación de este fenómeno en México, aún no se haya sembrado entre las comunidades académicas y estudiantiles un pensamiento más intelectual, pese a que sin éste, difícilmente podemos progresar y enriquecernos como seres humanos. Es dramático cómo todavía muchos expertos e investigadores del ramo quieren resolver los problemas a los que se enfrentan profesionalmente con el simple conocimiento ordinario; poco utilizan ese otro llamado científico. Son muy inocentes quienes creen que es posible explicar el comportamiento del turista o consumidor —en términos económicos—, sin comprender al menos las teorías de la motivación y de la cultura que nos aportan las disciplinas psicológicas y antropológicas respectivamente.

En la llamada era de la información y del conocimiento, que caracteriza a la sociedad contemporánea, en exiguas circunstancias nos hemos detenido a repensar el saber que habitualmente se da por sentado en el campo del turismo. Es inconcebi-

ble que aún existan académicos convencidos de que investigar consiste únicamente en recopilar datos o en aprender a medir cosas —los más atrevidos—. Todavía entre nuestros profesores, hay quienes entienden que la cultura es sólo tener una visión folclorista y descriptiva sobre los recursos que genera el hombre y que potencialmente son o pueden ser una atracción para los viajeros. En general, las comunidades docentes en el medio turístico desprecian la concepción de cultura: la manera de pensar y actuar de un grupo social.

Otro buen ejemplo de la pobreza educativa dentro de las carreras superiores de turismo es la enseñanza de la geografía, la cual se juzga como obsoleta, pues suele reducirse al mero registro y descripción del patrimonio natural y cultural, y de las facilidades de que dispone un lugar para los viajeros, así como a la caracterización de los visitantes. A pesar de que la ciencia geográfica es un saber estratégico para el desarrollo humano, difícilmente podemos descubrir que las teorías de esta disciplina y los sistemas de información geográfica —que utilizan los avances de las nuevas tecnologías— figuren como componentes básicos de los programas de estudio de las profesiones en turismo.

Resulta patético el que por nuestras aulas universitarias se tienda a preparar gente habilidosa en el montaje de mesas para banquetes, en la elaboración y arreglo de platillos y en el manejo de computadoras, en lugar de formar individuos pensantes. Para el filósofo del *management*, Peter Drucker, el peor pecado que puede cometer una empresa en estos tiempos en que nos dominan el saber y la salvaje competencia global, es sustituir en los puestos de toma de decisiones gente con ideas creativas e innovadoras, por personas operativas, por muy bien preparadas que estén (Drucker y Nakarauchi, 1998: 12).

Sin el afán de desdeñar la valía del ejercicio práctico y el desempeño de los técnicos en la vida social y productiva de un país, se debe distinguir la diferencia clásica entre el trabajo manual y el trabajo intelectual para no confundir el quehacer de un profesional en turismo con el de un habilidoso en alguna cuestión operativa. Vale comparar las obras de los arquitectos con las que construyen los maestros albañiles o la obra de un escultor, ese artista que se centra en el arte conceptual, con aquellos trabajos que se reducen a manualidades que acostumbran hacer los herreros, los picapedreros, los carpinteros y los marmolistas.

No me parece correcto que por no haberle dado la seriedad a los estudios superiores de turismo, como se merecen, se tenga que seguir sosteniendo el pensamiento débil y sobre todo aquel que nos avergüenza de ser pensamiento. Es muy decepcionante que alumnos y profesores de las carreras universitarias en turismo piensen que los aspectos teóricos y la tarea de investigación están fuera de su área de com-

petencia y, en cambio, crean que la mejor educación sea la práctica laboral, dando preponderancia al empirismo.

También es triste pasar por las aulas y observar que los alumnos no entienden acerca de la relación turismo y ciencias sociales, aunque más triste aún es que los estudiantes no traten de comprenderla. Insisto, todo alumno de una profesión, incluso de aquellas orientadas a los negocios, no debe limitar su preparación únicamente con prácticas empresariales, sino que necesita ampliar su formación con saberes intelectuales y científicos. Elucido, esto último no significa —sobre todo en los niveles de licenciatura y de maestría— crear sabios como Albert Einstein; en lugar de ello, se busca formar gente con conocimientos, con capacidad de análisis, con creatividad y con una actitud crítica que les permita repensar la organización —y no sólo acatarla por costumbre—, los procesos administrativos y los sistemas de distribución en el sector turismo, para reelaborarlos en torno a criterios de la sociedad y de la economía moderna.

Valga esclarecer también que en ningún momento se pretende sugerir que las profesiones en turismo y todas sus variantes —como las orientadas hacia la gestión o la administración turística—, no deban educar para el trabajo y que sus alumnos no tengan que realizar prácticas laborales, pues es muy sabido lo desprovisto que al respecto se encuentran la mayoría de sus egresados. Aunque es claro que hay de prácticas a prácticas, es común observar cómo las empresas del ramo ubican a los estudiantes en tareas básicas u operativas, muchas de las veces rutinarias e intrascendentes. Está probado que el aprendizaje acompañado de una útil experiencia en el campo profesional, como el desarrollo de proyectos de investigación y de aplicación tecnológica —entendida como la generación de procesos e ideas innovadoras enfocadas a las necesidades de las empresas—, mejora la formación de los individuos.

No hay duda de que la educación asumirá un gran significado para la transformación de la sociedad y de sus instituciones; sin embargo, las ideas que se proponen aquí sólo podrán lograrse reformando a fondo nuestros sistemas educativos en general y los subsistemas de investigación en particular, cuya organización académica enfatice en el conocimiento científico —primordialmente en el nivel de posgrado—, y relacione la función de la investigación con los otros dos componentes: la docencia y el aprendizaje; esto permitirá encaminar a los estudiantes sobresalientes, que pasan por nuestras aulas, en tareas que fomenten su intelecto, puesto que ha sido una constante el desperdicio de talentos. Pero esta reestructuración requiere también acciones que rechacen las prácticas de indagación mecanicista, de instrucción memorística y de ilustración basada únicamente en libros *light* o *bestsellers* que suelen presentar algunos programas de estudio en la enseñanza turística superior. Soy

creyente de que la transición hacia una sociedad más intelectual demanda mejores hábitos de lectura, ya que el leer ayuda a estar bien informado, pero también a pensar y a formar gente crítica.

El escaso y pobre conocimiento turístico

Para muchos no es un secreto que el mayor número de artículos y las mejores publicaciones científicas en turismo son editados por instituciones educativas de países desarrollados, en donde están avanzando más rápidamente los aportes teóricos, empíricos y metodológicos. Por tanto, valdría preguntarse con seriedad, ¿cuántos de nuestros investigadores publican en las más prestigiosas revistas internacionales del medio, tales como el *Annals of Tourism Research*, *Tourism Management* y el *Journal of Travel Research*? ¿Cuántos de nuestros académicos han incursionado o son parte de los cuerpos docentes de las mejores universidades del mundo? La famosa «fuga de cerebros», ni soñarla en nuestro campo de acción.

Es innegable la brecha que existe entre la producción de conocimiento turístico en México —o en Latinoamérica— y los países avanzados. Aunque duela escucharlo, el saber en turismo es raquítico, la tarea de investigación y los programas de estudio en este campo son de baja calidad debido a que comúnmente ignoran a las ciencias sociales, pese a los logros que estas disciplinas han alcanzado. Cabría repensar ¿por qué los posgrados en turismo no pueden mostrar una rigurosa formación científica como corresponde con los posgrados en salud pública, biología, economía y educación? Naturalmente, esto se debe a que las maestrías en turismo fueron creadas como un remedio —de simple sentido común— a los problemas cotidianos de las licenciaturas, y se caracterizan por pragmáticas ya que no prestan atención al corpus de conocimientos científicos o, en el mejor de los casos, lo hacen de manera superficial.

La adopción de este pragmatismo a ultranza, desde nuestra concepción, ha impedido a muchos de los jóvenes egresados de las carreras superiores de turismo poder ingresar a los programas de posgrado apoyados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). El desastroso estado actual de analfabetismo científico que muestra la mayoría —si no todas— de las carreras universitarias de turismo en México, está provocando la formación de profesionistas que le temen, odien o desprecien a las ciencias; que no les interese profundizar en sus estudios, o bien, que no tengan la capacidad ni los conocimientos para ser admitidos en las maestrías de excelencia académica.

Con seguridad que las dificultades medulares, en las cuales está inmersa la investigación turística, como la escasez de investigadores, la fragmentación y desar-

ticulación del conocimiento, la inconsistencia teórico-metodológica y el estudio de temas triviales, las comparten todos los países Latinoamericanos y, por qué no decirlo, también España. Sin embargo y pese a los avances dados en América Latina, en especial Argentina, Chile, Brasil y México, en la generación de saberes en turismo, todavía gran parte de ellos dista mucho de ser clasificado como científico.

Entonces ¿de qué se trata? Frecuentemente son trabajos que contienen detalles simples e información superflua. Muchos de los estudios se basan en las famosas encuestas —que denomino «turistológicas»— sin alguna inspiración teórica, que llegan a explicar —aunque sería mejor decir describir— los fenómenos de una manera tan cándida como el suponer que el entrevistado —por lo general el turista, en nuestro medio— comprende adecuadamente lo que hace y por qué lo hace. Si bien se reconoce que hay excepciones, como toda regla, sirvan los siguientes dos ejemplos para mostrar lo poco imaginativo de los estudios turísticos. El primero es un trabajo sobre la problemática de la industria de restaurantes presentado en un foro de investigación turística que se llevó a cabo en México.^[6] Después de que los ponentes pasaron la mayor parte del tiempo mostrando una gran cantidad de datos, los que no pudieron asimilar por falta de teorías, concluyen con la fatigosa perogrullada: «la higiene es vital para los establecimientos de alimentos y bebidas».

El segundo ejemplo, que está relacionado con la educación en turismo —y se encuentra publicado en una de las contadas revistas que divulgan el saber turístico en nuestro país— presenta entre sus «hallazgos» que «el idioma inglés es fundamental para las carreras de turismo». En resumen, estos y otros sesudos estudios que revelan «sobresaliente» información que cualquier persona lega sabe, reafirman mi tesis de por qué a la investigación turística a menudo se le considera como mediocre, pues una gran parte de sus elucubraciones se formula bajo el principio del mínimo esfuerzo mental.

Este deplorable estado del conocimiento en turismo se puede observar también en la mayoría de los planes o programas «estratégicos» de desarrollo turístico, pues con frecuencia son un mero catálogo de buenos deseos o «sueños guajiros». Por lo general, son documentos oficialistas elaborados por consultores privados que si bien están «comprometidos» con el desarrollo sustentable, muchas de sus ideas quedan en el simple romanticismo o sentimentalismo —predominio de fantasías y ausencia de espíritu crítico—. En realidad, el desarrollo turístico propuesto tradicionalmente en los estudios de este tipo ha sido una farsa, ya que basta trasladarse al mundo de los hechos para percatarse del engaño al no respetarse los principios básicos de la

[6] VI Congreso Nacional de Investigación Turística, celebrado en la ciudad de México durante el mes de septiembre de 2004.

sustentabilidad en lo económico, lo ambiental y lo sociocultural. Por lo tanto, creo que existe razón en lo expresado hace más de cuatro siglos, por el filósofo francés René Descartes en su clásica obra *Discurso del Método*, en el que para saber cuáles opiniones eran verdaderas, «tenía que fijarme más bien en lo que practicaban que en lo que decían;...» (Descartes, s/f: 33).

Desde mi opinión, el crear un auténtico antídoto a la visión romántica del «desarrollo» que ha prevaecido en nuestro país a partir de los años setenta, requiere de gente instruida que no es posible formar con cursos de capacitación de unos pocos meses, ni siquiera con las «reputadas» diplomaturas, masters y hasta doctorados *fast track* en turismo que ofrecen algunas instituciones educativas extranjeras. Sin duda, el propósito de quienes ingresan a estos estudios de posgrado no es tanto aprender sino obtener la credencial, lo cual empobrece su formación académica y frena la aparición de posturas críticas. Efectivamente, el promover entre los estudiantes y entre muchos profesores de turismo, una capacidad intelectual y científica, les permitirá afrontar los riesgos del error y de la ilusión que acompañan en gran medida el discurso turístico de políticos, empresarios y hasta cuantiosos académicos.

La fragmentación del conocimiento turístico

No obstante que se reconoce a los estudiosos del turismo que se mantienen informados, productivos y creativos, frecuentemente éstos son «lobos solitarios» para quienes el trabajo grupal interdisciplinario es prácticamente olvidado. Pocas veces los investigadores en nuestro medio intercambian con sus colegas información, preguntas, evaluaciones, propuestas y otras comunicaciones, pese a que prestigiosos pensadores nos hacen ver que el escenario social es intrínsecamente complejo y multidimensional, por lo que no se puede explicar y mucho menos manejar con modelos obtenidos de conocimientos aislados. Entonces, ¿por qué un vasto número de investigadores como geógrafos, sociólogos, economistas, antropólogos y turismólogos siguen recortando la realidad en un archipiélago de factores espaciales, sociales, económicos, culturales y turísticos?^[7] La respuesta es simple, porque los estudiosos continúan privilegiando su formación profesional, aun cuando refieran su trabajo como interdisciplinario.

Incluso en el mejor de los casos cuando se acepta que la interacción y el estudio de las disciplinas sociales abren nuevas posibilidades de análisis, es común observar el desdén por reflexionar los componentes históricos, políticos, simbólicos y epistemológicos. Es muy discutible esa polarización del conocimiento, pues se sabe que al

[7] Véase este tema de la fragmentación del conocimiento turístico en Echtner y Jamal (1997).

variar un factor hace que otros se modifiquen —a veces de manera imprevisible— y se provoquen efectos paradójicos diversos y adversos. Por ejemplo, la experiencia ha demostrado que para promover el empleo se suele incentivar la inversión, aunque estos capitales en las regiones turísticas a menudo generen y acentúen distintas contradicciones a las sociedades, como fuertes inmigraciones que hacen que los salarios distribuidos a los trabajadores sean con frecuencia bajos, no sólo por el exceso de mano de obra sino porque el nivel de educación y capacitación demandado por las empresas del medio es ínfimo.^[8]

Es sorprendente descubrir en México una enorme cantidad de trabajos que estudian los destinos turísticos que aparentan estar en el limbo: pueblos sin cultura, sin vida social, sin historia; así también sin luchas y sin conflictos sociales, como si los grupos que integran las comunidades receptoras vivieran en completa armonía o en el utópico «mundo feliz»; pero eso sí, mucha habladuría de lo turístico. Decía Popper, el más famoso y más leído de los filósofos de nuestro tiempo, «una sociedad sin conflicto, sería una sociedad [...] de hormigas» (citado en Horgan, 1998: 56). Sin duda, sería insensato que en nuestras investigaciones no tratáramos conceptos como por ejemplo segmentación de mercados, capacidad de carga, calidad en el servicio, envejecimiento y rejuvenecimiento de los destinos y competitividad; aunque algunos de ellos, si bien son fáciles de enunciar, su utilidad es terriblemente complicada, sobre todo cuando las nociones no tienen potencia explicativa. ¿Qué se está haciendo para renovar los conceptos inútiles o que quedan en la obsolescencia?

Es difícil imaginar cómo los estudiosos del turismo, sin mantenerse actualizados en los conocimientos que nos aportan las ciencias sociales —los cuales están avanzando exponencialmente—, puedan responder a las interrogantes siguientes: ¿qué hacer para que las empresas de hospedaje, restaurantes o transporte sean competitivas en los mercados internacionales, cuando nuestros principales competidores —y consumidores— turísticos —como Estados Unidos de América— están exigiendo mayores niveles de educación y calificación a sus empleados? ¿Cómo vincular eficazmente la educación superior y la investigación turística con el aparato productivo? ¿Cómo se debe formar a los miles de jóvenes que ingresan cada año a las instituciones de educación superior en turismo para que no sólo encuentren empleo, sino que se sientan satisfechos con su profesión?

A la luz de todas estas reflexiones, es oportuno advertir que esa ingenua esperanza de estudiar por separado cada uno de los factores que componen o inciden en

[8] Esto no quiere decir que los capitales no hayan sido útiles a la economía de estas regiones, sino simplemente lo que se pretende es demostrar cómo muchas veces la sola medida de inversión en turismo no contribuye a disminuir la desigualdad y la pobreza, sino más que todo la concentra en los destinos de recreo.

el turismo, es simplemente un error, pues es difícil bajo un esquema reduccionista poder comprender la compleja realidad turística. Es muy obvio que quien conciba a este fenómeno y sus efectos sólo desde la disciplina en que se formó, piensa limitadamente. Un economista, por ejemplo, a pesar de sus sofisticados análisis no tiene por qué estar ajeno a los aportes teórico-metodológicos de la antropología y la sociología para formular programas en contra de la pobreza y propuestas de desarrollo. Del mismo modo, sería muy ingenuo que un agrónomo trate de remediar los problemas de la reforestación, la tala y quema de bosques sin el entendimiento pleno de la cultura de las comunidades locales.

Resultan también muy ilusas las propuestas de los que creen que con el simple «tributo verde» como ocurre en ciertos países de Europa o Norteamérica, o con la fracasada «ecotasa» de España, se podrán conservar y proteger nuestros recursos naturales. No se debe olvidar que en México, desde hace tiempo, existe un gravamen hotelero que se destina para la promoción y publicidad turística, y que aún con los montos tan elevados que capta, tengo serias dudas de las bondades de este tipo de fórmulas, impuestas francamente sin la participación de la ciudadanía, sobre todo por el despilfarro en los gastos y la excesiva burocracia -con sus altos sueldos y prestaciones- que administra dichos fondos.

La falta de ética y profesionalismo en la investigación

En gran medida, la falta de una curiosidad intelectual en turismo explica por qué los estudios en nuestro medio se caracterizan por ser deshumanizados y sumisos. Es decepcionante que en lugar de poner en entredicho el saber turístico y exigir demostraciones, como todo quehacer científico, se prefiera obedecer a ciegas las acciones y discursos que ejercen de distinta manera las castas dominantes.

Definitivamente, no se puede aceptar que ante la necesidad de financiamiento para la investigación y la difusión, se limite nuestra tarea intelectual o se subordinen principios éticos y científicos. Por tanto, se debe ser cauteloso con la participación de la burocracia en la academia, ya que de otra forma su fuerza política y económica daría pie a la censura, a defender intereses creados y a ensalzar el pensamiento triunfalista dado en el turismo.

Para nadie es desconocido cómo la política de investigación de algunas dependencias públicas —como la de las Secretarías de Turismo y del Medio Ambiente y Recursos Naturales en México— condiciona el quehacer intelectual por medio del subsidio para que los estudiosos se centren en temas de moda tales como el ecoturismo o el turismo rural, como si nuestras experiencias al respecto hubiesen sido un

éxito o, como si el desarrollo del turismo alternativo se pudiese lograr sin el saber pleno acerca de este fenómeno relacionado con los viajes.

La función de todo investigador no debe consistir en copiar y adoptar proyectos de desarrollo sin reflexión previa, por muy buenos resultados que hayan dado en otras circunstancias, pues los intereses no son los mismos, las realidades y los conflictos tampoco. El papel de los estudiosos es enriquecer las teorías, descubrir verdades y encontrar respuestas a los problemas que viven las sociedades.

Urge desterrar la simulación y liberar de la mente de algunos la serie de aberraciones y descabelladas fantasías que muchas de las veces muestra el conocimiento del turismo. Asimismo, es obligatorio para cualquier intelectual denunciar la mentira o esas verdades a medias que bajo la bandera del crecimiento turístico y de la generación de empleos, esconden la injusticia social y el deterioro ambiental. Es apremiante desenmascarar también a los elogiosos, los triunfalistas, los dogmáticos, los farsantes, así como a todos los fabricantes de sueños y mitos en el turismo. Es necesario y ético despertar a los apáticos, los ilusos, los incautos, los mediocres, los creyentes de todo, los inhumanos, sumisos y los temerosos ante la adversidad de las circunstancias y riesgos que éstas entrañan. En suma, es preciso repensar con seriedad el conocimiento turístico, rechazar ideas absurdas y debatir todo lo que pudiera suponer falsedad.

Hay que poner las cosas en su lugar; la permanente discusión y la puesta a prueba de la ciencia física —el debate y la comprobación, lo que más le ha hecho avanzar— debe ser un referente para los estudiosos del turismo, máxime cuando se pone en tela de juicio ciertas propuestas mal sustentadas como sucede con el llamado posturismo, idea basada en los imaginarios de la posmodernidad,^[9] y que desde nuestro punto de vista no llega a ser un esquema teórico, ni siquiera en construcción,^[10] puesto que no ofrece un conjunto de saberes consistentes, consensuados intersubjetivamente por especialistas y contrastables con la realidad.

Sin que pretenda herir susceptibilidades, creo que cometen una gran imprudencia quienes proponen al posturismo como un paradigma de «desarrollo universal», una vía única que asegura el progreso o un camino al que todos los países latinoamericanos se deban apegar. Más que una estrategia de desarrollo, parece ser una visión ficticia —e incluso peligrosa— de algunos debido a que busca con sus discursos y

[9] Este pensamiento cosmopolita ha sido fuertemente criticado y denunciado por numerosos intelectuales debido a que oculta la norteamericanización cultural, económica y política de nuestros territorios y pueblos, además porque constituye el principal motor de las desigualdades sociales y de la dependencia económica, así como el factor central de la pérdida de nuestra soberanía, y de la destrucción de las solidaridades y de todo sentimiento de pertenencia colectiva.

[10] Hasta sus propios promotores reconocen que este concepto todavía no está claramente delimitado (véase Molina, 2003).

acciones, legitimar la homogeneización de los destinos vacacionales como parques de atracciones al estilo Disney y, posiblemente, apologizar la instalación de casinos o casas de juego en México.^[11]

De igual manera, es una falacia la idea de que si las ciudades o destinos no entran al posturismo, se quedarán fuera de los mercados mundiales de viajeros y por consecuencia, en el atraso socioeconómico. No obstante, conviene aceptar que existen múltiples factores determinantes de un verdadero desarrollo; las propuestas más concretas apuntan, indiscutiblemente, al lugar que le demos a la educación y al conocimiento científico. Hay que entender también que el encontrar una nueva estrategia que sea convincente, atractiva y viable para darle realidad a ese deseo de tener un turismo más respetuoso de las culturas locales y del medio ambiente, así como más incluyente, justo y equitativo estará en manos de gente talentosa, creativa, imaginativa, instruida y por supuesto inteligente.

El reto que tienen los investigadores del turismo es hacer del conocimiento un medio para el desarrollo, pues cada vez son más evidentes los sentimientos de insatisfacción que muestran ciertos grupos de las sociedades receptoras por el desorden y a veces por el imaginario orden que viven los destinos de recreo. Pero este desafío implica repensar en un nuevo modelo turístico que incorpore una visión más socio-cultural y ambiental, donde puedan actuar también todos los que lo ven de forma distinta a la mirada económica o mercadológica. Se sabe que en aras del crecimiento turístico en numerosos lugares se han contaminado los recursos naturales, al mismo tiempo que se han acabado o debilitado las costumbres y tradiciones de sus comunidades (véanse, por ejemplo, Aledo, 2003; Haralambopoulos y Pizam, 1996).

Es curioso cómo a pesar de que el actual modelo de turismo ha demostrado su deshumanización, al subordinar aspectos de la vida social y cultural a los intereses privados, sea consagrado como la única vía para lograr el desarrollo socioeconómico; por ello, resulta alarmante percatarse que quienes insinúen o pretendan cambiar de rumbo sean desacreditados por nostálgicos o retrógradas.

De igual manera, es asombroso observar cómo para las autoridades gubernamentales la única verdad es la que poseen ellas; ni siquiera la ciencia se puede eri-

[11] Hoy se sigue escuchando a empresarios, políticos y hasta académicos apostar por la apertura «regulada» de los juegos de azar en la vida social de los mexicanos. ¡Como si esta actividad fuera deseable para la buena marcha de nuestra sociedad! Sobre este tema habría mucha tela de donde cortar: ¿serán capaces las instituciones encargadas de la seguridad de hacer frente a los efectos antisociales que conlleva la instalación de casinos?, ¿serán suficientes las ganancias que presumiblemente dejarán los casinos a las haciendas públicas, para enfrentar los problemas sociales y de salud que de seguro se desencadenarán? Por mi parte no creo en las bondades y, menos aún, pienso en la fatalidad de que perderemos competitividad turística si no se formalizan las casas de juego en México (el tema de los casinos también se analiza en Gómez, 2005c: 113-114).

gir como la poseedora de la veracidad absoluta. La arrogancia y la presunción del actor gubernamental se caracterizan por la imposición de sus políticas turísticas, pese a la desconfianza que existe entre algunos intelectuales y ciertos sectores de la sociedad por sus mecanismos excluyentes, que alejan de los repartos económicos a extensas capas de la población residente en aras de jugosas ganancias para unos cuantos.

Lo anterior hace cuestionar si el camino que llevamos en el turismo es el adecuado. Lo cierto es que esta actividad no ha cumplido con sus promesas de preservar nuestros recursos naturales y culturales y de mejorar la calidad de vida de las poblaciones anfitrionas, a pesar de la serie de estudios e iniciativas instrumentadas supuestamente en nombre del «desarrollo local». Si bien la estrategia —bajo esta careta— argumenta la necesaria participación de las comunidades en la corrección de sus problemas, los hechos muestran que los residentes sólo intervienen viendo desde las galerías. Cabe preguntarse ¿cómo los investigadores quieren involucrar a las poblaciones efectivamente en su desarrollo, si no asimilan el idioma —la cultura— de la «tribu» que estudian?

Del mismo modo y aun cuando se reconocen los apoyos que reciben distintos grupos sociales y ciertos proyectos de éxito, todavía soy escéptico de que el denominado turismo alternativo sea una realidad, por lo menos en nuestro país. Pongamos por ejemplo a los huicholes, ese pueblo indígena del estado de Jalisco que vive en la miseria, en la subsistencia y en el abandono, y donde algunos miembros de su comunidad llegan a declarar: «...ya no queremos a los turistas extranjeros porque no dejan nada».^[12]

Conviene cuestionarse también aquí ¿es el turismo alternativo —como lo hemos venido concibiendo— el horizonte para nuestros destinos o es otra falsa ilusión que nos envían para hacernos perder el camino correcto? Desde mi concepción, nada muestra que el tan «manoseado» «nuevo turismo» emerja con fuerza como contestación al turismo de masas —de sol y playa— a pesar de que ha mostrado muchas contradicciones en diversas partes del mundo. Sin duda, un proyecto alternativo será posible sólo cuando se piense de otra forma el desarrollo —con una conciencia crítica— y se transforme lo que se hace y la manera en que se hace.

La falta de profesionalismo y ética en la investigación turística provoca que los supuestos desarrolladores no sean capaces de distinguir, o simplemente no quieren hacerlo, la realidad de los buenos deseos. El hecho de no diferenciar el conocimiento científico del no científico ha llevado a generar resultados erróneos o, en el mejor de

[12] Este caso lo trato más ampliamente en el capítulo: «El sueño del turismo contemporáneo: el posmodernismo» (Gómez, 2005c: 101-118).

los casos, a la superficialidad en los estudios, cuyas consecuencias son desastrosas tanto en la teoría como en la práctica.

Contrario a las expectativas de los entusiastas impulsores del arquetipo de turismo en nuestro país, se percibe lejano alcanzar ese sueño de la sustentabilidad mientras no se aborde este paradigma bajo un enfoque más integral, que contemple tanto el cuidado y conservación de la naturaleza, como la protección de la cultura de los pueblos receptores de turismo. En palabras de Daniel Hiernaux, no es de sorprender la estrecha mentalidad de no pocos empresarios turísticos que pretenden reducir los impactos negativos de esta actividad sobre el medio ambiente, con sólo emprender medidas relativamente fáciles como el simple cambio de focos ahorradores de energía, el riego de jardines con aguas grises y la sustitución no diaria de toallas y sábanas en las habitaciones de los hoteles (Hiernaux, 2003: 61).

Pero ¿cómo asegurar una estrategia de desarrollo turístico donde crezca de forma sostenida y claramente distributiva su economía, preserve el medio ambiente y respete la cultura de las comunidades locales? Sin temor a equivocarme, el panorama seguirá igual si no se forman profesionistas con nuevos saberes que les permitan repensar el turismo desde perspectivas distintas a las prevalecientes. Estoy convencido que todo cuestionamiento, por más oscuro que parezca por el momento, será mejor comprendido y explicado si nos apoyamos en el conocimiento. Marcelino Cerejido muy bien nos señala: «...francamente, no alcanzo a imaginar que la ignorancia sea el mejor medio para resolver el problema» (Cerejido, 2004: 18).

Ya basta que cualquier lego sin credencial intelectual y científica alguna llene de mitos y fantasías las cabezas de ingenuos, con sus imaginarios y decantados turismos alternativos. Hay motivos suficientes para suponer que se puede tener gente mejor preparada, que auténticamente busque el anhelado desarrollo sustentable, si se promueve una actitud más científica e integral que aborde otras teorías, metodologías e ideas, así como una visión más crítica que transforme el silencio en que están sumergidos —consciente o inconscientemente— numerosos docentes e investigadores; pero también si se modifican las prácticas académicas imperantes.

A manera de conclusión

Con el propósito de sugerir una serie de propuestas de acción que deben enfrentar todos los interesados por elevar la academia y mejorar el conocimiento en el turismo, a continuación se resumen los principales argumentos esgrimidos en este escrito.

- Como se observó, a lo largo del presente trabajo se sostiene que la capacidad de repensar en el turismo debe ser valorada, pues otorga enormes ventajas y desen-

cadena una retroalimentación positiva a lo que se hace en materia de educación e investigación en este campo.

- Aunque los programas de educación en turismo se encuentren encasillados en la ineficiencia, los directivos de las escuelas de nivel superior deben entender que lo que necesita el país en general y la actividad turística en particular, más que cualquier otra cosa, es gente pensante.
- La precariedad intelectual y científica es la causa primordial de la baja calidad de la educación superior y de la investigación turística, las cuales se han quedado trabadas en un pragmatismo y empirismo a ultranza.
- Aun cuando este trabajo aparenta pesimismo con respecto al desarrollo turístico en México y en otros países debido a que se ha basado más que todo en falacias o en verdades a medias, considero importante no perder el optimismo y la esperanza de que algún día mejoren las condiciones de bienestar social de las comunidades receptoras.
- En coincidencia con numerosos autores, se asume que el desarrollo no es sólo un asunto de cifras macroeconómicas y turísticas, sino un asunto cualitativo de mejoramiento permanente de la calidad de vida, donde la educación de los recursos humanos representa un papel crucial.
- La insistencia de repensar en el turismo se sustenta en la necesidad que se tiene de no admitir alguna idea, modelo conceptual, esquema explicativo y propuestas de acción —por más estratégicas o sustentables que se nombren— sin la demostración de su veracidad.
- Debido a que nuevas evidencias socavan viejas, teorías como muchas predicciones que no se cumplen, varios pensadores han propuesto la idea de pensar y repensar las premisas de las ciencias sociales, pero también la acción de «impen-sarlas», esto es, reflexionar para romper esos falsos paradigmas que están tan profundamente arraigados en nuestra mente.
- Está claro que el estudio del turismo, hoy en día, desborda lo puramente económico. Por esa razón, uno de los desafíos que tienen los llamados turismólogos es desterrar la idea de ver la economía como la única disciplina capaz de establecer las bases para diseñar estrategias y políticas necesarias que permitan alcanzar los objetivos propuestos.
- El reto metodológico y epistemológico que tienen los estudiosos del turismo, consiste no sólo en admitir en sus investigaciones los conocimientos científicos, sino el pensar la manera de integrar los saberes que nos aportan las distintas disciplinas sociales y hasta las ciencias naturales, como la biología y la ecología, con el propósito de comprender la compleja realidad turística.

- Se considera como corto de mira, quien crea que los estudiosos del turismo únicamente deben ocuparse en cómo otros deben disfrutar su ocio, a menudo entregado a la mera diversión y al relajamiento de ese mecanismo mercantil y mercadológico.
- La idea de que los problemas del turismo se tienen que resolver pragmática y empíricamente, sólo en el plano económico o mercadológico, hace necesario que todos los que están comprometidos con el estudio de este fenómeno aboguen por otra manera de razonar e imaginar la realidad social. Ante esto, resulta decisivo repensar las diferentes categorías de análisis que nos aportan las ciencias sociales, por ejemplo: poder, dominación, modernización y cultura simbólica, las cuales rara vez son manejadas por los estudiosos o consultores como base de las investigaciones turísticas.
- Es tiempo de que los académicos piensen en la organización de congresos, foros, seminarios o coloquios, donde la crítica, la controversia, el convencimiento y el discernimiento sean el pan de cada día. Pero también es un buen momento para abrir espacios de divulgación donde se pongan —a la vista— los hallazgos, aportes y argumentos de los investigadores, y se presenten debates intelectuales o actos de alta calidad dialéctica donde se produzcan opiniones razonadas y contrastadas.
- Finalmente, conviene dejar en claro que si se desea tener la esperanza de edificar o moldear las tareas educativas e investigativas, o reconstruirlas de modo que sean académica y operativamente satisfactorias, debemos entonces centrarnos en formar conciencias más intelectuales y científicas.

LOS NUEVOS DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR Y LA INVESTIGACIÓN TURÍSTICA EN MÉXICO ^[1]

Introducción

Las circunstancias socioeconómicas y las nuevas demandas educativas imponen cambios a los planes y programas de estudio de las universidades, pero también drásticas modificaciones a las estructuras organizacionales de las instituciones de educación superior y al desempeño de los profesores principalmente. A pesar de que la educación y la investigación son instrumentos de indiscutible importancia para mejorar la economía nacional, hoy un gran número de actores universitarios y sociales dan muestras de incertidumbre sobre el futuro de la educación superior y la tarea científica, y se preguntan por su pertinencia y calidad para responder a las demandas del siglo XXI (*cf.* por ejemplo Gacel-Ávila, 2003: 19). Bajo la globalización, se nos advierte que las instituciones de educación superior no están preparando a los profesionales para enfrentar los retos de la modernidad y la internacionalización de las economías. En virtud de esta situación, diversos autores consideran indispensable hacer cambios para lograr que los subsistemas educativos y de investigación de las universidades sean eficientes y de calidad, más adaptados a las necesidades de la sociedad (*cf.* Aamodt, Kyvik y Koie, 1994: 221; Wilemans y Vanderhoeven, 1994: 74).

Respecto al turismo, varios expertos enfatizan que los graduados deben adquirir una multitud de habilidades que les permitan ser creativos, flexibles y aplicables al mercado de trabajo. Para algunos, la ampliación y la mejora del entrenamiento es la prioridad (Hjalager y Andersen, 2001). Otros recaen en el uso de las tecnologías modernas y la comunicación para realzar y apoyar la educación (*cf.* Sigala y Baum, 2003); sin embargo —y aun cuando no se puede negar el valor de este tipo de habilidades, así como la incorporación de nuevas herramientas y recursos (por ejemplo el internet)— en el proceso de enseñanza-aprendizaje, coincido plenamente con Rus-

[1] Este trabajo es una versión revisada del escrito en el *Anuario Turismo y Sociedad*, 2005 (septiembre), vol. VI, núm. 4, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, pp. 39-54.

sell Ackoff en que no basta una reforma fragmentada, sino que se necesitan nuevas organizaciones e ideas creativas y viables que reemplacen los métodos obsoletos de enseñanza y las relaciones autoritarias entre los actores participantes (Ackoff, 1999: 91-122).

Así pues, el presente escrito está estructurado en cuatro apartados: el primero, busca interpretar de manera contextual los desafíos que implican para las instituciones de educación superior la situación social en México, la esfera económica, competitiva y global, el ambiente empresarial, las transformaciones tecnológicas, y el tránsito hacia la llamada «sociedad del conocimiento» o la «era de la información» y los avances científicos. En el segundo, se describen los retos de la educación superior y las demandas educativas en turismo. En el tercero, se presenta un breve diagnóstico de la investigación en este campo. En el cuarto y último, se muestran las conclusiones que pretenden trazar las necesidades de profesionistas e investigadores en turismo.

Panorama general de la realidad social y económica

Contexto social

Según datos del Consejo Nacional de Población (Conapo, 2002), se calcula que para el año 2005 México tuvo más de 106 millones de habitantes —para esta misma institución pública, en 2002, el país se ubicaba en el decimoprimer lugar entre las naciones más pobladas del mundo—. Según lo indica un estudio del Banco Mundial (2004), para 2002 aproximadamente la mitad de los habitantes vivían en la pobreza y una quinta parte en extrema pobreza. Los fenómenos de la desigualdad, la urbanización descontrolada y la explosión de las economías informales son cada día más apremiantes. Si bien se está consciente que no todos los problemas de las sociedades se resuelven con las tareas educativas y científicas, se admite que son la alternativa más viable de desarrollo que tienen los países del Tercer Mundo, en particular para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

El reto social y cultural para una gran parte de los países del mundo —en especial para las naciones en vías de desarrollo— es lograr un alto nivel de calificación y educación de sus jóvenes. En un estudio sobre México de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), destaca que a pesar del aumento de la matrícula en las universidades y del rápido incremento de su población en edad escolar hace del fortalecimiento del capital humano una condición necesaria para lograr un crecimiento sostenido en el largo plazo. Máxime cuando el capital humano en nuestro país está muy por detrás de la mayoría de las naciones de la OCDE (OCDE, 2003). La proporción de jóvenes que adquiere una licenciatura o un posgrado ha

crecido en México, lo cual ha aumentado la demanda de empleo por parte de los profesionistas. Sin embargo, las condiciones económicas estructurales y la baja calidad académica de los estudios que por lo común ofrecen las instituciones de educación superior, impiden la incorporación de los egresados universitarios bien formados para atender las exigencias del mercado laboral.

Por otra parte, la sobrepoblación que enfrentan las ciudades impacta de modo intenso a la educación superior, al inducir la apertura de instituciones de enseñanza no confiables, así como la masificación y la burocratización de las mismas.^[2] La proliferación de licenciaturas y posgrados —en particular a nivel de maestría— se ha prestado al abuso, pues han aparecido a lo largo y ancho del territorio nacional. Esta explosión, prácticamente equivale a una manía por ofertar programas educativos sin importar su calidad. Este ambiente problemático en que se encuentran inmersas las instituciones de educación superior, aun cuando brinda amplias oportunidades para los estudiantes, también ofrece grandes riesgos, al convertir este tipo de educación —en muchos de los casos— en un producto mercantil, que consiente o privilegia el beneficio pecuniario antes que el académico —la universidad como negocio—.

Contexto económico crecientemente competitivo y globalizado

La economía del país, a pesar de que ha crecido en los tres últimos años, cada vez pierde competitividad por el entorno internacional pero también por la incapacidad de los sectores público y privado para orientar el desarrollo y elevar la calidad de los productos. De acuerdo con estimaciones del Banco de México, para el 2004 el país tendría un aumento en el PIB cercano al cuatro por ciento. La economía mexicana se expandió 1.3 por ciento en el 2002 y 0.9 por ciento en el 2001, después de haber caído 0.3 por ciento en el 2000, afectada por una desaceleración de su sector industrial que tiene sólidos vínculos con Estados Unidos.^[3] Para el año 2005, el gobierno federal anunció un crecimiento de la economía por encima del cuatro por ciento. Empero y de acuerdo con el analista Andrés Oppenheimer, este buen desempeño económico se debe casi exclusivamente a factores como el crecimiento del PIB de los Estados Unidos, que ayudó a aumentar nuestras exportaciones a ese país y las remesas familiares de los mexicanos que viven en los Estados Unidos, así como a incrementar los precios del petróleo. Pero todos estos factores están fuera del control de México y es probable que no perduren, pues se estima que la economía de Estados Unidos

[2] Curso-Seminario *Macroescenarios y Megatendencias a nivel Mundial y Regional*, impartido en la Universidad de Guadalajara por el Dr. Francisco López Segre, los días 3, 5 y 6 de diciembre de 2003, México.

[3] Véase el portal de *El Economista* del viernes 8 de abril del 2005, México, D.F.: www.economista.com.mx/online4.nsf/0/335ca9939fc890fb06256f1d005dc647?opendocument.

no crecerá tanto en 2005 y eso podría provocar un descenso en los precios de las materias primas mexicanas.^[4] Además, el repunte económico que se tuvo no ha sido suficiente para generar el más de un millón de empleos que requiere nuestra sociedad; por lo tanto, algunos expertos sostienen que en el tema laboral seguirá el rezago que el país padece desde hace tiempo. La buena noticia del crecimiento económico tampoco puede ser tan buena, debido a que México cada vez pierde participación en el mercado de Estados Unidos frente a China. De ahí que, hoy en día, el crecimiento económico sigue siendo uno de los problemas más serios que enfrenta el país, por las altas tasas de desempleo y pobreza.^[5]

Los procesos de globalización que arrasan a las sociedades contemporáneas están transformando los mundos de lo económico —apertura comercial y transnacionalización—, lo tecnológico —sistemas de información y transporte— y lo organizativo —esquemas de redes de las empresas y alianzas estratégicas—, pero también el mundo de lo sociocultural —nuevas identidades y transculturación—. «A pesar de que el fenómeno de la mundialización ha generado impactos de diversa índole, las universidades y el profesorado de América Latina, son resistentes al cambio, lo que hace de su educación un lastre en su adaptación al mundo que exige la globalización», nos advierte Julio María Sanguinetti, ex presidente de Uruguay.

En la época actual, México es uno de los mayores exportadores del mundo. La combinación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el *boom* del subsector maquilador, que tiene una elevada integración con la economía de Estados Unidos, contribuyeron al dinamismo de las exportaciones del país. En un entorno competitivo en que está inmerso el turismo en todo el mundo, hace que éste sea una de las actividades productivas más abiertas de la economía nacional y mundial. Sin embargo, los temas del modelo económico, la apertura comercial y la globalización de los mercados, por lo general no son temas de discusión —y mucho menos de investigación científica— en las carreras profesionales de turismo.

La globalización ha sido desde tiempo atrás vilipendiada por intelectuales, grupos organizados de la sociedad civil, políticos y hasta empresarios. Para un gran número de ellos, este fenómeno no soluciona los problemas contemporáneos como la pobreza, pues es conocido que al mismo tiempo que transforma las comunidades y exige nuevos conocimientos, provoca diferentes contradicciones: los pobres se hacen más pobres y los ricos acrecientan su riqueza. Este proceso de globalización, que también borra fronteras y minimiza el papel de los estados, para algunos ha sepulta-

[4] Véase el portal de *La Nación* del miércoles 22 de diciembre de 2004, Argentina: www.lanacion.com.ar/665271.

[5] Véanse las estadísticas en la página *web* de la Organización Mundial de Comercio: www.wto.org.

do la esperanza de que las naciones tercermundistas pudieran alcanzar algún día el desarrollo socioeconómico, debido a la silenciosa dominación cultural y al deterioro del medio ambiente, pese al aumento de las tareas científicas que se llevan a cabo sobre el fenómeno de la mundialización, principalmente por parte de las universidades.

Las políticas neoliberales han implicado que disminuyan los recursos económicos para las funciones sustantivas y adjetivas universitarias, así como para la dotación de infraestructura educativa. Las cada vez mayores restricciones financieras han provocado en las instituciones de educación superior un decaimiento —y en algunos casos parálisis— de su quehacer investigativo. El gobierno federal mexicano, por ejemplo, dentro de su propuesta de presupuesto para el 2005 proyecta disminuir los gastos en educación superior en cerca de dos mil millones de pesos, aun cuando este rubro es una prioridad nacional y mundial. Tal hecho podría dejar sin cumplir la promesa gubernamental de garantizar por lo menos el uno por ciento del presupuesto federal a las universidades y a la investigación científica y tecnológica. Esta situación ha hecho que los centros de enseñanza privados vayan de modo paulatino ocupando el espacio vacío dejado por el sistema educativo oficial de nivel superior.

Contexto empresarial

A pesar del aumento de las transnacionales dentro de la economía de México y sus destinos turísticos, siguen predominando las pequeñas y medianas empresas (pymes) en la llamada «industria sin chimeneas». Empero, ante la escasa innovación organizativa y tecnológica, estos negocios son más vulnerables al cambio, pues han sido arrollados —o son amenazados competitivamente— por las grandes compañías nacionales y extranjeras.

Según algunos estudiosos, otras de las causas atribuibles a la desaparición de las pymes se encuentran en la falta de especialización, altos costos de materias primas, condiciones de pago más exigentes, inventarios proporcionalmente mayores, dificultad para obtener financiamiento y poco o nulo conocimiento de los reglamentos fiscales. Además, mano de obra ineficiente debido a la falta de educación y capacitación de los empleados. Conviene añadir que la actividad de capacitación en estas empresas se abandona cada vez más por los costos, y cuando se realiza, casi nunca funciona.

Por su parte, las corporaciones modernas que operan en mercados globales requieren una fuerte atención en las competencias profesionales de sus recursos humanos para cargos de niveles ejecutivos, directivos de operaciones y especialistas técnicos. Las personas que a menudo ocupan estos puestos, por un lado, desarrollan sus capacidades y habilidades, a menudo mediante una alta movilidad internacio-

nal en diferentes países, con diversas culturas y ejerciendo múltiples funciones; por otro lado, contribuyen a transferir conocimientos a las distintas empresas filiales. El dominio de lenguas extranjeras —en particular el inglés— es indiscutible en una economía global. Para algunos autores, como Eliasson y Vikersjö, la carrera de «directivo mundial» (nivel 1) puede considerarse como un tipo muy complicado de formación por aprendizaje o de enseñanza superior. Así pues, la capacitación global de competencias, queda restringida a los niveles del tres hacia arriba (*vid. infra* Tabla núm. 5).

En virtud de lo anterior, es común que grandes compañías establezcan sus propios programas de formación para directivos (inversión en conocimientos), como el denominado Full Contact de la cadena de Hoteles Presidente Intercontinental. Este programa es un entrenamiento intensivo para desarrollar personal y ocupar puestos ejecutivos medios dentro del reconocido grupo hotelero. Las competencias profesionales que logran obtener los futuros cuadros de ejecutivos, por lo general jóvenes talentosos con formación académica, tienen una alta demanda y reputación dentro del mercado laboral.

Tabla núm. 5. Capital de competencias móviles, categorías de personas.

Nivel	Descripción
1	Equipos de ejecutivos o de competencia máxima: compuesto por individuos que en su mayoría han llegado a ocupar sus cargos tras una carrera interior, cada vez más global e interfuncional.
2	Niveles de cuadros superiores y directores
3	Jefes de proyecto y responsables de procesos: casi siempre con una titulación académica, industrial o económica.
4	Cuadros medios: directivos operativos y de departamentos
5	Supervisores y especialistas
6	Operadores de máquinas, mecánicos y personal de servicio especial
7	Operario cualificado
8	Operario sin cualificación y personal restante

Fuente: Eliasson y Vikersjö (1997: 18).

Las transformaciones tecnológicas

La rapidez del cambio social es en gran parte extrema debido a los efectos tecnológicos, en especial por los avances en la transportación, computación, medios de comunicación e internet. Uno de los impactos en la educación que más sorprende aquí aparece dentro de la llamada educación virtual o educación a distancia interactiva. Aunque dichas transformaciones que experimenta el mundo han sido

tan vertiginosas que no ha habido tiempo para pensar hacia dónde vamos y cómo podremos evitar ahogarnos ante la ola de cambios. Sólo las universidades con fuerte capacidad económica en México han podido asimilar las tecnologías automatizadas, so pena de no quedarse atrás en la excelencia académica y generación de conocimientos.

En esta época de incrementos en la competitividad y la internacionalización de las empresas, así como en la ampliación cada vez mayor de las tecnologías de la información, la sociedad demanda a las instituciones de educación superior mexicanas superar el ambiente de confianza en lo que respecta a la calidad de sus programas educativos y productos de investigación. En este escenario de poca credibilidad, no es difícil esperar que las universidades que no hagan algún esfuerzo por cambiar su organización curricular presenten un mayor deterioro de su nivel académico.

En Europa, por ejemplo, los avances tecnológicos:

Han dado lugar a una necesidad de conocimientos conceptuales, pensamiento sistemático, competencias intelectuales —por ejemplo abstracción— y capacidad de trabajar en equipo, más que destrezas de manipulación manual operativa. Además, la proporción de profesiones cognitivas —esto es, ocupaciones de gestión, profesionales y técnicos— han aumentado considerablemente (Alpin y Shackleton, 1997: 8).

Una encuesta de *Skill Needs in Britain* de 1996 reveló que el 74 por ciento de los empresarios opinan que las necesidades de competencias para un trabajador medio se incrementan. Sin embargo, para el analista Grotings, los empresarios europeos conceden más importancia a las cualidades y actitudes personales de un candidato que a las competencias o cualificaciones de carácter específico. Ellos eligen cada vez más a los aspirantes que demuestran iniciativa, motivación, persistencia, aptitudes sociales y voluntad de aprender (citado en Alpin y Shackleton, 1997: 8).

En otro estudio, se demuestra que en las corporaciones europeas, los empleos que no admiten el desarrollo de competencias de alto nivel están desapareciendo de forma veloz, pues este tipo de cargos suelen consistir en labores rutinarias que cada vez se automatizan más. Este mismo trabajo afirma que la norma de gestión de creciente aplicación en compañías, tanto grandes como pequeñas, es que, si alguien no es el mejor o al menos el segundo mejor en algún campo, debe transferirse su labor a un proveedor con mejores capacidades dentro del mercado. «Si hay productores mejores en el mercado, la atención y los recursos de una empresa deberán centrarse exclusivamente en actividades donde ésta pueda ser la mejor» (Eliasson y Vikersjö, 1997: 17).

Es sabido que las empresas japonesas cuentan con un alto prestigio en el ámbito internacional por la calidad y eficacia de sus bienes, debido a que su estructura productiva se sustenta tanto en la educación como en una cultura, donde al personal se le enseña a ser los mejores, y de modo permanente están capacitándose.

La sociedad del conocimiento o la era de la información

Todavía las organizaciones en general en México no han entendido que la riqueza real es el conocimiento. Ya no está en la tierra o en la fábrica, la riqueza está en las patentes, afirma el connotado filósofo de la administración moderna Peter Drucker.

El recurso económico básico —el medio de producción para usar la expresión de los economistas— ya no es el capital ni son los recursos naturales —la «tierra» de los economistas— ni el «trabajo». Es y será el conocimiento. [...] el valor se crea hoy por la productividad y por la innovación, ambas aplicaciones del conocimiento al trabajo. Los grupos dominantes de la sociedad del conocimiento serán los «trabajadores del conocimiento» —ejecutivos instruidos que saben asignar sus conocimientos a usos productivos—, así como los capitalistas sabían asignar capital a usos productivos; [...] Prácticamente todas estas personas de conocimiento serán empleadas en las organizaciones (Drucker, 1994: 8).

Estoy consciente que en algunas profesiones de nada sirven los conocimientos si no se tiene la capacidad tecnológica o los ingresos para adquirirla, con el objetivo de que grandes masas de egresados universitarios encuentren oportunidades laborales basadas en esas nuevas fuentes tecnológicas, pues no tiene sentido preparar en aplicaciones tecnológicas de avanzada, si el destino de esos egresados son los países desarrollados —como sucede con profesiones en ingeniería genética.

Pero también, reconozco que las carreras universitarias en turismo no han podido formar el capital humano que necesita México para su desarrollo. Sus programas educativos, a menudo se encuentran encenagados en la ineficiencia. Los directivos de las instituciones de educación superior no entienden que lo que el país necesita para el área empresarial, por ejemplo, más que cualquier otra cosa es gente capacitada para la toma de decisiones, con experiencia en el manejo de personal, finanzas e insumos, así como con conocimientos para la comercialización de los negocios y productos. Es inconcebible que aún exista, entre muchas autoridades universitarias, esa tendencia fatal de sustituir egresados pensantes por técnicos operativos, habiéndose en el manejo de computadoras y en el dominio de idiomas extranjeros.

Nos advierte Dolence y Norris (1995):

La sociedad está sufriendo una transformación fundamental en la transición de la Era Industrial a la Era de la Información. Este es un fenómeno global con consecuencias locales muy significativas [...]. Aquellos que reformen sus prácticas en forma más efectiva de acuerdo con los nuevos estándares de la era de la información podrán cosechar substanciales beneficios. Aquellos que no lo hagan serán reemplazados o dejados atrás por competidores más veloces.

La sociedad se encuentra mejor informada y más dominada por la inteligencia —y menos por el instinto—, concibió hace tiempo Daniel Bell. Para este sociólogo, las instituciones centrales en la sociedad posindustrial serán las universidades y organismos de investigación (Bell, 1976). En el siglo XXI, de acuerdo con los pronósticos de otro estudioso, cada vez más la riqueza emanará del saber —la principal riqueza de las organizaciones—. Las grandes transformaciones sólo podrán ser aprovechadas por las personas y organismos cuya economía esté basada en la utilización intensiva del conocimiento (Drucker, 1994). En la «era de la información», que tan acertadamente denominó en su trilogía el sociólogo español Manuel Castells, el capital intelectual desplazará en importancia y en valor financiero y estratégico a cualquier otro activo material o inmaterial (Castells, 1999; *cfr.* Bautista, 2001 y Universidad Iberoamericana, 1999).

Las tendencias hacia un mercado abierto, competitivo y global, las nuevas tecnologías en comunicaciones e informática, aunadas a los avances en la generación del conocimiento, han hecho que la organización de algunas instituciones de educación superior esté sufriendo innumerables cambios y adaptaciones. Las actitudes de competencia y de calidad, la apertura a los cambios continuos, la preparación para manejar equipos más complejos, la capacidad para absorber nuevas tecnologías y asimilar cuantías enormes de información y conocimientos, el pensamiento complejo y científico son las actuales exigencias a los profesionistas. «Frente a la sociedad de la información [...] tenemos que desarrollar una sociedad del conocimiento»; para ello será relevante el rol de las universidades y la manera en que estructuran sus programas de estudio, aseguró el catedrático chileno Miguel Rojas Mix.^[6]

El contexto científico

La ciencia nacional vive tiempos difíciles, se comentó en el XVIII Encuentro Internacional de Ciencias Sociales, celebrado en la Feria Internacional del Libro de Guada-

[6] En la conferencia magistral que impartió el 28 de mayo de 2004 como parte de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, que organiza el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

lajara de 2004. En este evento, se sostuvo que las políticas neoliberales colocaban a la ciencia en situación precaria; al desarticular lo que funcionaba y poner en crisis programas sociales que habían sido cruciales para el desarrollo científico de los últimos catorce años. El saldo había sido desolador y patético nos dice, en su intervención el antropólogo e investigador Jorge Alonso.

Por su parte, el eminente patólogo de la UNAM, Ruy Pérez Tamayo, comenta en una entrevista con un diario de la localidad, que el estado de la ciencia en México, es deprimente en cuanto a cantidad —al contrario de la calidad—. Tenemos 100 millones de habitantes y sólo 10 mil investigadores. Nuestro país cuenta con un investigador por cada 10 mil habitantes. En España por cada 10 mil hay 5, en Alemania 32, en Japón 40 y en Estados Unidos 46.^[7]

Aunque la ciencia y la tecnología son lo que da a una economía su vitalidad, en países como el nuestro ha tenido un déficit histórico. Con una ciencia pobre y poco desarrollada, es fundamental la formación de nuevas generaciones de científicos, sugiere el químico Martín Bonfil Olivera. Para este divulgador científico de la UNAM y autor del texto *La ciencia por gusto*, la tecnología avanza gracias a los adelantos de la ciencia, pero esta última también aprovecha en su beneficio los avances tecnológicos. Mientras que la ciencia busca la generación de conocimientos, la tecnología busca producción de bienes de consumo y prestación de servicios (Bonfil, 2004: 18, 20).

Lo triste y preocupante es la poca importancia que en México se le ha dado a las ciencias en general. En la esfera del turismo, aun cuando el conocimiento científico nos ayuda —entre otras cosas— a observar y explicar este fenómeno en su justa perspectiva, cabría preguntarse cómo las licenciaturas en turismo desean impartir temáticas novedosas como, por ejemplo, operación de casinos, parques temáticos y museos, si no cuentan con profesores capacitados en estas áreas y no se cuenta con el saber teórico y empírico respectivo, y dudo que se genere en corto plazo. No se puede soslayar los graves problemas académicos que implicó la apertura de nuevos programas o modalidades de estudio, y hasta de asignaturas como desarrollo turístico sustentable, turismo alternativo, turismo rural, que se instituyeron en algunas universidades nacionales durante las revisiones curriculares realizadas en la década de los noventa, sin que previo a ello se preparara de modo adecuado a los maestros ni se generara el saber teórico o empírico correspondiente. Valdría interrogarse también, cómo crear opciones viables de desarrollo turístico, ante la ausencia de conocimientos sólidos sobre este fenómeno social. Si el intento por comprenderlo ha sido escaso, entonces, estamos muy lejos de construir nuestra propia teoría o saber.

[7] *El Occidental* del 23 de noviembre de 2004, Guadalajara, p. 1B.

Retos de la educación superior y demandas educativas en turismo

En una sociedad dominada por las tecnologías, el conocimiento y la información, los países que posean los dos primeros y controlen el tercer aspecto ejercerán una hegemonía sobre los demás, nos dice Castells (1999).

El país necesita de recursos humanos más preparados e informados. Para el escritor Mario Vargas Llosa, la gente que no lee corre un mayor riesgo de ser utilizada o manipulada. Esto debe alarmar en México, máxime cuando nuestro país está dentro de las naciones del mundo donde menos se lee. De ahí que coincida con lo que afirman los intelectuales, en que «un país de lectores es un país de ciudadanos críticos». Por supuesto que la postura crítica que se debe asumir no significa que sea destructiva; en vez de ello, la crítica lo que persigue es formular observaciones que deben hacerse.

Las universidades más importantes en los países avanzados enfatizan su atención a la enseñanza del liderazgo en sus programas de estudio. Lo que buscan es formar a los directivos de las empresas del mañana, quienes por las funciones que desempeñarán, precisamente, deben ser líderes: esto es, con dotes que hagan crecer a las compañías a su cargo y que guíen e inspiren a sus subordinados a trabajar más y mejor. Líderes con gran visión empresarial; habilidades para imaginar algo que puede hacerse con provecho, identificar necesidades latentes antes que otros y concebir nuevas ideas e innovaciones que tengan aceptación inmediata. Directivos de primer nivel con la tenacidad para hacer factible las ideas y la perseverancia para llevarlas a cabo.

El paradigma de la buena calidad académica, planteado por la Secretaría de Educación Pública (SEP) y por diferentes organismos evaluadores de los programas educativos universitarios, tanto del interior como del exterior de México, se pone en tela de juicio. Ni las recientes acreditaciones de las licenciaturas en turismo —o sus distintas modalidades— que ofrecen las universidades públicas y privadas del país han sido la panacea, debido a que se centran en mejorar la imagen de las instituciones de educación superior, más que solucionar sus graves problemas académicos. Tampoco la posible acreditación internacional que algunas de estas carreras han obtenido o pretenden obtener a través de la Organización Mundial de Turismo (OMT), podrán vencer la inercia y el desinterés por alcanzar la excelencia en el hacer y en el pensar.

No obstante los esfuerzos desplegados por elevar el nivel académico de las licenciaturas en turismo, el panorama en México es aún desalentador a causa de múltiples factores, como la falta de revisión y actualización de sus planes y programas de estudio, la baja eficiencia terminal de sus egresados, el desencanto que existe entre un

gran número de alumnos y profesionistas por su carrera, fundamentalmente por la escasa preparación de los profesores.

Resulta también preocupante la poca actualización disciplinar de los docentes adscritos a estas carreras universitarias, dado que son contados los profesores con estudios de posgrado —y de quienes los han obtenido, muchos corresponden a programas educativos de dudosa calidad—. Es inquietante también el reducido número de egresados en turismo que domina una lengua extranjera, a pesar de la fuerte necesidad que tienen estos profesionistas de aprender otro idioma para comunicarse; además del exiguu avance de la investigación científica entre la planta de académicos, la falta de acciones de vinculación con los sectores productivos y sociales y el empobrecimiento real en la formación de potenciales investigadores. Si bien se reconoce la labor de las prácticas desarrolladas por los estudiantes en las empresas del ramo, éstas —por lo general— se efectúan de manera desorganizada y son de bajo perfil profesional.

Sin duda, la educación que se imparte en las licenciaturas en turismo no ha sido la base del cambio social. Debemos ser honestos y reconocer que a menudo a los alumnos no les estamos enseñando a formularse preguntas y, a veces, ni siquiera a responderlas. De ahí que sea relevante que directivos y académicos tengamos una actitud autocrítica, para aceptar que la actual formación brindada en nuestras escuelas provoca un creciente número de analfabetos funcionales. Desgraciadamente, la educación turística que ofrecen las universidades mexicanas, en la mayoría continúa dominada por valores de la mediocridad, comodidad y simulación. Es innegable la medianía, lo simple y lo práctico que caracterizan a los estudios de pregrado y hasta de posgrado en turismo, reflejan debilidad y pobreza académica. Aunque no es exclusivo de esta profesión, parece que existiera pereza mental en el alumnado e incluso de sus profesores, aun cuando hiera e incomode a algunos, debido a que no se quiere leer, no se quiere pensar. En lugar de esto, lo que se quiere es memorizar o adquirir conocimiento de rápida y fácil aplicación, por ejemplo, saber «tender camas», «montar mesas» y «preparar platillos y bebidas».^[8]

Para algunos directivos y profesores bisoños no es necesario hacer cambios drásticos a las carreras universitarias de turismo, pues se parte de la idea de que el sistema educativo es el correcto. En vez de ofrecer una transformación extensa de rumbo en el modelo curricular, para estos académicos el problema se reduce sólo a proponer «parches» que consisten en la sola modificación y fusión de cursos o de

[8] En palabras de Hugo Gutiérrez Vega, «Este pragmatismo no es una virtud sino la peor forma de cinismo», que muchas veces se usa para tratar de justificar acciones o enseñanzas vituperantes (citado en Bonfil, 2004: 68).

contenidos programáticos. Su limitada mira, les impide proponer modificaciones profundas a los planes de estudio, pero también sugerir nuevas estructuras organizativas y políticas educativas para las universidades, pues esto no pasa por sus mentes.

¿Por qué no cambiar, si las universidades que ofrecen la enseñanza del turismo no han sabido diferenciar el nivel técnico con el de licenciatura, así tampoco el nivel de pregrado con el de posgrado? Los programas de estudio son todo un verdadero embrollo, por el deseo de integrar la formación práctica con el saber intelectual y el humanístico. Todavía no se ha entendido que en las universidades se debe acentuar la generación del conocimiento científico —a través de la investigación—, mientras que en la educación no universitaria se debe aplicar ese conocimiento. Es alarmante que haya asignaturas dentro de los programas de las licenciaturas -y hasta de maestrías- orientadas al análisis de contenidos de carácter básico e introductorio. Esta problemática empeora porque la mayoría de las universidades carece de un seguimiento de sus egresados y desconoce realmente las tendencias del mercado laboral.

Ante este sombrío panorama, varios expertos sostienen que el crecimiento de los programas educativos en el turismo es ya insostenible, y predicen el inminente fallecimiento de algunos (McKercher, 2002), pese a la predisposición de las universidades para integrar personal profesional y actualizar sus docentes cada vez con mayores grados de estudios. Es lamentable que una cantidad significativa de académicos haya obtenido grados de maestría e incluso de doctorado, sin haber realizado trabajos rigurosos de investigación.

A más de cuarenta años del surgimiento de las licenciaturas en turismo y sus variantes en México, aún existen dudas en relación con el egresado que se debe formar. El grave problema que enfrentan esta carrera y las instituciones de educación superior del país es que no están preparando profesionales capacitados, con actitud crítica y constructiva, que piensen de manera compleja e intelectual. Se siguen ofertando pregrados y posgrados en turismo que poco favorecen la habilidad analítica y ayudan a adquirir conocimientos y capacidades necesarias para que sus egresados se defiendan de modo más exitoso en el mundo laboral.

Los programas en turismo de nivel superior carecen de un presupuesto económico suficiente que les permita dotar a su planta estudiantil y docente de servicios escolares e instalaciones adecuadas; aunque también se reconocen algunas universidades que cuentan con una infraestructura educativa de primer nivel: pero al igual que las otras forman profesionistas subdesarrollados en muchos de los casos.

Una preocupación que afecta a las universidades es saber si su oferta educativa es demasiado teórica para satisfacer las necesidades empresariales, y si soslayan las competencias profesionales para la gestión y el desarrollo turístico. Por lo general, los

critérios de selección de personal en turismo continúan dando importancia a las prácticas laborales —aunque esto no es exclusivo de esta profesión—. Es común que los empresarios de este sector demanden experiencias laborales concretas a los educandos en el curso de sus estudios. Las características personales como la honestidad, la integridad y el interés por el trabajo reciben una importancia mayor en las pequeñas y medianas empresas. Estas virtudes se consideran con frecuencia tan importantes como la capacidad, la aptitud o la calidad. También, las actitudes interpersonales —como la buena comunicación o la empatía con otros individuos— se han convertido en uno de los requisitos principales para reclutar trabajadores, sobre todo en las crecientes industrias de servicios (véase el caso europeo, en Alpin y Shackleton, 1977: 7).

Las competencias técnicas siguen gozando de una consideración muy alta entre los empresarios, y probablemente continuarán siendo prioritarias en el futuro. A diferencia de otras profesiones —como los médicos, contadores, arquitectos e ingenieros— el título universitario en turismo no ha sido relevante en la contratación de personal. Todavía en el mercado laboral predomina el empirismo y el pragmatismo, pese a que las capacidades y destrezas que actualmente demanda la actividad productiva sean muy distintas a las del pasado.

La totalidad de los planes de estudio orientados a la administración de empresas turísticas se centra en dar a conocer al alumno una creciente ola de conocimientos sobre planeación estratégica que busca identificar fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de los negocios. Se supone que a partir de este tipo de diagnósticos se determina la posición que guarda la empresa en el mercado y se evalúan los recursos de los que dispone; además, se define tanto el plan de acción como las nuevas estrategias de venta. Sin embargo, es claro que para enfrentar los retos presentes y futuros empresariales se exigen en los profesionistas competencias que vayan más allá de lo que nos muestra esta técnica tan propagada en las carreras enfocadas a la gestión y la dirección de empresas.

Lo grave de la situación de los programas universitarios de turismo, es que la mayoría de las veces los licenciados sólo llegan a ocupar operativos y mal pagados. Es triste observar cómo los egresados universitarios no logran satisfacer las exigencias del ejercicio de su profesión, por lo bajo y elemental de los conocimientos que poseen.

El estado de la investigación turística

La investigación académica del turismo surgió en los años setenta en México. Posiblemente, en el contexto académico nacional, la Universidad de Guadalajara fue

pionera al crear en 1972 el Centro de Investigaciones Turísticas (CIT), dependiente de la entonces Escuela de Turismo. Fue en esta década, precisamente, cuando creció la investigación y surgieron los primeros estudiosos académicos de este fenómeno en nuestro país. Esta tarea «científica» se orientó a buscar soluciones a la problemática que enfrentaba la emergente actividad del turismo, principalmente a través de estudios de mercado, campañas promocionales y proyectos de inversión. Sin embargo, para los años noventa hubo factores internos —baja formación académica de sus investigadores, poca calidad de los trabajos, ausencia de liderazgo intelectual y escasez en los vínculos con distintos sectores productivos y sociales—, como factores externos —menores presupuestos, pérdida de legitimidad y de sentido del CIT— que limitaron el despegue de la investigación en turismo.

A diferencia de otros campos de estudio de las ciencias sociales —como la comunicación, la cual se ha elevado hasta alcanzar respetabilidad—, la investigación turística se ha quedado estancada en México. En gran medida, esto se explica por lo alejada que está la educación superior de los avances científicos. En los umbrales del siglo XXI, la tarea de indagación aún no ha sentado las bases de su institucionalización ni se ha consolidado como práctica académica profesionalizada. El conocimiento del turismo en nuestro país —y hasta en América Latina— continúa desarticulado de las disciplinas sociales. Los esfuerzos han sido insuficientes para abrir las puertas a su legitimación. Una gran cantidad de trabajos son complacientes y conformistas con el sistema turístico. Muy pocos están comprometidos con el abordaje de este fenómeno desde una actitud crítica y bajo la perspectiva de las ciencias sociales. Parafraseando a los estudiosos de la comunicación, Fuentes y Sánchez (1998: 13), la investigación turística se caracteriza por la «triple marginalidad»; es decir, el campo de estudio del turismo ocupa una posición marginal —a veces hasta discriminatoria— dentro de las disciplinas sociales; éstas a su vez son marginadas en el conjunto de las especialidades científicas; finalmente, la ciencia como un todo es marginal entre las prioridades del desarrollo nacional.

Es sabido que ciertos trabajos de investigación en turismo se han visto promovidos por los intereses económicos, tanto de los gobiernos federal y local como por los grupos empresariales. El financiamiento de algunos estudios turísticos de interés del sector público ha estado fuertemente determinado por una tendencia centralista y oficialista que protege el mantenimiento de posiciones político-ideológicas. Por su parte, los problemas de las organizaciones de turismo privadas se estudian muy poco dentro del quehacer universitario, y cuando se llevan a cabo este tipo de investigaciones bajo la influencia de los trabajos orientados al utilitarismo económico, donde sobresalen los enfoques mercadológicos.

No obstante el fuerte impulso dado a la tarea de asesoría en el turismo realizada por expertos al margen de las instituciones de educación superior, y por académicos que dedican parte de su tiempo a la consultoría privada, sólo algunas cuantas empresas del ramo —en particular las grandes corporaciones— destinan esfuerzos y presupuestos a la investigación aplicada, para hacer seguimiento de sus clientes y para enfrentar los problemas y retos del mercado. A la industria le interesa sobre todo apoyar estudios que le resulten beneficiosos. Una gran proporción de empresarios está ávida de conocimientos utilitarios que le ayuden a incrementar las ventas y la productividad, así como a disminuir los costos de sus negocios sin perder competitividad en los mercados. La poca credibilidad en torno a la investigación académica del turismo constituye otro factor de la escasa vinculación universidad-empresa en esta materia. Un claro testimonio de esto, por poner un ejemplo, es la visión que los empresarios tienen del investigador, como un ser aislado de la sociedad que aportará algo interesante pero con poca aplicación concreta.

Por lo general, los estudios turísticos no reflejan mucha imaginación científica; en lugar de ello muestran una levedad e inmenso pragmatismo y especulación basados en el empirismo. Prueba de esto son las numerosas publicaciones en turismo donde se observan ensayos, más que resultados de investigaciones debidamente concluidos. En este sentido, se puede afirmar que la tarea de indagación en esta rama al carecer de un corpus teórico que la sustente, pierde su esencia científica y la objetividad de los conocimientos.

Ante esta realidad, valdría la pena reiterar la necesidad de repensar esta tarea desde un marco que no la restrinja al ámbito de la «turismología» (estudios endógenos), sino que le permita replantearla desde un enfoque interdisciplinario. Estoy consciente de que sólo desde una visión holística-científica —y con una vigilancia epistemológica continua— se pueden debatir sus conocimientos y sus procedimientos, además de perfeccionar las técnicas y metodologías manejadas, a menudo caducas. De ahí que coincida con Immanuel Wallerstein (1999), en que es urgente no sólo repensar el conocimiento social sino también impensarlo. Pero, ¿por qué impensarlo el saber turístico? La respuesta es simple —retomando las ideas de este notable científico contemporáneo—: porque muchas suposiciones en el turismo —inveteradas en el sentido común— son engañosas y hasta peligrosas.

Demasiadas creencias que la gente da por ciertas, en realidad son erróneas. Por lo tanto, urge discutir y evaluar los presupuestos teóricos, los enigmas empíricos, los procesos metodológicos utilizados en los estudios turísticos, pero sobre todo esa retórica que emplea conceptos ambiguos e imprecisos, como desarrollo, sustentabilidad, racionalidad, modernidad y globalización. Es evidente que para desprenderse

de ciertas preconcepciones es necesaria una formidable energía de ruptura con la creencia común o los razonamientos de carácter práctico, en ocasiones demasiado simplistas. Cabría poner en duda el pragmatismo radical que manejan los pseudo-desarrolladores sobre la anhelada sustentabilidad. Esta estrategia de desarrollo la mayoría de las veces ha quedado en el puro discurso —por cierto, no muy serio—, debido a que generalmente es presentada como simple «receta».

Aún el conjunto de saberes en turismo no dispone de un vocabulario útil para la conceptualización y explicación del fenómeno. Si bien, la tarea de investigación turística se ha abandonado para suplirla por estudios de asesoría por un número considerable de especialistas, conviene diferenciar la lógica de trabajo del consultor con respecto a la de científico social. En el consultor o asesor, pese a que le se reconocen trabajos formales, la solución de la problemática —o de la verdad— se descubre empíricamente y sin comprobación, reflexión crítica, inspiración teórica y utilización de metodologías científicas. La investigación aquí es realizada por expertos, cuyos planteamientos casi siempre recaen en propuestas para enfrentar los desequilibrios del mercado y las fallas del sistema turístico, pero indolentes a lo que ocurre en el entorno, en donde predomina el desorden urbano y la falta de desarrollo, así como una profunda desigualdad y marginación, las mayores amenazas contra la estabilidad social. Por su parte, un científico, considerado también como un experto, se distingue del consultor por estar entrenado para generar conocimientos y para ponerlos a prueba, posee una actitud crítica de todo conocimiento, no acepta cualquier explicación dada sin previa demostración de su verdad o por lo menos que se acerque a la misma. Para él, las ideas que sobrevivan son las teorías que adopta.

Conclusiones

En la actualidad, la educación superior y la investigación en turismo enfrentan varios retos. Sin duda uno de ellos es la formación de recursos humanos más preparados e informados, pues de otra manera se suprime la posibilidad de colocar a México en un nivel competitivo internacional, y lo deja sin fortuna para enfrentarse a los principales países poseedores de las tecnologías, información y conocimiento. Hay que recordar que la competitividad mundial de una empresa o de una actividad económica, como sucede con el turismo, depende de la productividad, y ésta a su vez de la capacidad técnica, del talento creativo y de la habilidad de gestión de su gente para innovar y desarrollar nuevas tecnologías.^[9]

[9] En general, la productividad de la economía estadounidense y de otros países como China o Chile, crecen más rápidamente que la productividad en México (World Economic Forum, s/f).

Otro desafío de las instituciones de educación superior en turismo, es responder a las necesidades de profesionistas debidamente capacitados que presenta la terciarización de la economía; lo cual explica por qué las licenciaturas en administración de empresas turísticas, en administración turística o en hotelería, siguen siendo las más demandadas dentro de la gama de opciones que ofrecen las universidades. La economía de servicios ha hecho que cada vez sean mayores las solicitudes —en especial de mujeres— para ingresar a este tipo de estudios universitarios, pese a que las perspectivas de mejores ingresos no son muy alentadoras, debido a las bajas remuneraciones que muestra la generalidad de los puestos de trabajo en este sector.

Sin temor a equivocarme, la llamada también industria de los viajes ha influido en la cantidad de alumnos inscritos en este tipo de carreras, en la elección de las modalidades de estudios; hasta ha ejercido una fuerza abrumadora en la práctica de la investigación turística. Se podría preguntar aquí, ¿qué clase de profesionistas en turismo es vital formar para la sociedad mexicana?

Ante esta situación, la respuesta es formar directivos y administradores de primer nivel, que satisfagan los requerimientos de mano de obra calificada de las empresas del ramo; pero también profesionistas encaminados a la generación de conocimiento y al desarrollo turístico. Sin embargo, este último desafío tendrá que reorientar la educación superior —sobre todo el posgrado— y la investigación, máxime cuando la realidad universitaria nacional —y hasta latinoamericana— muestra una escasa científicidad en el estudio de este fenómeno relacionado con el ocio.

El turismo, como cualquier área de las ciencias sociales, requiere contar con profesionistas con actitudes intelectuales y humanistas, capaces de buscar medidas que abatan el subdesarrollo social y regional que padecen las comunidades turísticas —sobre todo las rurales—, pues al igual que la sociedad mexicana en su conjunto, una proporción significativa de sus miembros viven en la pobreza y en la desigualdad.

Finalmente, cabe reiterar que mientras no se hagan serios intentos de trazar un claro diseño de las futuras necesidades de educación superior y conocimiento turístico, las críticas van a seguir contra aquellos ajustes que tengan muy poca influencia en el mejoramiento académico de las tareas docentes y de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aamodt, Olaf, Svein Kyvik y Hans Koie (1994), «Noruega, ¿hacia un modelo de influencia más indirecto?», en Guy Neave y Frans A. Van Vught, *Prometeo encadenado. Estado y educación superior en Europa*, Gedisa, España, pp. 221-244.
- Ackoff, Russell L. (1999), *Rediseñando el futuro*, Limusa, México.
- Aledo Tur, Antonio (2003), «Evolución del turismo en la Comunidad Valenciana y sus impactos ambientales», en *Revista Electrónica del Observatorio Medioambiental Euro-mediterráneo*, vol. 0, núm. 0, España. Consultado en: www.observatorioeuromediterraneo.com/rev_cas/articulos/dic2003_04.htm.
- Alpin, Carmen y J. R. Shackleton (1997), «Tendencias en el mercado de trabajo y necesidades de información: sus efectos sobre las políticas de personal», en revista *Formación Profesional*, núm. 12 (septiembre-diciembre), Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo, pp. 7-14.
- Arizpe, Lourdes (1998), *Replantear el debate en torno a la cultura*, Instituto Veracruzano de Cultura del Gobierno del Estado de Veracruz, México.
- Banco Mundial (2004), *La pobreza en México, una evaluación de las condiciones, las tendencias y la estrategia del Gobierno*. Consultado el 28 de julio de 2004 en: www.site-resources.worldbank.org/intmexicoinspanish/resources/1pobreza.pdf.
- Bautista, Eduardo (2001), «El capital intelectual: una aproximación al caso de España», en *Economía y cultura: la tercera cara de la moneda*, Memorias, Colombia, pp. 27-41.
- Bell, Daniel (1976), *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Universidad, España.
- Bifani, Paolo (2007, 2ª ed.), *Medio ambiente y desarrollo*, Universidad de Guadalajara, México.
- Boland, Harland G. (2005), «Whatever Happened to Postmodernism in Higher Education?: No Requiem in the New Millennium», en *The Journal of Higher Education*, vol. 76, núm. 2 (marzo-abril), Inglaterra, pp. 121-150.

- Bonfil Olivera, Martín (2004), *La ciencia por gusto*, Paidós, México.
- Bringas Rábago, Nora L. y Lina Ojeda Revah (2000), «El ecoturismo: ¿Una nueva modalidad del turismo de masas?», en *Revista Economía, Sociedad y Territorio*, vol. II, núm. 7, El Colegio Mexiquense, México, pp. 373-403.
- Brooking, Annie (1997), *El capital intelectual. El principal activo de las empresas del tercer milenio*, Paidós, España
- Buchholz, Todd G. (1993), *Nuevas ideas de economistas de ayer*, El Ateneo, México.
- Bunge, Mario (1972), *La ciencia, su método y su filosofía*, Sudamericana, Buenos Aires.
- _____ (2005, 2ª ed.), *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*, Siglo XXI, en español, México.
- Butler, Richard (1980), «The Concept of a Tourist Area Cycle of Evolution: Implications for Management of Resources», en *Canadian Geographer*, Western Ontario University, vol. XXXIV, núm. 1, Canadá, pp. 5-12.
- Castells, Manuel (1999), *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, Siglo XXI, vol. I, II y III, México.
- Canto-Sperber, Monique y Jean-Pierre Dupuy (2004) «Competencias para una buena vida y una buena sociedad», en Dominique Simone Rychen y Laura Hersh Salganik (ed.). *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 128-169.
- Castillo Nechar, Marcelino (2006), «Epistemología turismo y crítica» (Apéndice), en Maribel Osorio García y Marcelino Castillo Nechar, *Ensayos teórico-metodológicos del turismo: cuatro enfoques*, Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 81-93.
- _____ y Maribel Lozano Cortés (2006), *Apuntes para la investigación turística*, Universidad de Quintana Roo/Unidad Cozumel, México.
- Caton, Kellee y Carla Santos Almeida (2008), «Closing The Hermeneutic Circle? Photographic encounters with the Other», en *Annals of Tourism Research, A Social Sciences Journal*, Department of Hospitality and Tourism/University of Wisconsin-Stout, vol. 35, núm. 1, Estados Unidos, pp. 7-26.
- Cerejido, Marcelino (2003, 4ª ed.), *Ciencia sin seso. Locura doble*, Siglo XXI, México.
- _____ (2004 2ª ed.), *Porque no tenemos ciencia*, Siglo XXI, México.
- Cinna, Lomnitz (2004), «El enigma de la ciencia» en *Nexos*, núm. 324, México, pp. 75-78.
- Clancy, Michael (2001), *Exporting Paradise. Tourism and development in Mexico*, Tourism Social Science Series, Pergamon, University of Hartford, Estados Unidos.
- Conacyt (Consejo Nacional de la Ciencia y la Tecnología) (2007), *Resultados definitivos de la convocatoria para el apoyo complementario a proyectos de investigación científica para investigadores en proceso de consolidación*, página web actualizada al 15 de ene-

- ro de 2007, México. Consultado el 9 de julio de 2008 en: www.conacyt.mx/fondos/institucional/investigadores/resultados-convocatoria-investigadores-2006.pdf.
- Conaet (Consejo Nacional para la Calidad de la Educación Turística) (2008), *Estadísticas actualizadas de la oferta de educación turística*, México. Consultado el 9 de julio de 2008 en: www.conaet.net/boletin17.html.
- Conapo (Consejo Nacional de Población) (2002), *Proyecciones de la población de México, 2000-2050*. Consultado en: www.conapo.gob.mx/00cifras/proy/0nacional.pdf.
- Conde Gaxiola, Napoleón (2006), «Problemas Cardinales de la Educación del Turismo en México». Trabajo presentado en el *VIII Coloquio Nacional y 2º Internacional de Investigación Turística*, celebrado Monterrey, del 13 al 16 de junio de 2006, Secretaría de Turismo Federal, Centro de Estudios Superiores de Turismo. Consultado el 18 de julio de 2008 en: www.sectur.gob.mx/work/sites/sectur/resources/LocalContent/13581/1/napoleon_conde.est-ipn.pdf.
- _____ (2007), «¿Es posible una teoría hermenéutica dialéctica en el estudio del turismo?». Trabajo presentado en el *6º Taller Internacional de Turismo en el Caribe: nuevas aproximaciones en la investigación turística*, celebrado del 26 al 28 de junio de 2008, en la Universidad de Quintana Roo, Campus Cozumel, México. Consultado el 11 de junio de 2008 en: www.unicaribe.edu.mx/general/tur/memorias1.html.
- Conselleria de Turismo, Govern de les Illes Balears (2009), *Libro blanco de turismo de las Islas Baleares. Hacia una nueva cultura turística*, Universitat de les Illes Balears, Sa Nostra, Caixa de Balears, Cambra de Comerc de Mallorca, España.
- Coordinación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA (2007), *Autoestudio para supervisar la acreditación de la Licenciatura en Turismo del CUCEA*, Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas-Universidad de Guadalajara, México.
- Chalmers, Alan F. (2000), *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, 15ª reimpr., España.
- Chomsky, Noam; Denis Robert y Weronika Zarachowicz (2003, 3ª ed.), *Dos horas de lucidez. Ideario del último pensador rebelde del milenio*, Península, España.
- Daltabuit, Magali, Héctor Cisneros, Luz María Vázquez y Enrique Santillán (2000), *Ecoturismo y desarrollo sustentable. Impacto en comunidades rurales de la selva maya*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, México.
- De la Vega Lezama, F. Carlos (1994), *Un paso hacia el método científico*, Instituto Politécnico Nacional, México.
- Delgado, Álvaro (2003), *El yunque: la ultraderecha en el poder*, Grijalbo Mondadori, México.
- Delgado de Cantú, Gloria M. (1998, 2ª ed.), *Historia de México*, Pearson, México.
- Descartes, René (2002), *Meditaciones metafísicas. Las pasiones del alma*, Folio, España.

- _____ (s/f, 2ª ed.), *Discurso del método. Para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias*, Ediciones Quinto Sol, México.
- De Régules, Sergio (2005), *¡Qué científica es la ciencia! El sol muerto de risa y otras crónicas*, Paidós, México.
- De Rivero, Oswaldo (2001, 2ª ed.), *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Perú.
- Díaz Barriga, Ángel (coord.) (2008), «El Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI) y su impacto en la dinámica de las instituciones de educación superior», en *Impacto de la evaluación en la educación superior mexicana. Un estudio en las universidades públicas estatales*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES)/Plaza y Valdés Editores, México, pp. 39-128.
- Dolence, Michael G. y Donald M. Norris (1995), *Transforming Higher Education: A vision for learning in the 21st Century*, Society for College and University Planning/Ann Arbor, Estados Unidos.
- Domínguez Argüelles, Juan (2008), «Los poderes del libro y el imperativo moral de leer», *Público, Suplemento Visor*, 2 de noviembre, Guadalajara, p. 8.
- Drucker, Peter F. (1994), *La sociedad postcapitalista*, Norma, Colombia.
- _____ y Isao Nakarauchi (1998), *Tiempos de desafíos. Tiempo de reinversiones*, Hermes, México.
- Echtner, Charlotte M. y Tazim B. Jamal (1997), «The Disciplinary of Tourism Studies», en *Journal of Travel Research*, vol. 24, núm. 4, Travel and Tourism Research Association/University of Colorado-Business Research Division, Estados Unidos, pp. 868-883.
- Einstein, Albert (1999), *Sobre la teoría de la relatividad especial y general*, Altaya, en español, España.
- Eliasson, Gunnar y Kart Vikersjö (1997), «La contratación en una gran empresa europea», en revista *Formación Profesional*, núm. 12 (septiembre-diciembre), Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo, pp. 15-21.
- Espinosa Castillo, Maribel (coord.) (2007), *Tendencias de Investigación turística a principios del Siglo XXI*, Instituto Politécnico Nacional, México.
- Feyerabend, Paul K. (1989), *Diálogo sobre el método*, Cátedra, Colección Teorema, España.
- Fuentes Navarro, Raúl (1998), *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)/Universidad de Guadalajara, México.
- Gacel-Ávila, Jocelyne (2003), *La internacionalización de la educación superior. Paradigma para la ciudadanía global*, Universidad de Guadalajara, México.

- Gibbons, Michael *et al.* (1997), *La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*, Pomares-Corredor, España.
- Gómez Nieves, Salvador (2005a), *Desarrollo turístico imaginado. Ensayos sobre un destino mexicano de litoral*, Universidad de Guadalajara, México.
- _____ (2005b), «Repensar la investigación turística», en *Desarrollo turístico imaginado. Ensayos sobre un destino mexicano de litoral*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 15-34.
- _____ (2005c), «El nuevo sueño del turismo contemporáneo: el postmodernismo», en *Desarrollo turístico imaginado. Ensayos sobre un destino mexicano de litoral*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 101-118.
- _____ (2005d) «Los nuevos desafíos de la educación superior y la investigación turística en México», en *Anuario Turismo y Sociedad*, vol. VI, núm. 4, Universidad de Externado de Colombia-Facultad de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras, Colombia, pp. 39-54.
- _____ (2006), «Turismo sustentable: la industria del mito y la fantasía», en Ruth Miranda Guerrero y Lucía González Torreros (coord.), *Perspectivas geográficas del turismo*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 21-50.
- _____ (2008a), «Repensar en el turismo: ante la irresistible tentación de lo pragmático y lo empírico», en *Anuario Turismo y Sociedad*, vol. IX (noviembre), Universidad Externado de Colombia, Facultad de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras, Colombia, pp. 120-134.
- _____ (2008b), «Ciencia y desarrollo turístico en México», en *Revista Estudios y Perspectivas en Turismo*, vol. 17, núm. 3 y 4 (julio-octubre), Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos, Argentina, pp. 340-358.
- _____ (2008c), «La cientificidad en el discurso académico del turismo». Trabajo presentado en el Congreso Nacional de Investigación Turística, X Nacional y IV Internacional de Sectur/Cestur, y Segundo Congreso Nacional de la Academia Mexicana de Investigación Turística (AMIT), celebrado en la Universidad Autónoma del Estado de México del 26 al 29 de noviembre de 2008, México, mimeo.
- _____ (2009), «La demarcación científica: una cuestión olvidada en los estudios turísticos». Trabajo presentado en el Congreso Nacional de Investigación Turística, XI Nacional y V Internacional de Sectur/Cestur, y Tercer Congreso Nacional de la Academia Mexicana de Investigación Turística (AMIT), celebrado en la ciudad de Tijuana, del 7 al 9 de octubre de 2009, México, mimeo.

- _____ (2010), «Competencias profesionales para la gestión y el desarrollo sostenible del turismo», en Jesús Arroyo Alejandre e Isabel Corvera (coord.), *Regiones en desarrollo insostenible*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 329-370.
- Guevara Ramos, Rosana; Sergio Molina y Jordi Tresserras (2006), «Hacia un estado de la cuestión en investigación turística», en Rosana Guevara Ramos (coord.), *Estudios multidisciplinarios en turismo*. Secretaría de Turismo/Centro de Estudios Superiores en Turismo/Red de Investigadores y Centros de Investigación en Turismo, vol. I, México, pp.17-68.
- Haralambopoulos, Nicholas y Abraham Pizam (1996), «Perceived Impacts of Tourism: The Case of Samos», en *Annals of Tourism Research. A Social Sciences Journal*, vol. 23, núm. 3, University of Wisconsin-Stout, Department of Hospitality and Tourism, Estados Unidos, pp. 503-526.
- Haste, Helen (2004), «La ambigüedad, la autonomía y la actuación: retos psicológicos para la nueva competencia», en Dominique Simone Rychen y Laura Herh Salganik (edit.), *Definir y Seleccionar las Competencias Fundamentales para la Vida*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 170-215.
- Heidegger, Martín (2005), *¿Qué significa pensar?*, Trotta, España.
- Herh Salganik, Laura (2004), «Competencias para la vida: un reto conceptual y empírico», en Dominique Simone Rychen y Laura Herh Salganik (edit.), *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 47-73.
- Hernández Pina, Fuensanta et al. (2005), *Aprendizaje, competencias y rendimiento en educación superior*, La Muralla, España.
- Hiernaux Nicolás, Daniel (1998), «Los nuevos derroteros de la investigación turística», en Neptalí Monterroso Salvatierra y Lilia Zizumbo Villarreal (coords.), *Investigación turística*, Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 39-56.
- _____ (2003), «Turismo y sustentabilidad: crisis de paradigmas y nuevas orientaciones», en Salvador Gómez Nieves (coord.), *Desarrollo turístico y sustentabilidad*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 57-69.
- Hjalager, Anne-Mette y Steen Andersen (2001), «Tourism employment: contingent work or professional career», en *Employee Relations, An International Journal*, vol. 23, núm. 2, Inglaterra, pp. 115-129.
- Holganza Weblog Business (2006). Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.olganza.com/2006/04/20/cae-economia-mexicana-en-ranking-mundial.
- Horgan, John (1998), *El fin de la ciencia. Los límites del conocimiento en el declive de la era científica*, Paidós, España.

- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (2005), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, 2005*. Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.200.23.8.5/est/contenidos/espanol/metodologias/encuestas/hogares/sm_enoe.pdf.
- Jafari, Jafar (2001), «The Scientification of Tourism», en Valene L. Smith y M Brent (coord.), *Host and guests revisited, Tourism Issues of the 21st Century*, Cognizant Communication Corporation, Nueva York, pp. 28-41. [Una traducción a español del capítulo del libro, se puede localizar en Francisco Muñoz de Escalona, *Contribuciones a la Economía* (julio 2005)]. Consultado el 28 de agosto de 2009 en: www.eumed.net/ce/2005/jafari.htm.
- Kegan, Robert (2004), «Las competencias que funcionan como epistemologías: cómo queremos que los adultos sepan», en Dominique Simone Rychen y Laura Herh Salganik, *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 327-347.
- Koh, Khoo (1995), «Designing the Four-Year Tourism Management Curriculum: A Marketing Approach», en *Journal of Travel Research. Travel and Tourism Research Association*, Vol. 34, núm. 1, University of Colorado-Business Research Division, Estados Unidos, pp. 68-72.
- Kuhn, Thomas S. (1971), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lakatos, Imre (2007), *Escritos filosóficos 1. La metodología de los programas de investigación científica*, Alianza Editorial, España.
- Leal Carretero, Fernando (2002), «Enseñar a pensar enseñando a leer: reflexiones sobre un seminario de metodología», en *Global Educación*, Asociación Mexicana para la Educación Internacional, México, pp. 81-99.
- _____ (2008), «La hipótesis de trabajo y el trabajo de la hipótesis», en Silvia Ayala Rubio (coord.), *Experiencias y reflexiones desde la investigación social*, Universidad de Guadalajara, México, pp. 49-101.
- Luhmann, Niklas (2007), *La sociedad de la sociedad*, Herder, México.
- McKercher, Bob (2002), «The future of tourism education: An Australian scenario?», en *Tourism and Hospitality Research*, vol. 3, Inglaterra, pp. 199-210.
- Mette, Anne y Steen Andersen (2001), «Tourism employment: contingent work or professional career?», *Employee Relations, An International Journal*, vol. 23, núm. 2, Inglaterra.
- Minc, Alain (2005), *Los profetas de la felicidad. Una historia personal del pensamiento económico*, Paidós, Buenos Aires.
- Molina, Sergio; Felipe Cuamea y Manuel Rodríguez Woog (1986), *Turismo Alternativo. Un acercamiento crítico y conceptual*, Nuevo Tiempo Libre, México.

- _____ (2003), *El posturismo: De los centros turísticos industriales a las ludópolis*, México.
- _____ (2006), *El posturismo. Turismo y posmodernidad*, Trillas, México.
- Morin, Edgar (1999), *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Unesco, Colección Educación y cultura para el nuevo milenio, México.
- Muñoz de Escalona, Francisco (2007), «La objetivación unívoca del turismo, meta insoslayable del proceso de cientificación», en *Revista Estudios Turísticos*, núm. 171, Instituto de Estudios Turísticos, Secretaría de Estado de Comercio y Turismo, España, pp. 7-56.
- Navas, Alejandro (1989), *La teoría sociológica de Nicklas Luhmann*, Universidad de Navarra, España.
- Nietzsche, Friedrich (2004), *Cómo se filosofa a martillazos*, Tomo, México.
- Norris, Christopher (1998), *¿Qué le ocurre a la posmodernidad? La línea crítica y los límites de la filosofía*, Tecnos, España.
- OCDE (Organización Económica para la Cooperación y el Desarrollo) (2003), *OCDE Economic Survey: Mexico*, Francia.
- _____ (2007), *Panorama de la Educación, 2006*. OCDE Nota informativa sobre México. Consultado el 20 de octubre de 2008 en: www.oecd.org/dataoecd/30/17/37401508.pdf.
- OMT, Organización Mundial de Turismo (2009), «El turismo y la Cumbre del G20. Mensaje de la OMT», en *Revista de la Organización Mundial de Turismo*, año XXIII, núm. 2, España.
- Ornelas, Carlos (2006), *El sistema educativo mexicano. La transición del fin de siglo*, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)/Nacional Financiera (Nafinsa)/Fondo de Cultura Económica, México.
- Osorio García, Maribel (2010), «Turismo masivo y alternativo. Distinciones de la sociedad moderna/posmoderna», en *Revista de Ciencias Sociales: Convergencia*, núm. 52, Universidad Autónoma del Estado de México, México, pp. 235-260.
- Panosso Netto, Alexandre (2008), *Filosofía del turismo: Teoría y epistemología*, Trillas, México.
- Pearce, Philip L. (2005) «Australian tourism education: the quest for status», en *Journal of Teaching in Travel and Tourism*, vol. 5, núm. 3, International Society of Travel & Tourism Educators (ISTTE), Estados Unidos, pp. 251-267.
- Pechlaner, Harald; Anita Zehrer, Kurt Matzler y Dagmar Abfalter (2004), «A Ranking of International Tourism and Hospitality Journals», en *Journal of Travel Research*, vol. 42, núm. 4, Travel and Tourism Research Association/University of Colorado-Business Research Division, Estados Unidos. pp. 328-332.

- Pedroza Flores, René y Bernardino García Briceño (comps.) (2005), *Flexibilidad académica y curricular en las instituciones de educación superior*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos y Universidad Autónoma del Estado de México, México.
- Perrenoud, Philippe (2004), «La clave de los campos sociales: competencias del autor autónomo. O cómo evitar ser abusado, aislado, dominado o explotado cuando no se es rico ni poderoso», en Dominique Simone Rychen y Laura Herh Salganik (coords), *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 216-261.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004), *Informe sobre Desarrollo Humano 2004. La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Ediciones Mundi-Prensa 2004. Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.hdr.undp.org/reports/global/2004/espanol.
- PNUMA, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (1972). Consultado el 21 de junio de 2010 en: www.pnuma.org/docamb/mh1972.php.
- Popper, Karl R. (1967), *Conjeturas y refutaciones: El desarrollo del conocimiento científico*, Paidós Ibérica, España.
- _____ (1994), *En busca de un mundo mejor*, Paidós, España.
- _____ (1997), *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*, Paidós, España.
- _____ (2002), *Sociedad abierta, universo abierto. Conversación con Franz Kreuzer*, Tecnos, España.
- _____ (2007, 5ª ed.), *Conocimiento objetivo*, Tecnos, España.
- Promep (Programa de Mejoramiento al Profesorado) (2008), *Subsecretaría de Educación Superior*, México. Consultado el 9 de julio de 2008 en: www.promep.sep.gob.mx/ca.htm.
- _____ Listado de cuerpos académicos, en: www.promepsol.sep.gob.mx/con123/ca1/php/firmadopalabramejora.php.
- Real Academia Española (2001, 22ª ed.), *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa, España. Consultado el 11 de enero de 2010 en: www.buscon.rae.es/drae1/srvltconsulta?tipo_bus=3&LEMA=ciencia.
- Reguillo, Cruz Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) (1999), *Pensar en las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.
- Rodríguez Woog, Manuel (1989), «El conocimiento científico del turismo. Reflexiones y consideraciones generales», en Daniel Hiernaux Nicolas, *Teoría y praxis del espacio turístico*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, pp. 15-28.

- Rojas Soriano, Raúl (2001 , 1^{ra}-20^{ma} edición), *Guía para realizar investigaciones sociales*, Plaza y Valdés, México.
- Rosenblueth, Arturo (1994), *Mente y Cerebro: seguido del método científico*, Siglo XXI, México.
- Sagan, Carl (2005), *El mundo y sus demonios. La ciencia como luz en la oscuridad*, Planeta, España.
- Sarasa, José Luis Andrés (1998), «Los Estudios Superiores de Turismo: una sinfonía desconcertante», en *Cuadernos de Turismo*, núm. 2, Universidad de Murcia-Departamento de Geografía, España, pp. 25-40.
- Sastre, Alfonso (2004, 2^a ed.), *La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras*, Instituto Cubano del Libro, de Ciencias Sociales, Cuba.
- Sectur (Secretaría de Turismo del Gobierno Federal) (1993), «El turismo en México, 1993», *Folleto de Información Estadística*, México.
- _____ (2001), *Programa Nacional de Turismo, 2001-2006*. Consultado el 25 de agosto de 2009 en: www.codeturnl.ensi.com.mx/article/1526.html.
- Sigala, Marianna y Tom Baum (2003), «Trends and segues in tourism and hospitality higher education: visioning the future», en *Tourism and Hospitality Research*, The Surrey Quarterly Review-University of Surrey, vol. 4, núm. 4, Inglaterra, pp. 367-376.
- Silveira, Carlos Eduardo (2007), «Investigación sobre la enseñanza superior de turismo en Curitiba (Brasil) y su relación con las políticas públicas: un caso de estudio sobre las asignaturas de planificación turística», en *Memoria e investigación tutelada de su tesis doctoral sobre gestión y desarrollo turístico sostenible*, de la Universidad de Málaga, España, mimeo.
- Simone Rychen, Dominique y Laura Hersh Salganik (2004), *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Smith, Valene L. y William R. Eadington (1992), *Tourism Alternatives. Potentials and problems in the Development of Tourism*, University of Pennsylvania Press, Estados Unidos.
- Sokal, Alan y Jean Bricmont (1999), *Imposturas intelectuales*, Paidós, España.
- Solana, Fernando (comp.) (2005), *Educación y desigualdad*, Siglo XXI, México.
- Tomasko, Robert M. (1996), *Repensar la empresa. La arquitectura del cambio*, Paidós, España, pp. 33-49.
- Universidad Iberoamericana (1999), *Globalización e Identidad*. Colección ExtremAmérica, Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica/Asociación de Universidades Grupo Montevideo, España.
- Wallerstein, Immanuel (1989), *The Modern World-System III: The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy 1730-1840*, Nueva York, Academic Press.

- _____ (1999, 2ª ed.), *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI, México.
- Weinert, Franz E. (2004) «Concepto de competencia: una aclaración conceptual», en Dominique Simone Rychen y Laura Hersh Salganik (eds.), *Definir y seleccionar las competencias fundamentales para la vida*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 94-127.
- Wielemans, Willy y Johan L. Vanderhoeven (1994). «La influencia del mercado y la orientación política: la educación superior belga», en Guy Neave y Frans A. Van Vught, *Prometeo encadenado. Estado y educación superior en Europa*, Gedisa, pp. 53-89.
- World Commission on Environment and Development (1987), *Our Common Future* (Report), resolución adoptada por la asamblea general (42/187), en la 96ª reunión plenaria, 11 de diciembre. Consultado el 21 de junio de 2010 en: www.un-documents.net/wced-ocf.htm.
- World Economic Forum (s/f), *Executive Summary The Global Competitiveness Report 2004-2005*. Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.uai.cl/p4_home/site/asocfile/asocfile120031021124627.pdf.
- _____ (2006), *Travel and Tourism Competitiveness Index*. Consultado el 17 de enero de 2007 en: www.weforum.org/en/initiatives/gcsp/travelandtoursimreport/index.htm.
- Xiao, Honggen y Stephen Smith (2008), «Knowledge Impact. An Appraisal of Tourism Scholarship», en *Annals of Tourism Research. A Social Sciences Journal*, University of Wisconsin-Stout/Department of Hospitality and Tourism, vol. 35, núm. 1, Estados Unidos, pp. 62-83.
- Zaid, Gabriel (1997, 2ª ed.), *De los libros al poder*, Océano, México.
- Zermeño, Sergio (1978), *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México.
- Zizumbo Villarreal, Lilia y Neptalí Monterroso Salvatierra (coords.) (2008), *Turismo rural y desarrollo sustentable*, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

CONTENIDO

Presentación	7
CIENCIA Y TURISMO	
Ciencia y desarrollo turístico en México	19
La científicidad en el discurso académico del turismo en México	37
La demarcación científica: una cuestión olvidada en los estudios turísticos latinoamericanos	61
Usos y abusos en el discurso del turismo alternativo en México	79
EDUCACIÓN EN TURISMO	
Entre ilusiones y desilusiones de la educación superior en turismo	95
La experiencia de un diseño curricular en turismo, basado en un modelo de competencias profesionales	117
RETOS DE LA EDUCACIÓN Y LA INVESTIGACIÓN EN TURISMO	
Repensar en el turismo: ante la irresistible tentación de lo pragmático y lo empírico	137
Los nuevos desafíos de la educación superior y la investigación turística de México	155
Bibliografía	173

